

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UAN

AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECA



BIBLIOTECA
DE AUTORES
MEXICANOS

21



Altamirao

ALGUNOS ARTICULOS
LITERARIOS

PQ7297

.A6

v. 1

1899

R. C.



ERE PLANNI
VERITATIS 1080013788

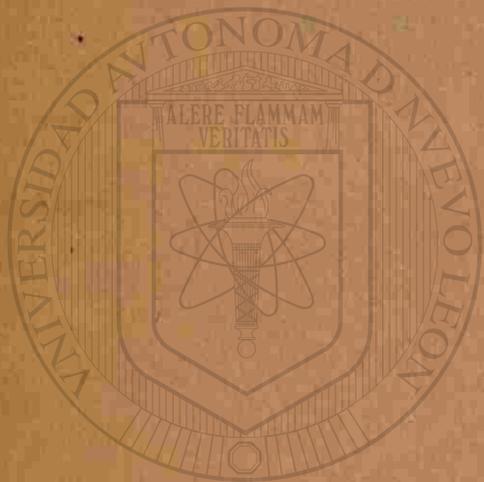


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEXICANOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Ignacio de Alcambrano
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

21

OBRAS

DE

D. IGNACIO M. ALTAMIRANO

TOMO I.

RIMAS.—ARTÍCULOS LITERARIOS

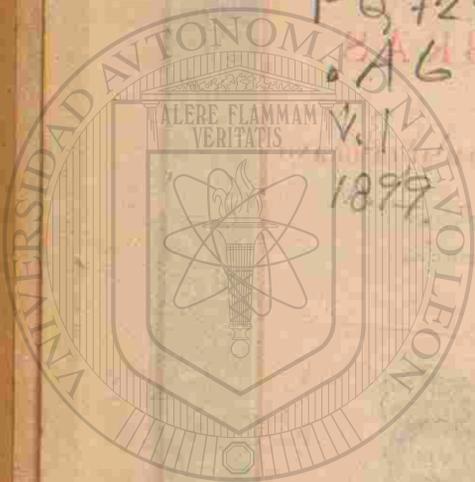


MÉXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, Editor
Cerra de Sto. Domingo N.º 10

1899





FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

155997



NOTICIA BIOGRAFICA

Extractada de la BIOGRAFIA del autor

escrita por

D. LUIS GONZÁLEZ OBRÉGÓN.

I.

NACIÓ en un humilde pueblo.—Tixtla, ho-
ciudad de Guerrero—el 12 de Diciembre
de 1834. Sus padres, Francisco Altami-
rano y Gertrudis Basilio, indígenas de pura san-
gre, oscuros y pobres, llevaban postizo el apellido
legado por un español que bautizó á uno de sus
ascendientes.

Altamirano hasta la edad de catorce años fué
el tipo de los hijos de nuestros indígenas, que no
tienen más patrimonio que una *milpa* y unos asnos,
una choza y una poca de voluntad para el trabajo.
Altamirano vivió así, humilde, casi salvaje, sin sa-
ber el idioma español, sin más ocupaciones que
apedrear á los pájaros en los bosques, y empen-
der descomunales combates infantiles con los mu-
chachos vagabundos de los barrios de su pueblo.

Por fin entró á una escuela. •

Altamirano.—4

Su padre fué nombrado alcalde, y el maestro del pueblo, queriendo sin duda complacerlo, le felicitó con entusiasmo por la acertada elección. El buen alcalde, sin ofuscarse por las adulaciones, sin ensordecerse con los pifanos y chirimías que entonces fueron á tocar á su casa, no se olvidó de su hijo, lo recomendó al maestro, y éste le protestó que al día siguiente Ignacio figuraría entre los *se-res de razón*.

Fué el primer paso. Pronto una benéfica ley del Estado de México, llamó á los jóvenes indios más aplicados de los Municipios, previo examen, á recibir la instrucción en el Instituto Literario de Toluca.

Altamirano sobresalió entre sus discípulos en la prueba, por su instrucción y talento, y después de dar el adies á sus padres, se trasladó á Toluca el año de 1849. En el Instituto cursó español, latinidad, francés y filosofía, obteniendo las primeras calificaciones y los primeros premios. Fué además agraciado con el empleo de bibliotecario del establecimiento, y ahí fué donde nutrió su espíritu de saber y erudición. Todos aquellos libros que encerraba la biblioteca, fueron leídos y estudiados con avidez por Altamirano, en sus ratos de solaz y en las noches enteras que robaba al sueño. En el Instituto conoció á D. Ignacio Ramírez, que un día le llamó á la clase de literatura, sorprendido de que en su afán de escucharle, Altamirano se sentaba humilde en la puerta que daba entrada á la cátedra. En el mismo Instituto, hábilmente dirigi-

do entonces por el Lic. D. Felipe Sánchez Solís, Altamirano escribió sus primeras producciones en prosa, sus primeros versos, y unos artículos satíricos. Altamirano abandonó por fin aquel plantel, donde el estudio había amamantado su espíritu.

Pobre, desvalido, sin amparo, refugióse en un colegio particular, que tenía en Toluca en esa época D. Miguel Domínguez, donde en cambio de la clase de francés que daba á los alumnos, le proporcionaban alimento y un techo hospitalario.

Empero, el carácter de Altamirano buscó nuevos horizontes. Dejó la escuela humilde del benéfico Domínguez y se lanzó á una vida peregrina y de aventuras, llena de peripecias y de vicisitudes, en que hoy enseñaba en un pueblo las primeras letras y mañana con su mente juvenil y soñadora se embebía en los dulces ensueños del primer amor.

Entonces fué cuando Altamirano pensó en ser dramaturgo; entonces fué cuando en un teatro de provincia, y con una compañía muy humilde, puso á la escena su drama histórico *Morelos en Cuautla*, que como remordimiento literario guardaba en su biblioteca: pero que fué un pecado manuscrito que no absolverían las bellas letras. ¡Caso curioso y singular! Cuando se representó esa pieza la única y primera vez, el público entusiasmado y seducido, pidió á gritos el nombre del autor, y éste, confuso y avergonzado, salió de la *concha del apuntador*, para recibir los lauros de aquella ovación sincera y espontánea. Altamirano era el consueta de la pobre compañía.

II

Altamirano vino á México para inscribirse en el Colegio de Letrán y continuar sus cursos de filosofía comenzados en el Instituto de Toluca. El círculo de sus conocimientos se ensanchó, y los triunfos escolares admiraron á condiscípulos y profesores.

Pronto, sin embargo, la revolución de 1854 estremeció á la República, y Altamirano dejó á Letrán, y en pos de sus bosques vírgenes fué al Sur, combatió enérgico y con todo el vigor de la juventud en favor del plan de Ayutla, sirviendo, según tenemos entendido, como secretario del general D. Juan Alvarez. De regreso á México volvió á entrar al Colegio de Letrán para concluir sus estudios de Derecho.

Altamirano en esa época, dividía su atención "entre las contradicciones del *Digesto*, que no producía sino un diluvio de sutilezas en la Cátedra y las disputas irritantes de la política, que traían agitados á liberales y conservadores y provocaban la más sangrienta de nuestras guerras civiles." Escribía también sus primeros artículos de combate en los diarios políticos, y su cuarto de colegial se transformaba á veces por la concurrencia de sus amigos "en redacción de periódico, en club reformista ó en centro literario, que se

aumentaba con la asistencia de numerosos estudiantes y partidarios de la revolución." Se dirigía con ellos en muchas ocasiones "á las galerías del Congreso para asistir á las sesiones en que se discutía la Constitución." En medio de estas tareas, desempeñaba la clase de latinidad, y fué en ese tiempo cuando conoció á Marcos Arróniz, asesinado después cerca de Puebla; á Florencio María del Castillo, que redactaba *El Monitor Republicano* y que fué más tarde víctima de la Intervención; á José Rivera y Río, á Manuel Mateos y Juan Díaz Covarrubias, y á otros muchos que aun viven. Fué aquel cuarto de Altamirano el centro de las letras y el foco de la política juvenil, "y el bello tiempo de los sueños de Libertad y de Poesía" según él mismo dejó consignado en algunos de sus escritos.

Pasó el año de 57 y en sus postrimeros días estalló la guerra civil, que prolongada hasta 1858, proporeionó el triunfo á los conservadores. El grupo de aquellos jóvenes que presidía Altamirano se dispersó.

La guerra de Reforma vino después terrible y transformando todo bajo su poderoso empuje. Los bandos divididos luchaban sin tregua, y el choque de principios conmovió á todas las clases, que puestas á la brega se lanzaron á luchar sin límites ni trabas. Los Estados no permanecieron indiferentes, y Altamirano una vez más fué al Sur, á Guerrero, encontrándose en varias acciones militares.

Por esta época fué cuando pronunció su primer discurso cívico, el 16 de Septiembre de 1859 y en la hoy ciudad Guerrero.

La Reforma triunfó, y el 11 de Enero de 1861 hacía su entrada á la ciudad de México D. Benito Juárez, después de una revolución sangrienta y tremenda.

Altamirano fué electo diputado al Congreso de la Unión en 1861. Entonces su personalidad se destacó en la escena política, por el papel que desempeñó en el Congreso.

Se discutía en la Cámara el célebre dictamen sobre la ley de *amnistía*. En una sesión celebrada en el mes de Julio, Altamirano solicitó hablar en contra. El aspecto del salón era imponente. Las galerías se hallaban henchidas de curiosos, ávidos de presenciar la discusión y de oír al joven diputado.

Altamirano tenía á la sazón veintisiete años. Joven por la edad; pero enflaquecido por el estudio y por las fatigas de la revolución; con el cutis quemado por el sol ardentísimo del Sur; y con las facciones endurecidas del que no había gozado hasta entonces de tranquilidad, apareció, ante representantes y espectadores, amenazador y temible. Habló, entusiasmó con su elocuencia, y con su peroración vehemente y apasionada, concluyó por estremecer de espanto al auditorio, cuando en un arranque de valentía solicitaba el castigo de dos enemigos, "cuyos cráneos debían estar ya blancos en la picota."

El éxito de su discurso fué ruidoso. El dictamen á pesar de haber sido defendido por muchos notables y elocuentes oradores, por una gran mayoría de diputados, quedó reprobado. Altamirano fué aplaudido con positivo frenesí, y estrechado con efusión por sus compañeros. Se le bajó en peso por las escaleras de palacio, donde estaba entonces la Cámara, y se le condujo vitoreándole hasta su habitación.

IV

Restablecida la República, el Presidente D. Benito Juárez firmó de su puño y letra los despachos militares de Altamirano y ordenó se le pagasen íntegros sus haberes. Con esta suma fundó entonces *El Correo de Méjico* en colaboración de D. Ignacio Ramírez y D. Guillermo Prieto. No era el primer periódico que establecía. En Guerrero publicó *El Eco de la Reforma* y *La Voz del Pueblo*. Después del *Correo de Méjico* que estuvo brillantemente redactado, fundó el *Federalista* con Manuel Payno; en 1875 *La Tribuna*, y después *La República*, de la que dejó de ser director en 1881. Fundó, además, un interesante semanario de bellas letras, *El Renacimiento* (1869), en compañía de D. Gonzalo A. Esteva, semanario en el que colaboraron los más distinguidos escritores y poetas nacionales, y que con aprecio se

conserva en bibliotecas públicas y particulares. En él insertó muchos artículos biográficos y literarios, y *Crónicas* teatrales y de sociedad. Fué también redactor, entre otros, de los siguientes diarios políticos: *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano* y *La Libertad*. Colaboró en las publicaciones literarias *El Domingo*, *El Artista*, *El Semanario Ilustrado*, *El Federalista*, *El Liceo Mejicano* y en otros de los Estados y del Extranjero.

El espíritu de asociación le debió mucho. Fué fundador de varias sociedades literarias, restableció el *Liceo Hidalgo*, que presidió en muchas ocasiones, fué secretario y Vicepresidente de la *Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística* la cual le es deudora de una rica y escogida biblioteca que coleccionó él mismo con su buen gusto y discreción, fundó la *Sociedad Gorostiza*, de autores dramáticos, y fué presidente de la de *Escritores Públicos* y de la *Sociedad Netzahualcóyotl*. En sus últimos días de permanencia en Méjico, desde 1885 hasta 1889, como presidente Honorario del *Liceo Mejicano*, enseñó y alentó á la mayoría de los jóvenes que constituyen actualmente la nueva generación en las letras patrias. Muchas corporaciones científicas y literarias de nuestra República, de Norte y sud América, de Alemania, Francia, Hungría, Italia, Rusia, etc., le contaron en su seno y con el carácter de Vicepresidente asistió al *Congreso de Americanistas* últimamente celebrado en París, y al de Ciencias Geográficas en Berna.

Desempeñó los cargos públicos que vamos á ci-

tar: Fiscal de la Suprema Corte de Justicia, Procurador General de la Nación, por ausencia de D. León Guzmán, Presidente de la citada Corte, cuando el Sr. D. Ignacio Vallarta pasó á desempeñar la Cartera de Relaciones, Oficial mayor de la Secretaría de Fomento, durante el Ministerio de Riva Palacio, y diputado al 10º Congreso de la Unión, donde pronunció su último discurso de apertura el 16 de Septiembre de 1881

Como Profesor, el gobierno le distinguió en diversas épocas con las clases de Derecho Administrativo en la Escuela Nacional de Comercio, de Historia General y de México y de Historia de la Filosofía, en la Escuela Preparatoria y en la Escuela de Jurisprudencia, de Lectura Superior é Historia Universal y Patria en la Escuela Normal, cátedras que desempeñaba al partir para Europa.

La Escuela Normal le debe su organización y Reglamento. Retraído de la política en los últimos años de su existencia, constituía su ocupación constante la enseñanza. Leer y enseñar y conversar sin descanso: tales fueran sus últimos afanes, los libros y la juventud, sus fieles amigos y sus hijos predilectos.

En 1889 Altamirano recibió el nombramiento de Cónsul general de España con residencia en Barcelona. La noche del 5 de Agosto el *Liceo Mexicano* le consagró una velada de despedida.

V

Después de algunos meses de residir en Barcelona, Altamirano, á causa de sus enfermedades y previa licencia del Gobierno de México, permutó con D. Manuel Payno el cargo de Cónsul en España por el de Francia, y se estableció en París.

Es cosa natural la nostalgia en todos los que de veras aman á su país, mas en Altamirano se acentuó muchísimo. Visitó en 1891 á la clásica Italia, estuvo en Roma, en Nápoles, en Niza y en otras ciudades. Los campos y sitios pintorescos traían á su memoria á México, que un sólo instante no olvidaba. En la hermosa Niza compuso una de sus últimas poesías, y ahí como en todas partes recordó á su país. Oigamos una de sus lindas estrofas:

En esta tierra encantada
recuerda á la Patria amada
todo, los verdes bajíos,
y los pinares sombríos,
y la pradera esmaltada.

De vuelta á París, cuando fué invitado para una Conferencia en el Ateneo de Madrid, se disculpó y privó de hacerla porque su anhelo constante era venir á México lo más pronto posible.

La nostalgia y su grave enfermedad contraída en el estudio, le obligaron á pasar algunos meses

en San Remo. Ahí se agravó y le sorprendió la muerte, el 13 de Febrero de 1893, y antes de morir ordenó que sus funerales fueran puramente civiles y que se sometiera su cuerpo á la cremación.

El Supremo Gobierno resolvió que se le hicieran funerales en París, mientras sus cenizas eran traídas á la Patria, lo cual se verificó en los primeros días de Junio de 1893, depositándose aquellas en el Panteón francés, donde hoy yacen en una capilla de sus deudos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





INDICE BIBLIOGRÁFICO.

Est muy frecuente en México elogiar á nuestras celebridades literarias, sin conocer sus obras, ó censurarlas indebidamente por el mismo motivo, guiados sólo por costumbre tradicional ó por pasión política y religiosa.

Y estas críticas ó alabanzas suben de punto con aquellas de nuestras celebridades en las letras, cuyas producciones están contenidas en folletos de oportunidad ó en las efímeras columnas de los periódicos.

¿Quién conoce, por ejemplo, los sabios y elocuentes escritos del P. Nájera, las doctas y correctas producciones del Conde de la Cortina, los luminosos y elegantes artículos de Zarco, las castizas y sabrosas crónicas teatrales del Dr. Pardo? Nadie; uno ú otro curioso coleccionista de

nuestros periódicos literarios, uno ú otro bibliógrafo de los que aman nuestras glorias nacionales, se enorgullecen con tener esas hojas caducas y de haber leído los libros de autores mexicanos.

Urge, pues, dos cosas: formar índices bibliográficos que guíen á los lectores ó editores para buscar ó compilar las obras olvidadas de nuestros ingenios, y reimprimir en colecciones completas ó selectas sus producciones, para provecho propio y como homenaje debido á la memoria de los beneméritos de nuestras letras.

Esta última tarea, aunque improductiva pero noble y patriótica, se ha impuesto el Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros, con la presente *Biblioteca*, y hoy ofrecemos á los lectores, la siguiente bibliografía del eminente literato cuyo nombre figura á la cabeza de estas líneas.

I.

RIMAS.

Ignacio Manuel Altamirano. || *Rimas* || Tercera edición corregida y aumentada || México || Tip. Literaria de Filomeno Mata || 5 Calle de la Canoa 5 MDCCCLXXX.

En 4.º 160 págs. más una hoja de índice.

Idem, idem.—Cuarta edición. || México || Ofic. Tip.

de la Secretaría de Fomento || Calle de San Andrés, núm. 15 || 1885.

En 4.º 152 págs. incluso el índice.

Ignoro donde y cuando se hizo la primera edición de las *Rimas*. La segunda se imprimió en *El Domingo* en 4.º mayor con grandes caracte-

res. En estas ediciones últimas, no están comprendidas muchas poesías que publicó el autor en *La Voz de la Juventud de Oaxaca*, y en *El Liceo Mexicano*.

II.

CUENTOS Y NOVELAS.

Ignacio Manuel Altamirano. || *Cuentos de Invierno* || *Las Tres Flores* || Tercera edición corregida y aumentada. || México || Tipografía Literaria de Filomeno Mata. || Calle de la Canoa núm. 5 || 1880.

En 4.º 441 págs. más dos hojas de índice

Este volumen comprende además: *Julia*, *La Navidad en las montañas* y *Clemencia*, que juntas con las *Rimas*, forman el primer tomo de las *Obras Completas* que se proponía publicar Don Filomeno Mata.

La primera edición de *Las tres flores* se hizo con el título de *La Novia* en *El Correo de México*

(1867) y se reprodujo en *El Renacimiento* (1869) ya con el nuevo título.

La segunda novelita *Julia* se publicó por primera vez en *El Siglo XIX*, con el título de *Una Noche de Julio*.

Ignacio Manuel Altamirano || *La Navidad* || en las || *montañas* || (Quinta edición) || París || Biblioteca de la Europa y América || 71, Rue Rennes, 71 || 1891.

En 4.º 156 págs. Se publicó por primera vez en el *Album de Navidad* que editó el Sr. Portilla en el folletín de *La Iberia* y que compiló D. Francisco Sosa.

Ignacio Manuel Altamirano || *Cuentos de Invierno* || *Clemencia* || I. M. A || México || F. Díaz de León y Santiago White, Editores. || Segunda de la Monterilla, núm. 12. || MDCCCLXIX.

En 4.º 318 págs., y una hoja de la *Nota final*. Bellísima edición á la que acompaña una fotografía de la heroína, hecha por Cruces. No todos los ejemplares la tienen. La primera edición apareció en *El Renacimiento*.

Antonia y Beatriz.—Quedó trunca; pero la primera parte forma por sí sola una preciosa novela, en la que están admirablemente pintadas nuestras costumbres.

El Zarco.—Novela inédita vendida por su autor

á la *Casa Ballestrá* que aun no la ha publicado. El autógrafo existe en mi poder.

Atenea.—Novela inédita que dejó trunca, y cuyo autógrafo también poseo.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

III.

REVISTAS LITERARIAS.

Revistas Literarias de México || Por || Ignacio M. Altamirano || Edición particular del Autor || México || F. Díaz de León y S. White, Impresores. Bajos de San Agustín núm. 1 || 1868.

En 8.º 202 págs. y una hoja conteniendo la dedicatoria de las «Revistas» al inolvidable escritor D. Anselmo de la Portilla.

La misma obra, segunda edición, México || T. F. Neve, Impresor.—Callejón del Espíritu Santo núm. 11. || 1868.

En 8.º 203 págs.

Revista Literaria y Bibliográfica. (Primer Almanaque Histórico, Artístico y Monumental de la República Mexicana por Manuel Caballero. 1883-1884.)

Esta «Revista» que consta de V capítulos, publicada en las págs. 75 á 89 de la citada obra, es

una interesante reseña del movimiento intelectual habido en México, desde 1867 hasta 1882.

REVISTAS LITERARIAS.—(*La República*, Semana Literaria, Tomo IV, México, Imprenta Polyglota, Callejón de Santa Clara, Esquina.—1883.)

Nueva serie de trece revistas que reseñan el movimiento literario de México, durante los meses de Julio á Septiembre de 1883. Las dos primeras están consagradas al inspiradísimo poeta D. José Rosas Moreno.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO.—(*El Renacimiento*, pág. 42, 76, 88, 116 y 509 del Tomo I.)—México, 1869.

IV.

PRÓLOGOS Y JUICIOS.

Prólogos.

- 1.—A las *Fábulas* de José Rosas Moreno (1872.) XIV págs. 8.º
- 2.—Al *Escéptico*, novela de Vicente Morales (1880) XIX págs. 16.º
- 3.—A la *María* de Jorge Isaacs (1881) XIII págs. 8.º grande.
- 4.—A las *Pasionarias* de Manuel Flores (1882) XXIV págs. 8.º

Altamirano.—C

5.—A *Las Minas y los mineros* de Pedro Castera (1882) XXIV págs. 8.º grande.

6.—*Al Viaje á Oriente* de Luis Malanco (1883) XI-XXIX págs. 4.º

7.—A las *Poesías* de Miguel Ulloa (1885) XXV págs. 4.º

8.—*Al Romancero Nacional* de Guillermo Prieto [1885] XLV págs. 4.º

9.—A la *Evangelina* de Longfellow, traducida por Joaquín D. Casasús [1885] LXIV págs. 16.º

10.—*Al Cuauhtemoc* de Eduardo del Valle [1886] XLII págs. 8.º

11.—*Al Rey Cosijoza y su familia*, leyenda histórica de Manuel Martínez Gracida [1888] XIII págs. 4.º

12.—A las *Nociones de Derecho Constitucional* del Lic. Velasco Ruz (1897) X págs. 8.º

Juicios.

1.—*Ensayo Crítico || sobre || Baltasar || Drama Oriental || de la Señora || Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda || Representado por la primera vez en el Gran Teatro Nacional de México || en el beneficio de la distinguida actriz || Doña Salvadora Cairón || la noche del 27 de Junio de 1868 || Edición de 100 ejemplares para los amigos || México || Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, || Bajos de San Agustín núm. 1 || 1868.*

En 4.º con 40 págs. muy bien impresas en grueso papel. Este correcto y elegante juicio se

publicó primero en *El Siglo XIX* del 13 de Julio de 1868.

2.—*Carta á una poetisa* (1872) *El Domingo*, segunda época, págs. 292, 313, 346 y 358.

3.—De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870-1872. Idem págs. 318 y siguientes.

4.—*Dramaturgia* (1874) *El Artista*, tomo II, pág. 52.

5.—*Medea* (1875) idem, tomo III, pág. 96.

6.—*Polémica con motivo de la María* de Jorge Isaacs, *Diario del Hogar*, tomo II, números 214, 220 y 226.

7.—*La Evangelista* de Daudet, (*La Libertad*) y reproducida en *El Liceo Mexicano* números 13 y 14 del tomo II.

8.—*Guillermo Tell* (Shiller,) idem, idem, número 21 del tomo III.

V.

CRÓNICAS.—REVISTAS DE BELLAS ARTES.

Crónicas de la semana.—Durante el año de 1869 en *El Renacimiento* y después en 1870 en *El Siglo XIX*, semanariamente aparecieron estas crónicas, que son la historia social y literaria de México durante el período que comprenden.

Ignacio Manuel Altamirano. *El Salón en 1879*.

1880 || Impresiones de un aficionado || Artículos publicados en el diario *La Libertad*. || México || Imprenta de Francisco Díaz de León || Calle de Lerdo núm. 3 || 1880.

En 4.º, 72 págs.

Revista Artística y Monumental.—*Almanaque Caballero*, págs. 88 á 107.

VI.
PAISAJES Y LEYENDAS.

Ignacio Manuel Altamirano || *Paisajes* || y *Leyendas* || *Tradiciones y Costumbres de México* || Primera Serie || México || Imprenta y Litografía Española, || San Salvador el Seco núm. 11 || 1884.

En 8.º, portada á dos tintas, 484 págs. y una de Índice. Contienen esta serie:

Prefacio.

- I.—El Sr. del Sacromonte.
- II.—La Semana Santa en mi pueblo.
- III.—El Corpus.
- IV.—La Fiesta de los Angeles.
- V.—La Vida en México.
- VI.—Los espectáculos.
- VII.—El otoño y las fiestas de Noviembre.
- VIII.—El día de muertos.

IX.—Los inmortales.

X.—La fiesta de Guadalupe.

La segunda Serie de esta bellísima obra, aun no coleccionada, comprende:

I.—Texcoco y Texcotzineo [cuatro artículos publicados en *La República*, *Semana Literaria*, año II números 38, 39 y 41.]

II.—Morelos en Zacatula, (idem, año IV, números 17 y 18.)

III.—Morelos en el Veladero, (idem, año IV, números 22, 23 y 24.)

IV.—Morelos en Tixtla, (*El Liceo Mexicano*) tomo II, números 3, 4, 5, 6, 7, y 8.

V.—El Viernes de Dolores, (*Diario del Hogar*, tomo II, número 155.)

VI.—Las tres caídas del Señor de Tacuba, (*El Liceo Mexicano*, tomo VI, pág. 61.)

VII.—Los Caminos de antaño, (idem, tomo III, número 20.)

VIII.—El Carnaval en México, (idem, tomo VI, pág. 53.)

IX.—Honra y provecho de un autor de libros en México, (*La República*, Abril 12 de 1883.)

VII.

DISCURSOS.

Ignacio Manuel Altamirano || *Discursos* || Pronunciados en la tribuna cívica, || en la Cámara de Diputados, || en varias Sociedades Científicas y Li-

terarias || y en otros lugares, || desde el año de 1859 hasta el de 1884. || Coleccionados por la primera vez. || París || Biblioteca de la Europa y la América || 71, Rue Rennes, 71 || 1892.

En 8.º con VIII-455 págs.

Colección que comprende veintisiete discursos de los que pronunció Altamirano, como diputado, como orador cívico y como orador académico en las honras de hombres célebres, tanto nacionales como extranjeros.

Algunos de los más notables discursos que aparecen en esta colección se imprimieron aparte, en periódicos, en mascaradas de seda, y en folletos que no citamos uno á uno por no hacer cansado este por sí árido índice bibliográfico.

VIII.

BIOGRAFÍAS.—REVISTAS HISTÓRICAS.

- A.—CARLOS DICKENS.—Su carácter.—Sus obras.—(*El Renacimiento*, tomo I, pág. 66.)
B.—VIDAL ALCOCER.—Apuntes biográficos.—(Idem, tomo I, pág. 77.)
C.—MANUEL LÓPEZ COTILLA.—Apuntes biográficos.—(Idem, tomo I, pág. 91.)
D.—FERNANDO OROZCO Y BERRA.—Apuntes biográficos.—(Idem, tomo I, pág. 129.)
E.—MELESIO MORALES.—Estudio biográfico.—(Idem, tomo I, págs. 305, 331, 337 y 360.)

F.—FLORENCIO M. DEL CASTILLO.—Estudio biográfico.—(Idem, tomo I, pág. 590.)

G.—BIOGRAFÍA DE MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.—(Publicada por primera vez en *El Liceo Hidalgo*, (1884), después en *El Liceo Mexicano*, (1890) y en un folleto en 8.º de 30 pág.)

H.—BIOGRAFÍA DE IGNACIO RAMÍREZ.—México || Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento || Calle de San Andrés núm. 15 || 1889.

En 4.º común con LXXII págs. Es la misma biografía que precede á las *Obras de D. Ignacio Ramírez*, impresas en el mismo lugar y año en 2 volúmenes, 4.º

REVISTA HISTÓRICA Y POLÍTICA.—I. México desde 1821 hasta 1853.—II. México desde 1853 hasta 1867.—III. México desde 1867 hasta 1882.—(*Primer Almanaque Histórico*, etc. de Caballero, páginas 1 á 74.)

MEDALLA DE HERNÁN CORTÉS.—(Idem, págs. 285.)
—Interesante artículo sobre una reliquia que perteneció al Conquistador de México y que poseía el Sr. Altamirano.

IX.

ESCRITOS DIVERSOS.

Largo sería enumerar todos y cada uno de los artículos políticos y literarios que publicó en los

periódicos de que fué fundador, redactor ó colaborador, lo mismo que los dictámenes que escribió como miembro de sociedades literarias y científicas, ó como profesor de instrucción pública, pero todos ellos bien podían formar dos gruesos é interesantes volúmenes.

Pero basta la sucinta enumeración que hemos hecho de las principales producciones de Altamirano, para tener idea de la flexibilidad de su talento, de su erudición literaria é histórica, que en cuanto á su inspiración como poeta y en cuanto á su estilo como prosista, al lector le tocará juzgar deleitándose en las páginas que siguen.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

México, 1899.

U A N L

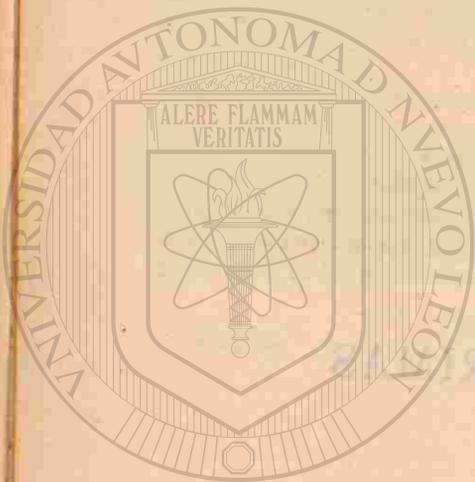
RIMAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LIBRO I.

A ORILLAS DEL MAR.

(IDILIOS).

FLOR DEL ALBA

Las montañas de Occidente
La luna traspuso ya;
El gran lucero del alba
Mírase apenas brillar,
Al través de los nacientes
Rayos de luz matinal;
Bajo su manto de niebla

®

Gime soñoliento el mar,
 Y el céfiro en las praderas
 Tibio despertando va.
 De la sonrosada aurora
 Con la dulce claridad,
 Todo se anima y se mueve,
 Todo se siente agitar:
 El águila allá en las rocas
 Con fiereza y majestad
 Erguida ve el horizonte
 Por donde el sol nacerá;
 Mientras que el tigre gallardo,
 Y el receloso jaguar,
 Se alejan buscando asilo
 Del bosque en la oscuridad.
 Los alciones en bandadas
 Rasgando los aires van,
 Y el *madrugador* comienza
 Las aves á despertar:
 Aquí salta en las caobas
 El pomposo *cardenal*,
 Y alegres los *guacamayos*
 Aparecen más allá.
 El *aní* canta en los mangles,
 En el ébano el *turpial*,
 El *cenzontli* entre las ceibas,
 La alondra en el arrayán,
 En los maizales el tordo,

Y el mirlo en el arrozal.
 Desde su trono la orquídea
 Vierte de aroma un raudal;
 Con su guirnalda de nieve
 Se corona el guayacán;
 Abre el algodón sus rosas,
 El ilamo su azahar,
 Mientras que lluvia de aljófár
 Se ostenta en el cafetal,
 Y el nelumbio en los remansos
 Se inclina el agua á besar.
 Allá en la cabaña humilde
 Turban del sueño la paz
 En que el labriego reposa.
 Los gallos con su cantar;
 El anciano á la familia
 Despierta con tierno afán,
 Y la campana del *Barrio*
 Invita al cristiano á orar.
 Entonces, niña hechicera
 De la choza en el umbral
 Asoma, que *Flor del alba*
 La gente ha dado en llamar.
 El candor del cielo tiñe
 Su semblante virginal,
 Y la luz de la modestia
 Resplandece en su mirar.
 Alta, gallarda, y apenas

Quince abriles contará;
 De azabache es su cabello,
 Sus labios bermejos, más
 Que las flores del granado,
 La púrpura y el coral;
 Si sonríen blancas perlas
 Menudas hacen brillar.
 Ya sale airosa llevando
 El cántaro en el *y gual*,
 Sobre la erguida cabeza
 Que apenas mueve al andar.
 Cruza el sendero de mirtos,
 Y cabe un cañaveral
 Donde hay una cruz antigua
 Bajo el techo de un palmar,
 Plantada sobre las peñas
 Musgosas de un manantial,
 Arrodillada la niña
 Humilde se pone á orar,
 Al arroyuelo mezclando
 Sus lágrimas de piedad.
 Luego sube á la colina
 Desde donde se ve el mar;
 Y allí con mirada inquieta,
 Buscando afanosa está
 Una barca entre las brumas
 Que ahuyenta ledo el terral;
 Los campesinos alegres

Que á los maizales se van,
 Al verla así la bendicen,
 Y la arrojan al pasar
Maravillas olorosas
 De las cercas del *bajial*:
 Que es la bella *Flor del alba*,
 La dulce y buena deidad
 Que adoran los corazones
 De aquel humilde lugar.

1864.

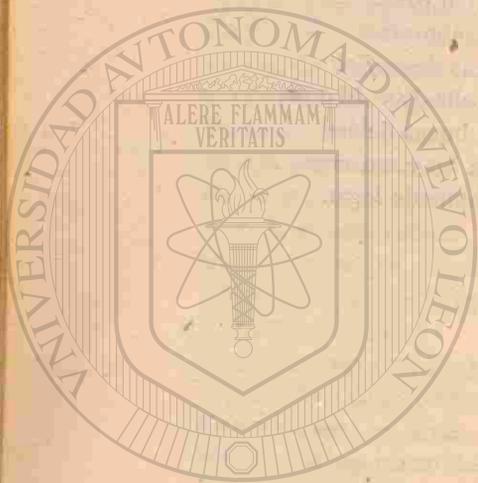
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECTORIO GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



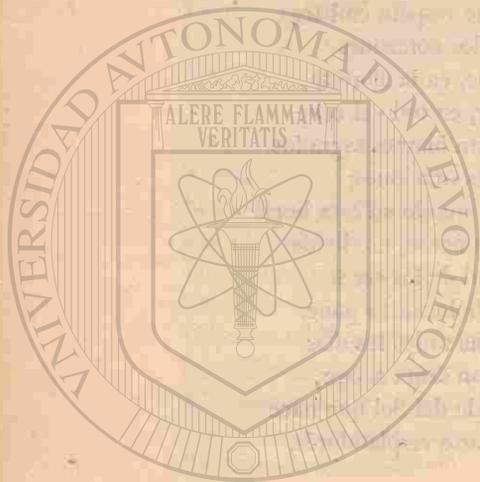
LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
Hacia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
O en las cañadas se esconden.
En ascuas de oro convierten
Del astro-rey los fulgores,
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores,
En la alfombra de los prados
Y en el manto de los bosques.

Sobre la verde ladera
 Que esmaltan gallardas flores,
 Elevan su frente altiva
 Los enhiestos girasoles;
 Y las caléndulas rojas
 Vierten al pie sus olores.
 Las amarillas retamas
 Visten las colinas, donde
 Se ocultan pardas y alegres
 Las chozas de los pastores.
 Purpúrea el agua del río
 Lame de esmeralda el borde,
 Que con sus hojas encubren
 Los plátanos cimbradores;
 Mientras que allá en la montaña,
 Flotando en la Peña enorme,
 La cascada se reviste
 Del iris con los colores.
 El ganado en las llanuras
 Trisca alegre, salta y corre;
 Cantan las aves, y zumban
 Mil insectos bullidores
 Que el rayo del sol anima,
 Que pronto mata la noche.
 En tanto el sol se levanta
 Sobre el lejano horizonte,
 Bajo la bóveda limpia
 De un cielo sereno Entonces

Sus fatigosas tareas
 Suspenden los labradores
 Y un santo respeto embarga
 Sus sencillos corazones.
 En el valle, en la floresta,
 En el mar, en todo el orbe
 Se escuchan himnos sagrados,
 Misteriosas oraciones;
 Porque el mundo en esta hora
 Es altar inmenso, en donde
 La gratitud de los seres
 Su tierno holocausto pone.
 Y Dios, que todos los días
 Ofrenda tan santa acoge,
 La enciende del Sol que nace
 Con los puros resplandores.





LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.

Del mamey el duro tronco
Picotea el carpintero,
V en el frondoso manguero
Canta su amor el turpial;

Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.

Deja el baño, amada mía,
Sal de la onda bullidora;
Desde que alumbió la aurora
Juguetear loca allí.
¿Acaso el genio que habita
De ese río en los cristales,
Te brinda delicias tales
Que le prefieres á mí?

¡Ingrata! ¿por qué riendo
Te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
Palpitando el corazón.
¿No ves que todo se agita,
Todo despierta y florece?
¿No ves que todo enardece
Mi deseo y mi pasión?

En los verdes tamarindos
Se requiebran las palomas,
Y en el nardo los aromas
A beber las brisas van.
¿Tu corazón, por ventura,
Esa sed de amor no siente,
Que así se muestra inclemente
A mi dulce y tierno afán?

¡Ah, no! perdona, bien mío;
Cedes al fin á mi ruego,
Y de la pasión el fuego
Miro en tus ojos lucir.
Ven, que tu amor, virgen bella,
Néctar es para mi alma;
Sin él, que mi pena calma,
¿Cómo pudiera vivir?

Ven y estréchame, no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello
Tímida huyendo de mí.

Oprímanse nuestros labios
 En un beso eterno, ardiente,
 Y transcurran dulcemente
 Lentas las horas así.

En los verdes tamarindos
 Enmudecen las palomas;
 En los nardos no hay aromas
 Para los ambientes ya.
 Tú languideces; tus ojos
 Ha cerrado la fatiga
 Y tu seno, dulce amiga,
 Estremeciéndose está.

En la ribera del río
 Todo se agosta y desmaya;
 Las adelfas de la playa
 Se adormecen de calor.
 Voy el reposo á brindarte
 De trébol en esta alfombra,
 A la perfumada sombra
 De los naranjos en flor.



LAS ABEJAS

Ya que del carmen en la sombra amiga
 Fuego vertiendo el caluroso estío,
 A buscar un refugio nos obliga
 Cabe el remanso del sereno río;
 Ven, pobre amigo, ven, y descansando
 De la ribera sobre el musgo blando,
 Oirás del labio mío
 Palabras de amistad consoladoras
 Que calmarán la lúgubre tristeza
 Con que insensato en tu despecho lloras.
 ¡Lamentas de los duelos la crudeza,
 Tú, cuyos quietos y dorados días
 Aun alumbra risueña la esperanza;
 Tú cuya confianza,

Inocentes placeres y alegrías
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna,
Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abrase,
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazón traspase.

Tú, joyen, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente,
La dolorida frente?
¿A la pérfida acaso recordabas?

Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?
¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazón perjuero dejas?
¿Por qué cuando en un día,
Primera vez miraste
De esa traidora la belleza impía,
El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer; vicio temprano,
Como á las gentes que en la corte habitan,
Ya corrompió su cotazón liviano;
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!

Lloras el tiempo que perdiste en vano.
¡Amor allí no existe!
Allí cual frescas, perfumadas rosas,
Al corazón se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno
Pronto en la duda y tedio se consume
Al negro influjo del mortal veneno.
Amor no existe allí! la dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera

En su frente de ángel, y su pecho
Sincero amando, palpar debiera,
De infame corrupción con el ejemplo
No al sentimiento puro le consagra,
Porque del oro le convierte en templo.

¿Qué dicha, qué placeres
Esperas tú encontrar de esas mujeres
En el vendido seno
A los ardores del cariño ajeno,
Cuando su impura llama,
Si nace, solamente
Al soplo vil del interés se inflama?
Huye la corte, amigo, y la ventura
Ven á buscar aquí, do la inocencia
Te ofrecerá en la flor de la hermosura
Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
Libando su dulzura
Cambiará tu existencia;
Del tedio sanarás que te aniquila,
Y la virtud amando; suavemente
Tu vida pasará cual la corriente
De ese arroyo, tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
De ese carmen umbroso y escondido,
Afanosas buscando las ábejas
El néctar delicioso, apetecido?
Mira cuál van dejando desdeñosas,

De su brillo á pesar y su hermosura,
Las flores venenosas.
Ellas buscan quizá las más humildes,
Las que ocultas tal vez en la espesura
De las agrestes breñas
Apenas se distinguen, ó en la oscura
Grieta se esconden de las duras peñas:
Ellas no creen que al ostentarse ufanas
Aquellas que parecen
Con mayor altivez y más colores,
Sean también las que ofrecen
Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
Pobre insecto, es verdad, pero dotado
Por el pródigo cielo
De un instinto sagaz y delicado;
Y en el jardín del mundo,
Si el néctar de la dicha librar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida,
Que á la virtud con su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.
Una infame y perjura cortesana
Tu corazón sedujo; tú la amaste,
Y alimentando tu pasión insana
Tu puro corazón envenenaste.

Olvídala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra
De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe;
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos
Que ríen, mostrando deslumbrantes perlas;
La de turgentes hombros y divinos,
Que la Venus de Gnido envidiaría;
Mírala, ¿no enloquece tu alma joven.
Como hace tiempo enloqueció la mía?
¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fría
Do la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta virgen del bosque,
Do la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la grata esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Díme, ¿á apagar su fuego esa mirada

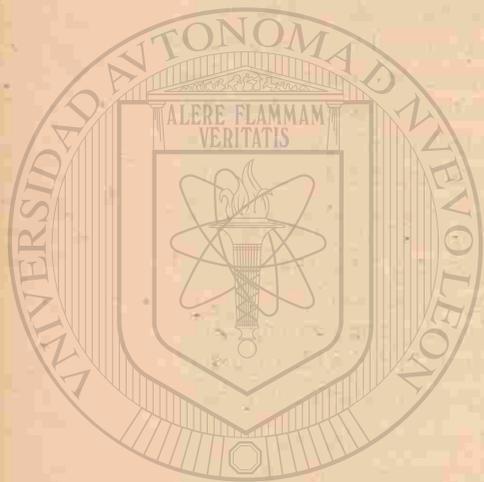
Con el ansioso labio no provoca?
¿Quién al verla sonriendo no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fe constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca;
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la corte corrompida,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.

1854.



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS AMAPOLAS

Uror.—Título.

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,
Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya;
Ni la más ligera brisa
Viene el bosque á jugar.

Aitamirano.—4

Todo reposa en la tierra,
 Todo callándose vá,
 Y sólo de cuando en cuando
 Ronco, imponente y fugaz,
 Se oye el lejano bramido
 De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
 Entre el verde carrizal,
 Asoma una bella joven
 De linda y morena faz;
 Siguiéndola va un mancebo
 Que con delirante afán
 Ciñe su ligero talle,
 Y así le comienza hablar:

—“Ten piedad, hermosa mía,
 Del ardor que me devora,
 Y que está avivando impía
 Con su llama abrasadora
 Esta luz de Mediodía.

Todo suspira sediento,
 Todo lánguido desmaya,
 Todo gime soñoliento:
 El río, el ave y el viento
 Sobre la desierta playa,

Duermen las tiernas mimosas
 En los bordes del torrente,
 Mustias se tuercen las rosas,
 Inclinando perezosas
 Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangeros
 Los floripondios tostados;
 Tibios están los senderos
 En los bosques perfumados
 De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
 De calor desvanecidas,
 Humedecen sus corolas
 En las cristalinas olas
 De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece
 Yo me abraso de deseos;
 Mi corazón se estremece,
 Y ese sol de Junio acrece
 Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
 En busca de sombra vamos
 Al fondo del bosque umbrío,
 Y un paraíso finjamos
 En los bordes de ese río,

Aquí en retiro encantado
Al pie de los platanares
Por el remanso bañado,
Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
Sobre la espalda morena;
Muestra la esbelta cintura
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
Confundamos nuestras almas
En un beso, en un aliento.....
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas."—

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo.....y nada más.

Entre las palmas se pierden;
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida va;
Y entre los alegres ruidos;
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

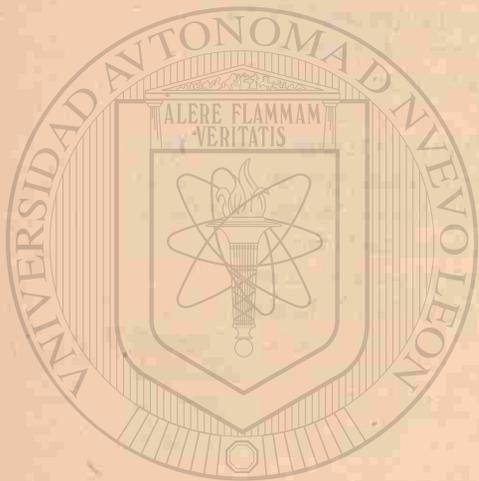
Junio, 1858.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AL ATOYAC

Abrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar;
Y opongan en su lucha las aguas orgullosas,
Al encendido rayo su ronco rebramar.

Tú corres blondamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó;
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce Primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal;
Y plácido murmuras al pie de las palmeras,
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este Edén divino, que esconde aquí la costa,
El sol ya no penetra con rayo abrasador;
Su luz, cayendo tibia, los árboles no agosta,
Y en tu enramada espesa se tiñe de verdor.

Aquí sólo se escuchan murmullos mil süaves,
El blando son que forman tus linfas al correr,
La planta cuando crece, y el canto de las aves,
Y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Osténtanse las flores que cuelgan de tu techo
En mil y mil guirnaldas para adornar tu sien;
Y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
Con frescos ramilletes inclínase también.

Se dobla en tus orillas, cimhrándose, el papayo,
El mango con sus pomos de oro y de carmín;
Y en los ilamos saltan, gozoso el papagayo,
El ronco carpintero y el dulce colorín.

A veces tus cristales se apartan bulliciosos
De tus morenas ninfas jugando en derredor:

Y amante las prodigas abrazos misteriosos,
Y lánguido recibes sus óseulos de amor.

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
Y en tu salvaje templo comienza á obscurecer,
Del ave te saludan los últimos cantares,
Que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia; se cuelga ya brillando
La blanca luna, en medio de un cielo de zafir,
Y todo allá en los bosques se encoge y va callando,
Y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado,
Cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
También te vas durmiendo, apenas alumbrado,
Del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle; ni turban tu reposo
Del remo de las barcas el tímido rumor,
Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
En busca de las peñas que esquivá el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
Ni el ronco que á los aires los caracoles dan,
Ni el *huaco* vigilante que en gritos lastimeros
Inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

En tanto los cocuyos en polvo refulgente
Salpican los umbrosos yerbajes del *huamil*,
Y las oscuras malvas del algodón naciente,
Que crece de las cañas de maiz entre el carril

Y en tanto en la cabaña, la joven que se mece
En la ligera hamaca y en lánguido vaivén.
Arrúllase cantando la *zamba* que entristece
Mezclando con las trovas el suspirar también.

Mas de repente, al aire resuenan los bordones
Del arpa de la costa con incitante son;
Y agítanse y preludian la flor de las canciones,
La dulce *malagueña* que alegra el corazón.

Entonces, de los *Barrios* la turba placentera
En pos del arpa el bosque comienza á recorrer,

Y todo en breve es fiestas y danza en tu ribera,
Y todo amor y cantos y risas y placer.

Así transcurren breves y sin sentir las horas;
Y de tus blandos sueños en medio del sopor
Escuchas á tus hijas, morenas seductoras,
Que entonan á la luna sus cántigas de amor.

Las aves en sus nidos, de dicha se estremecen,
Los floripondios se abren su esencia á derramar;
Los céfiros despiertan, y suspirar parecen;
Tus aguas en el álveo se sienten palpar.

¡Ayl! ¿Quién en estas horas en que el insomnio
(ardiente)

Aviva los recuerdos del eclipsado bien,
No busca el blando seno de la querida ausente
Para posar los labios y reclinar la sien?

Las palmas se entrelazan, la luz en sus caricias
Destierra de tu lecho la triste oscuridad:

Las flores á las auras inundan de delicias... Y.
Y sólo el alma siente su triste soledad.

Adiós, callado río: tus verdes y risueñas
Orillas, no entristezcan las quejas del pesar;
Que oírlas sólo deben las solitarias peñas
Que azota, con sus tumbos, embravecido el mar

Tú queda reflejando la luna en tus cristales,
Que pasan en tus bordes tupidos á mecer
Los verdes ahuejetes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó;
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

Julio 2 de 1864.



EL ATOYAC

[EN UNA CRECIENTE].

Nace en la Sierra entre empinados riscos
Humilde manantial, lamiendo apenas
Las doradas arenas,
Y acariciando el tronco de la encina
Y los pies de los pinos cimbradores.

Por un tapiz de flores
Desciende, y á la costa se encamina
El tributo abundante recibiendo
De cien arroyos que en las selvas brotan.

A poco, ya rugiendo
Y el álveo estrecho á su poder sintiendo,
Invade la llanura,
Se abre paso, del bosque en la espesura

Y fiero ya con el raudal que baja
 Desde los senos de la nube obscura,
 Las colinas desgaja,
 Arranca las parotas seculares,
 Se lleva las cabañas
 Como blandas y humildes espadañas,
 Arrasa los palmares,
 Arrebata los mangles corpulentos:
 Sus furoros violentos
 Ya nada puede resistir, ni evita;
 Hasta que puerta á su correr dejando
 La playa. . . rebramando
 En el seno del mar se precipita!

.....
 ¡Oh! cuál semeja tu furor bravío
 Aquel furor temible y poderoso
 De amor, que es como río
 Dulcísimo al nacer, mas espantoso
 Al crecer y perderse moribundo
 De los pesares en el mar profundo!

Nace de una sonrisa del destino,
 Y la esperanza arrúllale en la cuna;
 Crece después; y sigue aquel camino
 Que la ingrata fortuna
 En hacerle penoso se complace,
 Las desgracias le estrechan, impasibles
 Le cercan por doquiera;

Hasta que al fin violento,
 Y tenaz, y potente se exaspera,
 Y atropellando valladares, corre
 Desatentado y ciego,
 De su ambición llevado, para hundirse
 En las desdichas luego.

.....
 ¡Ay, impetuoso río!
 Después vendrá el estío
 Y secando el caudal de tu corriente,
 Tan sólo dejará la rambla ardiente
 De tu lecho vacío
 Así también la dolorosa historia
 De una pasión que trastornó la vida,
 Sólo deja, extinguida,
 Su sepulcro de lava en la memoria.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANSANCIO

[A ORILLAS DEL MAR.]

Bajo un dosel de cenicientas nubes,
Y el cielo de los trópicos por techo,
Del mar tranquilo en el profundo lecho
Escondida del sol la frente está.

Los viejos mangles de la costa inclinan,
Lánguidas de calor, sus cabelleras;
Y el viento de la tarde, en las palmeras
Susurra lento y perezoso ya.

Aquí del mar en la desierta orilla
Tan risueña otra vez y encantadora,
Demos rienda al pesar que nos devora:
Corra, mujer, el llanto del dolor,

Altamirano.—6.

Déjame reclinar sobre las peñas
 Mi enferma frente, de sufrir cansada,
 Y déjame que lllore, desdichada:
 ¿Por qué me pides pláticas de amor?

Me torturas el alma; yo no puedo
 Mentirte una pasión, como tú mientes:
 ¿Cómo arrojar podrá lavas ardientes
 Si sólo tiene hielo el corazón?
 ¿No has comprendido aún qué significa
 De mi mal espantoso la fijeza?
 ¿Acaso yo no entiendo tu tristeza?
 ¡Ha muerto ya nuestra fatal pasión!

No finjas más; de nuestros labios salga
 Esta verdad, aunque terrible y dura;
 No hay lazo ya en nosotros de tortura,
 Y arrastramos los grillos del pesar.
 Nuestros besos son fríos... nuestros brazos
 Ha fatigado el perezoso tedio.....
 Nuestros ojos se apartan... no hay remedio
 Esta horrible ficción debe acabar.

¿No ves que á nuestro paso todo muere,
 Todo se inclina lánguido y se agosta?
 ¿No ves en las florestas de la costa
 Las hojas de los árboles caer?

De tu morada triste á la ribera,
 ¿Qué halla tu pie, sino punzantes cardos
 En vez de aquellos aromosos nardos
 Que entapizaban tu camino ayer?

¿No ves que huyendo, alzó la Primavera
 De la tierra su manto de verdura,
 Y de sus rojos mirtos la llanura
 El soplo del invierno despojó?
 Las fecundantes nubes ya son idas,
 Nuestro horizonte bello empalidece,
 El pueblo de las aves enmudece,
 Y el transparente mar se ennegreció

Lo mismo pasa en nuestro amor, señora;
 Su hermosa primavera brilló un día,
 Pero hoy, nos mata indiferencia impia.....
 ¡Llegó el invierno al corazón también!
 Apagóse la lumbre de tus ojos,
 Y enmudeció cansado en un instante
 Ese pecho otras veces palpitante
 Al abrigar mi enardecida sien.

¿Lloras? también yo sufro; me fatiga
Esta pesada y lóbrega existencia
De horrible saciedad, de indiferencia,
De tormento constante y roedor.

Hay otros seres que al amor se entregan,
Y son felices ¡ay! yo los envidio,
Yo que apenas amé, cuando ya lidio
Con el tedio, la duda, el desamor.

Sufro al mirar que junto á tí, en la playa
Las flores de la tarde voluptuosas
Abriendo van sus senos amorosas,
Hoy que la noche se extendió en el mar.
Y de su cáliz de marfil turgente
Exhalan sus aromas virginales,
Al soplo de los áridos terrales
Que hace de amor sus pétalos temblar.

Y te contemplo allí, muda, inclinando
Tu rostro que el dolor cubre sombrío,
Inundado del llanto que el hastío,
No el amor de otro tiempo te arrancó.

Ya estás marchita, y te pidiera en vano
Para alentar mi lánguida existencia
De los deleites la ardorosa esencia;
Ya el cáliz de tu seno se agotó.

Separarnos debemos para siempre,
Y un tormentoso porvenir ahorremos;
Nuestros votos mentidos olvidemos,
¡Fué nuestra historia un sueño de placer!

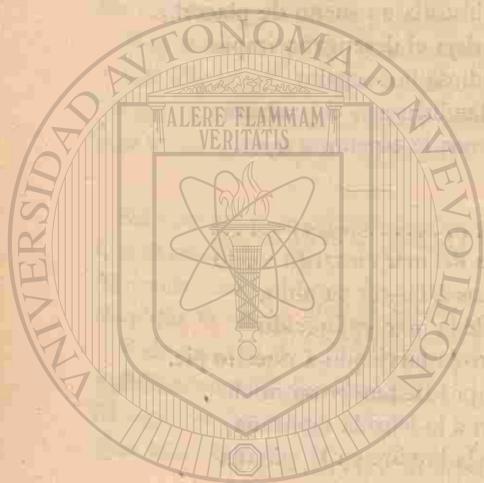
Libres nos deja el desengaño impío
Cuya segur odiosa nos separa;
Como libres también nos encontrara
Antes de unirnos la esperanza ayer.

.....
Ya las aves del mar en tardo vuelo
Van á las rocas á buscar su nido,
Y el tumbo de la mar enfurecido
Su espuma arroja hirviendo á nuestro pie.

Entre el capuz de tenebrosa noche
Se ha perdido á lo lejos la montaña;
Del pescador la lumbre en la cabaña
Pálida y triste fulgurar se ve.

Vamos, señora, por la vez postrera,
Nuestro sueño á dormir bajo de un techo;
Porque la noche próxima, en tu lecho
Solitaria y ya libre te hallarás.

Debemos darnos sin llorar, sin pena,
El triste adiós del desencanto ahora:
¡Oh, sí! . . . ¡mañana al despuntar la aurora
Alejarme por siempre me verás!



AL SALIR DE ACAPULCO

A BORDO DEL VAPOR "ST-LOUIS" DE LA LINEA DEL PACIFICO,
EL 30 DE OCTUBRE DE 1863, A LAS ONCE DE LA NOCHE.)

.....Aun diviso tu sombra en la ribera,
Salpicada de luces cintilantes,
Y aun escucho á la turba vocinglera

De alegres y despiertos habitantes,
Cuyo acento lejano hasta mi oído
Viene el terral trayendo, por instantes.

Dentro de poco ¡ay Dios! te habré perdido,
Ultima, que pisara cariñoso,
Tierra encantada de mi Sur querido.

Me arroja mi destino tempestuoso,
¿Adónde? no lo sé; pero yo siento
De su mano el empuje poderoso.

¿Volveré? tal vez no; y el pensamiento
Ni una esperanza descubrir podría
En esta hora de huracán sangriento.

Tal vez te miro el postrimero día,
Y el alma que devoran los pesares
Su adiós eterno, desde aquí te envía.

Quédate, pues, ciudad de los palmares,
En tus noches tranquilas arrullada
Por el acento de los roncós mares,

Y á orillas de tu puerto recostada,
Como una ninfa en el verano ardiente
Al borde de un estanque desmayada.

De la sierra el dosel cubre tu frente,
Y las ondas del mar siempre serenas
Acarician tus plantas dulcemente.

¡Oh suerte infausta! me dejaste apenas
De una ligera dicha los sabores,
Y á desventura larga me condenas!

Dejarte ¡oh Sur! acrece mis dolores,
Hoy que en tus bosques quédase escondida
La hermosa y tierna flor de mis amores,

Guárdala ¡oh Sur! y su existencia cuida
Y con ella alimenta mi esperanza
Porque es su aroma el néctar de mi vida!

.....

.....

.....

Mas ya te miro huir; en lontananza
Oigo alegre el adiós de extraña gente,
Y el buque, lento en su partida avanza.

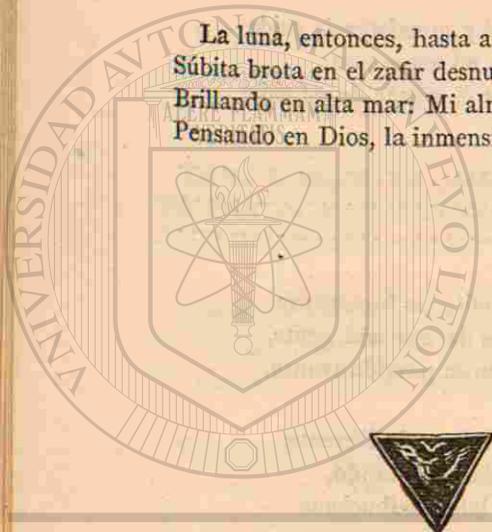
Todo ríe en la cubierta indiferente;
Sólo yo con el pecho palpitando,
Te digo adiós con labio balbuciente

La niebla de la mar te va ocultando;
Faro, remoto ya, tu luz semeja;
Ruje el vapor, y el Leviathán bramando

Las anchas sombras de los montes deja,
Presuroso atraviesa la bahía,
Salva la entrada y á la mar se aleja;

Y en la llanura lóbrega y sombría
 Abre con su carrera acelerada
 Un surco de brillante argentería

La luna, entonces, hasta aquí velada,
 Súbita brota en el zafir desnuda,
 Brillando en alta mar: Mi alma agitada
 Pensando en Dios, la inmensidad saluda.



LIBRO II.

A UNA SOMBRA

AL PIE DEL ALTAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TRANSEAT A ME CALIX ISTE.

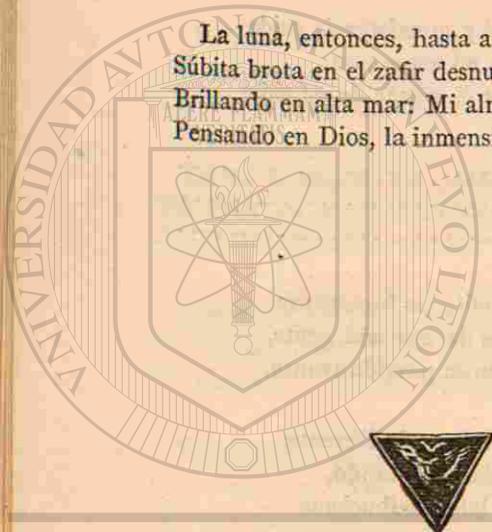
DIRECCIÓN GENERAL DE

Vengo á tu templo con la faz sombría
 Y con el alma enferma de pesar,
 Buscando alivio en la desgacia mía
 Junto á la yerta losa de tu altar,

®

Y en la llanura lóbrega y sombría
 Abre con su carrera acelerada
 Un surco de brillante argentería

La luna, entonces, hasta aquí velada,
 Súbita brota en el zafir desnuda,
 Brillando en alta mar: Mi alma agitada
 Pensando en Dios, la inmensidad saluda.



LIBRO II.

A UNA SOMBRA

AL PIE DEL ALTAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TRANSEAT A ME CALIX ISTE.

DIRECCIÓN GENERAL DE AS

Vengo á tu templo con la faz sombría
 Y con el alma enferma de pesar,
 Buscando alivio en la desgacia mía
 Junto á la yerta losa de tu altar,

®

Jamás te importuné con mis plegarias;
Sufría. . . y nada te pedí, Señor:
Yo he gemido en mis noches solitarias
Devorando en silencio mi dolor.

Pero hoy no puedo más. . . hoy sí te pido
Que termines clemente mi sufrir;
Un siglo de pesar mi vida ha sido,
Es mi esperanza única, morir.

No me aguarda en el mundo sino llanto,
Miseria, desengaño padecer,
Eterno desamor, tenaz quebranto,
Soledad y tristeza por do quier.

Yo no tengo ya objeto en mi camino,
La estrella de mi norte se eclipsó;
Voy cual desierto buque sin destino,
Que horrible temporal despedazó.

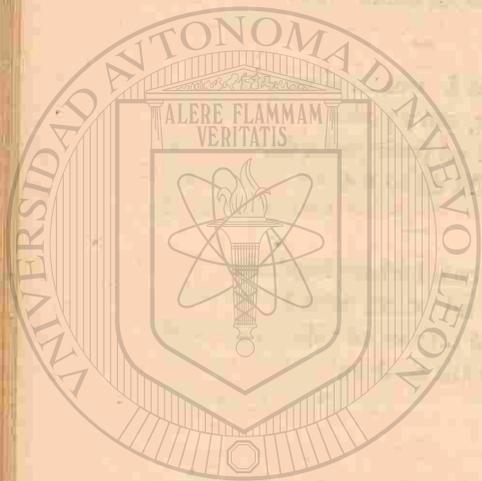
Tú no querrás que viva encadenado
A una existencia desdichada así,
Por el triste recuerdo atomentado
De la dulce esperanza que perdí.

Ya basta de sufrir; tras largos días
De pesar silencioso y hondo afán,
Siento acabarse ya las fuerzas mías,
Secas las fuentes de mi llanto están.

Tú que concedes á otros en el mundo
Honores, bienestar, oro y poder,
Ten compasión de mi pesar profundo,
Concédeme la dicha de *no ser*.

¿He de apagar cuál bárbaro homicida
La luz que anima mi existir, Señor?
Jamás lo intentaré tuya es mi vida. . .
¡Pase de mí este cáliz de dolor!





EN SU TUMBA

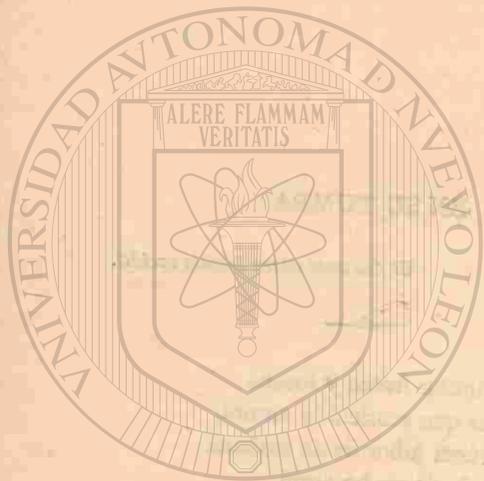
Ut flos ante diem flebilis occidit.

Ayer la ví brotar fresca y lozana
Como una flor que acarició la aurora,
Cuando al primer albor de su mañana
El puro cáliz de su pecho abrió.

Hoy de la muerte á la fiereza impía
Mi pobre virgen se agostó por siempre,
Como la débil flor que al medio día
Sobre su tallo mústio se dobló.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1858



PENSANDO EN ELLA

*"For why should we mourn
for the blest?"*

BYRON.

¿Por qué tanto suspiro y duelo tanto?
¿Por qué verter á su recuerdo el llanto;
¡Oh, alma mía! si tus ojos ven
Entre las nieblas del pesar profundo,
Que un condenado hay menos en el mundo,
Y un arcángel hay más en el Edén?

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿No ves cruzar la imagen de tu amada,
Pura y feliz, la bóveda azulada
Por do las nubes y los astros van?

Altamirano.—8.

¿No ves de tu semblante los destellos?
 ¿Por qué afligirte entonces por aquellos
 Que ya en la luz del paraíso están?

Mírala ya en el cielo: hasta su planta
 En tus horas más lúgubres levanta
 Tu esperanza cristiana y tu oración.
 Y que renazcan de tu fe las flores:
 Ella vela por tí; sufre, y no llores,
 No llores más, mi pobre corazón.

1858



AL XUCHITENGO

¡Oh, Dios! ¿quién me diera volver á esos días
 De goces tranquilos y sueños de amor,
 Y allí en tus riberas azules y umbrías,
 Dormir escuchando tu dulce rumor?

¡Qué pronto pasaron mis horas risueñas,
 Mis blancas visiones, mis noches de paz!
 ¡Qué pronto pasaron hiriendo halagüeñas
 Mi pecho, á su paso, con dicha fugaz!

Tristísima invoca venturas pasadas
 El alma doliente que gime sin fé;
 Tristísimas buscan mi yertas miradas
 Allí entre tus bosques al ángel que amé.

Tú fuiste de amores felices, testigo;
 Mi Carmen, tus playas ardientes pisó:
 Su voz escuchaste, tú fuiste su amigo,
 Tu linfa su imagen divina espejó.

—
 Porque ella buscaba tu lecho de flores
 Que anima el aliento de un Mayo eternal,
 Y el búcaro tibio de blandos olores
 Que suave acaricia tu limpio cristal

—
 ¡Qué tardes hermosas allí en tus riberas;
 Qué dulce es el rayo del sol junto á tí!
 ¡Qué sombras ofrecen tus verdes mangueras,
 Qué alfombras de césped se extienden allí!

—
 La flor del naranjo la brisa embalsama,
 Los nardos perfuman el bosque también;
 El mirto silvestre su aroma derrama,
 Y el plátano esbelto refresca la sien.

—
 ¡Oh río! mi historia de dicha tú vistes,
 Allí en tus riberas borrada estará.....
 Vinieron mis tiempos borrados y tristes,
 Aquella divina mujer.....¡murió ya!

Tan sólo me queda la dulce memoria
 De aquel desdichado, tiernísimo amor,
 Cual vago reflejo de pálida gloria,
 Cual de astro que pasa fugaz esplendor.

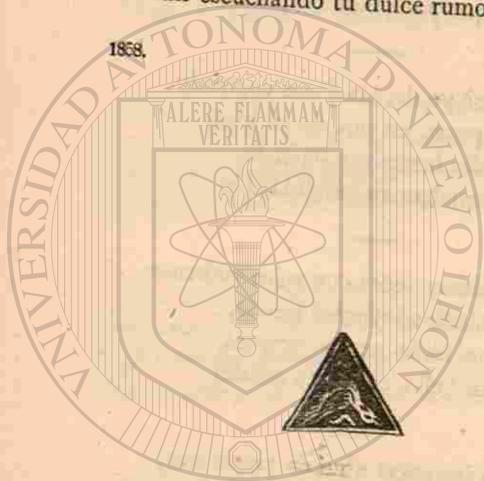
—
 ¿Te acuerdas? yo iba las flores cogiendo
 Más frescas y puras, en pos de mi bien,
 Y ella guirnalda hermosa tejiendo,
 Que luego adornaban su cándida sien.

—
 ¡Oh! si, ¡cuántas veces con rojas verbenas
 Los negros cabellos joyantes trenzó,
 Y al ver en tus linfas azules, serenas,
 Su imagen tan bella, contenta sonrió!

—
 Aun nacen las rosas aquí en tus riberas,
 Aun cantan las aves sus himnos quizás,
 ¡Aun todo contento respira.....y ¿mi amada?
 No puedes volvérmela, no, murió ya!

—
 Sin ella, ¿qué vales, qué ofreces, oh río?
 ¿Qué vale ni el mundo, ya muerto el amor?
 No busco ya sólo, tu encanto sombrío,
 ¡Oh! déjame léjos, llevar mi dolor.

¡Oh Dios! ¿quién me diera volver á esos días
De goces tranquilos y sueños de amor,
Y allí en tus riberas azules y umbrías,
Dormir escuchando tu dulce rumor?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



RECUERDOS.

(A MI MADRE)

Se oprime el corazón al recordarte,
Madre, mi único bien, mi dulce encanto;
Se oprime el corazón y se me parte,
Y me abraza los párpados el llanto.

Lejos de tí y en la orfandad, proscrito,
Verte nomás en mi delirio anhelo;
Como anhela el precito
Ver los fulgores del perdido cielo.

¡Cuánto tiempo, mi madre, ha trascurrido
Desde ese día en que la negra suerte
Nos separó cruel! ¡Tanto he sufrido
Desde entonces, oh Dios, tanto he perdido,
Que siento helar mi corazón la muerte!

¿No lloras tú también ¡oh madre mía!
 Al recordarme, al recordar el día
 En que te dije adiós, cuando en tus brazos
 Sollozaba infeliz al separarme,
 Y con el seno herido, hecho pedazos,
 Aun balbutí tu nombre al alejarme?

Debiste llorar mucho. Yo era niño
 Y comencé á sufrir, porque al perderte
 Perdí la dicha del primer cariño.

Después, cuando en la noche solitaria
 Te busqué para orar, sólo vió el cielo,
 Al murmurar mi tímida plegaria,
 Mi profundo y callado desconsuelo.

Era una noche oscura y silenciosa,
 Sólo cantaba el buho en la montaña;
 Sólo gemía el viento en la espadaña
 De la llanura triste y cenagosa.

Debajo de una encina corpulenta
 Inmóvil entonces me postré de hinojos,
 Y mi frente incliné calenturienta.

¡Oh! ¡cuánto pensé en tí llenos los ojos
 De lágrimas amargas!.....la existencia!
 Fué ya un martirio, y erial de abrojos
 El sendero del mundo con tu ausencia.

Mi niñez pasó pronto, y se llevaba
 Mis dulces ilusiones una á una;
 No pudieron vivir, no me inspiraba
 El dulce amor que protegió mi cuna.

Vino después la juventud insana,
 Pero me halló doliente caminando
 Lánguido en pos de la vejez temprana,
 Y las marchitas flores deshojando
 Nacidas al albor de mi mañana.

Nada gocé; mi fe ya está perdida;
 El mundo es para mí triste desierto;
 Se extingue ya la lumbre de mi vida,
 Y el corazón, antes feliz, ha muerto.

Me agito en la orfandad, busco un abrigo
 Donde encontrar la dicha, la ternura
 De los primeros días; — ni un amigo
 Quiere partir mi negra desventura.

Todo miro al través del desconsuelo;
 Y ni me alivia en mi dolor profundo
 El loco goce que me ofrece el mundo,
 Ni la esperanza que sonríe en el cielo.

Abordo ya la tumba, madre mía,
 Me mata ya el dolor. voy á perderte,
 Y el pobre sér que acariciaste un día
 Presa será temprano de la muerte!

Cuando te dije adiós, era yo niño:
Diez años hace ya; mi triste alma
Aún siente revivir su antigua calma
Al recordar tu celestial cariño.

Era yo bueno entonces, y mi frente
Muy tersa aún tu ósculo encontraba. . . .
Hace años, de dolor la reja ardiente
Allí dos surcos sin piedad trazaba.

Envejecí en la juventud, señora;
Que la vejez enferma se adelanta,
Cuando temprano en el dolor se llora,
Cuando temprano el mundo desencanta
Y el iris de la fe se descolora

Cuando contemplo en el confín de cielo,
En la mano apoyando la mejilla,
Mis montañas azules, esa sierra
Que apenas á vislumbrar mi vista alcanza,
Díós me manda el consuelo,

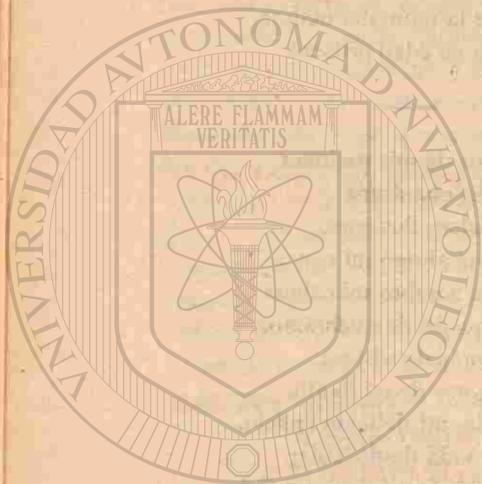
Y renace mi férvida esperanza,
Y me inclino doblando la rodilla,
Y adoro desde aquí la hermosa tierra
De las altas palmeras y manglares,
De las aves hermosas, de las flores,
De los bravos torrentes bramadores,
Y de los anchos ríos como mares,
Y de la brisa tibia y perfumada
Dó tu cabaña está mujer amada.

Ya te veré muy pronto madre mía;
Ya te veré muy pronto, ¡Dios lo quiera!
Y oraremos humildes ese día
Junto á la cruz de la montaña umbría
Como los años de mi edad primera.

Olvidaré el furor de mis pasiones
Me volverá rientes una á una
De la niñez las dulces ilusiones,
El pobre techo que abrigó mi cuna.
Reclinaré en tu hombro mi cabeza
Escucharás mis quejas de quebranto,
Velarás en mis horas de tristeza
Y enjugarás las gotas de mi llanto.
Huirán mi duda, mi doliente anhelo.
Recuerdos de mi vida desdichada;
Que allí estarás, ¡oh ángel de consuelo!
Pobre madre infeliz. . . madre adorada!

México.—1858.





EN LA MUERTE DE CARMEN.

In aeternum vale.

¡Tanto esperar! . . . ¡tanto sufrir, y en vano!
¡Morir las ilusiones tan temprano!
¡Tanta oración perdida y tanto afán!
Así después de bárbaras fatigas,
Ve el labrador quebrarse sus espigas
Al soplo destructor del huracán!

¿Conque es verdad, Señor? Después de tanto
Suspirar por un bien, en el quebranto
De mi lánguida y mísera niñez,
Cuando una dicha me aparece apenas,
De Tántalo al martirio me condenas
Y te enfureces contra mí otra vez?

¿Qué te hecho yo criatura desdichada
Que arrastro una existencia envenenada
Por el amargo filtro del dolor;

Para que tú, Dios grande omnipotente,
Así descargues en mi débil frente
Los golpes sin cesar de tu furor?

¿Mi delito es vivir? Tú lo quisiste.
¡Ay! Tú me has dado la existencia triste
Que me tortura y que me cansa ya,
Tú que otros seres al placer destinas
Una corona dísteme de espinas
Que el corazón despedazando va.

Si blasfemo ¡perdón! En mi martirio
El corazón se abrasa, y el delirio
Trastorna mi cerebro, sí; ¡piedad!

Soy un amante triste y desolado,
El astro de mis dichas ha eclipsado
Con su negro capuz la eternidad.

¡Corred!.....¡oh!.....¡más corred, lágrimas mías
Ya se apagó la antorcha de los días
De mi nublada y pobre juventud!

Una mujer, un ángel de consuelo
Fugaz me apareció... y eterno duelo
Dejóme al ocultarla el ataúd.

Miradla inerte....¿comprendéis ahora,
Almas que habéis amado, por qué llora
Con lágrimas de sangre el corazón?

¿Sabéis lo que es una mujer querida
Cuyo amor alimenta nuestra vida?
¿Sabéis lo que es perderla? ¡Maldición!

Es ¡ay! perder, el que cansado vaga,
La única linfa que su sed apaga
Del desierto en el tórrido arenal.

Es ¡ay! perder el pobre condenado
Que cruzara este mundo, desdichado,
La esperanza en la vida celestial.

Esa mujer me amó.... mis años lentos
De soledad, de hastío, de tormentos,
Por ella, por su amor sólo olvidé

Era mi Dios, mi pecho solitario
Fué de su imagen perennal santuario;
Como á Dios adoraba, la adoré.

Cambióse el mundo, para mí sombrío,
Cuando me apareció, bello ángel mío,
Riente, puro, dulce, encantador,

Con su mirada lánguida y ardiente,
Con el pudor divino de su frente
Y con su seno trémulo de amor.

Azucena purísima y lozana
Abriéndose al calor de la mañana,
Al beso del cefir primaveral.

¡Oh! ¿quién dijera que secar podría
Aun antes de llegar á medio día
El sol su cáliz, blando y virginal?

¡Mujer, adiós! pudiera yo animarte
Con mi ósculo de fuego y contemplarte
Apasionada y tierna sonreír!

¡Verte, en tu seno derramar mi lloro,
Y jurarte de nuevo que te adoro,
Y á tus plantas después, mi bien, morir!

Angel, adiós. . . . tu alma refulgente
Brilla á los pies del Dios omnipotente,
Y amante aún me mira desde allí,
Cuando el Señor sonría á tus caricias,
Y te arrebatte en célicas delicias,
Angel. . . . mi amor, acuérdate de mí.

Y cuando cruces el azul del cielo,
Nunca te olvides de inclinar tu vuelo
A este lóbrego mundo de dolor.

Yo te veré, yo seguiré tus huellas
Entre el blanco vapor de las estrellas,
Y de la luna al pálido fulgor.

Yo invocaré tu imagen bienhechora
Para que me consuele en esa hora
De silencio solemne y de quietud.

Porque ¡ay! entonces turbarán mi calma
Las negras tempestades de mi alma,
Reliquia de mi triste juventud.

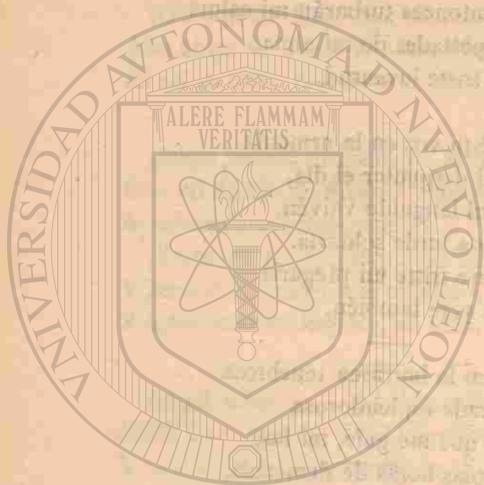
Yo escucharé tu voz en la armonía
De la floresta al despuntar el día,
De las palmas al lánguido vaivén.

Y en la callada tarde solitaria,
Cuando murmure triste mi plegaria
En el Ocaso te veré también.

Del mundo en la borrasca tenebrosa
Tu sublime mirada esplendorosa
Será la estrella que me guíe, mi luz,
Y en mis impías horas de demencia,
El fuego iré á encender de mi creencia
De tu sepulcro en la escondida cruz.

¡Adiós, ángel, adiós! en mi tormento
Mi existencia será sólo un lamento;
Mas con tu dulce imagen viviré.

¡Adiós, sueños rosados, dulces horas,
Dulces como el placer y engañadoras!
¡Adiós, mi amor y mi primera fé!



LIBRO III.

CINERARIAS.

¡Aun vives corazón! vives. . . palpitas. . . !
¿Qué es esto, corazón? . . . te creí muerto. . .
¿Por qué tiembles así, por qué te agitas
En tu sepulcro destrozado y yerto?

¿Acaso una pasión? . . . me da pavora:
Sí un tiempo resistí sereno y fuerte,
Me falta ya valor en la tortura,
Y otro dolor me causará la muerte.

Aun el amargo dejo hay en mi boca.
De ese cáliz fatal que apuré un día;
Hoy si mi labio, por mi mal, lo toca.....
¡Oh, no lo quiera Dios!.....sucumbiría.

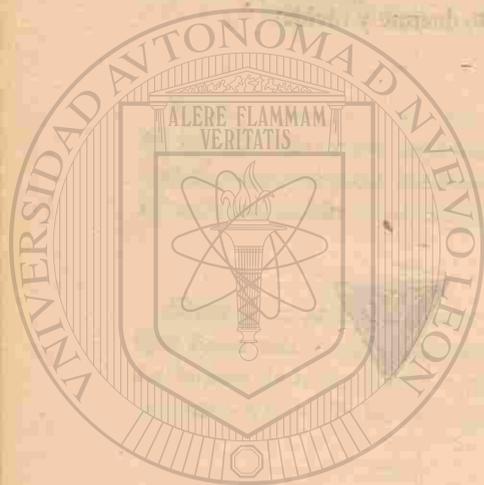
Recuerdo pertinaz nubla mi frente,
Mi juvenil vigor siento agotado;
Quiero acabar siquiera indiferente
El valle que infeliz le atravesado.

¡Silencio, corazón, duerme y olvida
Que fuiste niño y que sentir supiste;
La lumbre de tu fe se halla extinguida,
Duerme en la noche de tus dudas, tristel

Agonizante ardor, chispa postrera
Que por mi helada sangre se desliza,
No puedes ya existir, porque la hoguera
Que ardió voraz, se convirtió en ceniza.

¡Buscar aún la dicha en el camino,
Para encontrar al fin de pena tanta
Sólo el miraje que ama el peregrino,
Y más se aleja, mientras más le encanta!

¡Amor!¿buscas amor? ¡delirio triste!
¿No está la llama de tu fe extinguida?
¡¡Amor! ¿lo crees aún?¿piensas que existe?
Silencio, corazón, duerme y olvida!



A***

¿Quién del corazón responde?
Hoy juntos, mujer querida,
En la aurora de la vida
Nuestros destinos están;

Pero mañana.....¿quién sabe
Do nos lleven las congojas,
Como de un árbol dos hojas
Que arrebató el huracán?

Se evapora en este mundo
La esencia de los amores,
Como el frescor de las flores
En el calor estival.

Y con el paso del tiempo
Se ahuyenta la fe del alma,
Cual se ahuyenta de una palma
El verdor primaveral.

Tú me has jurado mil veces
Un amor tierno y constante;
Yo también te juré amante
Pura, santa, eterna fe.
Pero quizá, irresistible,
Del hado la fuerza impía,
A olvidar me obligué un día
Lo que á tus plantas juré.

Tal vez, mujer, anhelando
A la de otro unir tu suerte,
Mi pecho hieras de muerte
Con tu altanero desdén
No hay que fiar en las ondas,
No hay que fiar en los vientos,
Del alma en los juramentos,
De la vida en el vaivén.

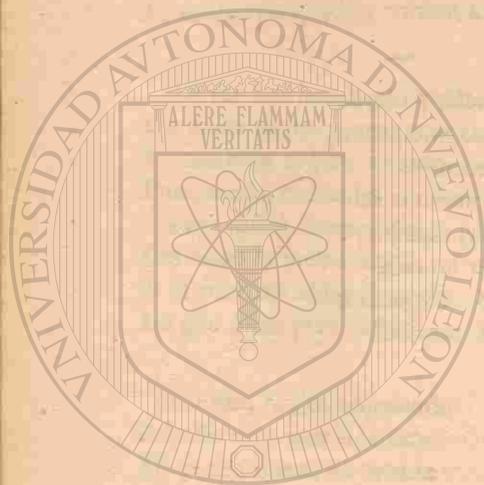
Hay un destino implacable
Que á nuestra vida preside,
Y que del hombre decide
La dicha y el porvenir.

Contra esa mano de hierro
Nuestro corazón se estrella,
Y en vano lucha, porque ella
Lo subyuga hasta morir.

Si á tal influencia, perjuro
Nuestras promesas rompemos,
Al destino obedecemos;
Culpas de él las nuestras son.
Amémonos hoy; mañana...
En nuestro poder no cabe
Cumplir un voto.... ¡quién sabe!
¡No se manda al corazón!

1862





PERJURIO

A***

Pálido el rostro, en lágrimas bañado,
Y ocultando en mi hombro tu alba frente
Con el seno oprimido y agitado,
Mi mano presa entre la tuya ardiente,

Murmuraste tu adiós. —“Voy á alejarme,
“Te dije, y voy de mi lealtad seguro;
“¿En tu constante amor podré fiarme?
—“Tú respondiste: *¡Siempre! ¡te lo juro!*”

Me aparté de tus brazos mudo y triste,
Un infierno llevando el alma mía;
Tú, mi mano al soltar, desfalleciste
Trémula y desmayada en tu agonía

¡Delirios del amor! ¿quién en la vida
Cree ya del juramento en la locura,
Si el alma, reina en sierva convertida
A romper sus cadenas se apresura?

¡Siempre! . . . ¡si apenas nace el sentimiento
Cuando el cansancio presuroso llega!
Si el deleite que dura es un tormento!
¡Si la luz que más brilla es la que ciega!

¡Siempre! . . . ¡la realidad de la existencia,
Del ideal los sueños desbarata;
Y del amor la fugitiva esencia
El soplo de los tiempos arrebata!

¡Siempre! . . . ¡imposible y loco devaneo!
Del recuerdo la lumbre, en la memoria
Sólo se aviva al soplo del deseo.
¡Tal es del alma la constante historia!

¡Tierra del corazón! ¡tierra mezquina
Dó nada vive, ni arraigarse quiere!
Donde hasta el mal, efímero germina
Y así naciendo, fructifica y muere!

.....

Hé nos aquí del uno el otro lejos;
Las tristes horas del adiós pasaron

Y del amor los tímidos reflejos
En el mar de la ausencia se apagaron.

En la ilusión de ayer, ¿quién piensa ahora?
¿Verdad que me olvidaste? lo presumo;
Y á mí, otro fuego el alma me devora:
¿Lo ves, mujer? el juramento es humo.

Y así debe de ser ¿la confianza
Quién en ajeno corazón encierra?
¿Quién va á pintar la flor de la esperanza
Sobre ese limo que arrojó la tierra?

Que nunca el alma la tristeza oprima.
Y de hoy el lazo que el de ayer deshaga;
Porque el amor guardándose, lastima,
Sólo el que pasa fugitivo, halaga.

Y ha de vivir, la vida del perfume
Que exhala el cáliz de la flor temprana;
La del débil rocío que consume
El primer resplandor de la mañana.

Y así, señora, demos al olvido
Eso que el labio prometió inexperto;
Guardando nuestro amor fuera. . . mentido,
Pasó muy pronto, pero así fue cierto.

Desde hoy, indiferencia: si algún día,
Por el mismo camino nos cruzamos,

La faz serena y la mirada fría,
No dirán que culpables perjuramos.

Nadie sabrá que un tiempo los sentidos
Ebrios de nuestro amor, y tantas veces,
En apurar pasamos embebidos
Del deleite la copa hasta las heces

Nadie sabrá tampoco que hora alguna
De placer, amargó letal tormento;
Que nuestro corazón sintió importuna
La espina de tenaz remordimiento.

Nada quitó mi amor de tu belleza,
Ni el fuego intenso que en tus ojos brilla,
Ni la altivez que anima tu cabeza,
Ni las rosas que tiñen tu mejilla.

Ni un surco más en la tostada frente,
Ni una lágrima menos en la vida,
Ni otro dolor que mi desdicha aumente:
Nada me deja tu lealtad perdida.

.....

Y adiós... que el goce del perjurio pueda
Darte mas dicha que te dí, señora;
Que yo, el absintio que en el labio queda
Voy á endulzar con mi placer de ahora.



MARIA

Allí en el valle fértil y risueño.
Dó nace el Lerma y, débil todavía
Juega, desnudo de la regia pompa
Que lo acompaña hasta la mar bravía;
Allí donde se eleva
El viejo Xinantecatí, cuyo aliento,
Por millares de siglos inflamado,
Al soplo de los tiempos se ha apagado,
Pero que altivo y majestuoso eleva
Su frente que corona eterna hielo
Hasta esconderla en el azul del cielo

Allí donde el favonio murmurante
Mece los frutos de oro del manzano
Y los rojos racimos del cerezo
Y recoge en sus alas vagarosas
La esencia de los nardos y las rosas.

Allí por vez primera
Un extraño temblor desconocido,
De repente, agitado y sorprendido
Mi adolescente corazón sintiera.

Turbada fue de la niñez la calma,
Ni supe qué pensar en ese instante
Del ardor de mi pecho palpitante
Ni de la tierna languidez del alma.

Era el amor: mas tímido, inocente,
Ráfaga pura del albor naciente,
Apenas devaneo
Del pensamiento virginal del niño;
No la voraz hoguera del deseo,
Sino el risueño lampo del cariño

Yo la miré una vez—virgen querida
Despertaba cual yo, del sueño blando
De las primeras horas de la vida:
Pura azucena que arrojó el destino
De mi existencia en el primer camino,
Recibían sus pétalos temblando
Los ósculos del aura bullidora
Y el tierno cáliz encerraba apenas
El blanco aliento de la tibia aurora.

Cuando en ella fijé larga mirada
De santa adoración, sus negros ojos

De mí apartó; su frente nacarada
Se tiñó del carmín de los sonrojos;
Su seno se agitó por un momento,
Y entre sus labios espiró su acento.

Me amó también—Jamás amado había;
Como yo, esta inquietud no conocía,
Nuestros ojos ardientes se atrajeron
Y nuestras almas vírgenes se unieron
Con la unión misteriosa que preside
El hado, entre las sombras, mudo y ciego,
Y de la dicha del vivir decide
Para romperla sin clemencia luego.

¡Ay! que esta unión purísima debiera
No turbarse jamás, que así la dicha
Tal vez perenne en la existencia fuera:
¿Cómo no ser sagrada y duradera
Si la niñez entretejió sus lazos
Y la animó, divina, entre sus brazos
La castidad de la pasión primera?

Pero el amor es árbol delicado
Que el aire puro de la dicha quiere,
Y cuando de dolor el cierzo helado
Su frente toca, se doblega y muere.

¿No es verdad? ¿no es verdad, pobre María?
¿Por qué tan pronto del pesar sañudo

Pudo apartarnos la segur impía?
 ¿Cómo tan pronto obscurecernos pudo
 La negra noche en el nacer del día?

¿Por qué entonces no fuimos más felices?
 ¿Por qué después no fuimos más constantes?
 ¿Por qué en el debil corazón, señora,
 Se hacen eternos siglos los instantes,
 Desfalleciendo antes
 De apurar del dolor la última hora?

¡Pobre María! entonces ignorabas
 Y yo también, lo que apellida el mundo
 ¡Amor. . . . amor! y ciega no pensabas
 Que es perfidia, interés, deleite inmundo,
 Y que tu alma pura y sin mancha
 Que amó como los ángeles amaran
 Con fuego intenso, más con fe sencilla,
 Iba á encontrarse sola y sin defensa
 De la maldad entre la mar inmensa.

Entonces, en los días inocentes
 De nuestro amor, una mirada sola
 Fué la felicidad, los puros goces
 De nuestro corazón. . . el casto beso,
 La tierna y silenciosa confianza,
 La fe en el porvenir y la esperanza

Entonces. . . en las noches silenciosas
 ¡Ay! cuántas horas contemplamos juntos
 Con cariño las pálidas estrellas
 En el cielo sin nubes cintilando
 Como si en nuestro amor gozaran ellas;
 O el resplandor benéfico y amigo
 De la callada luna,
 De nuestra dicha plácido testigo
 O á las brisas balsámicas y leves
 Con placer confiamos
 Nuestros suspiros y palabras breves.

¡Oh! ¿qué mal hace al cielo
 Este modesto bién, que tras él manda
 De la separación el negro duelo,
 La frialdad espantosa del olvido
 Y el amargo sabor del desengaño,
 Tristes reliquias del amor perdido?

Hoy sabes qué es sufrir, pobre María,
 Y sentiste al presente
 El desamor que mezcla su hiel fría
 De los placeres en la copa ardiente,
 El cansancio, la triste indiferencia,
 Y hasta el odio que impío
 El antes cielo azul de la existencia
 Nos convierte en un cóncavo sombrío,

Y la duda también, duda maldita
 Que de acíbar eterno el alma llena,
 La enturbia y envenena
 Y en el caos del mal la precipita.

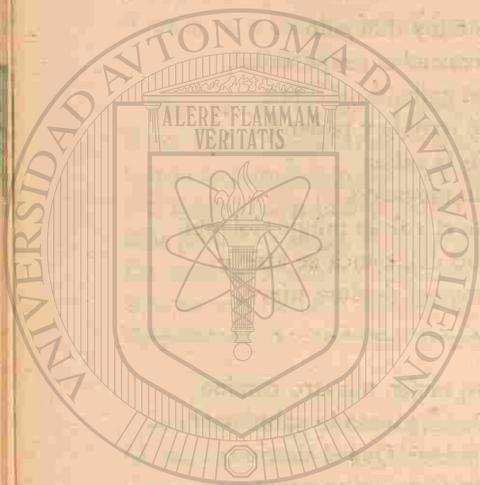
Muy pronto, sí, nos condenó la suerte
 A no vernos jamás hasta la muerte:
 Corrió la primer lágrima encendida
 Del corazón á la primer herida,
 Mas pronto se siguió el pesar profundo,
 Del desdén la sonrisa amenazante
 Y la mirada de odio chispeante,
 Terrible reto de venganza al mundo.

Mucho tiempo pasó.--Tristes seguimos
 El mandato crüel del hado fiero,
 Contrarias sendas recorriendo fuimos
 Sin consuelo ni afán... Y bien, señora,
 ¿Podemos sin rubor mirarnos ora?
 Ah! ¡qué ha quedado de la virgen bella!
 Tal vez la seducción marcó su huella
 En tu pálida frente ya surcada,
 Porque contemplo en tus hundidos ojos
 Señal de llanto y lívida mirada.
 Con el fulgor de acero de la ira.
 Se marchitaron los claveles rojos
 Sobre tus labios ora contraídos

Por risa de desdén que desafia
 Tu bárbaro pesar, pobre María!

Y yo.... yo estoy tranquilo:
 Del dolor las tremendas tempestades,
 Roncas rugieron agitando el alma;
 La erupción fué terrible y poderosa ...
 Pero hoy volvió la calma
 Que se turbó un momento,
 Y aunque siente el volcán mugir violento
 El fuego adentro dél, nunca se atreve
 Su cubierta á romper de dura nieve.

.....
 Continuemos, mujer, nuestro camino.
 ¿Dónde parar?... ¿Acaso lo sabremos?
 ¿Lo sabemos acaso? Que el destino
 Nos lleve como ayer: ciegos vaguemos,
 Ya que ni un faro de esperanza vemos.
 Llenos de duda y de pesar marchamos,
 Marchamos siempre, y á perdernos vamos
 Ay! de la muerte en el oceano obscuro,
 ¿Hay más allá riberas?.....no es seguro,
 Quién sabe si las hay; mas si abordamos
 A esas riberas torvas y sombrías
 Y siempre silenciosas,
 Allí sabré tus quejas dolorosas,
 Y tú también escucharás las mías.



LA CRUZ DE LA MONTAÑA.

O crux, ave, spes unica.

Héme al pie de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.

Me acojo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fe, vacilo y me confundo,
¡Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbria!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena;
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quien Jesús de Nazareth llamaba.

Santa misión de amor le inspiró el cielo;
 Paz y amor predicó, y en el Calvario
 Al morir, trocó en signo de consuelo
 El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entonces ¡oh Cruz! cuando en mi frente
 El surco apareció de la tristeza,
 Corrí á tu altar, humilde y reverente,
 A inclinar afligido mi cabeza,
 Y de mi llanto á desatar la fuente.
 Y hallaron siempre alivio mis dolores;
 Siempre el aliento de la fe volviera
 A mi nublado cielo sus colores,
 Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
 Su gallardo esplendor de primavera.

Mas ¡ay de mí! tras mis primeros años
 Vinieron en tropel tétricas horas;
 Vino otra edad de negros desengaños;
 Y á la luz de sus pálidas auroras,
 He inclinado la faz entristecida,
 Al mirar cual tornó mustio y sombrío
 El panorama inmenso de mi vida
 La dura mano del destino mío.

Ya no habitaba entonces mi cabaña,
 Ni vivía la madre tierna y pura
 Que me enseñó á adorar en la montaña
 O en el fresco verjel de la llanura,

La Cruz agreste que el pastor venera,
 Y que tiene por techo los espacios,
 Y por eterna alfombra la pradera.

.....

Y vine á verte en la montaña oscura
 Aquí en las altas rocas solitarias
 Del venerable bosque en la espesura;
 Vengo á verter el llanto de amargura
 Al murmurar mis férvidas plegarias.

Por fin ya te encontré, ¡signo sublime!
 Virgen de humillación, como quería,
 Cual te buscaba siempre el alma mía,
 Que tanto y tanto la desgracia oprime.

.....

No tienes más adorno que las flores
 Que el inocente leñador cortara
 De los esbeltos juncos cimbradores
 Para alfombrar el cespel de tu ara.

O de campestres lirios, la cadena
 Que pastora infeliz ofreció pía,
 Cuando con labio trémulo pedía
 Tu protección en su amorosa pena.

Te da sus perlas la naciente aurora
 En argentada lluvia de rocío,
 Del iris con las tintas te colora
 El sol de las mañanas del Estío;
 La piedra de tu altar, arrulladora
 Lame la blanca linfa de ese río,
 Que va después entre la selva oscura
 El soto á fecundar y la llanura.

Cantan aquí sus himnos perennales
 La enamorada tórtola inocente,
 Y el alegre centzontli, y los turpiales
 En los enmarañados bejucales
 Y en la verde espadaña del torrente.
 Mientras que de los riscos, espumantes
 Gimen las roncacas aguas, despeñadas;
 En sus grutas de pórvido encerradas.

Tú eres humilde, ¡oh Cruz! pero estás pura;
 Aquí no llega el corrompido aliento
 Del mundo vil, ni el bacanal acento
 Que alza la humanidad en su locura.

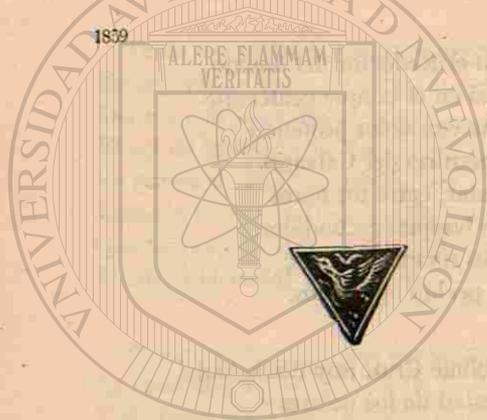
Tú eres muy pobre ¡oh Cruz! pero elocuente
 Me hablas ahora, como hablar solías
 Al ardoroso apóstol, al creyente
 Que te adoraba en los antiguos días.

Así te quiso el Redentor del mundo,
 Que te escogió en el bosque centenario
 Para abrazarte con dolor profundo
 En su santo martirio del Calvario.
 Y así debes estar, entre tus flores
 En tus añosos bosques escondidos,
 Consolando los tímidos dolores,
 Aliviando los pechos oprimidos.

¡Santa y sublime Cruz! ¡soy desdichado!
 Ruje la tempestad de los pesares
 Dentro mi corazón desesperado,
 ¡Vengo á buscar consuelo en tus altares!
 Dame de mi niñez blando el sosiego;
 Que vuelva al corazón la antigua calma;
 ¡Consuelo del cristiano, te lo ruego!
 Yo tengo mustia y dolorida el alma.

Yo quiero aquí olvidar; busco un asilo
 En tí, mi dulce y única esperanza;
 Aquí en tu altar descansaré tranquilo;
 Aquí hallaré la paz y la bonanza.

Y cuando enlute el velo funerario
 Mi triste frente, y al dolor sucumba,
 Tú Cruz humilde, cubrirás mi osario,
 Y tus violetas ornarán mi tumba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EN EL ALBUM DE LUZ.

Nardo de este jardín, luz de este cielo,
 Dulce cláiz de amor y de consuelo,
 Ideal del cariño;
 Casta vlsión de encantos misteriosos,
 Blanca, como los ángeles hermosos
 Que ve en sus sueños sonriendo el niño.

Al contemplarte, virgen inocente,
 Al ver tus ojos y tu casta frente
 Que revelan la calma
 De tu existencia en flor risueña y pura,
 Calla el dolor, disípase la obscura
 Terrible tempestad que agita el alma.
 ¡Y pensar, desdichado, que me ausento,
 Cuando apenas ayer tu blando acento
 Ha llegado á mi oído,

Tierno como las quejas de la ave,
Cual los suspiros del amor, suave,
Cual despedida postrimer, sentido!

Hermosa niña, ¡adiós! ¡Ay! me es preciso
Romper esta visión de paraíso

 Mi cáliz de consuelo,
Voy á cambiar por mi erial de espinas
El Edén que perfumas é iluminas,
Nardo de este jardín, luz de este cielo!

Colima, Febrero de 1865.



A ISABEL

(EN SU ALBUM)

Sereno cielo azul, sol esplendente,
Grandes nubes de púrpura y de gualda
Limitando los mares de esmeralda.

Aquí un volcán, cuya altanera frente
Una corona ciñe trasparente
De nieves y de brumas, y á lo lejos,
En continuas y espesas oleadas,
Las sierras de la costa iluminadas
De la luz tropical por los reflejos.

Bosques do quier de ceibas altaneras,
De arrayanes frondosos,
De gallardas palmeras
Bañadas por torrentes espumosos.

Y al pie de las parotas seculares,
 Junto á mansos arroyos,
 Agrupados los verdes platanares
 Que entoldan con sus hojas
 Los naranjos cubiertos de azahares.

Arcos de perfumados floripondios
 Sobre las frescas linfas,
 Circundadas de eneldos y de mirtos
 Como baños de ninfas.

Y pájaros, y flores, y céfiros,
 Formando á todas horas
 Con sus cantos, aromas y suspiros,
 Un raudal de delicias bienhechoras,
 Del alma adolorida arrulladoras.

Este el santuario es, do en mi camino
 Lleno de admiración vine á encontrarme,
 Cuando pobre y cansado peregrino
 A esta playa feliz quiso arrojarme
 La voluntad potente del destino.

Mi corazón ardiente,
 Que lo bello idolatra y lo grandioso,
 Tu mágico poder adora y siente,
 Y con amor inmenso,
 A tus plantas se acerca
 También á tributar su humilde incienso

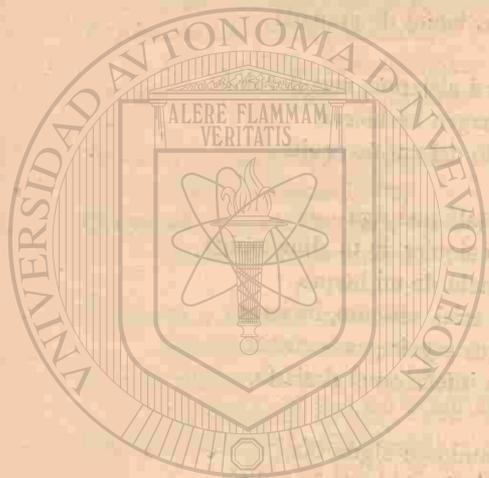
Recíbelo, Isabel, y una mirada
 Pague mi adoración, con una dulce
 nrisa de tus labios de granada.

Después voy á alejarme, mas llevando
 Tu imagen hechicera
 En el sagrario del cariño oculta.

¡Ay! ojalá que siga
 Un recuerdo siquier de tu alma amiga
 La estela de mi buque,
 Y el camino erial, obscuro, incierto,
 Que tengo que seguir penosamente
 De una vida infeliz en el desierto.

Y cuando en algún día,
 De la aflicción la tempestad sombría
 Ruja dentro del alma,
 Para volver á la anhelada calma
 Evocaré tu nombre,
 Y tu recuerdo dulce y sonriente
 Disipará la nube de desgracia
 Que abruma entonces mi tostada frente.

Colima, Febrero de 1864.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A.....

¡Voy á decirte adiós!... pero no llores, ...
Nos separa la mano del destino
Que ha cavado una sima en el camino
Que debimos andar juntos los dos.
Debemos desunirnos en silencio
Yo disculpable soy, y tú inocente;
Pero un hondo pesar nubla mi frente,
Y antes que sufras mi desgracia..... adiós!

Ninguna queja amarga de tu labio
Desgarre ya mi pecho dolorido;
¡Oh! ten piedad de mí, mucho he sufrido,
Y para más no tengo corazón

Tú lo sabes muy bien; antes de amarte
Era tranquilo, y apacible y tierno;
Mas después que te amé, tornóse infierno
El inmenso volcán de mi pasión.

¡Cuál te he amado mujer! No hubo en el
(mundo

Un sacrificio que por tí no hiciera,
Un lazo que por tí no destruyera,
Todo á tus plantas ¡ay! deposité.

Te consagré las horas de mi noche
Los pensamientos de mis negros días,
Y hasta olvidé, mujer, ¿qué más querías?
Por tí mi dicha, mi ambición, mi fe.

Nada te pido en cambio, ni el recuerdo
De mis pasados y hórridos dolores,
Ni un suspiro siquiera, ni me llores;
Que todo es vano para amarnos ya.

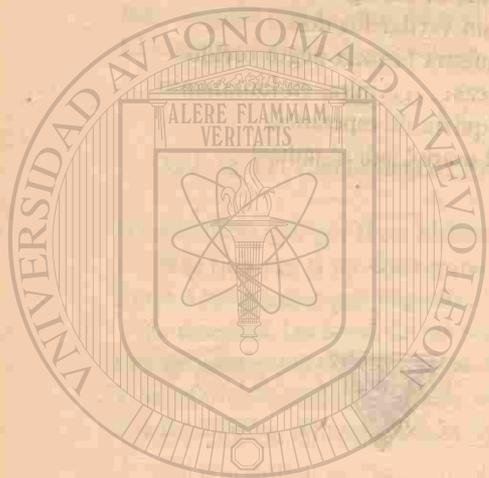
Enjuaguemos los ojos y callemos,
Y démonos sin llanto en esta vida
Nuestra postrer y triste despedida,
Que es nuestra hora de perdón quizá!

Abrázame y no llores. . . sé orgullosa
Y sufre con valor tu desventura;
Apuremos el cáliz de amargura,
Sin miedo vil, sin vacilar los dos.

Que cubra nuestra historia negro olvido;
No te entristezcas. . . . mira, en lontananza
Hay una luz siquiera de esperanza,
¡La lumbré del osario! ¡adiós! ¡adiós!

1858.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



AL DIVINO REDENTOR.

PLEGARIA EN UNA FIESTA DE LA MONTAÑA.

*Deus, tu conversus vivificabis nos: et plebs
tua letabitur in te.—PSALM. LXXXIV, V. 7.*

¡Oh mártir del Calvario!...sublime Nazareno
Que escuchas del que sufre la tímida oración,
Que amparas y consuelas en su pesar al bueno,
Que alientas del que es débil el triste corazón.

Piedad para los hijos del pueblo, que inocentes
En la miseria yacen; ¡protégelos, Señor!
Tú vez cómo se muestran en sus tostadas frentes,
Que inclinan sollozando, las huellas del dolor.

En tiempos ¡ay! mejores con tierno y dulce
(acento,
Vinieron á cantarte de tu madero al pie;

Mas hoy las agrias heces apuran del tormento,
Y sólo con su llanto te expresarán su fe.

¡Perdón! Hoy no pudimos en medio á los pesares
Que el pecho nos traspasan, venir á tributar,
Ni palmas en el atrio, ni frutos á millares,
Ni aromas en tu templo, ni flores en tu altar.

Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,
Baluartes los peñascos de la montaña son,
Cadáveres de hermanos tapizau la llanura,
Y en vez de los arados arrástrase el cañón.

En los maizales tiernos las cañas se doblegan,
Que de la sangre hiriólas el hálito mortal;
Las linfas abrasadas del río ya no riegan
Sino collados mustios y estéril bejucal.

Nosotros, desdichados, debajo la cabaña
Las lágrimas vertemos en nuestro amargo pan,
Temblando por la guerra que invade la montaña
Temblando por los hijos que á arrebatarnos van.

Conturban las congojas el alma del creyente,
De duelo está la patria, de duelo está el hogar;
Los brazos caen rendidos, y en la abatida frente
Descarga rudos golpes la mano del pesar.

Señor, cuando en un tiempo vagaban persegui-
Los hijos de tu pueblo, tú fuiste su sostén; (dos
Tus hijos también somos, llegamos afligidos
Al pie de tus altares; ¡protégenos también!

Tú que la paz quisistes, Apóstol de los cielos,
Si á Méjico contemplas, ¡oh! ¡sálvala Señor!
Aparta de sus hijos el cáliz de los duelos,
Aparta de sus hijos el bárbaro rencor.

¡Oh, cuál en tu presencia renace la esperanzal
¡Cuán bella entre las sombras empieza á relucir!
¡Ah, sí, la blanca aurora ya surge en lontananza!
Gracias, Señor, ¡es ella! . . . ¡la paz del porvenir!

Entonces quemaremos incienso en tus altares;
Y en ves de esas corona de fúnebre saúz,
Tendremos frescas palmas y frutos á millares,
Y flores de los campos que adornarán tu cruz.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A OFELIA PLISSÉ.

(EN SU ALBUM.)

Yo no te ví jamás, pero hubo un día
En que un patriota y joven peregrino
Que de esa tierra donde existes, vino
Hasta las playas de la patria mía,
Conmovido me habló de tu hermosura
Que de una diosa el don llamarse puede,
Y que admirable y rara, sólo cede
A la santa virtud de tu alma pura,

—Cruzaba yo, me dijo tristemente,
Mi camino erial desallegado
Temiendo sucumbir, mas de repente
Me encontré sorprendido
Al levantar mi dolorida frente,
Con un carmen florido;

Que resguardan altivos cocoteros,
 Que embalsaman oscuros limoneros,
 Y que esmaltan jazmines y amapolas,
 Y que mecen pujantes
 De dos oceanos las inmensas olas.

— Es Panamá la bella; la cintura
 De la virgen América, allí donde
 Del mundo de Colón el cielo esconde
 La grandeza futura.

Como símbolo santo, hermoso y puro
 De esa edad venturosa y anhelada,
 Cuya luz ya descubre la mirada
 Del porvenir en el confín obscuro,
 Existe una beldad, joven, risueña,
 Inteligente, dulce y seductora
 Como un amante en sus afanes sueña,
 Como un creyente en su delirio adora.

— Es Ofelia, la diosa de ese suelo,
 La maga de ese carmen encantado,
 De dicha imagen ideal deseado,
 El astro fulgurante de aquel cielo.

La perfumada flor, la que descuella,
 De corola gentil, fresca y lozana,
 Abriéndose á la luz de la mañana
 En los jardines ístmicos—es ella!

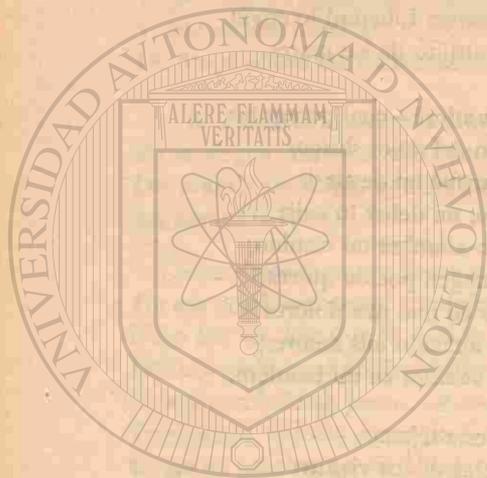
— Allí la admiración le erigió altares,
 Incienso le da Amor—la Poesía
 Le consagra dulcísimos cantares;
 Y un himno inmenso Libertad le envía
 Entre el ronco suspiro de los mares.

— Yo la ví, la adoré—cual peregrino
 A quien la mano del dolor dirige;
 Adorarla y pasar fué mi destino.
 ¡Ay! yo me alejo, mi deber lo exige,
 Mas su recuerdo alumbra mi camino;
 Yo llevaré su imagen por do quiera,
 Y confundiendo en uno mis dolores
 Y en un objeto uniendo mis amores,
 Yo escribiré su nombre en mi bandera.

— Tú á esa tierra lejana
 En las dóciles alas de los vientos
 Envía de tu lira los acentos
 A esa beldad que he visto, soberana.

Así me dijo el joven peregrino
 Y siguió con tristeza su camino.

.....
 Acapulco, Julio de 1885.



LA CAIDA DE LA TARDE.

(A ORILLAS DEL TECPAM)

Mirar como traspone las montañas
El sol, cansado al fin de su carrera,
De este río sentado en la ribera,
Escuchando su ronco murmurar.

O ver las aves que con tardo vuelo
Van á las ramas á buscar descanso,
O mis ojos clavar en el remanso
Que obscurece las sombras del pälmar.

A esta mustia soledad salvaje
Venir ¡ay triste! á demandar remedio,
En mi constante y doloroso tedio;
Y el pesar abatiéndome después.

Y pasar afligido hora tras hora,
De la ausencia en el lóbrego martirio;
De un imposible afán en el delirio
¡Esta, lejos de tí, mi vida es!

Tu recuerdo tenaz nunca se esconde
En el obscuro abismo de mi mente,
Y el fuego de tu amor, aun vive ardiente,
Abrasándome siempre el corazón.

No vale huir de tí. . . . que el alma loca
Vuela á do estás, en alas del deseo,
O te atrae hacia mí, y aquí te veo,
Sombra á quien presta vida mi pasión!

Y evoco las memorias de otros días
Que dichosos, más breves trascurrieron,
Pero que amantes al pasar nos vieron
Desmayados, del goce en la embriaguez.

Y pido á estas riberas la ventura
De esas horas de amor dulces y bellas;
Mas ¡ay! no pueden darme lo que aquellas
En que te ví por la primera vez.

Nada me sonríe ya, cuando va el cielo
Tiñendo de carmín por un instante,
Desde su tumba de oro, fulgurante,
Del tibio sol la moribunda luz.

Nada promete á mi esperanza ansiosa,
A mi deseo audaz ó á mi pena,
La noche, cuando de delicias llena,
Va envolviendo la tierra en su capuz.

¡Ay! y las palmas, las hermosas palmas
Que tú tan gratas para siempre hicieras,
A ninguno, sus tristes cabelleras
Hoy acarician de nosotros dos.

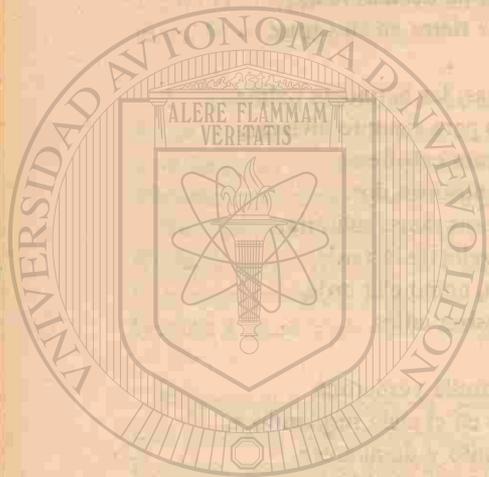
Y cuando entre sus ramas solitaria,
Cayendo va la estrella de la tarde
Tu mirada semeja, como ella arde,
Así ardía en tu postrer adiós.

Y esa pálida estrella vespertina
Que un momento en el cielo resplandece,
Y que declina pronto y desaparece,
Semeja, así, nuestro pasado bien!

Hé ahí lo que me queda, recordarte,
De esta fatal ausencia en el hastío,
Y pensar que en los bordes de ese río,
Tal vez tú lloras por mi amor también.

1864.





A.....

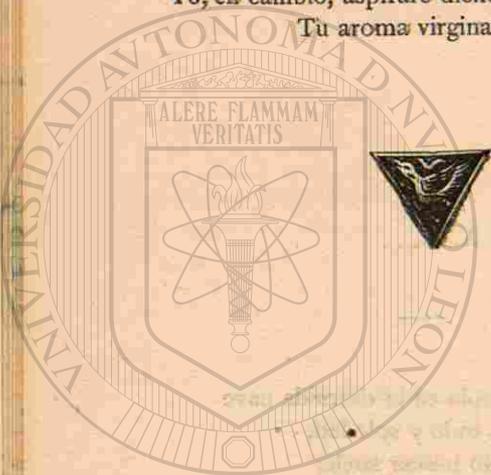
De antiguo templo en la derruida nave
Donde silencio es todo y soledad,
La paloma un asilo buscar suele,
Para vivir en paz.

Y aquí en mi corazón, callado y triste
Que el culto de otro amor no turba ya,
Refugio á tu inocencia hallar podrías,
Sobre el desierto altar

Ni el nombre de los númenes que un día
Efímeros vivieron, hallarás;
Que una sombra siquiera en mis recuerdos
Que te lastime, no hay.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así, tranquila flor, tú resguardada
 Serás del mundo por mi tierno afán,
 Yo, en cambio, aspiraré dichoso y mudo
 Tu aroma virginal.



EN EL ALBUM DE J.

(INEDITA.)

Señora, adiós! . . . En los oscuros días
 En que huyó de mi Patria la victoria,
 Un pobre canto á mi amistad pedías;
 Yo te dejo mi adiós. En tu memoria.

Y entre dulces recuerdos de ventura,
 Conserva esta palabra de amargura,
 Guarda esta ronca voz de despedida,
 Y siga siempre tu mirada pura
 La negra estela de mi triste vida.

Mujer de corazón, patriota ardiente,
 Cuánto vas á sufrir al ver hollada
 Dentro de poco por extraña gente,
 De nuestra tierra la ciudad sagrada.

Dios vele sobre tí, mientras que fiero
La adversidad nuestra bandera azota,
Mientras que osado el invasor impera
Y vuelve aliento el alma del patriota.

Yo te dejo mi adiós, bella señora,
En cambio llevo tu amistad querida
Que brillará cual lumbre bienhechora
Entre las densas nieblas de mi vida.

México, Mayo 31.—1863.



LA PLEGARIA DE LOS NIÑOS.

(INEDITA.)

— “En la campana del puerto
Tocan, hijos, la oración . . . !
¡De rodillas y roguemos
A la madre del Señor,
Por vuestro padre infelice,
Que ha tanto tiempo partió,
Y quizás esté luchando,
De la mar con el furor.
Tal vez á una tabla asido,
No lo permita el buen Dios!
Náufrago triste y hambriento,
Ya al sucumbir sin valor,
Los ojos al cielo alzando
Con lágrimas de aflicción,

Dirija el adiós postrero
A los hijos de su amor,
¡Orad, orad hijos míos,
La virgen siempre escuchó,
La plegaria de los niños
Y los ayes del dolor!"

En una humilde cabaña
Con piadosa devoción,
Puesta de hinojos y triste
A sus hijos así habló
La mujer de un marinero,
Al oír la santa voz
De la campana del puerto
Que tocaba la oración.

Rezaron los pobres niños
Y la madre con fervor;
Todo quedóse en silencio,
Y después sólo se oyó,
Entre apagados sollozos
De las olas el rumor.

De repente en la bocana
Truena lejano el cañón,
¡*Entra buque!* allá en la playa

La gente ansiosa gritó.
Los niños se levantaron,
Mas la esposa en su dolor
No es vuestro padre, les dijo,
Tantas veces me engañó
La esperanza, que hoy no puede
Alegrarse el corazón.

Pero después de una pausa
Ligero un hombre subió
Por el angosto sendero
Murmurando una canción.

Era un marino ¡era el padre!
La mujer palideció
Al oírle, y de rodillas
Palpitando de emoción,
Dijo: —¿Lo veis, hijos míos?
La Virgen siempre escuchó
La plegaria de los niños
Y los ayes del dolor.

Acapulco, 1865.



Altamirano.—



EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

DEL

COLEGIO DESFONTAINES

(Que se verificó en el general del antiguo Colegio de Letrán.)

(INEDITA.)

... Apartad de la guerra fratricida,
Vuestros cansados ojos..... ved ahora,
Esta esperanza dulce y seductora
De la Patria infeliz, patria querida. ®
En medio de la negra desventura,
Cuando demandas moribunda al cielo,
Pase de tí ese cáliz de amargura,
Te escucha Dios y un ángel de consuelo
Te muestra esa niñez hermosa y pura.

Esa niñez que hoy tímida, inocente
 Ya recoge afanosa en los umbrales
 Del templo del saber, para su frente
 Guirnaldas mil y mil primaverales
 Y augura ya desde su edad temprana
 Que irá atrevida á conquistar mañana
 De la ciencia los lauros inmortales.

Hoy que la vida duelos nos ofrece,
 Hoy que la mente sin consuelo vaga
 Y abandonarnos el Señor parece,
 Esta luz adorable no se apaga,
 Esta dulce esperanza nos halaga
 Este ensueño de paz nos adormece.

Viéndolo estáis... la humanidad camina
 Y ¡cuán grandiosa y fuerte se presenta
 Con el sol alumbrada de la imprenta
 Y armada con el rayo! La divina
 Libertad de este siglo todo inventa,
 Todo lo inútil del pasado arruina.

De la vil ignorancia las postizas
 Galas rodaron en menudas trizas;
 De odiosos privilegios los vestigios
 Cayendo van y tórnalos cenizas
 El poderoso aliento de los siglos.

¡Oh! sí, pura niñez, tuyo es el día
 De luz y paz, de verdadera gloria,
 Tú no tendrás de esta época sombría
 Sino la amarga y fúnebre memoria.

Dios que contempla nuestro mal te ayuda,
 Él prepara la dicha á tu inocencia
 Espera, espera, á una época de duda,
 Va á suceder un tiempo de creencia.

La igualdad de la ley á la insolencia
 De los hombres soberbios y mezquinos,
 Y va á regir entonces tus destinos
 En lugar del cañón la sacra ciencia.

Vas á ser mas feliz, niñez querida
 Que los jóvenes hartos desdichados
 Que alcanzamos un tiempo de tristeza,
 Que al contemplar nuestra ilusión perdida,
 Nos sentimos de duelo quebrantados,

Inclinamos temprano la cabeza,
 Y cruzamos la senda de la vida,
 Escépticos, tal vez ó indiferentes,
 Con el alma cansada y dolorida,
 Y una arruga precoz en nuestras frentes.

Tú no serás así, tu edad de flores
 De sueños y esperanzas lisonjeras

Muy pronto va á pasar, pero tú esperas. . . .
 ¿Qué te importan del mundo los furores?
 Aquel que siente de virtud la calma,
 Aquel que sigue el bien y en Dios confía,
 El huracán del mundo desafia
 Y afronta el porvenir, serena el alma.

Vas á ser más feliz. . . .pero no olvides
 De loca juventud en la inconstancia,
 Estas horas serenas de la infancia
 Sí, para siempre de ella te despidas.

Conserva su memoria dulce y blanda
 Que te hará mucho bien en este suelo
 En tus momentos de amargura infanda
 Y en tus horas de duda y desconsuelo

Que cuando brota del pesar el lloro
 Y el alma gime de dolor herida,
 Alivia el recordar los sueños de oro
 De las risueñas albas de la vida.

¡Cuántas veces recuerdo mi montaña,
 Sus altas arboledas cimbradoras,
 El ancho río que sus rocas baña,
 Y aquel humilde albergue, la cabaña,
 Donde pasé de mi niñez las horas!

¡Cuántas también de mi cristiana madre
 El puro y tierno y celestial cariño,
 De esa pobre mujer que fué mi encanto,
 Que dirigió mi corazón de niño,
 Que me enseñaba al borde de las fuentes,
 Debajo de las ceibas seculares,
 O al rumor de los blandos platanos,
 Oraciones sencillas y fervientes
 Que repetí con labios balbucientes,
 De la agreste capilla en los altares,
 Cuando el incienso con los frescos ramos
 De mirtos y caléndulas silvestres
 Iba á ofrecer como homenaje tierno
 A la virgen del campo, protectora
 De la pobreza de mi hogar paterno!

Pero basta niñez. . . .iba á decirte
 Que soy feliz al ver sobre tus sienes
 La corona más bella de la infancia
 Que como premio de tu afán obtienes.

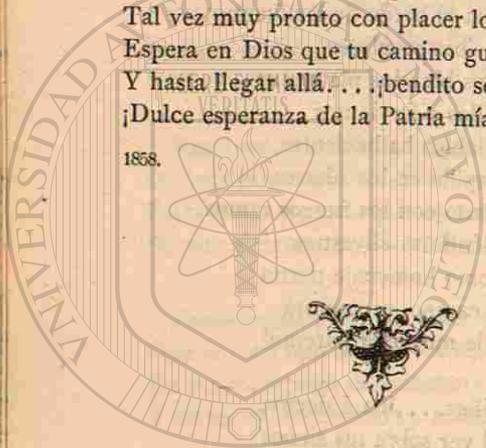
Hoy del triunfo te halaga el dulce arrullo
 Y para ser tus dichas mas cabales,
 Ve á presentar tu frente con orgullo
 A los ardientes besos maternos. ®

Lleva la dicha en tu cariño santo
 A tu modesto hogar, y aún espera

Si conservas constante tu ardimiento
 Más guirnaldas coges en tu carrera.

Aguarda, aguarda, llegará tu día,
 Tal vez muy pronto con placer lo veas
 Espera en Dios que tu camino guía,
 Y hasta llegar allá... ¡bendito seas!
 ¡Dulce esperanza de la Patria mía!

1858.



A ORILLAS DEL MAR.

Esos bosques de ilamos y de palmas
 Que refrescan las ondas murmurantes
 Del cristalino Técpam, al cansado
 Pero tranquilo labrador conviden
 En los ardores de la ardiente siesta
 A reposar bajo su sombra grata,
 Que él si podrá sin dolorosa lucha
 Libre de afanes entregarse al sueño.

Mas yo que el alma siento combatida
 De tenaces recuerdos y cuidados
 Que sin cesar me siguen dolorosos,
 Olvido y sueño con esfuerzo inútil,
 En vano procuré. La blanda alfombra

Altamirano—18.

Yo te miro República naciente
 Ahogar la débil libertad de Roma;
 Yo te miro después apresurada
 Dar un abraso al Austria sobre Hungría;
 Yo te miro más tarde abandonando
 De los czares al fiero despotismo
 La suerte ¡ay! de la infeliz Polonia,
 Y voy á maldecirte. . . y me detengo.
 No eres tú, no eres tú, pueblo grandioso
 Que á la divina Libertad consagrás
 Dentro tu corazón ardiente culto,
 Sino el tirano odioso que te oprime
 Raquítrico remedo de aquel hombre
 Colosal que cayó, cuya grandeza
 De escaño sirve y pedestal y asilo
 A la ambición del mísero pequeño.

Tal el nombre de César y de Augusto
 Tiranos, sí; mas grandes, elevara
 La obscra mezquindad de Cayo el loco
 De imbécil Claudio y de Enobarbo infame.

Tú gimes, tú también, pueblo de libres
 Encadenado ahora al solio férreo
 Que tu paciencia sufre y abomina;
 Mas su injusticia y su furor acusan
 El grito de tus nobles desterrados

Y la voz varonil de tus tribunales
 Y la cólera santa que te agita.

En tanto, de mi Patria los fecundos
 Campos abrasa el fuego de la guerra;
 Gimén sus pueblos y la sangre corre
 En los surcos que abriera laborioso
 El labrador que con horror contempla
 El paso de tus huestes destructoras.

Ruge el cañón y con su acento anuncia
 La elevación de un rey en esta tierra
 De la América libre, cuyo jugo,
 Es veneno letal á los tiranos,
 Y esta nueva desgracia, todavía
 Mi triste patria á tus soldados debe.

El trono del Hapsburgo se levanta
 Sobre bases de sangre y de ruina,
 ¿Cómo existir podrá, si sus cimientos
 El amor de los pueblos no sostiene?
 Su ejército servil corre furioso
 A sangre y fuego su pendón llevando;
 La falacia precede tentadora,
 Que á las almas mezquinas avasalla;
 Y se diezman del pueblo las legiones,
 Y los pechos menguados desfallecen,
 Y en el cielo parece que se eclipsa
 De Libertad la fulgurante estrella!

¡Solemne instante de angustiosa duda
 Para el alma de cieno del cobarde!
 ¡Solemne instante de entusiasmo fiero
 Para el alma ardorosa del creyente!
 ¡Oh nó, jamás! La Libertad es grande,
 Como grande es el Sér de donde emana
 ¿Qué pueden en su contra los reptiles?

Ya encendido en el cielo el sol parece
 Entre nubes de púrpura brillando. . . .
 ¡Es el astro de Hidalgo y de Morelos
 Nuncio de guerra, de venganza y gloria,
 Y el que miró Guerrero en su infortunio,
 Faro de libertad y de esperanza,
 Y el que vió Zaragoza en Guadalupe
 La sublime victoria prometiendol

A su esplendor renuévase la lucha,
 Crece el aliento, la desgracia amengua;
 La ancha tierra de Méjico agitada
 Se estremece al fragor de los cañones,
 Desde el confín al centro, en las altivas
 Montañas que domina el viejo Ajusco,
 Del Norte en las llanuras y en las selvas
 Fieras de Michoacán y donde corren
 El Lerma undoso y el salvaje Bravo;

De Oajaca en las puertas que defienden
 Nobles sus hijos de entusiasmo llenos
 Y en el áspero Sur, altar grandioso
 A libertad por siempre consagrado.
 Y en las playas que azota rudo Atlante
 Y en las que habita belicoso pueblo
 Y el Pacífico baña majestuoso.

Sí, donde quiera en la empeñada lucha.
 Altivo el patrio pabellón ondea,
 ¿Qué importa que el cobarde abandonando
 Las filas del honor corra á humillarse
 Del déspota á las plantas, tembloroso?
 ¿Qué importa la miseria? ¿qué la dura
 Intemperie y las bárbaras fatigas?
 ¿Qué el aspecto terrible del cadalso?
 Este combate al miserable aparta,
 Del desamparo el fuerte no se turba
 Sólo el vil con el número bravea.

¡Cuán hermoso es sufrir honrado y libre,
 Y al cadalso subir del despotismo
 Por la divina Libertad, cuán dulce!

¡Oh! yo te adoro Patria desdichada
 Y con tu suerte venturosa sueño,
 Me destrozan el alma tus dolores
 Tu santa indignación mi pecho sufre,
 Ya en tu defensa levaté mi acento

Tu atroz ultraje acrecentó mis odios,
 Hoy mis promesas sellaré con sangre
 Que en tus altares consagré mi vida!

El triunfo aguarda, el porvenir sonríe,
 Pueda el destino favorable luego,
 Dar á tus hijos que combaten bravos
 Menos errores y mayor ventura.
 Pero si quiere la enemiga suerte
 De nuevo hacer que encadenada llores
 Antes que verte en servidumbre horrenda
 Pueda yo sucumbir, oh Patria mía.

Galeana. 1864.



NOTAS.

LA FLOR DEL ALBA.—LA SALIDA DEL SOL.
 LOS NARANJOS.—LAS AMAPOLAS.

Los lectores me permitirán algunas palabras sobre estos cuatro idilios, que pertenecen verdaderamente al género descriptivo, al que tengo suma afición.

En ellos he intentado presentar pequeños cuadros de los paisajes del Sur, para mí tan queridos, como que allí se meció mi pobre cuna. Para ello he escogido cuatro horas sucesivas, la del alba, la en que nace el sol, la de las ocho ó nueve de la mañana, y por último, la del mediodía.

Los cuadros pertenecientes á las horas de la tarde y de la noche, seguirán después; pero ya no con el carácter puramente descriptivo, sino sirviendo,

Altamirano.—19.

Tu atroz ultraje acrecentó mis odios,
 Hoy mis promesas sellaré con sangre
 Que en tus altares consagré mi vida!

El triunfo aguarda, el porvenir sonríe,
 Pueda el destino favorable luego,
 Dar á tus hijos que combaten bravos
 Menos errores y mayor ventura.
 Pero si quiere la enemiga suerte
 De nuevo hacer que encadenada llores
 Antes que verte en servidumbre horrenda
 Pueda yo sucumbir, oh Patria mía.

Galeana. 1864.



NOTAS.

LA FLOR DEL ALBA.—LA SALIDA DEL SOL.
 LOS NARANJOS.—LAS AMAPOLAS.

Los lectores me permitirán algunas palabras sobre estos cuatro idilios, que pertenecen verdaderamente al género descriptivo, al que tengo suma afición.

En ellos he intentado presentar pequeños cuadros de los paisajes del Sur, para mí tan queridos, como que allí se meció mi pobre cuna. Para ello he escogido cuatro horas sucesivas, la del alba, la en que nace el sol, la de las ocho ó nueve de la mañana, y por último, la del mediodía.

Los cuadros pertenecientes á las horas de la tarde y de la noche, seguirán después; pero ya no con el carácter puramente descriptivo, sino sirviendo,

Altamirano.—19.

por decirlo así, de decoración á pensamientos diferentes.

En la *Flor del Alba* he querido no sólo describir el aspecto de la naturaleza, en la madrugada, sino también presentar un cuadro de las costumbres de la costa, á esa hora.

Como la doncella á quien llamo *Flor del Alba*, todas las jóvenes costeñas que habitan en los *Barrios*, que son pequeñas aldeas hundidas verdaderamente en un océano de vegetación, se levantan al despuntar la aurora, salen de sus cabañas y se dirigen al río, á traer el agua que necesitan para los usos de la familia.

Es de advertir que en la costa del Sur, no hay más ciudad que la pequeña de Acapulco. La población de las costas vive en esos *Barrios*, ya sea por la escasez de ella, ó por su falta de su cultura, ó porque así conviene más á sus trabajos agrícolas, únicos á que se consagra.

Es en extremo pintoresco el aspecto de los *Barrios* con sus cabañas de hojas de palmeras escondidas en un bosque de parotas, de mangles, de caobas y de cocoteros y rodeadas por todas partes de altísimas y espesas yerbas. En los techos cónicos de estas cabañas se enredan millares de trepadoras, ostentando allí sus gigantescas flores azules, rojas y blancas.

Apenas hay un *barrio* de éstos que no tenga cerca un río, y precisamente por aprovechar sus aguas se han situado casi todos en las márgenes de los que descendiendo de la Sierra corren por el

planio de la costa á desembocar en el mar. El *Atoyac* sólo, como lo diré en las notas de mi composición así intitulada, tiene en sus orillas cerca de veinte.

He dicho que no hay en toda la costa del Sur más ciudad que Acapulco, y es así; pues aunque algunos pueblecillos han sido bautizados con el título de ciudades por el gobierno de Guerrero, como Técpam, en memoria del ilustre patriota D. Hermenegildo Galeana, nativo de allí; y algunos otros por diversos motivos, la verdad es que no son más que *barrios* con una población un poco mayor que las demás. Acapulco es el único lugar que puede aspirar á tal nombre, por el mayor número de sus habitantes, por la regularidad de sus casas y calles, y por su comercio y cultura.

Como es de suponerse, en estas poblaciones reinan las costumbres sencillas de la vida del campo. Las familias acomodadas, y aun hay algunas que pueden llamarse ricas, no se distinguen de las demás. Tienen todo el carácter patriarcal de los pueblos primitivos, y recuerdan por esto aquellos tipos que tanto nos agradan en las leyendas bíblicas. Las mujeres, cualquiera que sea su condición, van vestidas con su pintoresco traje, compuesto de unas enaguas largas de lienzo y brillantes colores, con su ancho ceñidor de burato, su camisa regularmente de lienzo muy fino y su chal de merino negro con largos flecos en las puntas, llevan adornado el cuello con sargas de perlas ó de coral, y sujetos á los cabellos con *cachirulo* de oro. Así

se dirigen á los ríos á llenar su cántaro que cargan en la cabeza, como algunas mujeres del Asia, y como las de la campaña romana. Es hermosa aquella orilla del río, en las horas de la madrugada, porque se ve concurrida de las lindas muchachas de los *barrios* que forman deliciosos grupos.

Tal es el cuadro que ofrecen los ríos á la hora del alba.

En cuanto á los idilios *Los Naranjos* y *Las Anapolas* fueron leídos en las reuniones literarias del año de 1868, y obtuvieron la acogida más lisonjera para mí, lo que sin embargo, he recibido tan sólo como una muestra de benevolencia de parte de los eminentes poetas que allí concurrían.

Confieso que he tenido alguna vacilación para publicarlos, temiendo que se juzgasen demasiado libres; pero los mismos amigos combatieron mis escrúpulos, dándome razones que también á mí se me ofrecían como apoyos para decidir la publicación. Estas razones no eran referentes al mérito literario de mis versos, sino á su asunto y á su forma.

La literatura clásica y la sagrada, presentan frecuentes ejemplos de esta libertad y aún de mayor cien veces. Por no citar autores con cuyos nombres se llenarían muchas páginas, me limitaré tan sólo á enumerar aquellos más autorizados, y

que por la misma razón andan en las manos de todos. Mencionaré á Anacreonte, cuyos versos son un modelo de gracia y de elegancia, y están consagrados al amor y al placer. La música griega antigua, tenía en esto toda la belleza de la sencillez y de la verdad.

En época menos antigua, en lo que puede llamarse la escuela poética de Alejandría, tenemos á Teócrito y á Bion de Esmirna, cuyos idilios nos dan todavía una muestra de una encantadora naturalidad. Los asuntos del primero tienen esa sencillez que sólo una gazmoñería ridícula podría tachar de peligrosa. Apenas los críticos se han atrevido á juzgar con alguna severidad el idilio XXVII, que es la "*Conversación entre Dafnis y una joven*," y eso porque en él se lleva la licencia hasta un extremo que choca con nuestras costumbres completamente. Creese generalmente que este idilio no es de Teócrito. Pero en todos los demás, el estilo es ardiente y apasionado, el amor habla su lenguaje propio, y á nadie se le ha ocurrido tacharlo de inadecuado y de inmoral. El idilio VII de Bion, contiene también algunas frases libres, aunque estoy muy lejos de participar de la opinión del erudito mejicano que acaba de publicar en elegantes versos, la traducción de los fragmentos de ese poeta delicioso. Ipandro Acaico, (el P. Montes de Oca), * ha mutilado [este idilio: VII,] temiendo ofender el pudor si conservaba el texto original.

(*) Hoy Obispo de San Luis Potosí. — N. del E.

En cuanto á los clásicos latinos, ¿quién no conoce algunas odas de Horacio, algunas églogas de Virgilio, algunas elegías de Tibulo, de Cátulo y de Propertio; los asuntos de algunos poemas de Ovidio y el fragmento apasionado, aunque su estilo no sea ya el del siglo de oro de la poesía latina, que se ha atribuido generalmente, aunque sin razón á Asinio Cornelio Gallo, el amigo de Virgilio, y que según todas las indagaciones es de Maximiano?

En los versos dirigidos á Lydia, el poeta nos dejó aquellos que comienzan:

"Pande, puella, pande capillulos,"

y que son de una vehemencia amorosa y una naturalidad incomparable.

Entre los modernos, no recordaré, además de los italianos de la Edad Media, mas que á Juan Segundo, cuyos "*Besos*" no se desdenó de traducir Mirabeau en una prosa, como suya: á Parny, el *amable pagano*, como le llamaba Millevoye, cuyos cuadros parecen griegos; á Gessner, el Teócrito Suizo, cuyos idilios son para mí tan buenos en su forma como los antiguos; y por último, para acabar con nuestros clásicos, á Garcilazo y á casi todos los de su escuela, que siguiendo la italiana, nos dejaron monumentos de este género que los modernos imitan con entusiasmo.

Así, pues, sin que por eso se crea que pretendo dar á mis idilios, en verdad insignificantes, y en

los que no he pretendido sino descubrir cuadros de nuestra naturaleza americana, un mérito de que absolutamente carecen; yo pequeño, yo humilde é indigno de colocarme, sino á los pies de aquellos grandes poetas, soy bastante excusable por querer imitarlos en su naturalidad.

Por otra parte, ¿no es por ventura el culto del amor uno de los objetos de la poesía? ¿Este lenguaje lleno de ternura y de fuego, que es el propio de los amantes, deberá desterrarse, sólo porque se le acusa de sensual? La filosofía de la literatura no puede proscribirlo. La crítica severa sólo condena el lenguaje libertino y obsceno, el cuadro que ofende á la moral. No creo que mis "*Naranjos*" y mis "*Amapolas*" sean reos de ese delito. Bastante comunes los juzgo, y aun bastante inocentes, si se comparan con infinitas escenas de novela que andan por ahí verdaderamente atentando contra el pudor de la juventud.

Dicho esto, invoco la indulgencia de mis lectores respecto del mérito literario de mis cuatro idilios citados.

A OFELIA PLISSÉ.

A propósito de mi composición intitulada "*A Ofelia Plissé*," creo necesario decir algunas pala-

bras que son indispensables en esta nueva edición de mis *Rimas* y que no pudieron serlo en las anteriores, porque aun no existía el motivo que me obliga á escribir la presente nota.

En el mes de Junio de 1865, me hallaba en Acapulco cuando llegaron á este puerto, de que estaba en posesión todavía el gobierno republicano (que luchaba entonces con la intervención y el llamado Imperio,) los jóvenes oficiales de nuestro ejército, Bernardo Smith y Agustín Lozano, procedentes de Panamá y que se dirigían á San Francisco de la Alta California para buscar desde allí la manera de incorporarse al ejército del Norte.

Los dos jóvenes que eran amigos míos, permanecieron algunos días en Acapulco en espera del vapor que debía conducirlos á San Francisco. En ese tiempo me refirieron las peripecias de su viaje desde Méjico hasta Panamá, atravesandola América Central, y se manifestaron agradecidos sobre todo al Sr. Miró, nuestro cónsul en Panamá, y al Sr. Plissé, comerciante de ese puerto, por la acogida cordialmente amistosa que les dispensaron durante su permanencia en el istmo. Agustín Lozano que tiene especial gusto en regalar *álbums* á las señoritas, pensaba proporcionarse uno muy elegante en San Francisco para enviárselo á la encantadora señorita Ofelia, hija del Sr. Plissé y una de las bellas con que se enorgullece Panamá. Me hizo prometerle que escribiría algunos versos en las primeras páginas y se lo prometí con gusto. Efectivamente, lo primero que [hizo Lozano en San

Francisco fué comprar un hermoso álbum y me lo envió á Acapulco para que escribiera, como escribí, la composición que figura entre mis *Rimas* con la dedicatoria "*A Ofelia Plissé.*" Y el álbum fué enviado á la bella joven, quien lo conserva desde entonces con aprecio, según me lo ha escrito su padre recientemente. Como conservé una copia de esos versos, la envié á *La Voz de México* y al *Nuevo Mundo*, periódicos mejicanos que se publicaban por aquellos días en San Francisco, los cuales la publicaron en Julio de 1865, siendo reproducida después por varios periódicos de la América del Sur. De uno de aquellos periódicos tomé la composición para insertarla en las *Rimas* cuando las publiqué coleccionadas por la primera vez.

Después de publicada la segunda edición, supe con cierta sorpresa que en un bello volumen que había publicado en París mi amigo el ilustrado escritor chileno D. José Domingo Cortés, con el título de "*Poetisas americanas, Ramillete poético del bello sexo hispano-americano,*" estaba inserta mi composición, pero atribuida á la señorita *Mercedes Salazar de Cámara*, y mutilada en su última parte en donde revelaba que el autor de los versos era un hombre. Evidentemente el Sr. Cortés fué engañado. Alguno quiso, por un espíritu de travesura de muy mal gusto, enviar al empeñoso compilador sud-mericano esos versos, como escritos por una poetisa mejicana, y al efecto inventó el nombre de *Mercedes Salazar de Cámara*. Ahora bien: la Srita. Mercedes Salazar de Cámara no existe

Yo sentí que el Sr. Cortés hubiese sido víctima de un engaño, y tanto más cuanto que no lo merece por su empeño en hacer conocer en Europa nuestra literatura, y por su ilustración y bondad que le han hecho escribirnos frecuentemente pidiéndonos informes, apuntes y composiciones para publicar su *Diccionario de contemporáneos hispano-americanos*, su *América Poética* y otros libros.

El pues, ha apelado á la buena fé de nuestros escritores. No merecía ser engañado.

Cuando llegó á Méjico el tomo de las *Poetisas Americanas*, yo estaba en Jalapa, de paseo, y allá recibí la carta que publicó el en *Federalista* mi querido amigo el distinguido escritor Francisco Sosa, que hizo conocer desde luego el engaño sufrido por el Sr. Cortés.

La inserto en seguida, y siento haberme visto obligado á escribir esta nota con motivo de una composición que ciertamente no vale la pena, por ella misma, pero como comprenderán los lectores, sin una aclaración como la presente y siendo conocida la compilación del Sr. Cortés en toda la América latina era preciso dejar bien sentada la paternidad que me corresponde, aunque se trate de una hija defectuosa é insignificante.

Hé aquí la carta del Sr. Sosa:

"Sr. Lic. Ignacio M. Altamirano.—Redacción del *Federalista*, Octubre 4 de 1875.—Muy querido Nacho:

"En Abril del año actual, publicó en París el Sr. José Domingo Cortés, escritor sud-americano un

libro intitulado: "Poetisas americanas, Ramillete poético del bello sexo hispano-americano." Positivo deseo tenía yo de conocer esa obra, para ver, antes que cualquiera otra cosa, el nombre de nuestras poetisas, pues no sé que triste suerte cabe siempre á Méjico en las publicaciones extranjeras, que nunca se le hace cumplida justicia, único favor, si así puede llamarse, que nos atrevemos á pedir á los extraños que hablan de nosotros. Presentía yo que el Sr. Cortés, como tantos otros, habría relegado al último y más pobre lugar á las poetisas mejicanas, y tenía yo cierto temor de que el compilador sud-americano hubiese publicado su libro sin contar con datos seguros para hacer una obra buena. Aumentáronse mis temores al leer en la *Revista Universal* un artículo escrito por el Sr. Martí en el que, con ese estilo brillante que le caracteriza, indicaba el poco acierto del Sr. Cortés en la elección de las composiciones de las poetisas de Cuba. Antier hubo de llegar á mis manos el libro en cuestión. Realizáronse mis temores y deploré, una vez más, la ligereza con que proceden muchas veces las personas al formar una obra, destinada á circular profusamente y á dar idea del movimiento intelectual de los pueblos.

"No me detendré á señalar á vd. todos y cada uno de los defectos de que adolece la recopilación del Sr. Cortés, porque es otro el objeto que me impulsa á dirigir á vd. esta carta. Con pena tengo que decir á vd. sencillamente que el libro no puede ser peor. La mayor parte de los nombres que en él fi-

guran me son perfectamente conocidos, y he echado de menos las más inspiradas, las más correctas poesías debidas á la musa hispano-americana. Última grande que tan esmerada edición no corresponda al mérito literario de la obra!

"Méjico está representado por Dolores Guerrero, Isabel Prieto, Esther Tapia y Mercedes Salazar de Cámara, esta última totalmente desconocida entre nosotros.

"De Dolores Guerrero sólo pone el Sr. Cortés la poesía intitulada "A una estrella" que no es sin duda, la mejor, sino la menos bella, la menos importante de sus composiciones y deja en olvido sus apasionados versos eróticos, cuya inmensa ternura conquistó, para la autora, el renombre de poetisa.

"De Esther Tapia, "Dios y "El genio."

"De Isabel Prieto, "La caída de las hojas" y "Las dos primaveras."

"De Mercedes Salazar de Cámara...

"Aquí tengo que detenerme más porque ese nombre desconocido es el que ha motivado estas líneas.

"Es una cosa que llama verdaderamente la atención que en un libro en que se han omitido tantos nombres dignos de figurar en él, aparezca uno que tal vez sólo exista en la mente del Sr. Cortés. No creo necesario enumerar á vd. los nombres de las poetisas cuya ausencia he notado. Mejor que yo las conoce vd. y básteme decirle quiénes han merecido del Sr Cortés la honra de formar parte de su recopilación. Pero volviendo á Mercedes Salazar de Cá-

mara, sepa vd. mi querido amigo, que al llegar á la página 305 de las "Poetisas americanas" hallé que se le atribuye á esa incógnita señora la poesía que, con el título de "A Ofelia Plissé, en su album," publicó vd. en las páginas 125 y siguientes de sus preciosas *Rimas*. Gracias á que no tengo tan mala memoria, y más aún á la circunstancia de ser esa poesía una de las que, entre las de vd. he leído siempre con sumo placer, descubrí al puato el plagio. He comparado ambas ediciones, es decir, la de el tomo publicado por el Sr. Cortés en Paris, y la que escribió vd, en Acapulco en Julio de 1865, y publicó entre sus *Rimas*.

"Hay algunas ligeras variaciones en la primera, como verá vd. por la copia que le acompaño, y la presunta autora se permitió mutilar la poesía al final; pero de tan desgraciada manera, que suprimió los siete últimos versos que completan el sentido de la composición, y que encierran, en mi concepto, nada menos que el pensamiento capital, y al mismo tiempo el más hermoso de toda la poesía.

"Aunque esto de los plagios literarios ya no me sorprende, porque á cada paso descubro uno nuevo, he creído útil llamar á vd. la atención en esta vez. Se trata ahora de un libro lujosamente impreso y encuadernado, y que según todas las probabilidades, obtendrá notable circulación, y es preciso evitar que llegue un día en que, al leer entre las poesías de vd. la que hoy aparece bajo el nombre de una señora, quien no lo conozca, ponga en duda al verdadero autor.

"Estos casos de plagios literarios van repitiéndose tan á menudo, que no hace muchos días descubrí que una señorita se apropia los versos no ya de un amante, sino de varios poetas mejicanos y extranjeros. El sábado cayó en mis manos el libro del Sr. Cortés, y ayer, domingo, he leído en el *Monitor* una poesia de nuestro querido amigo Julián Montiel, publicada en 1861 en su colección, (página 53 y siguientes) poesia que, con el mayor desembarazo, se ha apropiado otra persona, permitiéndose mutilarla y estampando al pie su nombre. Creo mi querido Nacho, que para cortar ese vergonzoso vicio de plagiar las obras literarias, nohay otro remedio como desenmascarar á los culpables.

"Comprendo al que, acosado por el hambre y la miseria y exponiendo su existencia, roba una moneda que no ha podido poroporcionarse de otra manera; pero no comprendo cómo sin necesidad alguna, se exponga á la vergüenza pública más tarde ó más temprano, el que quiere aparecer poeta ó escritor cuando la naturaleza le ha negado las dotes que para serlo se requieren.

"Como he dicho á vd. ese vicio se propaga, y me atrevo, por lo mismo, á solicitar la cooperación de vd. en la tarea, ingrata, pera útil, de extirparlo

"Siento que esta carta haya ido tomando mayores proporciones de las que al principio pensé darle. Mas ya que tengo la pluma en la mano, aprovecho la oportunidad para pedir su eficaz é inteligente ayuda, en la obra que intentamos Justo Sierra y yo.

"La formación de la "Lira mejicana" no quedará en proyecto. Es una obra destinada á revelar los progresos de la literatura nacional, y es preciso llevarla á cabo con el esmero y la consagración que requiere. Excito á vd; pues como amigo y coamante de las letras mejicanas, á que nos acompañe á formar esa obra, cuyo plan he manifestado á vd. ya.

"Adiós mi buen y querido Nacho; espero que las brisas de la encantadora Jalapa habrán alejado de vd. todo pensamiento y triste le habrán devuelto aquel ardor, aquel fervoroso entusiasmo con que en no lejanos días se consagraba vd. á las labores literarias, para bien de los que gustamos aprender deleitándonos.

"Sabe vd. cuánto es el cariño y cuánta la estimación que le profesa."— *Francisco Sosa.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DEPARTAMENTO GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



ENSAYO CRÍTICO

SOBRE

BALTASAR

DRAMA ORIENTAL

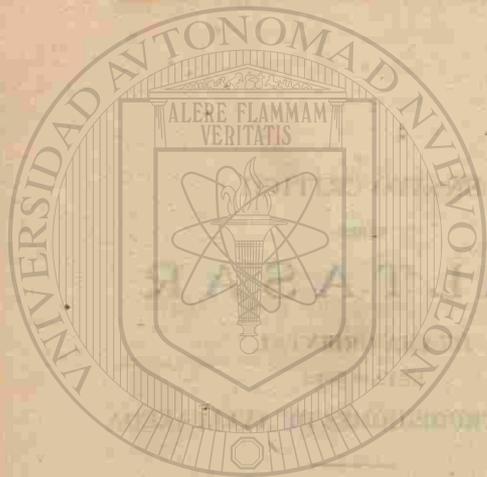
DE LA SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



ENSAYO CRÍTICO SOBRE BALTASAR (*)

Babilonia — BALTASAR, drama oriental por la Señora Gertrudis Gómez de Avellaneda. — Argumento. — Examen bajo el punto de vista bíblico. — Los libros de Daniel. — Baltasar. — El rey Joaquín a Jeconías. — El profeta Daniel. — El sitio de Babilonia. — Examen bajo el punto de vista histórico. — Narración de Herodoto. — Narración de Xenofonte. — Narración de Beroso y de Josefo. — Los canales del Eufrates y la toma de Babilonia por Ciro. — *La cena de Baltasar*, de Carpio. — Pensamiento del drama. — El *Sardanapalus* de lord Byron. — Comparación con lo que refiere Diodoro de Sicilia. — Ejecución del drama. — Beneficio de la Sra. Cairón. — El público. — El Sr. Montijano. — El Sr. Navarro. — El Sr. Irigoyen. — El Sr. Benetti. — El Sr. García. — La Sra. Márquez. — El Sr. Valero. — La Sra. Cairón. — Decoraciones. — Trajes caldeos. — Ovación a la beneficiada.

HUBO ciudades en el mundo antiguo, cuya imagen tiene para nosotros el va- go encanto de una visión de nuestros ensueños infantiles. En el bello panorama de nuestra imaginación y de nuestros recuerdos, esas reinas del pasado se destacan majestuosas,

[*] El presente juicio apareció en el *Siglo XIX* del día 15 de Julio de 1863. — N. del E.

fijando nuestra atención, haciéndonos vivir en otros tiempos y presenciar atónitos los prodigios de asombrosas civilizaciones que no existen, pero que la magia del pensamiento hace salir de sus sepulcros seculares y sacudir el sudario de las ruinas para presentarse con todas las pompas de la vida y de la hermosura.

Tebas, Menfis, Atenas, Balbeck, Palmira, Jerusalén; pero sobre todo, Babilonia, aquella maravilla del viejo mundo, gigantesca metrópoli del Asia, cuna de tres grandes imperios, sepulcro de tantas ambiciones, gloria y orgullo de la civilización antigua, punto de partida de la humanidad postdiluviana, según las Escrituras.

Babilonia, la grandiosa capital del imperio Asirio, la de los templos fastuosos y las titánicas torres, la de los puentes soberbios y de encantados jardines, la de los muros altivos y de las puertas de bronce, la de soberbios monarcas y varoniles princesas; Babilonia, esa reina sensual que, recostada sobre su lecho de oro, á la sombra de las palmas, veía orgullosamente arrastrarse á sus pies las poderosas aguas del Eufrates y servirle de tapiz la inmensa llanura brillante con las doradas mieses y con las cintas de plata de sus cien canales! . . .

Babilonia fué la visión mística de nuestras leyendas de niño, ha sido el objeto de nuestros

estudios de joven, y todavía cuando hombres maduros dirigimos una mirada pensativa á las edades pasadas; esa ciudad magnífica y opulenta donde á la par moraron tan negros vicios con sublimes virtudes, esa ciudad que produjo á Semíramis y á Nitocris, que deificó á Belo y á Nabucodonosor, que fué profanada por Ciro en medio del festín, y que encerró el loco orgullo de Alejandro bajo la losa sepulcral, es un motivo de hondas meditaciones. Todo nos interesa en ella, su poderío, su hermosura, sus grandezas y sus infortunios. Heredera de Nínive y madre de Seleucia, ella vió sucederse los imperios á los imperios, las dinastías á las dinastías y las civilizaciones de un mundo á las de otro, hasta su cumbir en manos de la barbarie, que despojándola de su corona sagrada, la ató al cuello el cordel de los esclavos y la sepultó en la tumba del aniquilamiento. Así ella vió levantarse el trono caldeo y el trono persa, el trono macedón y el trono seléucida, la curul romana y el diván de los califas, pasando ante sus ojos Belo y Ciro, Alejandro y Seleuco, los emperadores griegos y Haroun-al-Raschid, hasta que el destino descargando sobre ella su maza omnipotente, abatió para siempre su fierèza, *la hizo convertirse en un montón de escombros, la hundió entre el polvo del desierto, trocó sus templos y palacios en*

animales feroces y de pájaros agoreros, y sembró en su derredor la desolación y la tristeza, como si se hubiese encargado de cumplir la condenación de las antiguas profecías.

Hoy aquellas llanuras por donde llegaban los ejércitos de Nabuconodosor victoriosos y trayendo encadenados á los vencidos pueblos por donde aparecían los carros y las huestes de Ciro, haciendo estremecer la tierra *y rugiendo como el mar*, por donde marchaban las falanjes de Alejandro cargadas con los despojos del mundo, apenas cruza melancólico el *goun* de árabes ladrones, semejante á una patrulla de sombras.

Aquel gran río por donde subían embarcaciones sin cuento trayendo los tributos de cien provincias hoy despojado de su corona de sauces y de su flotante servidumbre, se desliza solitario y silencioso, como humillado por la catástrofe de su señora. Los mil canales que atravesaban las llanuras llevando á ellas la fecundación y la riqueza, yacen hoy cegados é inútiles, serpenteando como inmensas arrugas en los mustios yermos; allí donde se alzaban altivas ciudades, populosas aldeas y alegres arquerías, hoy apenas se descubren en medio de un terreno polvoroso y sepulcral las negras chozas de los *fellahs* miserables, y en el sitio en que se levantaba el trono de un monarca de poderosas naciones, se

sienta hoy, en estera humilde, el bárbaro *muchir* sucesor de los Belos, de los Daríos y de los Alexandros. Se comprende la exclamación del profeta: "*¿Cómo ha venido á ser Babilonia el asombro de todos los pueblos?*"

¡Ay! ¡así pasan las glorias de este mundo!

No parece sino que Babilonia ha sido privilegiada por el destino para desaparecer de la tierra, así como lo fué para causarle admiración con su belleza insolente. El mármol de las construcciones griegas ha sobrevivido á la grandeza de sus repúblicas; el granito de los monumentos egipcios y romanos, aún nos da idea de aquellas dos civilizaciones; pero la arcilla y el asfalto de la metrópoli caldea no han podido eternizar la grandeza de la civilización asiria, y el aliento de los siglos, fundiendo torres, y templos, y palacios, los ha hecho dispersarse en ríos de lava y perderse entre las riberas cenagosas del Eufrates. Babilonia casi ha desaparecido de la faz de la tierra, y el viajero tiene hoy trabajos para marcar por confusos vestigios en medio de pavorosas soledades, el lugar de aquella ciudad en la que hablaban los astros y á la que daban culto los pueblos.

Sin embargo, tal vez por esta completa desaparición que da mas ancho campo á la fantasía para sus concepciones maravillosas, ó porque la

oímos nombrar frecuentemente en las leyendas bíblicas, siendo el objeto de la poética indignación de los profetas, Babilonia es una ciudad de las que más interesan á los pueblos cristianos, y apenas queda inferior en esto á Jerusalem.

Por eso todo lo que se refiere á ella, nos conmueve, excita nuestra curiosidad, nos sumerge en una especie de religiosa contemplación, y sentimos, recordándola, soplar en nuestra frente el hálito gigantesco de las antiguas edades, y halagar nuestros sentidos el perfume oriental de una civilización voluptuosa y magnífica.

Todo esto nos ha pasado viendo poner en escena el *Baltasar*, drama bíblico de la Sra. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, estrenado en Madrid hace nueve años, pero representado hoy por la primera vez en el teatro de Méjico.

La distinguida poetisa cubana, desdeñando la modesta extensión del drama común, ha ido á buscar con esa mirada de águila y con esa imaginación poderosa con que al cielo plugo dotarla, un bello y magnífico asunto en la vida de un gran imperio, cuyas vicisitudes nos han tras-

mitido las asombradas páginas de la antigua historia.

En este drama, como en su tragedia bíblica *Saúl*, y como en *Alfonso Munio*, la Avellaneda se ha puesto el nivel de los más famosos trágicos, por la elección del asunto, como por la ejecución, llevada á cabo con una entonación y con una grandeza que nos sorprenderían en sumo grado si no supiésemos que ella, según la célebre expresión de un ilustre contemporáneo, es más bien un gran poeta que una poetisa.

Todo en las obras de la ilustre americana lleva el sello de ese talento varonil y avasallador que caracteriza á los grandes hombres; todo en ellas es notable, y hasta sus defectos é infracciones de la verdad y de las reglas tienen el mismo carácter que los defectos de los poetas antiguos ó que las magníficas licencias de Shakespeare y de los más célebres dramaturgos modernos.

Vamos á entrar en el estudio de *Baltasar*, no por una vana ostentación de doctrina, que no puede sospecharse en nosotros, sino porque esta notable producción lo merece, pues no sería cosa de dejar pasar un acontecimiento histórico, extraordinario, que se pone en escena, y se pone por un talento superior, sin decir sobre él, siquiera sea por vía de ensayo, algunas palabras que más que crítica son un homenaje rendido

al genio. Así pues, no se extrañará encontrar-nos demasiado técnicos, en lo cual procuraremos ser sobrios cuanto nos fuere posible, debiendo los lectores tomar en consideración el asunto y el género de composición que analizamos.

La historia del rey Baltasar ó Labinetes, como le llama Herodoto, la toma de Babilonia por Ciro y Ciáxara, la caída del imperio asirio y los prodigios que tuvieron lugar, según los libros sagrados de los hebreos, en la famosa cena de aquel rey: he aquí los acontecimientos que la Sra. Avellaneda ha puesto en el teatro, y ya el lector puede figurarse cuán inmenso es el asunto, cuántas dificultades presenta para la unidad teatral.

Es preciso establecer de antemano, que el drama está modelado sobre la narración bíblica, y que la autora ha parecido apartarse de las tradiciones de la historia profana, que no todas coinciden con la sagrada leyenda; de modo que la obra debe examinarse á la luz de las creencias judaicas, heredadas por el cristianismo; no á la luz de la filosofía, de la crítica y de la historia. La autora se propuso reproducir ante el espectador la historia contada por Daniel, ha-

ciendo intervenir, como lo hace el profeta, prodigios terribles en la caída de la monarquía caldea, y no fija su atención en las causas providenciales, aunque no maravillosas, como lo hace la crítica histórica, que son las que determinan siempre la elevación y la ruina de los imperios, así como la civilización y la decadencia de los mundos.

He aquí el argumento de *Baltasar*, conservando el fondo bíblico; pero revestido con la fábula dramática que tan poéticamente supo tramar y desarrollar la privilegiada imaginación de la Sra. Avellaneda; separándose, sin embargo, á veces en los tipos y en las escenas, de la narración hebraica.

El rey de Babilonia, el nieto de Nabucodonosor y último de los monarcas de la familia caldea, es un hombre de treinta y seis á cuarenta años, de una naturaleza ardiente y sensual, pero gastada por los placeres, que ha apurado desde su juventud hasta la saciedad, hasta el tedio, hasta la postración. Aquel monarca es infeliz en medio de su omnipotencia; su espíritu está consumido por un fastidio espantoso; su corazón helado no es capaz ya de sentir emoción alguna;

sus sentidos, agotados en el harem y en la orgía, están muertos; los goces de la soberanía son para él nulos, y mas bien le sirven de martirio. Careciendo de una organización guerrera, ó no pudiendo despertársela, no disfruta de las nobles agitaciones del combate; repugnando los trabajos de la administración, abandona las riendas de la monarquía en las más enérgicas manos de Nitocris, su madre, y en las de sus sátrapas; aburrido de aquel lujo oriental de la corte, deslumbrador y refinado, pero monótono, no encuentra en él ni siquiera un motivo de vanidad; de los deleites del amor no puede sacar ya ni una gota de elixir para reanimar su sangre debilitada; en fin, el rey asirio, obsediado, adorado por la beldad, se ha convertido en un regio eunuco; aspirando constantemente una atmósfera impregnada de los ricos aromas que se queman á sus pies, se ahoga, sin poder desde el trono refrescar sus sienes con un soplo de aire puro; las flores carecen de perfume para él; el acento de los himnos lisonjeros le inspira un desdén profundo, el temor de los dioses no halla cabida en su alma escéptica; nada quiere, nada busca, nada cree, nada piensa; en fin, es la personificación exacta de aquellos déspotas del Oriente, enervados por los goces sensuales, y encuentran sus mas terrible castigo en el agotamiento de su vitalidad y

en la profunda tristeza que produce el exceso del placer.

Tal es el rey Baltasar, según lo pinta la Avelaneda. No es, en nuestro concepto, un retrato histórico, sino una personificación hecha expresamente, como lo probaremos después.

Este rey se consume de tedio: sus ministros le preparan una fiesta en la que procuran apurar el ingenio; pero con la que no consiguen más que irritar el ánimo enfermizo del déspota. Sin embargo, uno de sus sátrapas, Rabsares, de acuerdo con otro, Neregel, y valiéndose del candor de la reina madre, con el deseo de presentar á los ojos de Baltasar algo nuevo y que le excite, buscan en el fondo de la prisión en que yace Joaquín, rey cautivo de Judá, á una joven israelita, sobrina del profeta Daniel y esposa de Rubén, orgulloso mancebo cuya noble altivez es atormentada, pero no quebrantada por la desgracia.

Elda, que así se llama la hermosa doncella, se muestra agradecida á las bondades de la reina, que baja hasta los calabozos de Joaquín para buscarla y conducirla á la corte, y que la promete libertar pronto al viejo ciego cambiando la suerte de su familia. Así es que sigue pesarosa, pero confiada, á su protectora, hasta el palacio del rey, sin sospechar que es una vícti-

ma consagrada á enardecer por un momento la tibia sangre del tirano.

Este la ve, porque los sátrapas se la designan entre el coro de jóvenes cortesanas, haciéndole grandes elogios de su voz, después de lo cual piden á la doncella que cante en presencia del monarca, á cuya solicitud ella rehusa noblemente. Los versos que con este motivo dice, son hermosísimos, son sublimes, y no parecen sino inspirados por el oculto pero potente númen que debe agitar el alma de una hija de Cuba, cuyo pueblo arrastra las cadenas de la esclavitud. Hélos aquí como se dijeron en Madrid, y como se dijeron en Méjico:

RABSARES.— En la música descuella
Todo la judaica gente;
Que hoy ante el monarca ostente
Su talento esa doncella.
Llega joven: tu señora
Quiere escuchar tus acentos.

NITOCRIS.— Que sus tristes pensamientos
Disipe tu voz sonora.

ELDA.— ¡Oh reina! excúsame pía,
Pues en triste cautiverio
No hallo voz en el salterio,
Ni hay en mi acento armonía.

RABSARES.— ¡Te niegas!

ELDA.— Sólo las aves
Divierten á su opresor.
Exhalando su dolor
Entre cánticos siáves.

RABSARES.— ¡Cómo!

NITOCRIS.— ¿Qué dices?

ELDA.— No hay ya
Para el Dios del cielo altares,
Ni festejos, ni cantares
Para la viuda Judá!
Pende su arpa sin sonidos
Del sauce de estas riberas,
Do las brisas extranjeras
Sólo le arrancan gemidos . . .
¡Que en la infausta soledad
Es el llanto nuestro acento . . .
Y alas no halla el pensamiento
En donde no hay libertad!

NEREGEL.— ¡Insolente!

NITOCRIS.— El rey te escucha.

BALTASAR.— Y te mando cantar.

ELDA.— ¡No!

RABSARES.— ¡No puedo obedecer!

RABSARES.— ¡Oh!

¡Te pierdes!

NEREGEL.— ¡Qué audacia!

NITOCRIS.— Es mucha

Tal resistencia Elda mía.

ELDA.— ¡Mi pueblo gime, señora,
Bajo otro yugo!

te, el *Super flumina Babylonis*, ni colgará su lira de los sauces del Manzanares.

En cuanto á nosotros, apasionados de la Avellaneda y que la creemos tan patriota como poetisa en el arrebató de nuestro cariño, acariciamos la ilusión de que esto no es cierto, y suponemos que quien eleva esos acentos dignos del sublime salmista hebreo, de aquel poeta de la libertad de Judá, no puede ser indiferente á la suerte de su patria. El recuerdo de esta santa Sión en uno ha nacido, siempre es el primero, el más dulce y el más tierno, sea que nos sorprenda en que la miseria y en la soledad, sea que brote en medio de la dicha y del fausto de una corte opulenta.

Volvamos á Baltasar.

Con la resistencia de la virgen judía, aquel corazón gastado se conmueve, se agita; desea, y como lo que desea no está al alcance de su mano, que se encuentra con el muro de la virtud y de la altivez, lo que habría podido ser un capricho se convierte en pasión. Baltasar manda retirar á la corte, quedase sólo con Elda, quiere gozar con avidez de aquella conquista, agradable por difícil. Pero la judía sigue resistiendo, fiel á sus juramentos y á su virtud, rechaza indignada al rey, y cuando éste exasperado quiere violentarla, se aparece Rubén, el nieto

de Joaquín y esposo de Elda, que la había venido siguiendo, advertido por Daniel acerca del peligro que corría. El joven iracundo se atraviesa y osa amenazar al monarca, que altamente sorprendido de esta audacia, llama á su corte: sus palaciegos van á precipitarse sobre el atrevido mancebo, cuando Elda revelando que es su hermano, contiene la cólera de Baltasar. Rápido como el pensamiento, el monarca se lanza en medio de sus oficiales y del israelita, y detiene á aquellos haciéndoles desviar la punta de las desnudas espadas que ya amenazaban al desdichado joven. Esta escena es bellísima y produce una conmoción extraordinaria.

Después manda salir á todos y se queda con Rubén, que sacando una espada que traía oculta bajo su túnica de cautivo, pretende matar á Elda antes que verla ir al harem.

Baltasar le coge por el puño, y cuando queda á solas con él, desenvaina la espada y le acomete con tal furia, que el judío, desprevenido ó atemorizado, se deja desarmar y cae al suelo. El rey le manda levantarse, le perdona, le desprecia y se marcha.

Cuando Joaquín ya puesto en libertad sobreviene, halla á su hijo humillado y lleno de desesperación, y sabe las intenciones depravadas que amenazan la virtud de Elda. Ciego como es,

se arrastra colérico, logra recoger la espada arrojada por Rúben y marcha á tientas en busca de su enemigo, cuando aparece Daniel y le conjura á dejar á Dios la venganza de este crimen.

Así concluyen los dos primeros actos.

En el tercero, ya el rey locamente apasionado de Elda, piensa que protegiendo á su familia y á su pueblo y brindándola con el trono, podrá ser correspondido y dichoso, porque para él ya la única dicha es amar y ser amado. Al efecto da orden á sus ministros para el cambio de posición de Joaquín y de Ruben, les previene erigir altares al Dios Israel y hacerle adorar al par de los dioses caldeos; luego hace venir á la presencia de Elda al viejo rey cautivo y á su nieto, y entrega á éste un escrito en que le nombra el segundo del reino y el primero en la corte. A la sazón escucha los sordos rumores del pueblo babilonio que se agolpa junto al palacio, y cerciorado por Neregel de que la noticia de la elevación de los israelitas es la causa de esta conmoción, manda abrir las puertas del regio alcázar con supremo orgullo, y anuncia que va á ordenar á la multitud insolente, que se postre de rodillas ante la virgen judía á quien elige por esposa. Semejante noticia sorprende é indigna á Joaquín y á Ruben, y llena de pasmo á ésta. Joaquín exclama que tal proyecto es imposible. Elda se aparta

aterrada, Ruben comprendiendo al fin que tantas dádivas y favores no eran más que el precio del honor de su mujer, despedaza y lanza indignado su nombramiento á los pies de Baltasar y declara que es el esposo y no el hermano de la joven. Baltasar atónito al ver que ha sido engañado y que sus deseos se estrellan contra una dificultad inesperada, cegado por la cólera y por los celos, arrebata á Ruben y le arroja en medio de la muchedumbre para que le despedace. Elda pierde la razón.

En el cuarto acto aparece la sala del banquete adornada con toda la magnificencia oriental. En primer término se halla el rey, reclinado en un diván y presa del más hondo tedio. Mas allá está la gran mesa semicircular preparada para la cena. Ricos aromas se queman en pebeteros de oro y plata, y las flores más exquisitas penden de las guirnaldas que tapizan los muros. Arden cien lámparas iluminando el salón, y un orden de columnas le limita al fondo, separándole de los jardines, de aquellos célebres jardines que hizo suspender en el aire el antojo fantástico de un déspota desconocido, y entre cuya sombría arboleda se destacan colosales estatuas, blancas fuentes y dorados pabellones. A lo lejos se divisan sobre un cielo obscuro las torres y palacios de Babilonia, que viene á alumbrar de cuando en

cuando la luz rojiza de los relámpagos. Una música suena dulcemente, y todo, en fin reproduce allí un cuadro de aquella reina del Asia, de aquella Babilonia á la que llama Jeremías *la más hermosa ciudad del mundo, y el cáliz de oro en mano del Señor, que ha embriagado con él á todos los pueblos.*

Aquella pomposa y magnífica perspectiva, aquellas estatuas de las divinidades caldeas, aquellas armonías de las cítara y de las trompetas sagradas, aquel perfume de rosas mezclado al espeso aroma de la mirra y del benjuí, aquella mesa cargada de manjares de vasos y platos antiguos, aquellos tapices asiáticos, aquellos trofeos, aquellas lámparas y aquel rey indolente y soberbio tendido en divanes de seda, adormecido entre la espesa nube de incienso y al compás de una música lánguida; todo, decimos, produce completa ilusión y trasporta el espíritu á los pasados tiempos y al seno de una civilización extraña y voluptuosa. Parece, en efecto, que está uno asistiendo á las escenas descritas por los profetas con su palabra pintoresca y brillante, ó que la voz de una maga se levanta á nuestra vista realizando un sueño de nuestros años de joven.

Pronto la escena comienza á tener movimiento: la reina Nitocris llega y entregando á su hijo el anillo real, renuncia el poderío que se le había

confiado, ya que no pudo evitar la injusta muerte de Ruben. El rey, vuelto á caer en su pesada indiferencia y en su doloroso hastío, se lamenta de su desgracia y de la pérdida de su última ilusión. Entonces la Avellaneda le hace decir hermosos versos que dejan en el alma una honda impresión de tristeza y de amargura.

NITOCRIS.—¡Oh Baltasar!

BALTASAR.—(con desaliento.) Humo leve,

Que pasa sin dejar huella,

Fué todo! Volóse aquella

Ilusión de un sueño breve!

¡Volóse... volví á caer

En esta tierra maldita,

Donde todo se marchita.

Donde es sarcasmo el placer!

¡Torno á escuchar ese acento

Que la esperanza prohíbe ...

Y que mi oído percibe

En cada soplo del viento.

Ese acento que aquí gira,

Que en todas partes murmura:

—No hay amor, verdad, ventura....

Todo es miseria y mentira!

Después cuando Nitocris le hace justas observaciones sobre su falta de virtudes y atribuye á eso su desencanto y su tristeza, Baltasar replica:

Pues bien! si al infausto trono
 No ha de llegar la esperanza:
 Si el sér más mísero alcanza
 Lo que yo en balde ambiciono....
 Si es de los reyes herencia
 La soledad de esta cumbre,
 Do no hay un astro que alumbre
 Las sombras de la existencia,
 Quiero con negro egoísmo
 Que este poder infecundo
 Pese, señora, en el mundo
 Tan rudo, como en mí mismo
 ¡Verte! — ¡Quizá logre al fin
 De monarca digna palma!
 [Con ironía acerba.]
 ¡Quizás me conforte el alma
 La crápula del festín!
 Hónralo con tu presencia
 Y de eso sólo te cuida!

Nada puede pintar más al vivo el fastidio y el aislamiento del despotismo vicioso y nulo, como estos versos en que la belleza de la forma rivaliza con la amargura y exactitud del pensamiento. Después de este diálogo, llega Daniel á profetizar al rey la llegada de Ciro, la caída del imperio caldeo y la libertad del pueblo judío. Pero Baltasar incrédulo, fiado en su poder, des-

deñoso é impío, desprecia los avisos del profeta, se indigna contra su audacia y manda ponerle en prisiones, desafiando al Dios que le inspira los terribles vaticinios. Luego sigue la cena. Música, embriaguez, adulaciones, todo se pone en juego para aturdir al rey; pero éste permanece sombrío y taciturno, y la cena se hace triste y la orgía degenera. Entretanto, el cielo está agitado por la tempestad, los truenos redoblan y el relámpago ilumina con su siniestra luz las copas de los árboles, las cabezas de las estatuas y la frente de los templos lejanos, como si fuese una amenaza del cielo. Cuando los corazones, no pudiendo sostener esta alegría artificial, son presa de una grave preocupación, Elda se presenta.

Su aparición consterna á la reina, asombra á los cortesanos y hace sufrir al rey, que se queda atónito. Elda delira, y en su extravío habla de su esposo, de su padre, del tirano, de la corte y cree ver un cementerio en el regio salón, y parece marchar entre sepulcros; por último al encontrarse con el rey le reconoce y cae desmayada.

Los cortesanos en vano se esfuerzan por continuar la orgía; el mismo Baltasar desfallece queriendo excitarse con nuevas libaciones. La turbación de todos llega al colmo viendo entrar

al ciego rey Joaquín, que viene á brindar también, enloquecido de dolor; pero queriendo ostentar desprecio, al oír las exclamaciones del desventurado viejo, ríen á carcajadas, el festín continúa, y Baltasar, llevando hasta el exceso su desdén por el Dios de Joaquín, quiere brindar en su honor, y manda traer con ese objeto los vasos sagrados que su abuelo arrebató del templo de Salomón. Traenlos en efecto, son distribuidos entre los cortesanos, y en el momento en que el rey propone el sacrílego brindis, una ráfaga de viento abre de golpe todas las ventanas, derriba las estatuas y apaga las luces. La música enmudece, las copas caen de las manos, y entre la obscuridad, al estampido de un trueno, aparece en el muro la tremenda inscripción *Mane, Thekel, Phares*. Todos se apartan aterrados Baltasar pide á sus magos la explicación de este enigma. No pueden hacerla, y entonces la reina Nitocris recuerda que Daniel en otro tiempo ha sabido explicar sueños intrincados. El profeta llega y explica, en efecto, el sentido de las letras misteriosas, rechazando los dones con que Baltasar pretende premiar su ciencia. En este instante, Rabsares avisa al rey que el ejército de Ciro penetra en la ciudad. Baltasar empuña valientemente la espada y se lanza al encuentro del enemigo. En vano pide la reina consuelos á Daniel;

éste le dice que Dios ha dispuesto tal catástrofe: á poco traen á Baltasar herido mortalmente, y en su agonía parece arrepentirse, y muere en brazos de Nitocris y de Joaquín. La reina va á incendiar el palacio; Daniel se pone á decir su profecía de las sesenta semanas y anuncia la venida del Mesías; Joaquín le escucha arrodillado, el palacio se abrasa y los vencedores penetran hasta el salón persiguiendo á los vencidos. Así concluye el drama

Sólo nos resta hablar de la ejecución de este drama en el Teatro Nacional de Méjico. La Sra. Cairón le escogió para su beneficio y fué una novedad que atrajo una concurrencia brillante. Además, la hermosa é inteligente actriz se ha conquistado una gran simpatía en el público, tanto por su talento artístico, como porque su figura escénica es la más á propósito para cautivar en su favor el cariño de todos. Así es que en esa noche, el gran vestíbulo del teatro, iluminado

espléndidamente, daba paso á lo más escogido de la sociedad mejicana, que acudía presurosa á contemplar un espectáculo nuevo y á arrojar sus coronas y sus ramilletes á los pies de su querida artista.

Resplandecían los palcos con la belleza de las hijas de Méjico, las de rosado cutis y de ojos de azabache, consuelo de la tierra y vivo trasunto de las hurfes musulmanas. En el patio se ostentaban también la gallardía y donosura de nuestros *fashionables*, entre los cuales sólo nosotros y unos cuantos periodistas más de tostado semblante, proyectábamos una sombra, para que el contraste fuese mejor. Cuando se alzó el telón, una tempestad de bravos y de aplausos estalló en todas partes saludando á la eminente actriz que se hallaba en la escena; multitud de coronas volaron á sus plantas, así como centenares de ramilletes que en sus flores, de vivo color y de rico perfume, como hijas de los jardines de América, simbolizaban el ardiente afecto de los mejicanos, que se concede sin reserva y que dura hasta que muere el corazón.

Comenzó luego el drama. Todos los actores se esmeraron en su representación. El Sr. Montijano hizo un rey Joaquín magnífico, el Sr. Navarro caracterizó al profeta y sólo nos permitimos indicarle que habría sido mejor no hacerle

aparecer como de sesenta años, con una barba blanca, porque la Avellaneda misma previene que sólo tenga cuarenta años, y porque según todos los cálculos, esos tenía en efecto en aquella época. Pero en lo demás comprendió su papel y supo dar á sus palabras la solemne expresión que era conveniente. El Sr. Ingoyen representó á Ruben con inteligencia, y como su figura juvenil le ayuda mucho, el mancebo judío salió muy bien. Los Sres. Benetti y García sacaron todo el partido posible de sus sátrapas. La Sra. Márquez jamás nos ha agradado tanto como en el papel de la reina Nitocris. Además de haber estado bella y majestuosa, caracterizó perfectamente y marcó todos los detalles de su papel. Aquella buena, generosa é ilustrada reina es un tipo simpático, y la Márquez se colocó á su altura. Pero el Sr. Valero y la Sra. Cairon fueron los protagonistas. Cada vez tenemos motivos para admirar el talento del gran actor español, cada vez nos sorprende su prodigiosa comprensión y la flexibilidad de su gusto dramático. Le hemos visto en sus ancianos enfermizos y sombríos como el rey *D. Fruela II de León*, como en *Luis XI*, en sus viejos y nobles altivos como el *D. Alfonso* de las "*Querellas*" y el *Alcalde de Zalamea*; en sus ancianos grotescos, como el *Maestro de Escuela* y el *Acerico* de las *Travesuras de*

Juana; en sus viejos finos, como el de *La Levita* y el de las *Deudas de la Honra*; en sus centrales todos, en que no deja que desear y en que nos ha presentado cada vez nuevos tipos, diversos los unos de los otros. En el *Baltasar* nos hizo contemplar otro nuevo y difícil. Un rey lleno de tedio, enervado, gastado, con un alma grande, pero inutilizada por el ocio y los placeres. Con una soberbia colosal, pero templada por arranques inesperados de generosidad y de verdadera grandeza, llevando el desdén y la frialdad hasta el extremo, pero conmoviéndose á veces profundamente. No hay detalle que él no haya marcado, nada se escapa á su perspicacia artística; con el más ligero ademán, con el más pequeño gesto da vida á una expresión ó indica un sentimiento. Fué extraña la impresión que causó al aparecer precedido de la ostentosa procesión de su corte, al lado de la reina y con un aspecto tal de orgullo y de fastidio, que desde luego hizo formar idea de lo que debió ser el monarca enervado. Sus ojos se entrecerraban lánguidamente, sus párpados caían con pesadez, en su andar acompasado y muelle como el de los orientales, se notaba la fatiga de la voluptuosidad, apartaba la vista con doliente movimiento de la fila de sus cortesanos inclinados, y arreglaba de cuando en cuando la diadema sobre sus cabe-

llos negros, rizados y lustrosos, como debía tenerlos un rey sibarita y afeminado.

¿Qué podríamos añadir? Demasiado vió la Sra. Avellaneda, desde hace nueve años, en el teatro de *Novedades* de Madrid, realizado su ideal por el Sr. Valero. No se puede pedir más. Notamos aquí que tal vez á causa del bigote negro y rizado y de la barba pequeña y negra, y á causa también de la cabellera, el actor se dió un aspecto de juventud que no ha tenido en otros tipos de esa edad. El caso es que en el *Baltasar* vimos al rey de la Biblia representado bien.

La Sra. Cairón estaba bellísima en el papel de la joven judía. Su tocado, su traje pintoresco del primer acto y de los dos posteriores, realzaban su magnífica hermosura. Su cabellera negra y sedosa, su color blanco y fresco, como el de una rosa de primavera; sus ojos grandes oscuros y dulces, velados por largas pestañas, sus hombros y brazos de una pureza griega, sus manos delgadas y finas y su talle ligero y esbelto, formaban un conjunto deslumbrador. Hemos estudiado una disertación sobre los trajes hebreos para formar nuestra opinión sobre el suyo, y le hallamos exacto. Hemos dicho otra vez que en algunos papeles dramáticos nos había parecido un poco fría. No podemos decir eso aho-

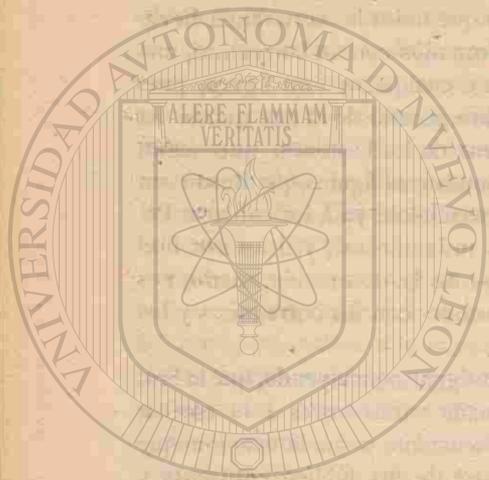
ra Estuvo conmovida, llena de expresión, y su acento, que es tan sonoro de suyo, aquella noche estuvo más armonioso y más blando. Fingió la locura del acto cuarto con propiedad, y la Sra. Avellaneda le debe un voto de gracias, porque, lo repetimos sin escrúpulo, sin una actriz inteligente, esa escena forzada y poco preparada, es un escollo. La artista no puede sacar mucho partido de ella, á no ser que sea muy buena, y la Sra. Cairón salió airosa, lo cual debe tenerla satisfecha.

En cuanto á las decoraciones, se pusieron lo mejor que fué posible y lo mejor posible no era caldeo; pero habría sido injusto exigir decoraciones nuevas, cuyo precio no sólo se absorbería el producto de un beneficio, sino el de un abono. Sabemos que en Madrid se representó este drama con todo lujo y propiedad; pero costó mucho, aunque la empresa de *Novedades* ganó también bastante, á causa de sesenta representaciones sucesivas. Aquí la empresa habría perdido, porque no habría soportado el público diez noches el *Baltasar*, aunque le hubiesen puesto los jardines áéreos, los obeliscos y la torre de Babel.

Los trajes caldeos fueron propios en cuanto cabe. Dicen que son los mismos que se presentaron en Madrid. Nosotros, con el párrafo 156

del libro I de Herodoto en la mano, habríamos querido más largas las túnicas de lino ó interiores, la segunda túnica de lana más corta, y habríamos exigido que todos los cortesanos llevarsen bastones adornados con un borreguito, una rosa, una águila ó cualquiera otra figura, pues era una costumbre general de la que quizás ha nacido la moderna de los bastones, que según las enormes y fantásticas figuras que llevan en el puño, van pareciéndose ya á los caldeos. Pero esta falta es insignificante, y si no nos fijamos en la forma de la decoración, menos nos importan los bastones con los borreguitos y los pájaros.

Queremos consignar concluyendo, que la Sra. Cairón fué llamada varias veces á la escena, aplaudida frenéticamente y que la ovación que esa noche obtuvo de un público entusiasta y sincero, debe persuadir á la encantadora artista de que en Méjico se la quiere mucho y de que nos causará tristeza su partida de nuestro bello país. Que suspire por él al llegar á sus playas españolas, y que recuerde en medio de sus triunfos, allá en su patria, que hay más acá del Atlántico un pueblo que sabe amar y adorar el talento.

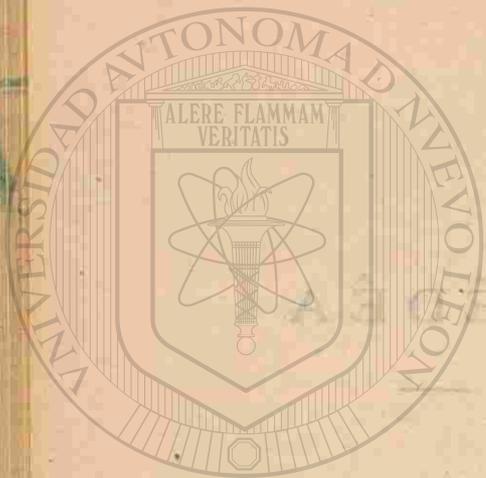


U A N L
M Ê D Ê A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MÉDEA.

I

LA LEYENDA

MÉDÉA ó MÉDELA es el nombre de una mujer legendaria ó real, pero que llena con el prestigio de su belleza, de sus talentos, de su amor y de sus infortunios la antigüedad eterna.

Antes aún de que el alfabeto se hubiera introducido en la Grecia; en las épocas remotísimas en que las leyes de los dioses y las hazañas de los héroes sólo se conservaban en la voz de los oráculos y en los cantos de los poetas, ya la figu-

ra de Médæa se levantaba en los altares al lado de los númenes; su nombre resonaba en los himnos, sus profecías alentaban á los héroes y su memoria brillaba ante la imaginación popular como la esplendente aurora de la grandeza helénica.

Si el vulgo de hoy ha hecho de ella una maga, el pueblo entonces la veneró como una heroína, y la poesía llegó en su entusiasmo hasta colocarla en el cielo junto á Zeus, el padre de los inmortales. En cuanto á la severa Historia no puede rechazar su existencia, y, aunque despojándola de sus arreos maravillosos, la estudia como un asunto importante, la ve destacarse cada día más claramente en el vago horizonte de la Fábula, y va conducida por la crítica hasta considerarla como una de esas mujeres extraordinarias que saben asociar su destino á los destinos de los grandes hombres de su época, y muchas veces dirigirlos como inspiradoras ó apoyarlos como auxiliares. Estas mujeres á quienes puede llamarse predestinadas, aparecen de tiempo en tiempo en el mundo, poetizan con la luz de su belleza la tempestad de las revoluciones, mezclan la melodía del sentimiento á los rugidos del combate é inmortalizan en la memoria naciones con el atractivo de lo romanesco, las rudas vulgaridades de la epopeya.

Así se explica el cómo ha llegado hasta nosotros con el nombre de Médæa y al través de tantos siglos la historia de los Argonautas, historia envuelta en la irisada niebla de las leyendas maravillosas, pero en la que el ojo penetrante del buen sentido ve un hecho verdadero, un hecho que, desnudo de su carácter mítico, se presenta como una audaz expedición pirática ó comercial, organizada por un pueblo ambicioso, pobre, valiente, emprendedor, para arrebatar á pueblos más antiguos y ricos el secreto de su prosperidad, el predominio de los mares, y el trono de la civilización.

El mundo antiguo está lleno de estas narraciones fabulosas con que la imaginación infantil de los hombres prehistóricos explicaba la incensante, la eterna lucha que los grandes grupos que se llaman naciones, han sostenido, sostienen y sostendrán entre sí para disputarse la primacía y la superioridad. Si aun después del nacimiento de la historia, si aún en nuestros tiempos de cultura y de escepticismo todavía el héroe se acompaña con el dios, y todavía se disfraza la ambición con la librea de la obediencia á los mandatos celestes, y se arrastra á las masas con el mito de la gloria militar; si todavía los guerreros de hoy se presentan con las proporciones atléticas de los compañeros de Jasón, podemos

figurarnos fácilmente lo que serían aquellos siglos en que la poesía creaba á los dioses, y los oráculos á los héroes.

Volviendo á Médæa, ciertamente mereed á lo romanesco de sus aventuras y á su intervención poderosa en la Epopeya Argonáutica, ésta ha podido mantenerse hasta llegar á nosotros viva, palpitante, llena de interés. Todavía más, y ateniéndonos á la leyenda que evidentemente tenía razón de sér, puede asegurarse que sin Médæa, la famosa expedición de los héroes griegos no habría tenido éxito y la preponderancia de la Grecia en el mundo antiguo se habría retardado quizás por muchos siglos.

Y decimos que la leyenda tenía su razón de ser, porque el patriotismo helénico, que, como todo patriotismo elevado, prefería siempre la gloria del propio sobre la gloria del extraño, no pudo ni quiso eclipsar en la memoria del pueblo agradecido la gloria de Médæa, y con sinceridad y con veneración la conservó siempre en sus tradiciones heroicas, la hizo adorar como un numen protector de la patria, lloró con sus desventuras, maldijo la ingratitud de Jasón, y agotó el vocabulario de las palabras dulces y tiernas para hablar de la hermosa hija de la Kólchide, tan mal pagada por el pérfido á quien hizo grande aun á costa de su propia dicha.

Hesiodo en su *Teogonía* la llama *Médæa*, *la de los pies hechiceros*. Hablando después de Jasón, dice: "*Dócil á los consejos de los dioses inmortales, el hijo de Esón arrebató á la hija de Ætês, de ese monarca descendiente de Júpiter, después de haber llevado á cabo numerosos trabajos que le había impuesto el gran rey Pelias, ese rey orgulloso, insolente, impío y criminal. Vencedor, en fin, después de largos sufrimientos, regresó á Iolchos,—trayendo sobre su ligera nave á la virgen de los negros ojos, á quien hizo su encantadora esposa.*"

Píndaro en una de sus más bellas odas (la IV Pythica,) dice que la boca de Médæa era una boca divina, que su lenguaje era un *lenguaje de alta sabiduría*.

La *Argonáutica* atribuida á Orpheo! la llama

1. Se ha convenido generalmente, y eso desde la antigüedad en que el poema de los Argonautas no es del famoso poeta y legislador de Thracia, sino de Onomácrito de Atenas, el adivino, que según Herodoto—libro VIII (Polimnia) 6,—vivía en el tiempo de Pisistrato y que había coleccionado los oráculos de Museo.

Se sabe que la existencia misma de Orpheo ha sido puesta en duda, aunque contra el testimonio de toda la antigüedad. Vease el magnífico estudio de Litle Desalles sobre Orpheo y sus obras en la colección de Falcounet.—París, 1860.

infortunada Médæa, la virgen desgraciada, la desdichada joven; alaba su pudor, su sabiduría y su ternura.

Apolonio de Rhodas, en su poema *Argonáutica* también conmueve profundamente con los cuadros en que presenta á Médæa, virgen enamorada de Jasón y sufriendo por su causa desde el principio de sus amores. Y ahí pone en boca de Jasón al encontrar á Médæa, estas palabras: "*La amable bondad brilla en vuestra frente,*" con lo que caracteriza la imagen de la bella Kólchida.

El coro de mujeres Corinthias en la tragedia de Eurípides no tiene para Médæa sino palabras de compasión, de consuelo, y no se atreve á condenarla, ni aun en los momentos en que, enfurecida por los celos, el poeta le hace matar á sus hijos, y es preciso notar que se acusaba á Eurípides, ya en su tiempo, de haber sido pagado por los Corinthios para echar sobre Médæa la culpa del asesinato de sus hijos, que ellos, según la tradición, habían despedazado.

El juicioso Diodoro de Sicilia, que cuenta detalladamente la expedición de los Argonautas, hace de la joven princesa un pomposo elogio, y la presenta como una benefactora de los extranjeros cuando vivía en la Kólchide; y aunque después admite que ella mató á sus hijos, tras-

tornada por los celos, añade que más tarde, cuando Hippotus, hijo de Kreon, la acusó ante el tribunal, éste la declaró inocente.¹

Por último, Pausanias, que en sus viajes visitó á Corinto, asegura que encontró todavía arriba de la fuente de Glauka y del templo de Apolo, y junto al Odeón, la tumba de los hijos de Médæa, Mermeros y Phérés, *mueritos á pedradas por los Corinthios, á causa de los regalos que habían llevado á Glauka.* Asegura también que los antiguos habitantes habían establecido sacrificios propiciatorios cada año en honor de esos niños y que habían erigido una estatua al Terror, que él vió y que representaba á una mujer de espantoso aspecto. Hace constar también la costumbre que tenían los niños de Corinto de cortar sus cabellos y de llevar vestidos negros, en señal de duelo, si bien estos sacrificios y costumbres no se conservaban ya en su tiempo, á causa de estar poblada Corinto por habitantes nuevos, habiendo perecido los antiguos en la toma de esa ciudad por los romanos.² Y menciona otro poema que tenían los griegos y en

1. Diodoro de Sicilia, lib. IV.—XLVI hasta el LVI.

2. Pausanias.—Descripción de la Grecia.—Corinthia.—III.

que se habla con honor de Médæa, las *Naukpatikas*.¹

Por donde quiera, pues, en la antigua Grecia se encontraban recuerdos de la ilustre y desventurada mujer; los poetas todos la celebraban en sus cantos, con excepción de Homero, que no la menciona en la Iliada, ni en la Odisea, circunstancia que ha llamado la atención de todos tanto más cuanto que la Argonáutica parece haber sido como la primera parte de aquella gran guerra de la que es la segunda la Epopeya homérica.

Pero los demás poetas han ensalzado á porfía, han llegado en su entusiasmo hasta hacerla amar de Zeus, el más grande de los dioses, á quien ella resistió, captándose con esto la protección de Héré, que para premiarla, hizo inmorales á sus hijos; la desposaron con Theseo, de quien tuvo descendientes, y no contentos con eso, la unieron después de su muerte á Achiles en el Eliseo y levantaron templos para adorarla, como á uno de los genios tutelares de la Grecia.

Así pues el nombre de Médæa estaba enlaza-

1. Pequeños fragmentos de este poema han llegado hasta nosotros y han sido publicados por Düntz.

do al nombre de los dioses y de los héroes, y consagrado por la religión y por el orgullo nacional en el espíritu del pueblo griego. Él marcaba una época, una de las épocas grandiosas que habían servido de punto de partida á la admirable historia de aquel pueblo sublime, que todavía llena el mundo con la inmensidad de sus recuerdos. Y ciertamente que tenemos razón en decir que aquella época es un punto de partida. Herodoto á quien se ha llamado el *padre de la historia*, lo considera así, y dando como origen de la colosal querrela entre las antiguas naciones comerciales del Asia y la Grecia, los raptos legendarios ó ciertos de mujeres famosas, dice invocando el testimonio de los sabios persas, que la argiva Io, hija del rey Inachus, fué robada primero por comerciantes phenicios, en tiempo en que éstos emigrando del Mar Rojo habían acabado por establecerse en las costas del Mediterráneo y habían acometido grandes empresas marítimas. Que después ciertos griegos abordaron á Tyro y se robaron á Europa, también hija de rey. Así dice Herodoto, *el ultraje había sido pagado con el ultraje*. Pero luego los griegos se convirtieron en agresores, y después de haber llegado á la Kólchide y de alcanzar su principal objeto, se robaron á Médæa, hija del rey. Este envió un heraldo á la Grecia para pe-

dir justicia de ese rapto y reclamar á su hija, pero se le respondió que no habiendo recibido los griegos satisfacción por el rapto de Io, tampoco ellos la darían por el de Médæa. Dos generaciones después Páris, hijo de Priamo, habiendo oído estas aventuras, resolvió robarse á una mujer griega, convencido de que no tendría que dar ninguna satisfacción, puesto que los griegos no la habían dado tampoco. Pero cuando se robó á Helena, los griegos tomaron el partido de enviar mensajeros para reclamarla y pedir satisfacción. Cuando éstos expusieron el objeto de su embajada, los troyanos alegaron el rapto de Médæa, y respondieron que no habiendo los griegos ni devuelto la persona de ésta, que se le reclamaba, ni dado satisfacción, no debían esperar á su vez reparación alguna.¹

De este modo, la historia naciente se amanta en la Leyenda, lo mismo en Grecia que en todas partes.

Más tarde la crítica absuelve á la historia, de su credulidad, cuando al examinar con ojo atento los sucesos, encuentra en ellos un origen natural y sencillo.

Así Strabón, el sabio geógrafo, nos anuncia

1. Herodoto, lib. I. — I, II, III.

desde la antigüedad la explicación de la fábula de los Argonautas.

Hablando de la Kólchide, dice: "De todos modos, si en el fondo, lo que la tradición cuenta, sea de la navegación de las Argonautas hacia el Phasus, por orden de Pelias, sea de su regreso y de la conquista que hicieron de muchas islas que abordaron, merece algún crédito, como todos lo conceden; igualmente sus *errores lejanos*, así como los de Menelaus ó d Odisseyus, son cosas apoyadas tanto sobre la fe de monumentos que subsisten todavía hoy, como sobre el testimonio de Homero. Se nos muestra cerca del Phasus (*hoy el Rione*,) la ciudad de Æa, desde donde se cree generalmente que Æetes gobernó la Kólchide, y aun este nombre de Æetes es común en el país; se conoce también allí la historia de la mágica Médæa. *Las riquezas de este país, en oro, en plata, en hierro, anuncian lo que puede haber motivado la expedición de Jasón y un poco antes la de Phryxus.* Existen monumentos de la una y de la otra. Tal es el *Phryxim* en los confines de la Kólchide y de la Iberia; tales son las diversas *Jaseoneas* que se ven en la Armenia, en la Media (hoy Iraq-Adjamié Irak Persane,) en las comarcas vecinas. Se dice que otros monumentos cerca de Sinope (Sinoub) y sobre la costa en que esta ciu-

dad está situada, en las riberas de Prepóndite (el mar de Mármara) en los del Hellesponto (estrecho de los Dardanelos;) y hasta cerca de Lemnos (Lemno,) atestiguan que Phryxus y Jasón han navegado en estos rumbos. En cuanto á este último y á los Kólchidas que los persiguieron, se encuentran huellas de su paso hasta Krêta (isla de Candía,) hasta en Italia y en el fondo del golfo adriático (golfo de Venecia.)¹

Nos hemos atrevido á hacer este pequeño ensayo de crítica histórica sobre el personaje de Médæa, tratando de reconstruirlo con los fósiles de la edad heróica, aunque bien sabemos que nuestras conclusiones al menos en lo relativo al Periplo de los Argonautas, son contrarias á las de un eminente historiador moderno, tal vez el más eminente de los que han escrito sobre las cosas de la Grecia Groote, cuyo carácter severo y escéptico, no le permite ver ni un rayo de luz entre las sombras de la Leyenda, y para quien los monumentos, las tradiciones y la aquiescencia de cien pueblos no tienen mas origen que la fantasía, época (*no other parentage than epical fancy*) ha relegado el viaje de los Argonautas y todo lo que á él se refiere, á la categoría de los cuentos.²

1. Strabon, Geografía, lib. 1, pág. 45

2 Groote, History of Greece, 1st. vol. chap. XIII—Argonautic expedition.

Puede que tenga razón en el fondo, pero nosotros no estamos convencidos todavía, y por eso nos limitamos á buscar en la Fábula algún hecho razonable y sencillo.

Por otra parte, nosotros tenemos una razón de analogía puramente local, para creer en la influencia de ciertas mujeres en la Epopeya, y aunque esta razón no deba pesarse en la cuestión de los hechos especiales, sí puede aceptarse por la crítica para ser aplicado en lo que parezca semejante.

Nosotros tenemos en Méjico una Médæa, menos brillante, menos ensalzada por los ingratos á quienes sirvió de instrumento, menos terrible que la princesa Kólchida, pero no menos influente en los grandes sucesos de la conquista, y enteramente parecida á aquella por su belleza, por sus talentos, por sus amores con el conquistador por su abandono después y por su traición á su patria en favor de los enemigos de ella.

Esta Médæa es la *Malinche*, la manceba de Cortés, su auxiliar eficacísima en todas las peripecias de la conquista. También ella era una princesa hermosa, joven, casi proscrita por los suyos que la entregaron como esclava. Si la india de Tabasco no conocía los secretos de la magia, conocía la lengua del país y la del conquistador, y merced á esa habilidad, pudo hacer que se

abriese paso á Cortés hasta Tenoxtitlán, pudo engañar á los caciques, atraerse á los guerreros y denunciar al español la conspiración de los cholultecas, más terribles que los táuridas que venció Jasón, y por último, puede decirse que, merced á ella se adormeció el dragón que guardaba este *vellocino de oro*, más opulento que el de la Kólchide y que enriqueció á la España por espacio de trecientos años.

También el nombre de la Malinche está indisolublemente ligado á ese brillante Periplo de los aventureros españoles del siglo XVI, por el cual se descubrieron y conquistaron imperios más vastos que los que florecían en las costas del Asia, y océanos más desconocidos que aquellos que recorrió el Argo construido con los árboles proféticos de Dódonu.

Nosotros preguntamos: Si la era de Carlos V hubiera sido la edad heroica de la Grecia, si los españoles hubieran sido griegos antiguos, si la historia no hubiera nacido aun, si la Malinche hubiera sido una monja cristiana como Médéa era sacerdotisa de Hécate, los superticiosos compañeros de Hernán Cortés, que vieron muchas veces al apóstol Santiago combatir á su lado, ¿no habrían revestido á la traidora auxiliar con los arreos maravillosos que los griegos dieron á la suya?

Y si después de muchos siglos la conquista de Méjico se hubiera referido, no por los labios severos de la crítica histórica, sino por la lengua infantil de la tradición, ó por la mentirosa voz de los sacerdotes, ¿no habría parecido á la posteridad un personaje enteramente mítico la *Malinche*, y la Conquista de Méjico un cuento *engendrado por la fantasía épica*? Evidentemente que sí. Todavía: perteneciendo el siglo XVI á los tiempos históricos, más estudiados por nuestra generación, más llenos de luz, como que eran el principio de la era moderna, hemos visto desfigurada la historia de la conquista y puestas en duda como fabulosos ciertos hechos, comprobados por monumentos incontrastables: un escritor norte americano, no ha temido envolver hace poco el suceso todo de la conquista en el mismo anatema que Jorge Groote lanzó sobre la famosa expedición argonáutica.

Y ya que el desdén, la ingratitud ó las preocupaciones de los conquistadores, no gratificaron con el apoteosis la traición de la Malinche, ¿no es cierto que el odio de los indios ha inmortalizado esta figura con la creación fantástica de suplicios legendarios, ora enclavándola sobre el espinazo de nuestras cordilleras, ora aciéndola vagar llorosa y sombría alrededor de ciertas fuentes, ora personificándola como

una Furia, nuncio de pestes y calamidades?

Hé aquí, pues, como la leyenda se apodera de los personajes históricos para darles proporciones fantásticas, pero que no pueden inducir al criterio á negar la existencia de aquellos, sino antes bien le sirven de dato para estudiarla.

Pero es tiempo ya de que hablemos, aunque brevemente, de la leyenda de Mèdèa que ha servido á los poetas trágicos para la composición de sus obras.

Según la tradición que tomamos de Diodoro de Sicilia, después de que Jasón se vengó terriblemente en Iolchos de su tío y enemigo del usurpador Pelias, merced á las estratagemas de Mèdèa, dió el trono de ese reino á su primo Achasus, hijo de Pelias, y dándose á la vela con los otros Argonautas, llegó á Corinto donde ofreció sacrificios á Neptuno y le consagró el navío Argo. Después, habiéndose captado la estimación de Kreon, rey de Corinto, obtuvo el derecho de ciudadano allí y permaneció tranquilo por espacio de diez años, en unión de Mèdèa, de la cual tuvo tres hijos. Durante ese tiempo, Mèdèa fué siempre amada de su marido porque era hermosa, prudente, y estaba adornada de otras virtudes. Pero como los años hicieron desaparecer la belleza de Mèdèa, Jasón se enamoró de Glauka, hija de Kreon, y la pidió en casamiento,

Habiendo consentido Kreon en este matrimonio y fijado el día de las nupcias, Jasón propuso á Mèdèa una separación voluntaria. Añadió que quería casarse con Glauka, no porque repudiasse á Mèdèa, sino con el objeto de emparentar á sus hijos con la familia real.

Indignada de esta proposición Mèdèa, tomó á los dioses por testigos de los juramentos que su marido le había hecho. Pero Jasón, despreciando la cólera de Mèdèa, se casó con la hija de Kreon. Mèdèa fué desterrada de la ciudad, y Kreon no le concedió sino un solo día para preparar su partida. Sin embargo, Mèdèa habiendo cambiado su semblante por medio de drogas, entró en la noche en el palacio, le puso fuego con una pequeña raíz que había sido encontrada por su hermana Circe, y que tenía la propiedad, una vez encendida, de no extinguirse sino difícilmente. En el momento el palacio fué presa de las llamas; Jasón escapó prontamente, pero Glauka y Kreon fueron devorados por el fuego. Según algunos historiadores, los hijos de Mèdèa llevaron á la desposada algunos presentes preparados con drogas; Glauka, después de haberlos recibido y puéstolos sobre su persona, fué víctima de su influencia; su padre que vino á su socorro y tocó el cuerpo de su hija, pereció del mismo modo. Después de

haber logrado su objeto, Mèdèa no renunció á vengarse de Jasón. Había llegado á un grado tal de cólera, de celos y de crueldad, que ella le hizo sentir que no había escapado al peligro de perecer con su joven esposa sino para sufrir el suplicio más cruel de ver perecer á sus hijos comunes. En efecto, los degolló á todos, con excepción de uno solo que huyó, y enterró sus cuerpos en el templo de Juno. En fin, saliéndose de Corinto, en medio de la noche, con sus más fieles esclavos, se refugió en Thebas cerca de Hércules. Este, garante del pacto concluido en la Kólchide, había prometido protegerla si Jasón le faltaba á la fe prometida.¹

II

LA TRAGEDIA.

“En general, los poetas trágicos, dice el historiador que acabamos de citar, han adornado

1. Diodoro de Sicilia, lib. IV: LIII y LIV.

mucho con sus ficciones la historia de Mèdèa.”

En efecto, la musa griega, como no podía menos de suceder, se apoderó de este asunto patético y terrible para ponerlo en la escena á los ojos de aquel pueblo helénico ávido de grandes emociones.

Sophoklès parece haber escrito una *Mèdèa*, pero se perdió con otras piezas de éste poeta célebre.

Quédanos sólo la *Mèdèa* de Eurípides, que es la que ha servido de modelo á los romanos, y luego á los traductores é imitadores de todo el mundo.

Eurípides, *el más trágico de los poetas*, como le llama Aristóteles en su *Poética*, y á quien prefiere Quintiliano sobre Sophoklès, aunque la crítica moderna le ha dado unánimemente el tercer lugar entre los trágicos griegos, desplegó en *Mèdèa* todas las brillantes dotes que le hacen admirable.

En efecto, la pintura de gran carácter de Mèdèa, en contraste con el carácter cruelmente cínico y vulgar de Jasón, la acción sencilla, clara y grande; la marcha rápida y bien sostenida; la gradación del interés bien observado, la belleza de la exposición en que el carácter de la heroína está anunciado con mucho arte, y preparado con rasgos que hacen presentir la catástrofe, como dice

Mr. Artaud, hacen de esta obra un monumento bellísimo del arte griego.

Leyendo esta tragedia, se comprende con cuánta razón el traductor y crítico francés que acabamos de mencionar, dice que Eurípides ha *descubierto un mundo nuevo, el mundo del alma* y que es superior á los otros trágicos por la expresión verdadera y natural de las pasiones, por el don *de inventar situaciones interesantes, de agrupar caracteres originales y de sorprender á la naturaleza humana en todas sus faces.*

En esta obra Médæa aparece con toda la energía, con toda la pasión, con toda la grandeza que le presentaban las tradiciones de la edad heroica, con la ternura y fidelidad hacia Jasón, que hacían de ella el primer personaje romanesco de la antigüedad. Además, Eurípides, conservando, como conserva, el tipo legendario, se muestra al presentarlo en escena, fisiologista de primer orden; expresa con una naturalidad sorprendente los sentimientos de la mujer enamorada, celosa, frenética de dolor y de cólera.

Es realista en toda la extensión de la palabra, y aunque presta el homenaje del tiempo á la Fábula, concluyendo su tragedia con una maravilla, en lo demás se manifiesta profundamente humano.

En cuanto á Jasón, no es en la tragedia de Eurípides el semi-dios hesiódico, ni el joven apolíneo, discípulo del Centauro, á quien nos pinta con mágicos colores Píndaro en la IV Píthica, llegando á Iolchos calzado con una sola sandalia, ni el heroico guerrero de la Argonáutica de Onomácrato, de la Argonáutica de Apollonio ó de la Argonáutica de Valerio Flaco, digno compañero de Heraklés, y de Kástor y Pollux, sino un marido vulgar que se hastía de su mujer y se lo dice groseramente, un hombre pervertido por el interés, obsecado por el sensualismo, fríamente cruel, argumentador sin ingenio, hasta cobarde, hasta estúpido. El relámpago de amor paternal que le presta el poeta al concluir la tragedia, no alcanza á iluminar esa figura negramente antipática y mezquina, que podría servir de modelo para la estatua de la ingratitud.

El coro de mujeres corinthias condensa, en sus palabras, todo lo que había de admiración, de simpatía y de respeto para Médæa en el pueblo griego. Hay, sobre todo, un trozo que es la expresión mas patética de la compasión antigua para los infortunios de la pobre heroína abandonada.

“Mujer infortunada, dice el coro, ¡ay! ¡qué dolores desgarran tu corazón! ¿Adónde dirigir tus

pasos? ¿Qué casa, qué amigo, qué tierra hospitalaria te ofrecerá un asilo contra tus males? ¡Oh Médæa! ¡en qué tempestad de desgracias te ha arrojado la cólera divina!

Después de esto y aunque más tarde el coro expresa su horror y su espanto por los crímenes que comete Médæa encolerizada, verdaderamente nos sorprendemos de que Eurípides haya sido acusado por Parmeniskos y por otros contemporáneos de haberse vendido á los Corinthios para infamar á Médæa en la escena, y sólo nos lo explicamos por la veneración profunda que la Grecia tributaba á su heroína y que le hacía mirar como un sacrilegio la menor inculpación que tratara de rebajarla á los ojos del pueblo. A pesar de esa acusación de que los escoliastas nos hablan detenidamente, la pieza reputada como una magnífica obra de arte, fué y ha sido admirada hasta ahora.

Se representó en el archontado de Pythodores, el primer año de la olimpiada 87, un año antes de la guerra del Peloponeso, ó sea el año de 432 antes de nuestra éra. Eurípides tenía entonces cerca de cuarenta y ocho años de edad.

Después de Eurípides, los bibliógrafos cuentan en sus catálogos numerosas imitaciones de la tragedia griega, pero nosotros no menciona-

remos sino tres, á saber: la de Séneca, la de Pedro Corneille y la de Legouvé, que fué la que se puso en escena en Méjico, y que ha dado motivo á este artículo.

Antes que Séneca, el viejo poeta Ennius había hecho conocer á los romanos la bella obra de Eurípides, traduciéndola en magníficos versos, de los que nos restan algunos fragmentos en Cicerón, pero Ennius no es más que traductor. Otros poetas cómicos prohijaron en sus obras pasajes enteros, pero estos fueron imitadores parciales.

Séneca trasladó á la escena romana la fábula dramática entera, aunque modificada. El trágico latino suprimió cuatro personajes de Eurípides, á saber: al preceptor de los hijos de Medea, á estos dos y á Egeo. Conservó el coro de mujeres Corinthias, pero lo hizo menos benévolo y compasivo para la pobre princesa. Así es que tal coro es crudamente Corinthio, lísonjero para Jasón y para su nueva esposa, á quien llama Creusa, é implacable para Medea, á quien llena de anatemas, particularmente en el bellissimo coro que empezó:

"Quonam cruenta Mœnas
Præceps amore sævo
Rapitur? quod impotenti
Fecinus parat furore?"

Por lo demás, la acción es la misma, aunque conducida con menos talento y bastante simplificada; las pasiones se expresan con menos naturalidad que en Eurípides, lo que justifica la manía oratoria de que se acusaba á Séneca, como trágico: y por consiguiente, el diálogo se resiente de argumentación. Eurípides, á pesar de que también se le echaba en cara el defecto de perorar, de recordar á cada paso los principios de sus maestros Anaxágoras y Sokrâtes, y de desnaturalizar la majestuosa sencillez de Æschilo con una especie de refinamiento, procuró y logró, sin embargo, unir en su Medea la elegancia con una naturalidad admirable.

Esto se siente mejor leyendo las dos tragedias. La de Eurípides nos conmueve profundamente; la de Séneca nos deja fríos. En la primera seguimos con interés la acción dramática hasta la catástrofe; en la segunda nos distraemos frecuentemente con los profundos y amargos preceptos que encierra, porque eso sí, hay en toda esta tragedia magníficos pensamientos que nos hacen saltar hasta Laroche-foucault: en la primera, finalmente, hay lo que puede llamarse la belleza griega pura; en la segunda encontramos la vestimenta latina.

Sin embargo, Séneca supo encontrar para concluir su pieza, una tremenda exclamación muy

propia de su tiempo, en que los crímenes del Cesarismo hacían dudar de los dioses, un grito supremo de desesperación, una blasfemia que expresaba toda la impotencia de la ira y del dolor del miserable Jasón, herido de muerte en sus esperanzas.

Al ver huir á Médæa en un carro tirado por alados dragones, satisfecha ya en su venganza, Jasón exclama:

"Per alta vade spatia sublimi ætheris
Testarè nullos esse, qua veheris deos."

Lo cual ciertamente es una espantosa conclusión trágica, ante la cual palidecen los afeminados ruegos de Jasón, y el coro en la tragedia griega.

Además, hay en algunos diálogos de la pieza latina, felices expresiones debidas quizá precisamente á la afectación oratoria que se criticaba á Séneca.

En el acto segundo, cuando la nodriza le pregunta que adónde irá lejos de la Kólchide, cuando no le queda ni la fe de su esposo, ni las riquezas que antes le pertenecían, Médæa, que ya antes ha dicho este hermoso verso netamente estoico:

"Qui nil potest sperare, desperet nihil!"

responde irguiéndose en un arranque de colosal orgullo que la iguala á las divinidades, con esta palabra que se ha hecho célebre

«Médæa superest:»

y que Corneille imitó felizmente en su tragedia, traduciendo casi literalmente este diálogo en el acto primero.

NERINE. — «Forcez l'aveuglement dont vous êtes sé-
(duite.)

Pour voir en quel état le sort vous a réduite.

Votre pays vous hait, votre époux est sans foi:

Dans un si grand revers que vous reste-t-il?

MÉDÆ. — Moi,

Moi, dis-je' et c'est assez.»

Respuesta que ciertamente es de una grandeza incomparable.

Para concluir con la tragedia romana, no nos olvidaremos de hacer notar que el mundo moderno ha creído encontrar con gran sorpresa, en un coro del acto segundo, los siguientes singulares versos que parecen efectivamente profetizar el descubrimiento de América:

«Venient annis sæcula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat, tellus,
tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.»

tan repetidos por los que han escrito y escriben acerca de las cosas del Nuevo-Mundo, entre los que hay algunos que han visto en esa *Thule*, límite septentrional del mundo conocido por los antiguos, á la Islandia, tronco patriarcal de las tribus americanas, punto de partida de las emigraciones y madre de nuestras Tulas de Méjico.

Viniendo ahora á Corneille, parece que su Médæa fué la primera tragedia de importancia imitada del teatro antiguo que se presentó en la escena francesa. Así lo dice Voltaire; hé aquí sus palabras:

“Cuando se representó *Médæa* de Corneille no había más obra soportable, bajo cierto respecto, que la *Sophonisma* de Mairet, dada en 1633. No se conocían más que imitaciones lánguidas de las tragedias griegas y españolas, ó invenciones pueriles, tales como *La inocente infidelidad* de Retrou, *El hospital de locos* del llamado Beys, *El Cleomédon* de Du Rier, *El Orante* de Scudery, *La Peregrina enamorada*. Esas son las piezas que se representaron en el mismo año de 1835, un poco antes que la Médæa de Corneille. ¡Con qué lentitud se forma todo! Teníamos ya más de mil piezas teatrales, y ni una sola que pudiese ser soportada hoy por el populacho de las provincias más atrasadas. Lo mis-

mo ha pasado en todas las artes y en todo lo que concierne á los goces sociales y á las comodidades de la vida. Que cada nación recorra su historia y verá que desde la caída del imperio romano ha sido casi salvaje durante diez ó doce siglos."

Hay por lo mismo que considerar esta obra como el primer ensayo formal de imitación clásica que se haya intentado en el teatro francés.

Corneille, en el *Examen de Médæa*, se gloria de haber corregido á Eurípides y á Séneca, á quienes, particularmente al último, traduce é imita. Con el respeto debido á la gloria del trágico francés, y de su sabio apologista Fontenelle, que asegura que en *Médæa se elevó hasta lo sublime*, nos permitimos creer que si bien es cierto que en esta obra más que en sus ensayos anteriores mostró su gran talento trágico y nos presenta rasgos admirables en que se colocó al nivel de sus modelos, generalmente hablando ha quedado inferior á Eurípides, por el desenvolvimiento de la acción, por la energía de los caracteres, por la encantadora naturalidad del estilo, y más que todo por lo patético.

Se descubre desde luego en la *Médæa* de Corneille *la capa terciaria*, las afectaciones de expresión que anunciaban ya lo que se llamó el

gran siglo de las letras francesas, y eso, á pesar de que Corneille ocupa en el teatro de su país, relativamente, el lugar que los griegos concedieron á Æschilo, es decir, el de la sencillez majestuosa.

No haremos el análisis de esta pieza famosa. ¿Quién no conoce el teatro de Corneille? Sólo nos atrevemos á señalar entre las nubes de incienso con que se ha envuelto por más de dos siglos la obra toda del poeta francés, los siguientes puntos cuya apreciación dejamos al buen sentido.

Corneille censura á Eurípides el que haya presentado al coro de mujeres Corinthias, como el confidente de Médæa, al cual ésta anuncia todo lo que piensa hacer contra el rey de Korintho y su hija, sin que por eso estas dos víctimas hayan sido prevenidas de su inminente peligro.

Se sabe perfectamente lo que era el coro en las tragedias griegas; era la opinión pública, pero no la opinión personificada á tal grado, que se convirtiese en personaje y se mezclase con acción propia en la acción dramática. Así parece una exigencia singular la de querer convertir al coro de mujeres Corinthias en una patrulla de espías ó de denunciadores de policía. Si á veces el coro denostaba al personaje, le hacía cambiar de resoluciones, le presagiaba des-

gracias ó manifestaba espanto y horror, eso era porque entonces, siempre conservando su carácter de opinión pública, tomaba, permítaseme la frase, la forma de voz interior, la forma de remordimiento era el espectro de la conciencia.

Eurípides escogió un coro de mujeres Corintias, porque verificándose la acción trágica en Corinto, las gentes que debían formar el coro tenían que ser de allí, para personificar la opinión del pueblo de aquella ciudad, y lo formó de mujeres, con un feliz acierto que acusa desde luego su profundo conocimiento del corazón humano, porque debiendo poner en juego las pasiones de la mujer, y habiéndose propuesto conmover á su público con los infortunios de una esposa desdichada, era preciso que fueran mujeres las que completasen la acción dramática, porque la comprendían y la hacían comprender. En la vida real, una mujer que lamenta sus desdichas conyugales, busca generalmente quienes la comprendan entre las personas de su sexo. Es á ellas á quienes confía sus penas; son ellas quienes enjugan sus lágrimas y quienes influyen en sus resoluciones.

Un coro de hombres de Corinto, ó habría reproducido las cínicas declaraciones de Jasón, ó se habría burlado del dolor de la esposa des-

preciada; habría echado á perder la tragedia precipitando la catástrofe, insultando á la heroína, ó entrando con ella en impertinentes disputas, ajenas á la belleza trágica.

Así, pues, eso no era un defecto, y lo vemos más claro cuando comparamos el coro compasivo y afectuoso de Eurípides con el coro malévolos y hostil de Séneca, cuyas irritantes palabras destruye el efecto absoluto de la pasión íntima, único resorte de que hace uso el poeta griego, y que es más interesante en la escena.

Pero pasando por la supresión de este coro, que exigían las condiciones del teatro moderno, y aun aceptando el que Corneille no lo substituya con algún artificio, no estamos conformes con que sea más verosímil el que Kreusa tenga el capricho singular, ardiente, que llega hasta la obstinación infantil, de poseer el manto de Médæa. Una mujer, debe creerse bastante dichosa con que una rival, ¡qué rival! una esposa legítima, le ceda á su marido, ya difícilmente hasta el extremo de quererla despojar de una prenda preciosa, la única, un recuerdo de familia, un don celeste. La dificultad sube de punto cuando se piensa que esta rival, que esta esposa es Médæa; una mujer iracunda, orgullosa, terrible.

Corneille, dice, que Eurípides y Séneca han

dotado de muy poca desconfianza á Kreon y á su hija, pues los que han hecho aceptar fácilmente los regalos de la mágica; que deberían creer sospechosos.

Esta razón que, en efecto, nos recuerda el *Timco Danaos et donna ferentes* de Virgilio, que Corneille pone en la boca de Pollux, es una razón que hace fuerza, pero para contestarla, además de que los poetas griego y romano tenían la tradición que unánimemente así lo refería, hay que considerar que Médêa hacía el regalo para agradecer en su abatimiento al que se le concediera un día más de permanencia en Corinto, y sobre todo el que sus hijos fuesen adoptados por Kreusa y su padre.

Por último, Corneille reprende á Eurípides el que haga á Egeo pasar por Corinto y hablar con Médêa sin tener una entrevista con el rey de esa ciudad, y por eso dice que él ha creído mejor convertir al anciano rey de Atenas en galán y esposo prometido de Kreusa. Fuera de que la censura nos parece banal, y de que los antiguos más competentes para salvarla, puesto que conocían mejor las conveniencias de su tiempo, no la hicieron, nos será todavía permitido decir que Corneille, queriendo corregir al poeta griego, ha hecho de Egeo un personaje grotesco y mal colocado en la grave y triste es-

cena de la tragedia. ¡Un viejo enamorado! Eso estaba bueno para Terencio, para Plauto y para Molière, pero no para Eurípides, para Séneca y para Corneille.

Este mismo lo ha recibido así, poniendo en los labios del decrepito enamorado, al recibir un desengaño ridículo de la joven, estos versos:

..... Allez, allez, madame,
Etaler vos appas et vanter vos mépris
A l' infâme sorcier qui charme vos esprits.
De cette indignité faites un mauvais conte
Riez de mon ardeur, riez de votre honte;
Favorisez celui de tous vos courtisans
Qui raillera le mieux le déclin de mes ans;

Y después, cuando Egeo está en la prisión:

"Un vieillard amoureux mérite plus de blamé
Qu'un monarque en prison n'est digne de pitié."

Y por último, si el poeta latino en su tragedia había violado descaradamente el conocido precepto de Horacio:

"Nec pueros coram populo Médêa trucidet,"
haciendo que Médêa mate á sus hijos en la escena y aun se envanezca de ello delante del pueblo, Corneille no ha dejado de infringir á su vez de la unidad trágica, presentando á la vista del público el horrible espectáculo de la gritería, y la muerte de Kreon y de Kreusa, inútil-

mente, porque el interés está concentrado exclusivamente en Médæa. El mismo poeta lo confiesa así, y basta.

De manera que no estamos muy descaminados, al creer que ha quedado inferior en su obra al poeta griego.

Veamos ahora si nuestro contemporáneo Legouvé ha sido más feliz en su imitación.

En su conferencia literaria publicada ya por el *Federalista*, y que no es ciertamente un estudio literario acerca de su pieza, sino una conversación anecdótica, dice que también para corregir á Eurípides ha introducido la extraña innovación que consiste en no presentar á Médæa como residente en Corintho, sino llegando fugitiva á la plaza pública de esa ciudad, á tiempo que Jasón iba á casarse con Kreusa. Esto le parece muy conmovedor; la vista de una madre infortunada, fugitiva con sus dos hijos, en el desamparo, odiada, echada de todas partes, ansiando por reunirse con el esposo á quien busca con el afán de la pasión no extinguida y como el único apoyo de sus desgracias, es en efecto una interesante preparación, y cuando el contraste se hace terrible por el encuentro de Kreusa, feliz desposada á quien todo sonríe en derredor, la emoción tiene que subir de punto.

Convenimos en ello, y nos parece feliz esta

novedad dada á la exposición contra las tradiciones de la Médæa trágica antigua. Feliz por el contraste de que acabamos de hablar, agradable por el aparato escénico que inicia el público moderno en los actos públicos de la vida griega, y poético también, por los bellos himnos dirigidos á la desposada, y sobre todo por la aparición de la figura simpática y venerable de Orpheo en cuya boca pone hermosos versos que parecen impregnados del aroma divino de la poesía antigua.

Pero, adoradores del arte griego puro, no podemos convencernos de que esta innovación sea superior en lo patético, en lo natural, en lo humano, á la exposición de Eurípides.

El trágico griego no apela á ningún artificio, no llama en su ayuda la decoración escénica, no necesita de recrudecer las penas de Médæa con sufrimientos físicos, con las fatigas de un viaje doloroso, con los horrores de la miseria; no se ayuda con el desfallecimiento de los niños, ni se echa mano de los contrastes; á él le basta la pasión íntima, le bastan el amor, los celos, la desesperación; con eso habla al alma, con eso conmueve á su auditorio.

Unas cuantas palabras de la nodriza refiriendo las penas de la desdichada esposa, hé ahí lo que en nuestro concepto queda superior á todo

artificio. Después de lamentar el que Mèdèa hubiera abandonado á su patria por seguir á Jasón y de elogiar la ternura de aquella para con su esposo, dice:

"Tal es la condición primera de una dichosa unión, que una mujer viva en buena armonía con su esposo. Pero hoy, el odio reina, la ternura está expirante. Traicionando á sus hijos y á mi señora, Jasón toma lugar en un lecho real; se casa con la hija de Krèon que reina en este país. La desgraciada Mèdèa herida con este ultraje, le recuerda á grandes gritos sus juramentos; invoca la mano que le ha dado como prenda de su fe, y toma á los dioses por testigos del pago que Jasón da á su amor. Sin fuerzas, ella rehusa tomar alimento, agobiada por el dolor, y no cesa de consumirse en las lágrimas desde que conoce la traición de su esposo: sin levantar los ojos, sin levantar su rostro de la tierra, permanece sorda como una roca ó como una ola, insensible á los consuelos de sus amigos; ó algunas veces ocultando su bello semblante, llora por su padre querido, por su patria, por la mansión que abandonó por seguir á su esposo que ahora la desprecia. La desgraciada sabe hoy por experiencia cuán precioso es no haber perdido la patria. Aborrece á sus hijos, y la vista de éstos no regocija ya su corazón."

Estas palabras que describen las penas de Mèdèa, á pesar de su sencillez, y seguramente á causa de ella, comprimen espantosamente el corazón. Hay en ellas un realismo tan doloroso, una filosofía tan amarga, una tristeza nostálgica tan lúgubre, tan desesperada, que se siente uno abatido.

Aquella mujer que ama y á quien no aman ya, sentada, inmóvil, yerta, sombría, derramando lágrimas silenciosas, pensando siempre en el esposo que la abandona por otra, acordándose de su patria y de su padre, y aborreciendo hasta á sus hijos, es una imagen que hace sufrir, que hace llorar, que basta por sí sola para conmover al mundo.

Por lo demás, Legouvè, si ha substituido con éxito el coro de Eurípides con la presencia de Orpheo, que es el protector, el apoyo, el amigo de la esposa infortunada, en el resto de su tragedia ha manifestado un gran talento dramático conduciendo bien la acción, trazando energicamente el carácter de Jasón, haciendo simpática á Kreusa sin disminuir el interés en favor de Mèdèa, y sobre todo, en el carácter de ésta se ha mostrado á la altura de los griegos. La descripción que hace ella de la llegada de Jasón á Kólchide y de la manera con que se enamoró de él, es magnífica; la de los celos es soberbia,

la preparación de la catástrofe sería enteramente acertada si Legouvé no hubiera incurrido en un error, en una inverosimilitud monstruosa queriendo también corregir á Eurípides. Esta manera de corregir á los griegos, que ya lamentaba Diderot y de que se burla á cada paso Lessing en el más grande monumento que se haya levantado á la crítica dramática, ¹ ha extraviado con frecuencia á los poetas franceses. No es fácil mejorar á los griegos, así como no es fácil mejorar á Shakespeare, particularmente en lo que toca á las manifestaciones del sentimiento. No hay que tocarlos, porque han sido los grandes fisiólogos del corazón humano, conocían profundamente el carácter de las pasiones, se inspiraban en la naturaleza, y nuestros filósofos del día y nuestros poetas moralistas tendrán que reconocer siempre la inmensa superioridad de observación de aquellos hombres.

Dice Legouvé que no comprende cómo Eurípides hace que Médæa mate á sus hijos, amándolos, y tan sólo por vengarse de Jasón. Cree hallar en esto un gran defecto; para probarlo, apela á la criminalidad moderna y vulgar, habla de Otelo, y razona tanto, que acaba por no convencer.

¹ La Dramaturgia de Hamburgo.

Y por supuesto él pretende mejorar al poeta, conformarse mejor con la naturaleza, y al efecto hace que los hijos aborrezcan un poco á la madre, que ésta se encele también del cariño que súbitamente inspira Kreusa á los niños, y por último, que el sacrificio de ellos sea una exigencia de un culto bárbaro, de manera que, según dice, *aproximando el crimen de Médæa al culto en que ha vivido, le dió por cómplices á sus mismos dioses.*

¡Tantos motivos para sustituir al verdadero, al natural, al único que el poeta griego dió para el infanticidio!

Aquí conviene notar que este crimen es precisamente el inventado por Eurípides para justificar á los Corinthios, según lo decían sus acusadores. Pero si el poeta, vendido ó no á los verdaderos culpables, se apartó de la tradición, no se apartó de la naturaleza.

Médæa, celosa y matando á sus hijos para vengarse del marido que tanto le había hecho sufrir, es monstruosa ciertamente, pero no es imposible. Los celos son una locura, y esta pasión, llevada hasta el extremo, domina las demás. En un temperamento soberbio y vengativo como el de Médæa, el deseo de venganza que ella produce no tiene límites, y va hasta herirse el ofendido á sí mismo con tal de herir al

ofensor. Justamente Otelo es una prueba de ello.

Por otra parte, Eurípides no ponía en escena un carácter vulgar, sino un carácter extraordinario; no dice lo que harían todas las mujeres celosas que tienen hijos, sino lo que hizo Médèa, porque tal es la condición de la tragedia, y se manifiesta conocedor del corazón humano, por más que el efecto que presta á la pasión de su heroína no sea común.

Leyendo la obra del trágico griego, se comprende bien la preparación de esta catástrofe, la irritación suprema causada por la desesperación, una especie de salvaje y sombría insensatez que se apodera de Médèa en el momento de herir á sus hijos, algo como una cólera epiléptica, como la resolución del suicida. "¡Vamos, dice; vamos, corazón mío, ármate de valor! ¿Por qué tardamos en ejecutar este acto horrible pero necesario? ¡Y tú, mi mano, toma el puñal, tómalo; vé, Médèa, lánzate hacia el triste límite de la vida; nada de cobardía: olvida á tus hijos, olvida que los has dado á luz! Por ese sólo día, al menos, olvida á tus hijos, y después abandónate á la desesperación; porque aun cuando los inmoló, los amo y soy la más desgraciada de las mujeres."

Francamente, esto nos parece mas sencillo,

más trágico, más conmovedor que aquel monólogo lleno de volubilidad que Legouvé pone en boca de Médèa, en la escena VI del acto 3º, que aquella vacilación, y sobre todo, que aquella invocación á Saturno, ofreciéndole sacrificarle á sus hijos. Esta mezcla de cruel religiosidad, debilita mucho el sentimiento trágico, destruyendo, en aquel instante solemne, la unidad de interés que debe concentrarse solamente en la pasión.

Verdad es que luego sigue una escena patética, que el amor maternal estalla en acentos sublimes; pero si hemos de decir verdad el mérito de ella, así como el de las escenas finales, debe pertenecer por completo á la ejecución.

Por lo demás, encontramos entre la Médèa de Eurípides y la de Legouvé, las diferencias esenciales que marcan la distancia que hay entre el carácter del teatro antiguo y el carácter del teatro moderno.

La Médèa del primero, meditabunda, sombría, tranquila y que no estalla terrible sino en el momento de la catástrofe, nos hace el efecto del mar en calma, pero en una calma amenazadora, rugiendo sordamente, bajo un cielo que va cubriéndose de nubes negras, y que derrepente se desata feroz, agitado por la tormenta.

La Médèa del segundo, llena de movimiento,

agitada por incesantes y diversas emociones, pasando de sus trasportes de furor á hondos desfallecimientos, inquieta siempre, recelosa, unas veces tierna hasta las lágrimas, otras áspera y dura hasta la barbarie, nos parece un huracán desencadenado desde los primeros momentos, y que no desaparece sino cuando ha llenado todo de escombros, desolación y espanto.

III

FILOSOFIA DE LA EJECUCION.

La Sra. Ristori nos ha dicho hace algunos días, que ella siempre escoge para presentarse ante un público nuevo la tragedia de *Médée*, no porque crea que su trabajo artístico sea mejor en esa pieza que en otras, sino porque prefiere el carácter griego para darse á conocer. La grande artista muestra en esto, como en todo, su privilegiada inteligencia.

En efecto, para hacer honor al altísimo rango en que su genio la ha colocado en el mundo de la fama, nada más digno que el tipo griego, que la tragedia antigua, que las creaciones de los príncipes de la poesía dramática. No solamente

le conviene la majestad de la reina, sino el apostolado de la belleza suprema, del arte sublime.

Ella debe surgir, no sólo como la primera artista de nuestro tiempo, sino como la resurrección de los bellos tiempos de la Grecia, con la gravedad imponente del coturno antiguo, para producir, no sólo la admiración, sino el recogimiento religioso de los que profesamos el culto poético del ideal artístico. Por esa misma razón no quisimos nosotros conocerla, antes de contemplarla en la escena. No fuimos á recibirla en la estación del camino de Veracruz, á la que llegó en las primeras horas de la mañana, tiempo en que se encontró, sin embargo, á un grupo de admiradores que la esperaban; no quisimos acompañar á los que ofrecieron una serenata al día siguiente, ni quisimos ser presentados á ella.

Teníamos una ilusión que no queríamos romper; queríamos que nos trasportara á aquellos hermosos días de la civilización helénica en que la poesía y el arte eran una religión, en que las representaciones trágicas eran una manifestación del culto; queríamos nosotros que no habíamos vivido en las épocas pasadas más que con la imaginación, vivir con la vida real; nosotros que no conocíamos á los personajes trágicos

más que en los libros, verlos vivos y palpitantes en la escena.

Y lo logramos, sí, lo logramos, más allá de nuestras esperanzas. La Ristori es griega.

Al verla aparecer en lo alto de la pequeña colina que conduce á la plaza pública de Corinto, un estremecimiento nervioso nos agitó. La figura, sólo la figura comenzaba á imponernos. Era la Médæa de los poemas y de las tradiciones, grande, pálida, severa y triste, enérgica y activa. Los cabellos negros y enortijados de la hija de la Kólchide, flotan en su espalda; un manto rojo la envuelve majestuosamente. Ella abraza á uno de sus hijos y de la mano al otro. Al llegar á la escena, la fatiga, el desfallecimiento, la melancolía se revelan en su semblante y en sus actitudes, pero al través de todo eso se adivina á la reina. Su presencia llena é influencia el teatro. Su prestigio eclipsa á los otros personajes; no se ve mas que á ella, no se oye más que á ella; desde el primer momento su voz encadenó nuestra alma.

Habíamos pensado hacer detalladamente el análisis del trabajo artístico de esta actriz incomparable, pero despues hemos comprendido que teníamos que luchar con una dificultad práctica. No sólo la descripción escrita ó hablada, pero ni la fotografía, ni la música pueden reproducir

con verdad, el gesto; el ademán, el acento, las miradas, las actitudes, los movimientos; en suma, la exposición fiel de las pasiones que la artista traduce con un realismo, con una sorprendente identidad que admirarían más, si no conmovieran profundamente. Es indescribible el trabajo de esta mujer de genio, y sólo hay una manera de formarse una idea de ella, y es verla. El genio es como la luz, no se describe; es preciso conocerlo.

Algunas notas solamente pueden indicarse para guiar al lector. En la escena en que describe los celos, la Ristori no es mujer, es loba, es tigre, y espantan sus miradas, su rugido y el movimiento convulsivo de sus garras.

Pero en la escena en que abraza á sus hijos, es una madre sublime, y su voz que parece anegada en lágrimas, arrancaría la piedad de un corazón de bronce.

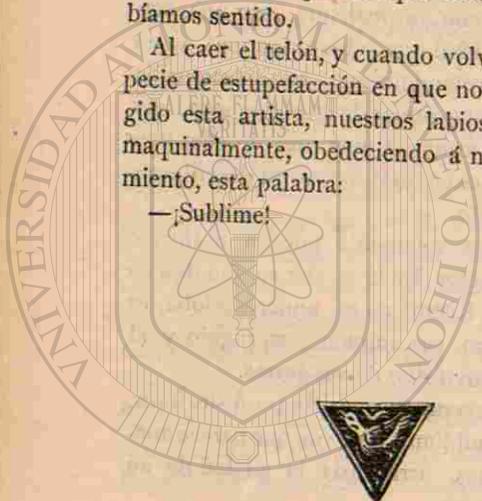
Hay un momento después de que aquella cae al pie del altar y volviendo de su desmayo se sienta triste y abatida en una de las gradas, en que su sola actitud vale la exposición toda de la tragedia, y la narración de sus amores con Jasón parecen una oda de Píndaro, en que se mezcla la adoración del heroísmo con la locura del amor.

En las escenas finales sólo diremos que ha so-

brepujado al poeta en su concepción, y que es de ella todo el mérito de la terrible catástrofe que deja una impresión que nunca, nunca habíamos sentido.

Al caer el telón, y cuando volvimos de la especie de estupefacción en que nos había sumergido esta artista, nuestros labios murmuraron maquinalmente, obedeciendo a nuestro pensamiento, esta palabra:

— ¡Sublime!



CARTA Á UNA POETISA.

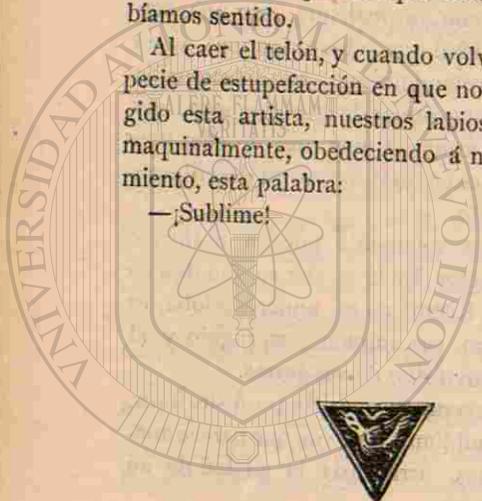
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brepujado al poeta en su concepción, y que es de ella todo el mérito de la terrible catástrofe que deja una impresión que nunca, nunca habíamos sentido.

Al caer el telón, y cuando volvimos de la especie de estupefacción en que nos había sumergido esta artista, nuestros labios murmuraron maquinalmente, obedeciendo a nuestro pensamiento, esta palabra:

— ¡Sublime!



CARTA Á UNA POETISA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MA tenido vd. la bondad, amable señori-
ta, de enviarme hace dos meses un to-
mo que contiene sus bellas poesías inéditas,
y otro sus leyendas, diciéndome que desea-
ba conocer mi opinión antes de publicarlas.

Si no fuera por el respeto profundo que me
inspiran la belleza y el talento, habría declinado
desde luego el alto honor que vd. se sirve ha-
cerme, porque no me creo digno de él, ni por
mis conocimientos que son pequeñísimos, ni por
mi carácter que no es á propósito para ejercer el
difícil magisterio de la crítica.

Hace algunos meses que un íntimo amigo
mío, que velaba su nombre bajo un seudónimo
trasparente para mí, en un artículo crítico que
publicó en un periódico de esta ciudad, después
de hacer de mí una mención demasiado favora-
ble, apreció mis disposiciones para la crítica de e

una manera exacta, diciendo: que mi carácter fogoso é impresionable, me impedía tener la imparcialidad y el ánimo sereno que tanto se necesitan para fallar con justicia en las obras de literatura.

Realmente así es: yo mismo lo he dicho en alguno de mis escritos literarios, y lo conozco cada vez más, á medida que me alejo de esa edad juvenil, en que se juzga más bien con el corazón que con la cabeza.

Sin embargo, advierto que con el conocimiento de esta falta, propia de la juventud y de la inexperiencia, mi opinión se hace mas cauta; y mi razón, ya menos dispuesta á sufrir las impresiones del momento, ó á adoptar sin discusión el dominio despótico de los afectos, va acostumbrándose á la reserva, antes de pronunciarse en cualquier sentido.

Quédame, con todo, un defecto gravísimo, y que no creo remediable con el trascurso del tiempo, y es el de mi ineptitud natural por lo nulo de mi capacidad y por mi falta de instrucción, que el estudio constante es ineficaz para llenar, no contando con la base esencial de la inteligencia.

De manera que sólo con estas observaciones preliminares, ya demasiado largas, pero que creí necesario poner en conocimiento de vd., me

atrevo á darle mi opinión humilde sobre sus interesantes trabajos, tranquilizándome la idea de que vd. no ha de haber esperado de mí un fallo irrecusable y autorizado, sino simplemente una opinión que en su recto criterio tiene aún que comparar con otras muchas de personas más competentes y á las cuales aconsejo á vd. que dé preferencia.

I

Gratísima y por demás deliciosa es la impresión que deja en el ánimo la lectura de las poesías de vd. Un sentimiento puro y ardiente, robustez de inspiración, inefable ternura en las expresiones, profunda moralidad en los asuntos, gala en los cuadros descriptivos; hé aquí las cualidades que sobresalen en las composiciones poéticas de vd.

La *Trasfiguración*, la *Jerusalem*, el *Cruzado*, las imitaciones de los poemas llamados *Ossidnicos*, los *apólogos* en el estilo de Selgas, y lo que vd. llama *Trovas*, me han llamado la atención particularmente, porque en estas piezas se muestran en todo su vigor las altas cualidades poéticas de que está vd. dotada; y si me es permitido manifestar un deseo, será el de que las publique vd. en primer lugar, porque estoy se-

guro de que le darán una envidiable reputación en el mundo literario.

Con demasiado temor, y sólo después de darle á conocer la grata impresión que me han causado estas composiciones, me atrevo á sujetar al juicio de vd. una observación sobre el asunto y forma de ellas, observación que si es aceptada, querría yo que sirviese solamente para el porvenir, y de ninguna manera para que ella sea causa de modificar ó desfigurar las expresadas composiciones.

Mi observación es la siguiente: Los asuntos religiosos están ya muy tratados en poesía, y en nuestro país con profusión, con exceso. De esto proviene que se note en las composiciones religiosas contemporáneas poca originalidad, lo cual resulta naturalmente del agotamiento; porque ¿no cree vd., que el asunto religioso es susceptible también de agotarse?

.....
 Pero en general, puede asegurarse que los más grandes poetas modernos han excusado con empeño comparar los acentos de su lira con el sonido majestuoso del arpa antigua, y eso no por un sentimiento de piedad ó impiedad, sino por el temor justísimo de parecer pálidos y raquí-

cos en presencia de sus modelos. Sólo debe exceptuarse á los dos mencionados Milton y Klopstock; pero ¡qué excepciones!

Considerando esto, que es, me parece, muy razonable, ¿ne le parece á vd., señorita, que debemos dejar la poesía religiosa resplandecer en la Biblia, sin pretender aumentar su brillo con nuestra pobre y mustia lamparilla de aceite? ¿No le parece á vd. que los trenos de Jeremías parecen más imponentes en medio de la oscura nave de los templos, y aun en el silencio del campo, en su majestuoso ritmo antiguo, que en los endecasílabos aconsonantados con que han pretendido mejorarlos algunos modernos?

¿No es verdad que vd. misma lez con más unción, encanto y ternura, un capítulo de Mateo, de Lucas ó de Juan, que la traducción de él en redondillas ó en romance octosílabo; y que se conmueve vd. más con la triste sencillez del relato evangélico de la Pasión, que con esas *fioriture* rebuscadas, con las cuales los poetas modernos han creído aumentar lo terrible del sangriento drama? En el Evangelio, hasta las repeticiones del estilo oriental son bellas; en las paráfrasis que conocemos, un rípió nos hace turbar con una sonrisa el religioso recogimiento de que deseamos estar poseídos, una cacofonía nos hace mover los hombros con desdén; una ima-

gen mal escogida, una frase malsonante, nos distraen y nos hacen arrojar el libro.

Si vd. queda convencida de lo arduo y difícil que es tocar con buen éxito los asuntos religiosos, me daré por feliz, y desde ahora me prometo ver aprovechadas las dotes de ardiente imaginación, de ternura y de facilidad para describir que vd. posee, en asuntos en que tengan mejor aplicación. Así, no tendrá que ir á buscar en los viajeros de Tierra-Santa, como Chateaubriand y Lamartine, la descripción de Jerusalem (que vd. no conoce), para formar su cuadro, sino que le bastará asomarse á su ventana ó recorrer los campos en derredor de esa linda población tropical en que afortunadamente reside, para darnos en sus composiciones bellísimos cuadros de la naturaleza americana, capaces por sí solos de encantar á los amantes de la verdadera poesía, que es la poesía nacional.

Pasemos á otra cosa: El pequeño poema de vd. "El Cruzado;" es *bonito*; pero me permitirá vd. preguntarle, ¿por qué ha ido vd. á buscar,

como nuestro Fernando Calderón, el asunto de su leyenda en las crónicas de otros países? ¿Le agradan á vd. esos asuntos caballerescos? Seguramente, y de esto tiene la culpa el enjambre de los imitadores de Zorrilla y de Arolas, que han dado á ese género una boga que por fortuna no dura hasta hoy en Méjico ni en ninguna parte.

Algunos novelistas y poetas europeos, particularmente de los que fundaron la escuela llamada romántica, dieron el primer ejemplo; y registrando archivos empolvados en las Bibliotecas, ó fingiendo que los registraban, y contemplando á la claridad de la luna las poéticas ruinas de los castillos feudales que les traían á la memoria las viejas historias de la Edad Media, se dedicaron á renovar las fábulas que había aniquilado el *Quijote*, aunque vistiéndolas con el ropaje de la fantasía moderna, para que no estuvieran expuestas á los sarcasmos de Sancho Panza.

Estos novelistas y poetas como Walter Scott, como Dumas (no quiero mentar al vizconde de Arlincourt), y como Chateaubriand y Víctor Hugo, tuvieron el mérito de popularizar así leyendas nacionales ó al menos europeas, mérito que Zorrilla, á pesar de no ser más que imitador, tuvo también, lo mismo que el duque de

Rivas y otros en España, y algunos poetas contemporáneos en Alemania. Pero en América, señorita, en Méjico, en este país donde no hay más ruinas que las de los *teocallis* ó las pirámides de los aztecas, ó de los palacios de los toltecas, y donde no ha habido más cruzadas que contra los indios, ni más recuerdos caballerescos que la rapacidad de los antiguos encomenderos, cultivar este género de leyenda es tan singular como lo sería convertir el *teponaxtli* de los poetas del tiempo de Moctezuma en el laúd de los trovadores provenzales.

¿Qué viene á hacer á Méjico la leyenda caballeresca de Europa? Cada país tiene su poesía especial, y esta poesía refleja el color local, el lenguaje, las costumbres que le son propios. ¿Cómo traer á Méjico los castillos feudales que se elevan en las rocas y se pierden entre las nieblas; cómo evocar los recuerdos de hazañas que no se conocen, porque apenas se conoce su historia; cómo vestir á un *caporal* la armadura de acero bruñido, y dar á un indio vendedor de guajolotes el aspecto de un escudero?

Se me dirá: pero para eso sirve la imaginación que inventa, que adivina. Es cierto, replicaré; pero así salen las invenciones, las adivinaciones. Los caballeros hablan como payos, las damas como petimetras de aldea, los torneos

son como *herraderos*, y los trovadores cantan las canciones de Murguía. Al través del manto de alquiler del cruzado, se adivina el centurión de Viernes Santo, con sus cueros de chivo y manejando la lanza como garrocha. Los castillos son haciendas de pulque ó ventas como en el Quijote, y la conquista del Santo Sepulcro es un pronunciamiento por *religión y fueros*, cuyos héroes acaban en la cárcel ó en los Arbolitos.

Esto no es decir que el poema de vd. tenga estos defectos; al contrario, me complazco en reconocer, que por un privilegio del talento excepcional de vd., es una imitación feliz de algunas leyendas europeas; pero francamente, aun así no ha logrado vd. dar color local á su composición, cuyo asunto coloca vd., parte en Palestina y parte en Francia, países que no conocemos ni vd. ni yo sino geográficamente, y por el relato de viajeros tal vez mentirosos, como la mayor parte de ellos.

Francamente, yo siento que malogre vd. sus extraordinarias cualidades poéticas, aplicándolas á un genio extraño á su carácter y exótico en la poesía americana, cuando podía aprovecharlas mejor, buscando sus inspiraciones en el campo fecundísimo de nuestra historia nacional.

Porque ¿no le parece á vd. que en nuestra historia hay bastantes asuntos para enriquecer

con ellos la poesía heroica? Busque vd. y encontrará desde el año 10 hasta el año 21, numerosos y variados tipos que reúnen al carácter caballeresco más elevado, la preciosa cualidad de ser mejicanos y padres de la patria.

No toquemos la grandiosa figura de Hidalgo, que por su elevación no se presta á la leyenda romanesca; pero ahí tiene vd. al joven Allende, sublime hasta el martirio; ahí tiene vd. al joven Abasolo, á quien el amor precisamente hizo débil. Después tiene vd. á los Galeanas, pléyade hermosa de leones descendiendo de las montañas del Sur para aterrar á la tiranía española; ahí tiene vd. á Nicolás Bravo, joven también, hermoso y gallardo como un paladín antiguo y generoso. Ahí tiene vd. á Victoria, héroe salvaje cuyo campo fué justamente el hermoso país de vd.; ahí tiene vd. á Matamoros, joven sacerdote, convertido en guerrero por el patriotismo, y que en San Agustín del Palmar se elevó hasta las sublimidades de la Epopeya, destrozando á las legiones de Europa; ahí tiene vd. á Guerrero, al grande Guerrero, héroe que nos envidian las antiguas naciones, y cuya grandeza de alma en las adversidades, así como su valor asombroso en las batallas, parecerán legendarios más tarde; ahí tiene vd. por último á Juan del Carmen, á Montes de Oca, á Pedro

Ascencio, á Encarnación Ortiz y á otros cien, que eclipsarán á los héroes ossiánicos y á los guerreros montaraces que figuran en los poemas de la antigua Germania.

No los encontrará vd. cubiertos de hierro en el combate, ni vestidos de seda y de terciopelo en la ciudad; pero rudos como son, parecen más hermosos con su desnudez y su miseria santificadas por el patriotismo. Encontrará vd. á la mayor parte de ellos bastante ennegrecidos por el sol, y no precisamente con la fisonomía de Adonis ó de Reinaldo; pero yo supongo que el poeta ha de ser menos melindroso que Alamán, que se asustaba con la fealdad de Guerrero, (porque ese historiador no quería á los hombres feos.)

Dejemos, pues, á la Europa sus caballerías de la Edad-Media, que no comprendemos bastante, y busquemos en el tesoro de los recuerdos nacionales las riquezas que nos darán fama.

Por otra parte, reflexiónelo vd. bien: todos los poetas del mundo, cualquiera que sea el carácter de sus héroes, los cantan de preferencia á los héroes extranjeros. Nada les importan la desnudez, la rudeza y la figura. Los héroes de Homero no son currutacos de Sybaris ni sátrapas de Asiria, sino guerreros medio desnudos que mataban en persona sus reses y asaban su carne

á las puertas de sus tiendas. El perfumado París no figura en la Iliada sino como un cobarde afeminado. Los héroes indios del *Ramayana* son como los de Homero; los héroes de los *Edas* son bárbaros vestidos de pieles; los héroes que Macpherson fué á desenterrar en las montañas de Escocia, son salvajes como nuestros comanches y apaches; los héroes de *Ercilla* son indios de Arauco y españoles de la peor clase, de modo que los hermosos caballeros del Tasso y del Ariosto no son ni pueden ser modelos eternos en la poesía heroica. Bellísimos parecen en la *Jerusalem* y en el *Orlando*; pero es porque son copia de la realidad, porque allí están en su lugar, porque personifican una época con sus costumbres, sus trajes, sus hábitos y sus aspiraciones.

En la América del Sur, y aun en la del Norte, los poetas han tenido la feliz idea de crear una poesía nacional; y en sus poemas, y en sus leyendas, y hasta en sus elegías, han adoptado un estilo peculiar, imágenes propias, y han tomado sus asuntos de los anales patrios.

Puede vd., si lo tiene á la mano, examinar á Bryant, uno de los más notables poetas de los Estados-Unidos del Norte; y en cuanto á los del Sur, tengo el gusto de remitir á vd. una co-

lección de composiciones de los principales, y en ellas podrá vd. ver que no han retrocedido ante el color de Bolívar para declararlo un dios en sus cantos; que los Carreras, aunque vestidos con las pieles y el poncho de los gauchos de las pampas, son sus Tancredos y sus Roldanes; y que van á sacar á los protagonistas de sus leyendas, entre los valientes adalides de Ayacucho, de Maipo, y de Junín.

Ahora, si de leyendas no heroicas se trata, suplico á vd. que se fije en las dos de Esteban Echeverría, intituladas: *La Cautiva* y *La Guitarra*, y en ellas verá cuadros de la vida americana de una belleza admirable, porque el poeta se ha inspirado en la realidad y no en las invenciones de otros; suplico á vd. se fije también en todos los pequeños poemas de Abigail Lozano, de Arboleda y de otros que es inútil enumerar aquí; y comprenderá vd. por qué la poesía nacional es la más bella.

Sólo en Méjico se han visto con desdén nuestros recuerdos patróticos; y si exceptúa vd. á Moreno (poeta de Puebla), á Lejarza (poeta de Michoacán), á nuestro Rodríguez Galván, al general Díaz (padre de Díaz Covarrubias) veracruzano, y á José María Roa Bárcena, veracruzano también, todos los demas han preferido pedir á

la historia extranjera sus héroes, imitando ó traduciendo á los poetas de otro país.

Siento ver á vd. en el número de estos desdenosos, y deseo que con el brillante ejemplo de los poetas sud-americanos, se anime vd. á buscar en nuestros recuerdos gloriosos el asunto de sus composiciones futuras. El numen de vd. contemplará nuevos horizontes, y la Patria, para quien no ha tenido la lira de vd., ingrata, ni un himno, ni un recuerdo siquiera, la recompensará ampliamente.

—Ossián la poesía ossiánica Fingal, Oscar, Malvina, Swaran, Comala. Hé aquí nombres é ideas que aun nos conmueven porque surgen en primer término al evocar el cortejo melancólico de nuestros recuerdos juveniles. ¿Qué joven aficionado á la poesía, al oír hablar á los literatos del sentimentalismo poético de Ossián de generosidad de los héroes de Morven, etc., etc, no ha sentido el irresistible deseo de conocer los afamados poemas del supuesto Homeo caledonio, y no los ha devorado con avidez y deleite?

Si alguna poesía es agradable á la juventud meditabunda y ardiente, es ésta; porque deja en el ánimo una impresión de dulce tristeza, y en los sentidos algo como el perfume acre y fresco de las montañas, como el blando murmullo de

los lagos, como el reflejo sombrío del Océano al oscurecer la tarde. Tan cierto es que los jóvenes de carácter melancólico gustan de nutrir su espíritu con esta poesía, Goëthe hace leer á Werther los poemas de Ossián, antes de cometer su suicidio.

En esas horas tempranas de la vida, si por acaso sueña uno con el heroísmo ó con el amor, por si acaso ha recibido uno de la naturaleza el don fatal de un triste sentimentalismo, y el don, más fatal todavía, de un carácter poético, hay un placer extraordinario en imitar la poesía ossiánica; y por fuerza se enriquece la cartera de veinte años con uno ó dos poemitas en que figuran héroes enamorados, valientes y generosos, vírgenes pálidas, ardientes y sencillas, de manos blancas, de ojos azules y de cabellos de oro; poemitas, en fin, en que hierven los epítetos pomposos en cada verso, en que hablan las pasiones un lenguaje enfático, muy diverso del natural, y en que la monotonía brilla como si fuera una cualidad indispensable.

Esto que sucede á los jóvenes de que hablo, ha pasado á vd. también, amable poetisa. Dada de un carácter sentimental y pensativo; enamorada de Ossián, porque muy probablemente ha aprendido vd. á admirarlo en Blair, que veía con infantil candor en aquel supuesto bardo á

un nuevo Homero, no ha necesitado vd. más; y sin permitirle su extremada juventud, ó la falta de datos ó de experiencia, distinguir entre lo original y lo imitado, se ha puesto vd. con la mejor buena fe del mundo á remedar el llamado estilo ossiánico.

No se mortifique vd. por eso. Poetas más expertos y de gran nombradía han obedecido á esa propensión, y caído en ese error involuntario; aunque es verdad que todos tenían la disculpa de la juventud, como vd. Por lo pronto recuerdo á Lord Byron, que en su primera colección de poesías que intituló: "*Horas de ocio*" (*Hours of idleness*), tan censuradas por los escoceses, insertó un pequeño poema, "*La muerte de Calmar y de Orlá*," que es una imitación servil de Ossián, como él mismo lo dice, declarando que aunque ya se trataba en su tiempo de descubrir la impostura de Macpherson, la lectura de la obra de éste le era agradable.

En Francia ha habido también muchos imitadores, entre los que sólo mencionaré á Belmontet, juyen que logró con acierto adaptar á su lengua los giros, las imágenes y la rebuscada rudeza del original. Entre sus imitaciones figura un pequenísimo poema, con el título de *Edgardo y Vaína*, que recuerdo haber traducido en verso cuando era yo muchacho, así como recuer-

do también haber quemado mi traducción, con lo cual no perdió nada la literatura. Es de advertir que Belmontet, al contrario de Byron que escribió su imitación en prosa, según el estilo del original, escribió sus poemas en verso. También vd. ha escrito sus imitaciones en verso, lo que las hace menos serviles, porque siquiera tienen la novedad de la medida y de la rima.

Pero volvamos al asunto principal. Decía yo, que Ossián es un modelo buscado y querido para la juventud inexperta y melancólica. Piérase entonces el más bello tiempo en la dura y difícil tarea de imitar el estilo; si no ha tenido uno la indiscreción de publicar sus poemas (lo cual causa pena después), los guarda al menos en su papelería con cariñoso cuidado. En semejante situación estudia uno los poetas clásicos de Grecia y de Roma, lee buenas obras de crítica literaria, devora con especialidad todos los estudios hechos sobre el llamado Ossián, tanto más, cuanto que recuerda uno que guarda tesoros de imitación en su cartera; y cuando perfectamente impuesto del largo proceso literario formado en Escocia, en Inglaterra y en Francia sobre la autenticidad de lo que ha estado creyendo poemas antiguos como la Iliada, se desengaña de que no son más que las obras de una hábil impostura moderna, y ve uno aparecer, no al

viejo Ossian tocando el arpa de los antiguos bardos caledonios en la cumbre de las montañas, sino al oscuro maestro de escuela Macpherson en el silencio de su gabinete, copiando y desfigurando pasajes de Homero y de la Biblia para engañar al mundo. La impresión no deja de ser ingrata.

Entonces, pasa uno de la admiración y del amor al extremo contrario; corre uno á su mesa, coge los manuscritos amados que contienen las imitaciones, y hace con ellos una hoguera.

¡Adios Ossian!..... ¡no hay Ossian!..... ¡Ossian era una mentira! ¡No hay tal originalidad, no hay tal igualdad con Homero! Se engañaban Goethe, Laharpe, Sinclair, Cesarotti, Blair; se engañaba toda Europa cuando en la segunda mitad del siglo pasado se extasiaba leyendo el libro de Macpherson é imitando á porfía su estilo; se engañaba Napoleón I que llevaba siempre consigo los poemas de Ossian, como Alejandro el Grande llevaba los poemas de Homero; se engañaba todo el mundo, la superchería fué tan afortunada como eso.

Sí, querida amiga, se engañó todo el mundo, menos Voltaire, que como siempre, había tenido el valor de interrumpir el universo concierto que producía la fascinación, con su palabra burlesca; menos el doctor Johnson, que fué el pri-

mero en denunciar indignado la impostura del atrevido Macpherson; y menos Malcolm-Laing que completó la revelación de Johnson, haciendo notar los robos que el autor moderno escocés había cometido en los campos de la antigua poesía griega y hebrea, al formar su falsa epopeya antigua.

Verdad es que la "*Highland Society*" de Escocia, en su trabajo concienzudo sobre la autenticidad de estos poemas, no los ha condenado en su totalidad, habiendo verificado la originalidad de algunos fragmentos; verdad es que Walter-Scott en su novela *El Anticuario*, y en otras partes, no se atreve á negar enteramente la existencia de algunas baladas gálicas que sirvieron á Macpherson y permanece indeciso sobre la cuestión principal; pero lo que no admite ya duda es, que el conjunto de las epopeyas llamadas *ossianicas* es obra del que siendo autor é inventor, no quiso llamarse más que traductor, por su interés particular.

De esta manera, la admiración por los poemas se disminuye, los personajes heroicos bajan de estatura, y la ilusión desaparece. ®

Todavía más: si se replica que no por ser moderno el poema es menos bello y el genio menos grande, Voltaire (en su Diccionario Filosófico, artículo *Antiguos y modernos*), nos contesta

con la improvisación burlesca, pero exacta del florentino, á quien hace aparecer en disputa con un escocés, candoroso creyente de Ossian, en el gabinete de Lord Chesterfield. En esta improvisación demuestra que en media hora un moderno, un poco instruido, puede imitar el estilo enfático y afectado de Macpherson sin mucho esfuerzo.

Por último, el mismo Lord Byron, aun concediendo como concede en un nota puesta á su poema "*La muerte de Calmar y Orla*" en la última edición corregida por él, de sus *Horas de ocio*, que aunque la impostura de Macpherson se descubriese, su mérito sería indisputable (*but while the imposture is discovered, the merit of the work remains undisputed*), acusa el estilo del autor escocés de hinchado y bombástico (*turgid and bombastic diction*). Y los críticos, apreciable poetisa, particularmente los modernos, están conformes en censurar á Macpherson este gran defecto poético; aunque por otra parte le concedan muy bellas cualidades, que bellas debían ser para haber llamado la atención del mundo europeo, para haber influido poderosamente en la literatura de esa época, y para haber procurado á su disfrazado autor un renombre glorioso.

Puede vd., si gusta, entretenerse con esta curiosa cuestión literaria que no hago más que ex-

tractar, leyendo, ya que no pueda vd. conseguir las obras de Johnson, y los *Ossian* de Blair, Sinclair, de Mac-Grégor y Malcolm-Laing, así como el largo informe de la *Sociedad escocesa* redactado por Mackensie (esta última obligó á Byron á poner su nota citada), al menos el repetido artículo de Voltaire, la Lección 31.^a del curso de Literatura de Villemain, (tomo 5.^o edición de 1858), la *Noticia sobre la autenticidad de los poemas de Ossian* por Lacaussade que va al frente de su traducción de *Ossian*, y que casi es una copia de la lección de Villemain; la de Christian que acompaña también su traducción de los mismos poemas, y la magnífica *Historia de la Literatura inglesa* por Taine. En estas obras que yo conozco y de las que extracto la historia del proceso relativo á la originalidad de la obra de Macpherson, tendrá vd. noticias detalladas.

Para concluir, traduciré, porque me parecen interesantes para vd. los párrafos con que concluye Mr. Villemain su citada lección

"De manera, dice, que yo no veo en Ossian, sino un esfuerzo de rejuvenecimiento literario por medio de la imitación de las formas antiguas, uno de los primeros ensayos de ese *pastiche* del pensamiento y del estilo, común á las literaturas envejecidas; y ¡cosa notable! en los

sentimientos que conmovían en el siglo xviii, en esa melancolía mediatubunda, en esa *religiosidad* vaga, en esa tristeza sustituida al culto, es donde el poeta, donde Macpherson-Ossian ha sido original, singular, atrevido; el hombre del siglo xviii es el original é interesante, bajo la máscara, bajo el manto del bardo ciego. Su Oscar, su Malvina, su Fingal, todos esos personajes que ha corregido, embellecido, puesto en movimiento en su poema, tienen un reflejo del espíritu sentimental del siglo xviii. La pretendida sencillez de Macpherson no existe sino en un punto, en la monotonía. Es natural, en efecto, que en la imitación de una vida ruda, inculta, que no está animada sino por los accidentes de la guerra, que no conoce otra catástrofe que la muerte después del combate, haya poca variedad. Es natural también, que en una sociedad semejante, el cielo, el sol, la luna, las estrellas, las montañas, los bosques, el ruido confuso del mar, las algas arrojadas sobre la ribera, se presenten sin cesar al pincel del poeta. Tal es también, en gran parte, el colorido de la poesía ossiánica. Y bien: cuando este colorido fué importado á la Francia elegante, filosófica, razonadora, era una gran novedad, era una muestra de la naturaleza que se presentaba á gentes que no la miraban desde hacía largo tiempo.

“Sin embargo, ha sido necesaria alguna cosa más, creada por el artificio del redactor moderno: era ese sentimiento triste y severo; era esa contemplación melancólica de la vida, esa emoción vaga reemplazando á un culto positivo, que convenía maravillosamente al fin del siglo xviii y á los tiempos desastrosos que siguieron á los días de dolor y de destierro. Esta poesía de Ossian es como un canto monótono, á propósito para arrullar almas fatigadas por la reflexión y la tristeza.

“¿Qué lección de gusto resulta de este examen? La necesidad de que la literatura en todas tentativas sea nacional y contemporánea. Aun cuando para engañar el gusto de los contemporáneos la imaginación busque una ficción lejana, aun cuando se transforme, se disfrace y se oculte bajo un nombre falso, agrada y es poderosa por accidentes actuales. Huíd, pues, de la imitación, huíd de la literatura falsa y artificial, sed de vuestro tiempo por la vida y por las emociones, y mereceréis serlo por vuestro talento. Sed hombre antes de ser escritor.”

Después de estas juiciosas palabras del eminente maestro, ¿qué puedo decir á vd. de nuevo?

Usted ha imitado á Ossian, creyendo tal vez que imitaba á un modelo de pureza antigua. Ya ve vd. que no es así. Pero aun suponiendo

que de todos modos se haya vd. enamorado del estilo sentimental y melancólico de Macpherson, que como se ve tiene también su mérito, los últimos consejos de Villemain habrán convencido á vd. de que es preciso, antes que todo, ser *nacional*; y que si al autor escecés, después de haberse descubierto su impostura, le quedó un renombre envidiable, no fué sino por el color local que supo dar á sus poemas, y el sabor de *nacionalismo* que se percibe en todos ellos.

Esto quiere decir, que aunque las composiciones de vd. tengan mérito, lo tendrían mayor si lejos de imitar al fingido Ossian, y de trasladar los cuadros de los pequeños poemas de vd. á país extranjero, hubiese cantado á los Fingal y á los Swaran de Méjico, descrito nuestros paisajes y creado un estilo eminentemente nacional.

¡Siempre la poesía nacional! Si yo insisto en hablar á vd. de ella tantas veces, es porque también veo que la desdena vd. siempre, y que empuenece sus obras y amengua su inspiración prefiriendo con predilección injusta el imitar modelos extranjeros, á copiar la naturaleza que se ostenta pomposa en derredor de vd. brindándole tesoros no conocidos todavía.

III

En cuanto á las imitaciones que ha escrito vd. de los apólogos de Selgas, no me detendré mucho en hablarla de ellos, porque el buen sentido de vd. les hará la debida justicia, supliendo con la reflexión lo que yo omito, por no hacer tan voluminosa esta carta.

¡Ah! no es vd., inocente joven, la única apasionada del estilo de Selgas; puede asegurarse que todos los poetillas barbilampiños, cuya gloria futura esconden todavía las modestas sombras del colegio ó las humedades de los *cajones de ropa*, hacen retozar su musa infantil entre los jardincitos parlantes, que para gloria de la poesía ha sembrado en sus páginas el ingenioso poeta español, á quien sacó á luz el conde de San Luis.

Yo no podré averiguar cuál es el atractivo verdadero que esa juventud *florista* y *herborizadora* encontrará en los tales apólogos; eso vd. podrá saberlo mejor; pero me consta que los muchachitos, en vez de ir á comprar á la *Librería madrileña*, por ejemplo las poesías de Fr. Luis de León, ó de los Argensolas, ó de Quintana, prefieren sacrificar los doce reales que han arranca-

do á la munificencia paterna, en la compra del pequeño tomo que contiene los entretenidos coloquios de las flores, del famoso Selgas.

Yo me explico á veces esta predilección por la timidez, natural compañera de la infancia, que impide al niño que comienza á enamorarse de sus primitas que todavía usan vestido alto, darles cuenta descaradamente de los alarmantes sentimientos que han comenzado á agitar su corazoncito.

Esta conducta quizás les atraería una zurra, ó por lo menos un extrañamiento de papá y de mamá. Pero Selgas los ha venido á sacar de apuros, y en efecto: lo que el mancebito no podría decir en su propio nombre á Chonita, á Pepita, á Guadalupita, ó á Rosita, se lo espeta con la mayor audacia del mundo, cubriéndose con la delgada película de un floripondio, ó con la roja caperuza de un clavelito, ó metiéndose en el amarillo costal de un mastuerzo. Y en cuanto á ella, la trasforma en *rosa de Bengala* ó en *madreselva*, ó en *albahaca*. Pocas veces el niño tiene la abnegación de volverse *perejil* ó *culantro*, y de convertir á su amada en *lechuga*, en *col*, ó en *cebolla*; la poesía de Selgas no desciende hasta la hortaliza, ni se satura, como la comida, en aromas culinarios; eso sería democratizar el apólogo, y por eso se queda siempre

en las aristocráticas regiones de la jardinería, pero siguiendo el filosófico sistema de Esopo, padre del apólogo, esto habría sido lo natural.

Pero no: todos los dramas, todas las pasiones, todas las locuras que pueden agitar á la triste humanidad y dar con ella al traste, se colocan en el inocente espíritu de las rosas, los jazmines y las violetas; y de este modo, una violeta tan pronto es una modesta virgen cariñosa y fiel, como una coquetuela de tres al cuarto, como una viuda alegre y casquivana, ó como una bribona digna de ir á las *Arrecogidas*; y el *clavelito* lo mismo desempeña el dulce papel de calavera en embrión, como el de un futuro Werther, ó como el de un Lovelace de diez y seis años.

Los apólogos de Selgas han producido en la juventud de España y en la de Méjico, una impresión muy fácil de explicar por la novelería. Las chusmas de imitadores, incapaces por su propia virtud de hacer nada nuevo, ni de distinguir lo bueno de lo malo, solo esperan que el primer audaz atraviese un Rubicón cualquiera para lanzarse en su seguimiento, orgullosos siempre de su misión escuderial.

Así, al aparecer aquellos singulares coloquios entre las flores, que parecían traducir, aunque con trabajoso disfraz y con rebuscada semejan-

za, los sentimientos del alma juvenil, los adolescentes, que siempre tienen algo de afeminado, se sorprendieron agradablemente. El género no era nuevo, en verdad: *nihil sub sole novum*, y en el viejo árbol de la literatura española, que parece haber perdido su savia, los nuevos ramos no pueden ya florecer, ni siquiera durar. Los árabes habían cultivado este género de poesía emblemática desde los tiempos más remotos, al grado de que ha llegado á ser famoso en el mundo el *apólogo oriental*; y nótese bien, que en estos poetas la imagen se presenta sin esfuerzo, la filosofía rivaliza con la sencillez, y la gracia de la forma hace indeleble la lección. Se inspiraban en la naturaleza, y la naturaleza les hablaba en su lenguaje siempre elocuente y grandioso, que ellos no hacían más que traducir en lengua vulgar.

¿Podrá decirse esto mismo del imitador español moderno? Dudo que se atreva alguien á responder afirmativamente, si reflexiona antes con madurez, y sobre todo, si establece una comparación imparcial y razonada entre esos cuentecillos de salón, y los apólogos antiguos.

Los moros trajeron á España, con sus ciencias y sus artes, su genio poético, y por eso el apólogo volvió á florecer en las obras de los poetas moros españoles, y aun ha dejado alguna

huella notable en la poesía española y cristiana anterior al siglo xv, aunque no sea precisamente en la forma oriental.

Pero considerándolo bien, esta clase de *apólogos* no es adecuada á nuestra civilización, ni mucho menos á la civilización y al carácter poético del siglo xix. Hija del antiguo Oriente, en que el simbolismo era la cubierta necesaria de toda idea filosófica ó religiosa, es inútil en Europa y en América, donde el pensamiento desdén la forma y busca la razón á plena luz.

Hasta el *apólogo esópico* sería hoy un anacronismo, con todo y que él, buscando en los instintos de las bestias una semejanza de las pasiones humanas, perceptible á primera vista, se encargó de dar lecciones de eterna verdad, que difundían, bajo una forma agradable, entre las turbas, los preceptos de la filosofía moral.

Si en nuestros tiempos hemos visto aparecer, fabulistas á la manera de Esopo, como Mr. Viennet en Francia, como García Goyena en América, lejos de acusar en sus fábulas la ingeniosa timidez con que el esclavo griego disfranzaba sus sátiras inmortales, podremos descubrir en ellas una audacia imponente, que no por buscar en el apólogo un atractivo popular, cede en fuerza y en valentía al artículo de periódico, al folleto político ó á la sátira descarada.

Así es que las fábulas políticas de Viennet, como las canciones de Beranger, han servido de catapultas en Francia para atacar los vicios; y las de García Goyena en los países latino-americanos, han ayudado á sacudir las viejas preocupaciones coloniales.

De esta manera vive y puede vivir el apólogo. Pero el de Selgas no tiene tales condiciones. Sin la sencillez y belleza orientales, no contiene más que una aglomeración complicada de imágenes inverosímiles, de las que apenas se exprime una dosis homeopática de moral y no siempre de la buena. Además, carece de una cualidad que hace encantadores, al par que útiles, los apólogos, y es la concisión. La concisión, al mismo tiempo que sorprende agradablemente el espíritu, permite que se grabe en la memoria la lección con la imagen.

En este punto, Víctor Hugo ha sido más feliz en la imitación de la poesía del Oriente, y numerosos apólogos suyos han tenido la dichosa suerte de hacerse populares en el mundo entero, ya en su original francés, ya traducidos á la mayor parte de los idiomas cultos. Los poetas alemanes también han imitado ese género de poesía; y aunque muy poco, lo han hecho con su maestría acostumbrada. No haré mención, por lo pronto, sino de dos ó tres apólogos de

Henri Heine, que encierran profundos pensamientos.

Las demás creaciones de la poesía alemana pudieran tener alguna semejanza con el apólogo oriental; no son, si se estudian, sino las producciones de una escuela enteramente oriental y esencialmente germánica. Lo mismo puede decirse de algunas creaciones de la musa italiana, como las del Petrarca, por ejemplo, que si adoptó algunas veces la forma, no hizo lo mismo con el pensamiento que era enteramente suyo.

En la América del Sur, Selgas no ha corrido la misma suerte que en Méjico. Esa juventud de las repúblicas latino-americanas es demasiado independiente, altiva, é ilustrada, para seguir á ciegas, como á un buen modelo, al primer extravagante que llega de la antigua metrópoli.

La escuela poética de aquellas regiones sigue desde hace tiempo un camino nuevo, y en su empeño de crear una poesía nacional, empeño que ya ha visto realizado, no hace más que examinar las producciones del genio extranjero, admirar lo bueno que hay en ellas, y encontrar allí el estímulo necesario para superarlo. ¡Oh! ¡qué bien hace aquella familia literaria.

Aquí en Méjico, señorita, todavía no nos hemos atrevido *todos* á dar el grito de *Dolores* en *todas* materias. Todavía recibimos de la ex-me-

tropoli preceptos comerciales, industriales, agrícolas y literarios, con el mismo *temor y reverencia* con que recibían nuestros abuelos las antiguas reales cédulas en que los déspotas nombraban virreyes, prescribían fiestas, ó daban la noticia interesante del embarazo de la reina.

Así es, que basta á nuestra juventud que hayan llegado á nuestras librerías las obras de un D. Fulano de Tal cualquiera, impresas en Madrid y recomendadas por un aviso de periódico, para que las consideremos desde luego como cosa sobrenatural y digna de leerse y de imitarse.

—¡Mire vd. que este libro vino de España! dice el primer pelucon á quien vd. pregunta en la calle, y que se da toda la importancia de un D. Timoteo, de un literatazo del tiempo de Bustamante y de Alamán. Y como los muchachos, particularmente los meticulosos, suelen tener á esos vestiglos por oráculos infalibles, hé aquí como una recomendación tan poco fundada pone en boga sandeces que no valen un ardite.

Si hay un jóven por ahí, que considerando que ha nacido para pensar con su caheza, protesta contra la autoridad del *magister* y encuentra el libro mediano, se expone al anatema del *pelucon*, y de todos los *pelucones* que se ponen furiosos cuando se les desobedece ó se les obliga á abdicar su apollada soberanía.

¡Ah! cuántos trabajos cuesta aquí, señorita, usar libremente del sagrado derecho de discutir! Como vd. sabe, han sido necesarias revoluciones largas y sangrientas para sancionar esta garantía, así como otras igualmente preciosas. Pero si en el mundo político ya están conquistadas y aseguradas, todavía en el mundo literario se las disputan á uno con encarnizamiento, los profetas, los doctores de la ley, los escribas los fariseos y toda esa turba de antiguallas que salen de la tumba haciendo gran ruido con sus huesos, como los muertos de la balada de Goëthe, para amenazar á uno y llenarle de terror.

Sin embargo; ya la generación de ahora va siendo menos asustadiza, ya va comprendiendo lo que significa la independencia de Méjico y aceptando sus trascendencias, ya se atreve á examinar lo que llega de España, y así como aplaude y admira lo bueno de allá, censura lo malo y lo desdena. Hé ahí el principio de una regeneración saludable y sensata.

Así, ¿quién, que no sea un bárbaro, dejará de recomendar á la juventud como modelos, en la España moderna, las odas de Quintana, los artículos inmortales de Lara, las comedias de Bretón y los discursos de Castelar? Pero no sería discreto hacer lo mismo con otras obras que no vienen á ser más que los retoños enfermizos de

ese árbol grandioso y respetable de la literatura española, de que hablamos antes, cuya gallardía fué la admiración de los siglos pasados, y cuyas flores esparcieron su aroma en el mundo entero.

Reñoño enfermizo me permito yo reputar el apólogo de Selgas, cuando no sea una parásita perjudicial á la poesía española; y por eso aconsejaría á vd. que no le concediera tan fácilmente, como lo ha hecho, el honor de aspirar su perfume. Las imitaciones que ha hecho vd. de tal género, pudieron ser creaciones originales si no hubiera tenido el librito español delante, y si no lo hubiera saboreado con una avidez insana.

IV

Trovas denomina vd. sus poesías amorosas, y sobre el nombre, nada tengo que decirle.

Los nombres convencionales que ninguna relación tienen con las formas clásicas ó con los asuntos á que han puesto títulos los antiguos, pueden darse caprichosamente á los versos, como se dan á los hijos, á los perros y á los barcos.

Pero sobre el fondo mismo de las poesías de

vd., le diré dos palabras, solamente dos, pues que si fuera á disertar sobre la poesía erótica en general, tendría que escribir un volumen y que recopilar cuanto se ha dicho sobre ella, que es mucho.

Estas dos palabras son las siguientes: Inspírese vd. en el amor, porque el amor será siempre el numen querido de la juventud; el amor, don eterno de la naturaleza, y condición indispensable de vida para todo lo que existe, es también una fuente eterna de poesía. Pero el amor siempre nuevo en el corazón humano, debe también inspirar al poeta algo nuevo. Mire vd. que los cantos de amor eran ya antiguos en la tradición oral, cuando aun no se inventaba ni el geroglífico ni el alfabeto. En la poesía de todos los pueblos, el primer himno es para los dioses, el segundo para los héroes, el tercero, para el amor. El sentimiento amoroso hace agitar las cuerdas de la lira antigua y le arranca acentos inmortales, acentos que llegan hasta nosotros y que nos conmueven todavía. [®]

En la Edad Media, mientras que la poesía épica se negaba á immortalizar las hazañas de los bárbaros de Europa, y apenas concedía la voz del desierto para enaltecer la grandeza del Islam, ó el feroz heroísmo de los Tártaros, y se contentaba con legar al Tasso el recuerdo de

las Cruzadas; la poesía amorosa florecía derramando aromas virginales, bajo la tienda del patriarca, donde hacía las delicias de la juventud en los acentos de la guzla de la ardiente esclava oriental; ó al pie de los castillos donde abría sus pétalos como una flor de la noche, ante los rayos apacibles de la luna, al preludiar el laud de los trovadores.

En la edad moderna, no hay pueblo culto que no pueda presentar un centenar de poetas eróticos, desde el helénico y el italia no, en donde la poesía amorosa ha vegetado siempre aun sobre las ruinas, hasta los pueblos americanos, donde ella se muestra ahora con todas las galas de una riqueza tropical.

Figúrese vd. si no será difícil decir algo nuevo, después de este himno eterno que la humanidad ha levantado todos los días al Amor, como al sol del mundo moral.

¿Quiere vd. cantar como mujer? Es preciso poseer el ardiente corazón de Safo, ó la imaginación exaltada de Santa Teresa. ¿Quiere vd. cantar como hombre? Pues entonces deje vd. el guingay de los galanes palabreros, y adoptando el acento apasionado de Tibulo ó de Propercio. hable vd. el lenguaje del dolor ó el de los deseos, pero sin llevar por guía más que á la na-

turalaleza. El poeta debe ser el intérprete y el guardián de la naturaleza, dice Schiller, cuyo *Ensayo sobre la poesía sentimental* recomiendo á vd.

.....

 ¿Quiere vd. hacer disertaciones apasionadas sobre tal ó cual sentimiento que tenga por origen el amor? Inspírese vd. en las "*Heroidas de Ovidio*," y allí encontrará, aunque envueltos en largos y á veces cansados discursos, arranques de pasión sorprendentes por su naturalidad. Si no conoce vd. el latín, le recomendaré la traducción que hizo de estas *Heroidas* un mejicano, en buen romance endecasílabo, que se publicó en Méjico en 1828, y que no ha sido apreciada como lo merecía.

Por último, ¿quiere vd. filosofar? Entonces deje vd. á las mujeres, y lea en el libro del mundo. No han hecho otra cosa las admirables poetisas de la América del Sur, la Marín de Solar, la Orrego, la Mujía; no ha hecho otra cosa Luisa Pérez de Zambrana, la poetisa de Cuba, cuya "*Vuelta al bosque*" no sabré encarecer á vd lo bastante.

Pero antes que todo, hay que dejar el discreto y la palabrería inútil. Por eso no seré yo

quien recomiende á vd. á nuestra Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra décima musa á quien es necesario dejar quietecita en el fondo de su sepulcro y entre el pergamino de sus libros, sin estudiarla mas que para admirar de paso la rareza de sus talentos y para lamentar que hubiera nacido en los tiempos del culteranismo.

De todos los peligros que ella y otras han corrido puede vd. librarse con sólo buscar la inspiración en la naturaleza. No hay *arte poética* igual á la que ella nos ofrece con su elocuente verdad. Estudiándola, comprenderá vd. que aunque en la poesía erótica es muy difícil ser original, al menos puede salirse del sendero trillado, presentando en cada composición, cualquiera que sea su origen, ó una imagen, ó un sentimiento, ó una idea. Sin una de estas tres cosas se corre el riesgo de no decir mas que vulgaridades rimadas, y en el tiempo que alcanzamos, la exigencia literaria es mayor, porque el sentimiento estético lleva siempre por compañero al exámen.

Voy á concluir. He dado á vd. estos consejos, hijos si no de un espíritu ilustrado, sí de un

sincero deseo de serla útil. Acéptelos ó no, yo me considero desde que he leído las obras de vd. su admirador entusiasta. y tanto, que me atrevo á concluir mi carta larguísima, dirigiendo á vd. las mismas palabras que el escritor alemán Daumer dirigió á la hermosa y triste poetisa Amara George, (Matilde Binder autora de las *Flores de la noche* (*Blütem der nacht.*))

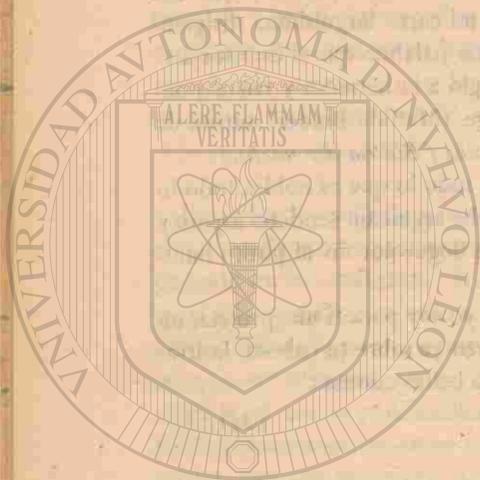
“Tranquilízate: todo lo que es noble, todo lo que es grande, debe seguir un sendero áspero y sombrío hasta que llegue por fin al punto luminoso.

“Tranquilízate: yo soy para tí un profeta, un vidente, yo entreveo ya sobre tu cabeza la irradiación de las más bellas coronas.”

1871.



®



DE LA POESIA EPICA

Y DE LA

POESIA LIRICA

EN 1870.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

PROGRESO EN DOS AÑOS.

NO es mi ánimo hacer aquí un estudio crítico del progreso literario de Méjico, en los dos últimos años, ni enumerar siquiera detenidamente los trabajos que se han dado á luz durante ese período. No lo primero, porque no me creo competente; ni lo segundo, porque las dimensiones de este mi artículo no lo permiten.

Trataré, sí, de hacer un ensayo sin pretensiones, y sólo con el objeto de emitir algunas ideas que creo útiles, reservándome escribir la reseña bibliográfica, detenida, de la época literaria, que comprenderá los años de 1869, 1870 y 1871, para más tarde, pues esto formará el asunto de otro volumen de *Revistas Literarias*, que agregaré al primero publicado en 1869.

Por ahora, bosquejaré á grandes rasgos, tratando de ser breve y preciso. ¿Han progresado las bellas letras en Méjico de tres años á esta parte? Tal es la cuestión que voy á resolver.

Y desde luego respondo afirmativamente, sin dejarme llevar de una *cándida* admiración; pero sin dar cabida tampoco en mi espíritu á injustas prevenciones, y sin tener, por último, exigencias intempestivas é igualmente candorosas, puesto que no emanan de una causa razonable.

Sí: han progresado las bellas letras en Méjico. No mucho, porque eran obstáculos para que así pudiera ser: Primero, la falta de protección de parte de un público poco lector. Segundo, la falta de elementos para estudiar y para publicar. Y tercero, la brevedad del tiempo, insuficiente para dar todavía esplendor á una literatura que renace hoy, y cuyos adelantos están indentificados con los de una generación nueva, puesto que la antigua trabaja poco.

Pero el adelanto, aunque pequeño, ha sido perceptible.

Reflexiónese con calma sobre los tres motivos que hemos indicado, y se verá que ellos han sido bastantes á hacer lento el progreso literario.

Rigurosamente hablando, no puede decirse que el desdén del público sea una cadena que retenga al *genio*, en el polvo de la impotencia.

No: el *genio*, águila poderosa y altiva, sabe romper con sus garras gigantescas esos lazos vulgares con que la mezquindad del mundo procura atar al pensamiento.

Así, Homero, viejo mendigo, á cuyos ojos el sol negaba su luz, pero cuya alma divina iluminaba la inspiración, supo dotar á esa Grecia ingrata, en cambio de su pan miserable, con la majestad del Olimpo, con la gloria de los héroes y con la inmortalidad de aquellos cantos eternos que sobrevivirán al desprestigio de las teogonías y á la ruina de los imperios.

Así, Dante, proscrito por sus compatriotas, ha podido hacer brotar de los abismos de su odio y de su pesadumbre, el rayo omnipotente que habia de iluminar la conciencia de su tiempo y admirar á los siglos futuros.

Así, aquel otro ciego, que como dice Byron, hizo la palabra *Miltónica* sinónimo de *sublime* y *que murió como había vivido*, el enemigo jurado de los tiranos: en el antro en que lo había relegado la ingratitud, se improvisó un trono, y desde él dominó la creación, y vió postrarse á sus pies, no sólo á su patria sino al mundo!

Así Cervantes, el pobre manco, desdeñado por los próceres y perseguido por la fortuna, creaba, en medio de la agonía de la miseria, el único tesoro que no podia ser arrebatado á la

vieja España, más valioso en verdad que la grandeza efímera de los reyes y que el orgullo imbecil de los nobles.

Así, por último, Camoens, el soldado también como Cervantes, y como él infortunado de jaba en su lecho de muerte en un hospital extranjero, como un legado inmenso á su patria, sus *Lusiadas*, el más bello monumento de la gloria portuguesa.

Así otros muchos muertos por la cicuta del desdén contemporáneo, y compensados con apoteosis tardíos, no han hallado obstáculos en la pobreza, en la envidia, en la postración; y abandonando con el pensamiento las esferas estrechas del mundo, han ido á grabar sus nombres en el cielo de la poesía.

Pero tal es el privilegio del genio y sólo del genio. Los talentos que no pueden aspirar á tal altura, ni se sienten con fuerzas divinas, se eclipsan en la prueba, en esa misma prueba que hace fulgurar más esplendente y más grande al predestinado para la sublimidad.

Y en Méjico el genio se envuelve aún en las sombras de lo invisible, ó no pertenece á la nueva generación.

Los que penetramos con timidez y dificultad en el sagrado recinto de la poesía y de la literatura, pertenecemos al vulgo de los mortales;

y apenas si podemos aspirar al carácter de segundones en la familia de los obreros del pensamiento.

Así es que para nosotros son cadenas pesadísimas, las que para los genios serían hilos de araña; el desaliento nos abate á veces, el desaliento, bebida emponzoñada, cuyo vaso de barro vil se rompe ante la mirada del genio, acostumbrado á libar el néctar de los inmortales en la copa mhyrrina de la fé.

Nosotros necesitamos, no los aplausos del mundo, sino la simpatía de nuestros compatriotas, su palabra que nos anime, su mano que nos salve de las ondas que amenazan sumergirnos en su seno.

No son las necesidades de la vida material las que nos detienen. Podemos hacernos superiores á ellas, ó atenderlas con el producto de un trabajo honrado, aunque extraño á la literatura. No busquemos tampoco el prohijamiento de los grandes. Nos sería insoportable la *dorada medianía* de Horacio, si habíamos de conseguirla en cambio de un himno á Mecenas; nos repugnarían las áulicas preeminencias de Virgilio, si habíamos de comprarlas poniendo á los pies de Augusto la sagrada lira del viejo cantor de los dioses.

No, de ninguna manera: nosotros creemos que sobre el sombrero del lacayo, no puede colocarse ni la más triste corona de poeta.

Somos la generación de la República; y ya sea que cantemos la libertad, el amor ó las glorias del pueblo, preferimos en todo caso conservar nuestra miseria, con tal de salvar nuestra independencia austera y salvaje!

No puede acusársenos, por lo mismo, de pretender protecciones inútiles y perjudiciales seguramente para la libertad del pensamiento. Pero desear que en nuestro país sean vistos con interés los progresos de la literatura, es patriótico, es razonable, y tiende á dar lustre á nuestra civilización, y á hacerla digna del aprecio de las naciones.

Ahora bien; este interés ha faltado. Nos quejaríamos injustamente si dijéramos que no ha venido en nuestra ayuda siempre, y con la mejor voluntad, un círculo lleno de inteligencia y de patriotismo. No, él ha sostenido nuestras publicaciones diversas, y ha animado á la juventud con su benevolencia y aun con su aplauso.

Pero esto no era bastante, porque tampoco las tareas progresistas de los literatos debían circunscribirse á los límites demasiado estrechos de publicaciones hebdomadarias y heterogéneas por su naturaleza. Esto no puede servir mas

que como principio, como foco, como registro.

La literatura tiene una misión más alta, misión que debe comenzar desde enseñar á leer al pueblo, hasta remontarse á las sublimes esferas de la epopeya, de la filosofía y de la historia.

Y para tan importantes empresas, el esfuerzo individual solo, es las más veces impotente; necesita de la cooperación social y no la hemos tenido; no culpamos por ello á nadie. Demasiado comprendemos que es un mal inherente á nuestro carácter y á nuestra situación especial.

Como la mayoría del pueblo mejicano no sabe leer, sólo queda una minoría reducidísima para quien la letra no es un signo mudo. De esta minoría hay que rebajar noventa y nueve partes, unas porque se contentan con lo aprendido en la escuela, otras porque sólo leen lo indispensable para vivir en el mundo de los negocios, otras porque tienen miedo á otra lectura que no sea la rutinaria, y las más veces porque no cuentan ni con los recursos miserables que se necesitan para comprar un libro.

¡La centésima parte de esa minoría es, pues, la única que sostiene las publicaciones!

¡Triste confesión; pero la Estadística nos la revela con su verdad inflexible!

Así es que en Literatura, como en Política, como en Agricultura, como en Moral, nos en-

contramos siempre obstruido el ancho camino del progreso con la pesada mole de la ignorancia popular.

No hay, pues, que sorprenderse de nuestro atraso literario. Él es hijo del tiempo, y no podrá remediarse sino con la propagación de la enseñanza.

Por eso el pueblo de los Estados-Unidos, á quien se creía apto sólo para el progreso material, ó al menos consagrado exclusivamente á él, nos presenta su cielo literario, alumbrado ayer sólo por cuatro ó cinco estrellas, iluminado hoy por constelaciones inmensas, esplendorosas y admirables. Dejando los astros de las ciencias, que son numerosísimos, nos presenta en la oratoria nombres como los de Henry, Lee, Drayton, Warren, Randolph, Madison, Hamilton, Adams, Clay, Calhoun, Webster, Story, Hayne, Wheaton; en la pedagogía un Emerson, entre otros; en la historia á Motley, Bancroft, Prescott, Irving; en la crítica literaria á Ticknor; en la poesía á Bryant, á Longfellow, patriarcas de una familia de bardos numerosa; en la novela, á Cooper y á infinitos que hoy mismo publican sus creaciones en los mil y un periódicos ilustrados de esa nación, ó en volúmenes separados.

La imprenta, de una fecundidad sin igual en

los Estados-Unidos, populariza las creaciones de la juventud, y la estimación de un pueblo inteligente y poderosa recompensa los afanes del talento.

Verdad es que en ese país dichoso las masas saben leer, gustan de leer y tienen con que comprar libros.

Pero aun dejando esa comparación desventajosa para nosotros por mil motivos, nos es triste decirlo, pero quizá no podríamos tampoco sostener un paralelo en adelantos literarios con algunas repúblicas latino-americanas. Si en éstas los autores son menos numerosos, sus obras han alcanzado seguramente una justa reputación, que en vano se les disputaría; de manera que puede decirse que sus producciones valen *nou numero, sed pondere*.

Sobre todo, han logrado una gran cosa: echar los cimientos de una literatura nacional, dando á ésta un carácter esencialmente indígena, de una originalidad indisputable.

Más adelante podré demostrarlo

Por eso hay que tener en cuenta otras causas que, con las anteriores, han impedido la marcha rápida de la literatura. Las indicaremos por orden.

II

DE LA POESIA LIRICA.

La primera de estas últimas causas, debemos decirlo con entera franqueza es la propensión á imitar.

Este no es un defecto exclusivo de nuestro actual generación literaria; es un vicio hereditario, es una manía adquirida en el colegio, ó inspirada por consejeros poco ilustrados ó meticulosos.

En las épocas literarias anteriores á la nuestra, los poetas y literatos que con el más ardiente entusiasmo se reunieron para aconsejarse mutuamente, inspirados por viejos preceptistas, ó demasiado tímidos para lanzarse en alas de la inspiración hasta las regiones vírgenes de la criminalidad, se precipitaron en la senda trillada de la imitación servil, que no ofreció espacio á su energía, que inutilizó su aliento, y que pronto acabó con su ardor juvenil.

Muy pocos se salvaron de este peligro, y esos pocos, que disfrutaban hoy de un merecido renombre, se hicieron entonces objeto de la saña de los preceptistas y el blanco de la sátira y del desprecio. Dominó en esa primera escuela

el fanatismo pueril por la forma, con grave perjuicio de la idea. El templo de las Musas se convirtió en un Peripato, y los sectarios de Aristóteles tuvieron la triste satisfacción de extender la influencia de sus doctrinas de la Universidad á la Academia literaria, y las reglas se enredaron como harapos á las cuerdas de la lira.

Desde entonces, como sucede siempre en casos semejantes, la Literatura, que había comenzado á andar vigorosa, dió un paso atrás desconsolador, y hubo un período en que todo permaneció estacionario. El talento gemía aprisionado en las garras de la crítica mezquina.

A esa sazón, en la América del Sur la bella literatura se lanzaba majestuosa como el cóndor de los Andes, á las profundidades del cielo. ¡Ah! pero en la América del Sur no había ruines Aristarcos.

Allí el ilustre Andrés Bello, talento clásico si los hubo, sabio eminente y heredero de las purísimas tradiciones de la Grecia y de Roma, fué el patriarca dulce, noble y grande, en derredor del cual se agrupó una larga familia de jóvenes bardos, los Píndaros, los Tirteos, los Teócritos, los Lucrecios y los Tibulos de la futura poesía americana.

Andrés Bello, apasionado de la forma correcta, vigoroso, porque había bebido en las linfas poderosas de las fuentes helénicas, no apagó con palabras severas, ni sarcásticas, ni imperiosas, la luz que veía irradiar en la frente de sus jóvenes discípulos. Lejos de eso, los animó, los patrocinó, se constituyó su admirador; y en lugar de agobiarlos con reglas, en vez de espantarlos con el enorme pergamino que contenía los cánones de Aristóteles, ó lo que es peor aún, con las disertaciones de los abates pedantes y de los críticos biliosos, se contentó con enseñarles, como la única fuente de inspiración, el cielo de la América, que se extendía como un pabellón azul inmenso sobre sus cabezas, radiante con el divino sol de los Incas, adornado á trechos por las blancas nubes, guirnaldas de las cordilleras; se contentó con señalarles las masas inmensas de los Andes vestidas con su oscuro manto de pinos y con sus eternas nieves, se contentó con extender á su vista la alfombra inmensa de las Pampas silenciosas, esmaltadas de flores, ó cruzadas á lo lejos por las toradas lentas ó por las veloces caballadas salvajes; después los colocó al borde de los precipicios pavorosos que dividen la cadena de las montañas, ó los hizo admirar la magnificencia de los cien ríos caudalosos que descienden como serpientes de plata de las

negras alturas de las sierras, y que van espumantes á tributar sus aguas poderosas al seno de los dos Océanos. Por último, llevándolos á las riberas del mar, á esas mismas riberas en que el genio de las soledades, guardias de las riquezas americanas, había visto llegar otra vez en una nave dirigida por piratas, á la civilización del viejo mundo, peregrina, páfida y cruel que debía dentro de poco ensangrentar el suelo de los hijos del sol; á esas mismas riberas en que la ciencia moderna, dulce, noble y humanitaria, se había sentado á meditar con Humboldt y Bompiani; allí Bello, el apóstol de la literatura y de la Filosofía, hizo que sus discípulos hundiesen la mirada en las aguas profundas, para sacar de ellas el rayo inspirador.

Así aquel maestro hizo nacer la literatura sudamericana.

Por eso sus discípulos, á semejanza de los griegos, cantan siempre sus mares, sus montañas, su cielo, su sol, sus flores, sus pampas y sus vírgenes. Cantan á su patria, cantan su libertad.

Sus cantos tienen la originalidad imponente y grandiosa de los poemas primitivos; se exhala de ellos un perfume de florestas vivificante; tienen los majestuosos acentos del Océano; respiran la calma misteriosa de las noches del desierto; truenan á veces como el rayo; murmuran otras

con el dulce susurro del arroyo que se desliza en la pradera, ó del céfiro que juega en los floridos pliegues de las colinas.

¡Es la poesía de la Grecia con toda la gracia virginal de la América! Es el acento de Pindaro, no apagado entre los ruidos del circo de Olimpia, sino repetido, acompañado por los ecos inmensos de nuestros bosques silenciosos.

Tal es la poesía en la América del Sur; tales son los cantos sublimes de Olmedo, de Bello, de Madrid, de Luca de Varel, de Juan Carlos Gómez, de José Mármol, de Pardo Aliaga, de Abigail Lozano, de Arboleda y de Esteban Echeverría.

Y preguntemos: ¿han seguido acaso estos poetas eminentes las reglas de los preceptistas? ¿Han conservado las ligaduras del idioma? ¿Han colocado su inspiración en el lecho de púas de la gramática? ¿Qué pregunta!

La América del Sur no tendría más poetas que Bello, Olmedo y Madrid, si tal hubiera sido cedido. Esos gigantes que se llaman Juan Carlos Gómez y José Mármol, serían enanos. Ni la América habría escuchado atónita el canto *A la Libertad* del primero, ni *El Peregrino* y el apóstrofe *A Rosas*, del segundo.

Garcilaso y Villegas se habrían trasladado á las faldas de los Andes para enseñar sus églo-

gas y suspirar sus madrigalitos; Góngora también, colono de culteranismo, habría llevado el semillero del *Polifemo* y de las *Soledades*; el Manzanares ridículo habría hecho olvidar las majestuosas corrientes del Amazonas, del Orinoco, del Plata y Rimac, y á poco habríamos tenido allí al pie de los Andes americanos, en la región de las tempestades; allí, al pie del Chimborazo, la región del fuego y del bramido; allí en las pampas, la tierra del sol y de la libertad, una nueva familia de zagales y pastoras que se entretuvieran en soñolientas pláticas, llenas de discreción y de donaire, es verdad, y en intachable forma, también es cierto; pero lejos, muy lejos de la naturaleza y de la sublimidad.

Y no escucharíamos esos cantos tirtéicos llenos de ardor guerrero y respirando patriotismo, ni esos cantos de amor apasionados, ardientísimos, con la ternura impaciente de los corazones vírgenes, con los celos sombríos de los hombres del desierto, con el habla de fuego de los hijos del trópico. Comparad: no tenéis más que comparar una trova de amor de un poeta europeo con un canto de un poeta de la América del Sur, y en la primera notaréis la afección del sentimiento ó la frialdad del hastío, ó el vil ardor de la organización gastada; y en el segundo sentiréis desde luego la naturaleza con su voz per-

suasiva, la pasión con sus ardientes suspiros, ó bien el dolor con energía salvaje, ó la melancolía con su sombra inmensa como las pampas.

No: cada país debe tener su poesía original. Garcilaso, Villegas y todos los españoles, están bien en España. Los franceses deben servir de modelos en Francia. Apenas los alemanes pueden asemejarse algo á los americanos del Sur. ¿Por qué? Por su amor á la naturaleza, al realismo. Los poetas alemanes también traducen en su lira los acentos de la naturaleza. Hé ahí su mérito. En cuanto á los poetas griegos, deben admitirse en primer lugar: son los modelos eternos, porque su realismo puro les da el derecho de primacía.

¿Por qué, pues, en Méjico no se fundó esta escuela nacional que nos habría hecho presentarnos en el concurso poético de las naciones con nuestra riqueza propia?

Preguntádselo á los preceptistas. Ellos haciendo un gesto de *dómine* irritado, proscribieron los neologismos, indispensables en cada literatura que se forma, y particularmente en la poesía: ellos en vez de abrir ante los jóvenes bardos mejicanos el gran libro de su rica naturaleza, les hicieron estudiar los preceptos escolásticos, ó bien modelos que por encerrar precisamente grandes bellezas de forma, debían pervertir su

sentimiento estético, haciéndolos adquirir la creencia de que la corrección del estilo era lo principal; cuando la forma como la idea, deben ser el reflejo exacto de la naturaleza. Los poetas eróticos estudiaron á Petrarca, los dramáticos á Lope de Vega y Calderón, ó á Alejandro Dumas y Bouchardy. La Grecia fué despreciada, á pesar del consejo de Horacio, en provecho de la literatura española y de la francesa. La naturaleza quedó proscrita.

Y por eso Rodríguez Galvan que tenía una imaginación privilegiada y arranques dignos de Shakespeare, encerró su talento en la forma de las comedias de D. Pedro Calderón, y *El privado del virrey*, y *Muñoz*, se resintieron de la estrechez de esa camisa de fuerza.

Y por eso Fernando Calderón, siguiendo servilmente la escuela romántica dominante entonces, ni siquiera utilizó la historia nacional, fecunda en asuntos trágicos, sino que escribió dramas llorones por el estilo de los que hacían humilde escolta á las grandes obras del romanticismo francés, á *Angelo*, á *Lucrecia* y á *Catalina Howard*, á *Antony* y á *Ricardo Darlington*. Los dramas de Calderón produjeron, además, el efecto de hacer contraer á nuestro público, novelero é insustancial, una monomanía caballescica y enfermiza que tocaba en la ridiculez.

En cuanto á nuestros poetas líricos, casi todos hicieron sus pruebas en el género religioso; y dando la espalda á la bellísima y fecunda naturaleza de Méjico, á su cielo sin igual, á sus montañas, á sus flores, á sus lagos, á sus ríos, á sus mares, y á sus vírgenes, y á sus guerreros, y á sus epopeyas, procuraron adivinar con la imaginación los paisajes de Judea, de Sodoma y de Egipto, y se pusieron á describirlos con piadoso afán; de manera que el pueblo conocía de oídas, lo mismo que los poetas, las orillas del Tiberiades y los montes de Salem, y no conocía nuestros deliciosos paisajes y nuestras bellezas inmensas.

Apenas un pequeñísimo grupo de hombres supo consagrar su lira á las grandezas de la libertad y de la Patria, como Quintana Roo, como Prieto y como Ramírez, y como Casimiro Collado, que nos pertenece más bien que á España, y que rival de Bello en la entonación de sus odas americanas, ha sabido unir en feliz consorcio la forma clásica con la inspiración libre y el vigor de colorido.

Pero antes de éstos, sólo el P. Rafael Landívar, jesuita guatemalteco, en su poema latino "*De rusticatio mexicana*," publicado en Italia, había procurado dar á conocer las hermosas formas de nuestro país.

Pues bien; esta manía va desterrándose ya, pero todavía ejerce algún imperio en la juventud. Al poeta español ha sucedido el poeta francés en la admiración del joven, que con asomarse á la ventana y pasear su mirada en el espectáculo de la naturaleza, tendría un cuadro, y consultando su propio corazón, tendría un asunto.

Para concluir este bosquejo, rogaré á la juventud que medite estas palabras del gran poeta Schiller, en su profundo estudio sobre la *Poesía sentimental*.

"Hoy la naturaleza, dice, es la sola llama en que se nutre el genio poético, es de ella sola de quien deriva toda su fuerza, es ella sola á quien habla aun en el hombre facticio y en el seno de la civilización."

III

POESÍA EPICA.

Una de las circunstancias que han contribuido en gran parte á dar originalidad á la poesía sud-americana, ha sido la de haberse inspirado en la musa del patriotismo y de la libertad. Para los bardos de aquellas repúblicas, la Patria es la primer querida, la Libertad el primer culto. Apenas han sentido arder en su alma la inspiración;

apenas han podido empuñar la lira, cuando ha sido para ellos un deber sagrado el de consagrar sus primeros cantos á los númenes protectores de la América, la *Patria* y la *Libertad*.

Y la *Patria* y la *Libertad* no han sido esquivas con sus cantores, y les han inspirado esos poemas sublimes y esas odas admirables, que han arrebatado á la Grecia antigua el privilegio de la voz homérica para immortalizar las hazañas de sus héroes, y el privilegio del entusiasmo tirtéico para guiar á las huestes populares á los combates de la patria.

No hay un poema solo de aquellas hermosas regiones latino-americanas, que no haya hecho resonar su lira con una maldición á la tiranía, y con un himno á la grandeza del pueblo; no hay uno solo de aquellos bosques consagrados por la sangre de los héroes de la independencia, que no haya visto levantarse en su seno los altares de la poesía; no hay un solo hecho glorioso que no tenga una epopeya; no hay un mártir de la patria que no tenga un vengador que lo glorifique en el corazón de los pueblos.

Así, en la América del Sur se ha formado una familia, que á semejanza de los *Homéridas*, ó de los bardos escandinavos, cantores de los *Eddas*, ó de los escoceses, verdaderos padres de la poesía *ossianica*, han levantado uno á uno, y en po-

co tiempo, el grandioso monumento de la Epopeya americana.

Los patriarcas de esta hermosa familia son, puede decirse, el gran Andrés Bello, que con su magnífico poema *La América*, que dejó incompleto, puso la primera piedra del inmenso edificio, en unión del ilustre Olmedo, el cantor de Junín, cuya lira, digna de los mejores tiempos de la Grecia, immortalizó en ambos mundos al padre de la libertad colombiana.

El asunto de Bello era, como el título de su poema lo indica, más amplio que el de Olmedo, pues abrazaba la grandeza y la gloria de toda la América libre. Por gigantesco que parezca semejante plan, el numen poderosísimo de Bello era muy capaz y muy digno de llevarlo á cabo; y los tres fragmentos de su poema, miembros colosales que nos llenan de admiración, nos convencen de que Bello se hallaba á la altura del asunto que había concebido, y nos hacen sentir doblemente que sus gravísimas tareas le hayan impedido concluir su poema, *por desgracia del Nuevo-Mundo*, como dice con justicia el crítico sud-americano Torres Caicedo.

Los tres fragmentos citados son conocidos de todo el mundo, y apenas hay en la América del Sur persona medianamente ilustrada, que no recite algún verso de alguno de ellos. La *Invoca-*

ción á la Poesía, el Canto á Colombia y la Agricultura de la Zona tórrida, han llegado á adquirir en el mundo de las letras, igual fama que los más celebrados cantos de la antigüedad.

En el primero de dichos fragmentos están aquellos versos dirigidos á Méjico, que nos permitimos copiar, con tanto más empeño cuanto que las obras de Bello, como las de la mayor parte de los poetas sud-americanos, son menos conocidas en nuestro país que las de los más insignificantes poetas españoles ó franceses, lo cual sentimos mucho.

Dice Bello:

"Diosa de la memoria, himnos te pide
El imperio también de Moctezuma,
Que rota la coyunda de Iturbidé,
Entre los pueblos libres se enumera.
Mucho, nación bizarra mexicana,
De tu poder i de tu ejemplo espera
La libertad: ni su esperanza es vana,
Si ageno riesgo escarmentarte sabe,

I no en un mar te engolfas que sembrado
De los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso un dia
Los héroes cantarás á que se debe
Del arresto primero la osadía;
Que á veteranas filas rostro hicieron
Con pobre, inculta, desarmada plebe,

Excepto de valor, de todo escasa
I el coloso de bronce sacudieron,
A que tres siglos daban firme basa.
Si á brazo mas feliz, no mas robusto,
Poderlo derrocar dieron los cielos,
De Hidalgo no por eso i de Morelos
Eclipsará la gloria olvido ingrato.
Ni el nombre callarán de Guanajuato
Los claros fastos de tu heróica lucha,
Ni de tanta ciudad que reducida
A triste yermo á un enemigo infama
Que, vencedor, sus pactos solo olvida:
Que á su exterminio y sunision lo llama."

Bello legó también *A la América* el bellissimo himno de Colombia, donde hay estas estrofas sublimes:

III

"De la Patria es la luz que miramos,
De la Patria la vida es un don;
Verteremos por ella la sangre,
Por un bárbaro déspota, no.
Libertad es la vida del alma,
Servidumbre hace vil al varon;
Defender á un tirano es oprobio:
Perecer por la patria es honor.

IV

Defended este suelo sagrado
Que crecer vuestra infancia miró;
En que yacen cenizas heróicas,
En que reina una libre nacion.

Recordad tantas prendas queridas,
De la esposa el abrazo de amor,
De los hijos el beso inocente,
De los padres la herencia de honor.

VI

¿Veis llegar las legiones venales
Que conduce á la lid la ambición?
Contra pechos de libres patriotas
Impotente será su furor.
Atacad: una fe merecida
Poco da que temer al valor.
¡Por victoria hallarán escarmiento,
Por botín llevarán deshonor!"
No parece sino que se compuso este himno
para Méjico, en tiempo de la intervención fran-
cesa.

Además, los dos magníficos cantos al *Diez y ocho de Septiembre*, bastaban por sí solos para dar eterna nombradía al príncipe de los poetas americanos, porque Bello lo es: así lo reconocen todos, y así hay que confesarlo sin pasión y sin vanidad provincial, pues nosotros, por ejemplo, no tenemos un vate que oponerle, al menos en la poesía épica, y apenas los cubanos pueden presentarle al gran Heredia que seguramente le era igual en el género pindárico.

Bello vivió lo bastante para recoger los frutos del germen poético que había sembrado en

su patria, para gozar de su fama inmensa y adquirida justamente, y para recibir las merecidas ovaciones que la joven familia literaria supo tributarle, como al patriarca de la poesía americana.

El 13 de Junio de 1846, con motivo de haber llegado á Caracas el Sr. D. Carlos Bello, hijo del ilustre poeta, la juventud venezolana le dió un convite como un homenaje rendido á la gloria del maestro. Todos los poetas que allí asistían, consagraron un canto á la gloria del viejo bardo de la libertad, siendo notable el del malogrado Abigail Lozano, del cual reproducimos los versos siguientes, que comprueban lo que hemos dicho en este *basquejo* y en el anterior sobre la *poesía lírica*, á saber: que Bello fué el maestro benévolo y sabio de los jóvenes poetas sud-americanos.

¡Bello! á tu nombre, el arpa entre mis manos
Al preludiar el canto, se estremece;
Mi balbuciente lengua se entorpece:
Mas tú eres grande, tú me inspirarás...

Squidos tiene tu potente lira
Que imitan al arroyo y al torrente,
Que hierven con el rayo prepotente,
Que ruedan con el céfiro fugaz.

Bajo la sombra de la fresca parcha
Que cuelga en sus sarmientos trepadores,

Nectáreos globos y franjadas flores,
 Dormió la virgen Musa tropical.
 Mas tu voz resonó. Nuestras montañas
 De ceiba en ceiba el eco repitieron,
 Y las copas del árbol se mecieron,
 Que el fruto cuaja en urnas de coral.

A tu voz poderosa se poblaron
 Nuestros terrales de cantigas bellas,
 Cual se pobló la atmósfera de estrellas
 Al oír la palabra de Jehová.
 Por ti al coro armonioso de las aves
 Une su voz el bardo americano,
 Para ensalzar al Ente soberano
 Que de esa altura ante el confin está.

Fué tan hermoso tu cantar primero,
 Como los sueños de Bolívar niño,
 Como la voz del maternal cariño,
 Como el suspiro del primer amor.

Viuda la selva que escuchó tus cantos,
 Al son del viento de las noches llora,
 Porque otros valles más felices mora
 Su favorito, su primer cantor.

A Bello sigue Olmedo, cuyo divino canto *A la victoria de Junín*, es más conocido por fortuna en Méjico, por haberse hecho de él diversas ediciones que han sido muy populares. Últimamente, es decir, en 1862, nuestro infortunado

amigo D. Manuel Nicolás Corpancho, que vino á Méjico como representante del Perú, publicó en la imprenta de Navor Chávez una edición completa de las obras de Olmedo, circunstancia que hizo conocer mejor en nuestro país al eminente poeta del Guayas.

Fernández Madrid, vate neo-granadino, es, en nuestro humilde concepto, digno de ocupar con Bello y Olmedo uno de los primeros puestos en el santuario de la poesía épica. Como éstos, atleta también de la independencia y uno de los fundadores de las instituciones libres de la América del Sur, consagró su lira casi siempre á la patria y á los héroes americanos, dando así el ejemplo á la juventud.

Su "*Canción al Padre de Colombia y Libertador del Perú*," sus elegías "*La Prisión de Atahualpa*," y "*La muerte de Atahualpa*," su oda divina *A los libertadores de Venezuela en 1812*, que quisiéramos trasladar íntegra; sus cantos elegiacos *A la muerte del coronel Girardot*, y *A la memoria de Porlier y Lacy*; su oda *Al libertador el día de su cumpleaños*, y su *Canción al mismo asunto*, y el indignado *Fragmento de una oda á Iturbide en 1823*, han immortalizado á este poeta esclarecido en ambos mundos, y son un modelo de puro patriotismo y de belleza poética para los jóvenes cantores de la libertad ameri-

cana. No resistimos al deseo de trasladar aquí al menos su magnífico soneto *A las banderas de Pizarro remitidas á Bogotá por el libertador*. Héle aquí:

Estas son las banderas que algún día
En manos de Pizarro tremolaron;
Estas en Cajamarca presenciaron
La más abominable alevosía.

Recuerdos de opresión y tiranía,
Al Perú tres centurias insultaron,
Y los libertadores las hallaron
Tintas en pura sangre todavía.

Monumento de un déspota insolente,
Banderas de Pizarro ensangrentadas
Que rindió ante Bolívar la victoria:

A los piés de Colombia independiente,
Para siempre abatidas y humilladas,
No más nuestro baldón, sed nuestra gloria.

Fernández Madrid es más conocido en Méjico por su tragedia *Guatimotzín*, cuya edición de París, 1827, ha sido popular, y que se ha representado en nuestros teatros con aplauso. Si esta tragedia no llena todas las condiciones que exigirían los críticos, á pesar de contener excelentes versos, al menos, ¡triste es decirlo! no ha sido mejorada por ningún poeta mejica-

no. El grandioso asunto que quiso trasladar Madrid á la escena trágica, ha sido visto con desdén; y nuestros poetas dramáticos, como Calderón, han preferido ir á buscar sus asuntos á la historia de otros países. Pero de esto volveremos á hablar en nuestro artículo *La literatura dramática*.

Después de estos tres venerables fundadores de la epopeya de la independencia, los anales literarios del pueblo sud-americano registran los nombres de un centenar de poetas patrióticos; más ó menos conocidos, más ó menos famosos; pero siempre entusiastas y enemigos de la tiranía.

Así tenemos á López Planes, el autor de la *Marcha Nacional* argentina, y de la oda *A la batalla de Chacabuco*; á Salazar, el autor de la *Cantión nacional colombiana*; á Luca, argentino también, autor del *Canto lírico á la libertad de Lima*, de otra oda *A la batalla de Chacabuco*, *Al triunfo del vice-almirante Lord Cochrane sobre el Callao*, el 6 de Diciembre de 1820.

Á Ricardo Bustamante, boliviano, autor de una *oda á Bolívar*.

Á Cantülo, argentino, autor de una composición en alejandrinos, *A la memoria del general Viamont*, (uno de los héroes de la independencia).

A Chacón, chileno, que ha cantado también *El 18 de Septiembre*, el gran día de la República de Chile.

G Luis L. Domínguez, argentino, autor de la bellísima poesía *A Mayo*, de la hermosa canción *A los mártires de la patria*, de la pequeña pero linda composición *Montevideo*, y de otras muchas que son menos conocidas.

Haremos un paréntesis para insertar aquí algunos versos del primero de estos cantos, porque nos parecen sublimes. Después de narrar el poeta los grandes hechos de los héroes argentinos, dice:

“Tal fueron de Mayo los días de gloria;
Marchando la patria de lucha en victoria,
A filo de espada sus grillos trozó;
Y el dráma imponente que empieza en el Plata,
La América joven el día desata,
Que allá en Ayacucho su Dios alumbró.

Entonces del polvo la augusta matrona
Levanta la frente que un genio corona,
Con nueve guirnaldas de palma y laurel;
Y aquellas guirnaldas, hermosa diadema
Del libre hemisferio, son fúlgido emblema
De nueve naciones brotadas en él.

Florido destino se extiende á su frente,
Si en ellos germina la santa simiente
Regada con sangre más pura que el soj;
Si saben sus brazos arar esa tierra

Que en duras cadenas, en bárbara guerra,
Libraron sus padres del yugo español.

.....
Ser libres!.. sin miedo decirse—“soy dueño
Del lecho en que gozan mis hijos el sueño,
Del lienzo que visten, de un mísero pan.”
Y horribles presagios no estar entre el pecho
Gritando sin tregua:—“Tus hijos sin lecho,
Sin pan y sin lienzo mañana estarán.”

¡Ser libres; ¡ser hombre! grandioso programa
(ma

De *Mayo* solemne; magnética llama
Do fueron sus hijos la espada á templar.
¿Murieron algunos? ¡Felices!... Al menos,
Un templo en el pecho tendrán de los buenos
Que ingrato el olvido no irá á profanar.

Tales son los acentos de la lira de Domínguez.

Tenemos también á Acuña de Figueroa, del Uruguay, autor de varias poesías patrióticas, y entre ellas, de una oda *A Mayo*, que presentó en competencia con Domínguez y Echeverría.

Tenemos á éste, argentino y muy conocido en Europa, donde le han llamado *El Lamartine del Plata*, y que ha cantado también á la Patria y á la Libertad.

A Godoy, argentino, autor del *Canto á la Cordillera de los Andes*, digno de compararse con

los mejores que haya producido la poesía lírica, y que es verdaderamente un canto á la Libertad americana.

Tenemos al ilustre Juan Carlos Gómez, hijo del Uruguay, cuyo poema *La Libertad* saben de memoria los jóvenes sud-americanos, y deseáramos que supieran también los de Méjico.

Cada verso de esta poesía que nosotros saboreamos con delicia, contiene un gran pensamiento ó una imagen bellísima.

Hé aquí algunos:

América es sin duda la tierra prometida,
América la virgen del universo es,
¡Oh Libertad, quién sabe si para darte vida
La mano de Dios mismo, no la formó después!

Al fin te me presentas, al fin yo puedo verte
Como eras en mis sueños, querida Libertad;
Al fin yo te contemplo, sin miedo de perderte,
Que adoran ya los pueblos tu santa majestad.

Monarca advenedizo lanzóse poderoso
Clavando en todas partes su lábaro triunfal;
Yo vengo á dar, decía, felicidad, reposo,
Vuestra miseria cubre mi túnica imperial.

Y revolvió su manto sobre la Patria msa,
Que exhausta de cansancio cayó á su pesadez;
¡Imbécil! si pensaste que siempre duraría,
Los pueblos son esclavos, de niños una vez.

¡Imbécil! que en herencia con despreciante orgullo

Cual joya de familia, legaste una nación....
¡Imbécil!... ¿no sentiste eléctrico el murmullo
¿Del libre que aprestaba la lanza y el bridón?

Dejadme ver del Plata la Libertad brotando,
Como la diosa antigua, bellísima del mar,
Dejadme ver los tronos atónitos rodando,
Cuando al poner en tierra su pié, la hizo temblar.

¡Oh Patria! si al amago de nueva tiranía,
Sintiese mi entusiasmo, mi fe disminuir,
Presenta de tus hechos á la memoria mía
Tan sólo ese gran paso que diste al porvenir.

Yo sé que vendrá un tiempo para la Patria mía
De paz y de ventura, de gloria y de hermandad;
Lo espero, sí, lo espero: yo sé que vendrá un día
Que alumbres todo el mundo, brillante Libertad.

Entonces ¡ay de aquellos que se apellidan reyes!
Coronas y cabezas en tronos saltarán;
Entonces ¡ay de aquellos que toquen á tus leyes!
Escritas en sus cráneos los pueblos las verán.

Te espero, sí, te espero, hoy sólo eres estrella
Do fija la mirada del universo está;
Mañana cuando alumbres omnipotente y bella,
Sus alas destructoras el tiempo plegará.

El canto de Gómez es un himno de gigantes.
Tenemos á Mármol, el inspirado autor del
Peregrino; á Mármol, el poeta más dulce que

Tíbulu cuando canta sus amores; más melancólico y sombrío que Byron cuando lamenta sus desengaños; grandioso como Milton al cantar á Dios, y sin igual cuando apostrofa á la tiranía. Sus terribles alejandrinos *A Rosas el 15 de Mayo*, no tienen semejante.

Tenemos á Abigail Lozano (de Venezuela), cuyas composiciones patrióticas son las siguientes: *El 28 de Julio*.—*A Urdaneta*.—*A Bolívar*.—*Gran duelo de la Patria*.—*El 2 de Septiembre*.—*Al Ejército constitucional*.—*El 5 de Marzo*.—*El Clarín de Occidente*.—*La madre venezolana*.—*La Libertad*.—*Al general Cordero*.—*Al Barquisimeto*.—*Ricaurte*.—*El retrato de Bolívar*.

Tenemos, por último, á Lafinures (argentino), á Maitín, (venezolano), á Pando y Pardo Aliaga (peruanos), á Rivera Indarte (argentino), á Florencio Varela (argentino), á Juan Cruz, su hermano, el cantor de *Itusaingó*; y más después tenemos á Althaus, á Bonifaz, á Corpancho, á Cisneros, á Manuel Adolfo García, á Ricardo Palma, á Carlos Augusto Salaverry, todos peruanos; á Eduardo de la Barra, muy joven aún (1),

(1) Hé aquí una bellísima improvisación del Sr. La Barra.

La América no quiere más armiño
Que el que admira en su blanca cordillera;
No más corona que su sol ardiente,

Blanco Cuartín, Blest Gana, Mata Rodríguez, Velasco (chilenos); á Bustamante, á Ramallo (bolivianos), y á Arboleda, Torres Caicedo y otros muchos de Nueva-Granada, sección de la América del Sur que está muy alta en materia de literatura. Todos éstos son cantores patrióticos.

III

LA POESIA EPICA.

A la primera generación poética que podemos llamar de la Independencia, y á la segunda que llamaremos de Letrán, han sucedido la que formó el Liceo Hidalgo y la de nuestro tiempo

Ya hemos visto cuán escasa fué la primera, pues apenas contaba con Quintana Roo, Sánchez de Tagle y Alpuche, á los que sólo podemos agregar algunos poetas, en su mayor parte desconocidos, y cuyas composiciones encontrarán difícilmente los curiosos en los raros periódicos ó folletos de aquella época.

A ellos pertenece, con justo título, el poeta de Puebla Don José María Moreno. Las obras de este vate, entusiasta y patriota, no son cono-

Ni mas púrpura espera
Que el vespertino manto de Occidente.
Que ondeando flota en la azulada esfera.

Altamirano.—41.

cidas sino de poquísimas personas hoy, aunque corrieron impresas en varios volúmenes. Nosotros hemos leído el ejemplar que ha tenido la bondad de facilitarnos el Sr. D. Juan de Dios Arias, hijo político del Sr. Moreno.

Las composiciones patrióticas de éste, dignas de figurar al lado de las de Tagle y Alpuche, son las siguientes: una oda "*A la libertad mejicana,*" y otra "*Al primer Jefe del Ejército Imperial Mejicano de las Tres Garantías*" [sabido es que tal era el título que se daba á Iturbide y al ejército libertador, en Septiembre de 1821]. Además, una tragedia en tres actos intitulada: "*Mixcuac, ó los efectos del amor á la Libertad;*" otra en cinco con el nombre de "*Xicotencatl,*" y "*América mejicana libre*", drama alegórico en dos actos, cuyos asuntos estaban sacados de la historia antigua de Méjico y de la guerra de independencia.

Hemos de reproducir las dos piezas líricas antes mencionadas, porque, en nuestro concepto lo merecen, y porque sería lástima grande que los que tengan que coleccionar más tarde las composiciones patrióticas mejicanas, las omitieran por no conocerlas, como ya ha sucedido algunas veces.

También debemos agregar el ilustre nombre de D. Francisco Ortega, el compañero del gran

Heredia en trabajos literarios, y cuyas poesías patrióticas son más conocidas en Méjico.

IV

LOS POETAS DE LA ACADEMIA DE LETRAN.

En cuanto á los poetas patrióticos de la familia de Letrán, pocos nombres también podemos agregar á los ya mencionados, y entre ellos debe figurar el del general Díaz [padre de Díaz Covarrubias, la ilustre víctima de Tacubaya], que en diversos romances históricos procuró popularizar las gloriosas hazañas de los héroes de la independencia.

Como lo hemos dicho yá, en el recinto de la Academia de Letrán resonaron muy pocos cantos á la patria; y los jóvenes poetas que allí se atrevieron á pulsar su lira para honrar á los padres de la Independencia, tuvieron que callarla, intimidados tal vez por la presencia y el ceño terrible de los maestros de quella cátedra literaria.

.....
La Religión, El Amor, y El Placer, tales fueron las musas preferidas en Letrán. Algunas veces *El Dolor, La Melancolía, La Duda*, númenes favoritos de la escuela romantica, en fuerte lucha e ntonces con la clásica, arrancaron sentidísimas

trovas á la juventud, pero *El Patriotismo, La Libertad, El Pueblo*, las sublimes deidades á quienes el alma agradecida de una nación libre hubiera debido tributar ardiente culto, fueron poco menos que olvidadas, á la sazón que ostentaban con soberana majestad en el exceleo Olimpo de la América del Sur, dende veían á sus piés una hermosa falanxe de inspirados cantores.

Fué esta una desgracia muy grande para nosotros, no nos cansaremos de repetirlo, porque nuestras glorias quedaron desconocidas en el extranjero. Las glorias de un pueblo se transmiten mas prontamente en los acentos de la poesía, que en las tablas de la historia; tal ha sucedido siempre.

Ademas, se impidió dar á nuestra poesía el carácter nacional, que mas que nada imprime el patriotismo, como se ve de una manera indudable en los cantos sud-americanos, los cuales, si son intilgibles para los que hablan lengua sepañola, no se confundirán nunca con los cantos españoles, de los que se distinguen por un sello especial de americanismo que se revela hasta en las menores palabras.

No sucede otro tanto con la poesía mejicana de la época de que hablamos. Ella es española, absolutamente española; y por sus giros, sus

imágenes, sus asuntos su objeto, su sabor y su forma, se confundiría por cualquiera que no conociese los nombres de los poetas, con las producciones del Parnaso español. Es una imitación felicísima á veces de Melendez, de Luzan, de Cienfuegos, de Moratin, ó bien del duque de Rivas, de Martín de la Rosa, y de Príncipe, ó por último, de Espronceda, de García Gutierrez, de Bermudez de Castro, de Zorrilla y de otros, que habían trasplantado la escuela romántica á España.

De manera que puede decirse sin temor de aventurar una apreciación demasiado infundada, que nuestra poesía de esa época pertenece á España y no á América, lo cual es precisamente una gloria para los vates de Letrán, gloria que ambicionaron, y á cuyo logro tendieron sus aspiraciones y sus esfuerzos. Consiguieronla muchos de ellos, y entre los elogios que se les tributan, no es el menor, ciertamente, el que se les asigna de poder colocarse dignamente al lado de los poetas españoles. Nosotros, siempre teniendo á la vista las obras de los poetas sud-americanos, preferimos la gloria de estro, tal vez mas modesta, pero de seguro mas apreciable, al menos para los que soñamos con una literatura esencialmente americana.

No es que allí deje de haber también imita-

dores de las literaturas extranjeras; sí los hay, pero al menos son imitadores directos del modelo, y no de otros imitadores. Seremos más claros: han bebido en las fuentes de la literatura extranjera; y sea porque muchos de estos imitadores han sido lanzados por la proscripción al suelo europeo, ó sea porque Bello, el gran maestro, residió mucho tiempo en Inglaterra y allí adquirió el conocimiento profundo de esa literatura que hizo conocer á sus compatriotas por medio de los periódicos literarios que fundó y redactó; sea, en fin, porque el comercio extranjero llamado desde los tiempos de la Independencia á los puertos sud-americanos, trajo á ellos desde temprano con el conocimiento de extraños idiomas, los tesoros literarios de Europa, el hecho es que admiramos en aquellos poetas conocimientos superiores que no se advierten en Méjico, sino mucho después; y por tanto, la imitación allá es más feliz y tiene un carácter mas interesante, por su original consorcio con el pronunciado nacionalismo, que forma siempre el fondo del génio poético sud-americano.

Así es, que Juan Carlos Gómez y José Mármol, que han hecho más interesante á la musa melancólica y sombría del romanticismo sentándola á orillas de los mares del Nuevo-Mundo, cuando han imitado, han imitado á Byron

y no á Espronceda; y por eso algunos cantos desesperados del primero tienen una sorprendente semejanza con los últimos lamentos del poeta inglés, y el *Peregrino* del segundo parece el hermano gemelo de "*Child-Harold*."

Pero con todo, estúdiense con cuidado los originales europeos y la imitación americana, y se encontrarán en esta, ¡cosa rara! tales ó cuales rasgos que revelan su filiación; pero siempre una gran novedad en el fondo y en la forma; de modo que la poesía imitada es al original lo que una hermosa criolla hija de madre indígena, es á su padre europeo.

El mismo patriarca de la literatura sud-americana, Andrés Bello, á quien todos proclaman, sin duda alguna, como un talento clásico y como un hablista correcto, no se ha desdeñado de imitar; pero en vez de tomar por modelo á Fr. Luis de Leon, á Herrera ó á Moratin, ha ido hasta el siglo de oro de la poesía latina á buscar á Virgilio y Horacio; ó bien á los tiempos de la inspiración griega, para aprender las grandiosas imágenes de Homero, y para repetir los acentos de Píndaro y de Alcán.

Igual observación puede hacerse en el *Canto á Junin*; y cuando se llega á ciertos pasajes y se contempla á los héroes americanos pintados por el poeta, se cree ver á los gigantescombata-

tientes de Ilión, y se da á Olmedo por derecho de conquista el título de *homérida*.

Echeverría, educado en Europa, parece más estricto imitador y mas vário en sus copias. Sus cantos recuerdan á veces los de Goëthe, á veces los de Schiller; otras los de Lamartine, no pocas los de Pindemonte. Con todo, en *La cautiva* se muestra esencialmente argentino, y el bardo europeo se trasforma completamente al convertirse en el cantor salvaje de las Pampas.

La lira de Bello ha repetido dos y tres veces los acentos de la lira de Víctor Hugo; pero entonces, ¡con qué majestad no han resonado en las florestas americanas los cantos del vate francés! Es bien difícil interpretar á Víctor Hugo; pero Andrés Bello, el gran poeta de América, era muy digno de traducir al gran poeta de Europa, y ambos han quedado á igual altura. Los que no saben el francés, pueden estar seguros de conocer ya "*La Oración por todos*." — "*Los fantasmas*." — "*Los duendes*." — "*A Olimpio*" y "*Moisés salvado de las aguas*." si leen estas composiciones en la traducción de Bello.

En cuanto al Peruano Pardo Aliaga, correcto y severo, como buen discípulo de D. Alberto Lista [que dirigió sus estudios y que le distinguió siempre], se parece en sus odas á Quintana, en sus poesías festivas á Breton; pero su educación,

eminentemente española, no ha sido un obstáculo para que dé á su poesía el color y sabor de América, que hacen imposible confundirle con los otros alumnos de Lista.

Y por este estilo son los demás imitadores de la América del Sur, cuando suelen imitar, que es rara vez.

Así es, que puede decirse que casi todos son originales; y precisamente los que han hecho gala de ser buenos intérpretes de la literatura extranjera, son también los que han creado la poesía americana.

Bello, Olmedo y Madrid, primero; Gómez, Godoy, Mármol, Acuña de Figueroa, después; Lozano, el melancólico Lozano, Domínguez, Arboleda, Pombo, Salaverry, Matta, Blest Gana, y un centenar ahora, son los fundadores y sostenedores de la poesía nacional. Sus versos tienen, si vale hablar así, el perfume de las florestas del Nuevo Mundo; se siente, al leerlos, azotar nuestra frente el soplo poderoso del *pampero*, nos baña fresca y regalada la sombra del *ombú*, vemos la inmensa mole de los Andes, nos sonríe el cielo hermoso de los trópicos, escuchamos el rumor de las ondas del Plata ó del Orinoco, nos aturde el rugido de la catarata del Tequendama, y nos quedamos pensativos y atónitos, como si viésemos extenderse ante nuestros

ojos la inmensa y sombría llanura del Pacífico.

Y por todas partes, en los valles, en las cordilleras, al borde de los ríos, en medio de los bosques, entre los rayos de la luna ó las estrellas del cielo, en el desierto de las pampas y á orillas de los mares, siempre vemos á los héroes de la Patria, siempre á los héroes: siempre se dibuja á nuestra vista la colosal figura de Simón Bolívar, como un dios que todo lo ocupa, que todo lo llena, que todo lo rige, numen necesario, personificación eterna de la Libertad, que vive siempre en la fantasía del poeta y que conmueve siempre su corazón!

¿Puede gloriarse nuestra poesía antigua de producir igual efecto? No: en nuestra poesía antigua, la imitación es imitación de raza pura, y no se mezcla á ella para nada el elemento indígena, la belleza nacional. Con excepción de dos ó tres poesías del género puramente descriptivo, como el *Méjico* de Carpio, todo lo demás nos representa un paisaje, tal vez falso, de Judea, de Egipto, de Sodoma, de Asiria, de Roma, ó bien de España, de Francia, ó cuando más, un panorama fantástico del paraíso católico, ó un cuadro chillante del infierno, no parecido á los tremendos del Dante, ni á los grandiosos de Milton, sino á los grotescos que se presentaban en

las antiguas *diableries*, mezquinos engendros de la comedia popular de la Edad Media.

Esto en cuanto á lo imaginativo; en cuanto á la enseñanza histórica, ya hemos dicho lo que hay: poco ó nada. Es preciso no olvidar que estamos considerando la poesía bajo el punto de vista patriótico; se trata de la poesía épica y nacional.

La generación de que hablamos, no podemos desconocerlo, enriqueció más aún los tesoros de la poesía *española*; y aunque Méjico, con sus bellezas y sus glorias quedó olvidada, España puede vanagloriarse de que todavía la generación poética de Letrán le pertenece de derecho, con excepción de tres ó cuatro jóvenes que tuvieron la audacia de repetir en literatura el grito de Dolores, y de interpretar en la lira el odio de los insurgentes.

LOS POETAS DEL LICEO HIDALGO.

Si nos ponemos á buscar con fría curiosidad y con criterio desapasionado, la causa del singular desdén con que los antiguos poetas de que hemos hecho mención, veían los asuntos patrióticos, encontraremos la siguiente:

La opinión, dominante entonces, acerca de las glorias de la Independencia. Había pasado el entusiasmo de los primeros años de libertad; el furor de las luchas civiles había envenenado las almas; una especie de desaliento insensato, pero que no por eso era menos real, se había apoderado de los espíritus que, sobrado exigentes y poco acostumbrados á las tempestades de la democracia, veían desvanecerse sus ilusiones de paz y prosperidad, y culpaban de ello á la independencia. Se había operado una reacción en favor de los antiguos dominadores, reacción muy fácil de explicar, porque estaba vivo todavía el partido realista, el cual no había aceptado la independencia sino hipócritamente y con la esperanza de fundar una monarquía, que ensayó con Iturbide, y que creyó malograda á la caída de este usurpador.

Las clases privilegiadas dominaban todavía. Estas clases eran el clero, enemigo mortal de los caudillos de 1810; el ejército, que era *gachupin* en el fondo, que no había podido lavarse con el baño de 1821 de la sangre patriota que había derramado durante once años de tremenda lucha, y que ambicionaba para sí el poder supremo, y la aristocracia que había quedado aún, aristocracia tanto más susceptible y enorgullecida, cuanto que su origen no era más que mer-

cantil y plebeyo. Hé aquí las castas que odiaban cordialmente al pueblo; es decir, á las masas que habían seguido á Hidalgo en su heroico levantamiento. Este pueblo, como era natural, recordaba que había sabido luchar y vencer; no amaba á los falsos aliados de 1821; se burlaba del pretendido patriotismo de los hombres del ejército, y consideraba como sus legítimas glorias y como sus verdaderos héroes, las glorias y los caudillos de 1810.

Por consiguiente, el odio estallaba cada día más amenazador entre esas castas y la mayoría popular de la Nación.

En tales momentos, de angustia ciertamente para el clero, el ejército y la aristocracia, quizás hubo arrepentimiento de haber ayudado á la emancipación de la colonia, quizás las miradas se volvieron con esperanza á la antigua metrópoli, de seguro que se soñó con una sumisión nueva á la corona de España; y en tal oportunidad, los escritores reaccionarios desembozaron con insolencia su encono y su rabia contra los hombres de 1810. A la cabeza de estos hombres estaba el famoso D. Lucas Alamán, de nefanda memoria. Este hombre, dotado de grandes talentos, de inmenso prestigio en las clases opulentas, y de pasiones violentísimas, comenzó á propagar en su *Historia* y en los periódicos

que fundó, el odio contra los héroes. La calumnia, la invectiva, el sarcasmo, la innoble burla, todo lo utilizó para manchar la memoria de nuestros libertadores. Llamó al inmortal caudillo de Dolores, ladrón y asesino; fingiendo admirar á Morelos, lo difamó de cuantas maneras pudo; presentó á los demás insurgentes como una horda de foragidos sin Dios y sin ley, y persiguió con su saña implacable al ilustre general Guerrero: acabó de enemistarlo con Bravo, y sabido es que no paró en eso, sino que perseverante en sus aborrecibles y cobardes pasiones, concluyó por prepararle el lazo más infame de que haga mención la historia, y le condujo, mediante la traición, al patíbulo de Cuilápam.

Estos trabajos, este éxito de unos días, esta reacción preparada con tanta fuerza y talento, dieron á la ideas de Alamán un prestigio enorme. Si no se le creyó enteramente, se le contradijo á medias y con timidez; se tuvo por buen tono y por sentimiento de justicia alabar á España, ensalzar sobre las hazañas de los héroes las hazañas de Cortés, ídolo de Alamán, y horrorizarse de los *grandes crímenes* cometidos por los hombres de 1810. La independencia se tuvo por crimen y una locura; los insurgentes volvieron á ser anatematizados; la República debía, en expiación de sus crímenes, postrarse de nue-

vo ante el rey de España y presentar sus manos para ser encadenado otra vez. ¡Hablar bien de Hidalgo, de Allende, de Morelos, de Guerrero, eso hubiera sido una blasfemia; cuando más, era lícito ensalzar á Iturbide, apellidando regicida á la nación por haberlo castigado. Estábamos en plena reacción española, y si alguna vez corrió Méjico el peligro de sufrir lo que sufrió después Santo Domingo, por la traición de Santa-Anna, fué entonces.

Y aunque las revoluciones sucesivas hicieron caer á Alamán y aborrecer sus ideas, éstas aún quedaron hondamente grabadas en las gentes que se decían cultas.

¿Qué extraño es, por lo mismo, que los poetas no quisieran cantar las glorias de la independencia y las proezas de los héroes? Los vates meticulosos ó adictos á las doctrinas de Alamán, se hubieran creído manchados si glorificaban al padre de la Patria, acusado de ladrón y asesino. Los artistas no se atrevían á presentar en cuadros ó en estatuas su bendita imagen, ni á obligar á la música á rendir su homenaje de armonías al que había quitado de las gargantas mejicanas el dogal de los conquistadores.

La tribuna misma era tímida y vergonzante para hablar de 1810, y la solemnidad del 27 de Septiembre eclipsaba á la del 16. Hubo más

himnos entonces para el soldado que se hizo rey, que para el anciano sacerdote que por libertar á su país se hizo mártir.

Tal es la explicación que nosotros hallamos del silencio de la poesía, en aquella época desgraciada y de triste recordación.

La Constitución de 24 volvía á imperar; los viejos calumniadores de la independencia estaban desprestigiados, y la civilización abría sus alas gozosa. Entonces nuevos poetas aparecieron por todas partes, y el genio de la fraternidad los reunió en torno de un nuevo altar.

Así nació el Liceo Hidalgo. Los miembros de esta sociedad literaria no eran ciertamente todos los que cultivaban en aquella época la poesía y las bellas letras. A la sazón formábanse otras sociedades de la misma naturaleza en diversos Estados de la República, como en Guadalupe y Mérida, y en otras ciudades aparecían nuevos periódicos literarios, ó consagraban los políticos una parte de sus columnas á las producciones poéticas de una juventud entusiasta y laboriosa. Por donde quiera se presentaban talentos desconocidos antes, que en breve fijaban la atención pública. Era, pues, aquella una época de renacimiento, y se explicaba natura-

mente, pues las convulsiones de la guerra civil, los efectos de la invasión americana reciente, y la recelosa susceptibilidad de una política despótica que había impedido desencadenar la imprenta y dar vuelo á los estudios, habían mantenido estacionaria á la literatura y retraído á la juventud de consagrarse á ella para hacerla progresar. Así es que apenas brilló en nuestro cielo el sol de la paz y de la libertad, cuando la poesía abrió otra vez sus santuarios á la nueva generación de adoradores.

Como se ve, pues, el *Liceo Hidalgo* no era la única escuela; pero sí el núcleo, por decirlo así, el guía, tanto por los mayores elementos con que contaba por su situación en Méjico, que es el centro más civilizado de nuestro país, como porque los individuos que lo formaban eran en su mayor parte distinguidos escritores y poetas, conocidos ya generalmente, y que mantenían estrechas relaciones con todos los que cultivan las bellas letras en la República. Por esa razón, no pudiendo encontrar un dictado mejor para la generación poética de ese tiempo, nos hemos permitido llamarla del *Liceo Hidalgo*, como llamamos á la anterior de la *Academia de Letrán*, y á la primera de la *Independencia*.

En esta familia del Liceo Hidalgo, no se hizo sentir sino muy ligeramente la influencia de los

Viejos de Letrán, y apenas uno que otro de los socios más jóvenes de esa extinguida Academia, fué registrado como miembro de la nueva.

Uno de los principales fundadores del Liceo, era un jóven algo conocido á la sazón por sus escritos políticos y por su adhesión á las ideas progresistas, lo cual le granjeaba el apodo de *exaltado*.

Este joven era D. Francisco Zarco.

Al lado de Zarco vemos allí á Granados Maldonado, escritor erudito, también progresista, y empeñado como el primero en dar á conocer en el país los tesoros de la literatura inglesa y francesa, casi ignorados hasta entonces. Vemos allí jóvenes que, sin desdeniar la lira, se consagraban de preferencia á los trabajos de la Oratoria política, de la Historia popular, y del Drama patriótico

Los periódicos de aquel tiempo están llenos en los días de Septiembre, de Himnos patrióticos, de Odas, de Marchas nacionales y de sonetos, consagrados á conmemorar las glorias de la Independencia.

Granados Maldonado, Félix María Escalante, Epitacio Jesús de los Ríos, Pantaleón Tovar, Joaquín Tellez, José Tomás de Cuéllar, Luis Gonzaga Ortiz, Andrés Davis Bradburn, Octaviano Pérez, José María Rodríguez y Cos, Joaquín Villalobos y otros, son los que firman las composiciones patrióticas de la capital; mientras que en Veracruz, José María Esteva y Díaz Mirón; en Morelia, Gabino Ortiz; en Guadalajara, Rosales (el héroe de San Pedro), José María Vigil, Villaseñor, y Echaiz; en Tabasco, León A. Torre y José Manuel Puig, hacían resonar en sus liras sus cantos á la libertad; y en Yucatán, una pléyade de bardos, animados por la voz elocuente del eminente y nunca bien sentido Dr. D. Justo Sierra, repetía los acentos armoniosos de Alpuche en la lira de Pedro Ildefonso Pérez.

Por fin, el hermoso monumento de la Epopeya mejicana, cuyos cimientos abandonados y tristes estaban próximos á desaparecer, continuaba levantándose, y esto era ya bastante para el honor de la poesía nacional.

VI

LOS POETAS DE LA REFORMA Y DE LA SEGUNDA GUERRA
DE INDEPENDENCIA.

Mas tarde, y durante la tempestuosa década de 1853 á 1863, en que se sucedieron la dictadura de Santa-Anna, la revolución de Ayutla, el gobierno de Comonfort, las revoluciones reaccionarias, la guerra de la Reforma, los dos años de administración constitucional, y la invasión francesa, aparecieron nuevos poetas cuyo talento brilló en medio de las negras nubes de la política y de la guerra. A estos vates, pertenecen: Juan Díaz Covarrubias y Manuel Mateos, Leandro Valle, Vicente Riva Palacio, José Rivera y Río, Julian Montiel, Alfredo Chavero, Juan de D. Arias, José María Ramírez, Eduardo Ruiz, Ramón Valle, y Juan Mateos.

VII

LA GENERACION CONTEMPORÁNEA.

POESÍA PATRIOTICA.

Hémos aquí frente á frente de la generación contemporánea. ¿Ha cultivado más que sus an-

tecesoras la poesía que aviva la llama de patriotismo y enaltece y eterniza las glorias del pueblo?

Para responder á esta pregunta nos es preciso hacer una distinción indispensable. La juventud literata no ha podido escapar á la influencia irresistible de las pasiones políticas que han dividido últimamente á la nación entera, y se ha colocado en las filas del uno ó del otro bando.

Los poetas nutridos en las ideas monárquicas ó conservadoras, han sido pocos, y de éstos algunos merecen un lugar distinguido en la literatura; pero como generalmente no han cantado á la Patria, ni á la Libertad, y han preferido consagrar su lira, ora á ensalzar las bellezas de la religión católica, ora á cantar las glorias de los invasores franceses que venían en 1863 pretendiendo aniquilar la soberanía de la República, ora, por último, á celebrar la llegada del archiduque Maximiliano, y adormecerlo en el camino que debía conducirlo fatalmente al cadalso; como quiera que en nuestra humilde inteligencia no creemos que cantar la piratería y el virreinato francés haya sido cantar á la Patria que jamás pudo estar representada sino por sus héroes republicanos, parece que tenemos el derecho de no considerar á los susodichos poetas en el número de los poetas

patrióticos, y por tanto, nos permitimos no hablar de ellos.

.....
 Pero todavía es de sentirse que esta falanje poética y juvenil, haya sido bastante reducida, de lo que resulta que nuestra Epopeya nacional haya quedado menos incompleta que antes; pero siempre incompleta. Aun no están aprovechados los riquísimos tesoros de la primer guerra de Independencia; y así como esperan todavía bajo el humilde césped de los campos de batalla los huesos de los mil héroes de 1810, los monumentos de la nación agradecida, así sus glorias aguardan á los poetas que deben immortalizarlos, levantándoles en sus cantos monumentos de más provechosa duración.

Abrid, oh jóvenes poetas! las sangrientas y gloriosísimas páginas de la Historia patria, y allí encontraréis á cada paso un motivo grandioso para vuestras inspiraciones. ¡Qué gigantesco asunto el del grito Dolores para mil odas sublimes! ¡Qué tipo de Hidalgo, para divinizarlo en la imaginación y en la gratitud del pueblo! ¿Qué figura más bella podría evocar el poeta para dar vida á un romance legendario, que la hermosísima figura de D^a Josefa Ortiz, la herofí-

na de Querétaro. Esta dama, en quien se reunían todas las cualidades de belleza, de virtud, de inteligencia, de valor y de entusiasmo, que exigían los antiguos pueblos en la mujer para honrarla con el apoteosis, es un tipo tan noble, simpático, tan adorable, cuanto es ruin, abyecto y repulsivo el tipo de la pobre D^a Marina, la manceba de Cortés, la denunciante de Cholula, la Eva de la conquista.

¿Y Morelos? Con las hazañas de Morelos, el Aquiles de la independencia mejicana, basta para un poema que haría palidecer las grandezas un poco fabulosas de los *Eddas*, las glorias del valor portugués cantadas en las *Lusiadas*, y las proezas de la barbarie conquistadora enaltecidas en la *Araucana*. Reflexionándolo bien, con desapasionado criterio, comparando las épocas, los elementos de guerra de los combatientes, la justicia de la causa, el genio, el heroísmo y el tamaño de las consecuencias, el historiador no puede menos de otorgar la supremacía al gran guerrero de la insurrección mejicana, que haciendo salir del caos de la muchedumbre esclavizada de la colonia, un ejército de héroes con sólo la eficacia de su palabra elocuente, supo armar á éstos con las armas de sus enemigos, hacerlos vencer en cuarenta batallas, aterrar á la tiranía española, sostener el gran-

hace estremecer de entusiasmo y de orgullo el corazón de los pueblos, que los dispone para las luchas de la libertad, que los anima en la marcha de la civilización, y que reproduce siempre los prodigios de la lira Anfiónica dando á los hombres fuerzas hercúleas para realizar trabajos gigantescos.

Sin esto, la poesía en Méjico adolecerá como hasta aquí, de raquitismo, y no servirá, como en otras naciones, para crear el carácter nacional para ser la precursora del progreso, para alentar la vitalidad de la Nación, y para salvarla del abatimiento y de la muerte, colocando sobre su frente regia la corona inmortal de sus recuerdos gloriosos. Sí, para salvarla de la muerte. Tal vez la Grecia no debe su resurrección sino á sus recuerdos heroicos conservados en los acentos eternos de la poesía, que se transmitieron de padres á hijos y que no pudo apagar el despotismo turco.

Los poetas griegos de la insurrección reaniman siempre el valor de los guerreros, recordándoles los heroicos hechos de sus antepasados, conservados en los cantos de los poetas antiguos.

“El tiempo, dice un canto guerrero de Coray, no ha destruido los trofeos de Marathon ni los altos hechos de Salamina, ese gran prodigio de

los Helenos. Los griegos los refieren todavía y se acuerdan de ellos; ellos son los hijos de Minos, de Licurgo, de Solón, de Milciades, de Leonidas, de Aristides, del gran Temistocles; y jamás tuvieron iguales.”

“Vamos, dice la Marsellesa griega de Rigas, hijos de los Helenos; el día de la gloria ha llegado; seamos dignos de aquellos que nos han hecho nacer. Rompamos con valor el yugo de los tiranos, vengamos las vergonzosas injurias de la Patria. Empuñemos las armas: mostrémonos los verdaderos hijos de los griegos, y que la sangre del enemigo corra á torrentes bajo nuestros pies.”

“¡Esparta! ¡Esparta! ¿por qué duermes con un profundo y letárgico sueño? Despiértate y llama á Atenas, tu eterna y antigua compañera. Acordaos de Leonidas, el héroe inmortal, el temido, el terrible, el glorioso guerrero.”(1)

La Italia también ha debido en gran parte su reconstrucción á los recuerdos heroicos repetidos á porfía por los poetas, que más que los his-

(1) Pueden verse estos cantos y otros cien en la bella colección de “*Cantos populares de la Grecia moderna*” formada por el conde de Marcellus. Paris-1860. Lord Byron ha traducido el canto de Rigas en hermosos versos que difieren algo de la traducción puesta arriba.

toriadores y los publicistas, avivan en el alma de las naciones la llama del patriotismo.

Cuando un pueblo anonadado por la muerte de la servidumbre, duerme en el sepulcro, como Lázaro, sólo la voz de la poesía patriótica es capaz de hacerle romper sus ligaduras y volverle á la vida; no hay que olvidarlo ¡oh vosotros! jóvenes que pudiendo arrojar con vuestro inspirado acento una chispa que incendie el alma del pueblo, preferís apagarla contra el helado é ingrato corazón de una mujer indiferente que os olvidará bien pronto por el primer asno que se le presente aparejado con albarda de oro.

REVISTA LITERARIA

1868



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toriadores y los publicistas, avivan en el alma de las naciones la llama del patriotismo.

Cuando un pueblo anonadado por la muerte de la servidumbre, duerme en el sepulcro, como Lázaro, sólo la voz de la poesía patriótica es capaz de hacerle romper sus ligaduras y volverle á la vida; no hay que olvidarlo ¡oh vosotros! jóvenes que pudiendo arrojar con vuestro inspirado acento una chispa que incendie el alma del pueblo, preferís apagarla contra el helado é ingrato corazón de una mujer indiferente que os olvidará bien pronto por el primer asno que se le presente aparejado con albarda de oro.

REVISTA LITERARIA

1868



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SR. D. ANSELMO DE LA PORTILLA,
DIRECTOR DE LA "IBERIA"

Méjico, Julio 31 de 1868.

Mi querido amigo y señor:

He terminado este pequeño trabajo, y suplico á vd. se sirva ponerlo bajo su protección, pues se lo dedico.

Vd, Sr. D. Anselmo, ha sido en esta última época del renacimiento de la literatura en Méjico, uno de los más eficaces protectores de la juventud, estimulándola constantemente, ya con sus bondadosas calificaciones en las columnas de su ilustrado periódico, ya con sus consejos privados.

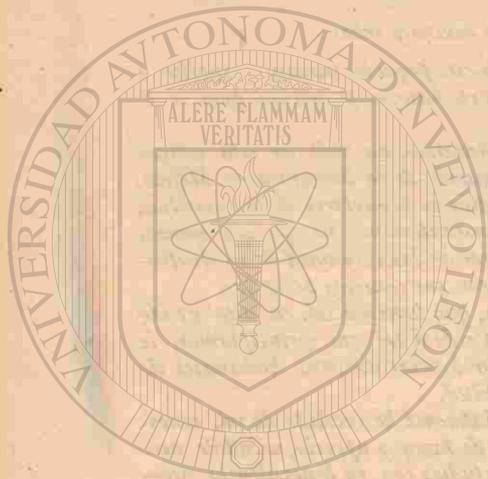
Esta conducta, que honra á vd. en alto grado y que tan útil ha sido á los que principiamos, le ha hecho acreedor á todos nuestros homenajes de respeto y de gratitud.

Yo, que especialmente he recibido de vd. muestras inequívocas de favor y aprecio, viéndole acoger mis pobres estudios con su benevolencia acotumbrada, profeso á vd. un reconocimiento sin límites, y desearía consagrarle trabajos dignos de su saber y de su amistad.

El que hoy le envío, no tendrá más mérito que el que le dé el patrocinio de vd. y el afecto sincero con que se lo dedico.

Soy de vd. afectísimo amigo y servidor,

IGNACIO M. ALTAMIRANO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



REVISTA LITERARIA

I

DECIDIDAMENTE la literatura renace en nuestra patria, y los días de oro en que Ramírez, Prieto, Rodríguez, Galván, Carpio, Pesado, Fernando Calderón y Payno, jóvenes aún, iban á comunicarse en los salones de Letrán, hoy destruidos, sus primeras y hermosas inspiraciones, vuelven ya por fortuna para no oscurecerse jamás, si hemos de dar crédito á nuestras esperanzas.

Aquel grupo de entusiastas obreros fué dispersado por el huracán de la política, no sin dejar preciosos trabajos que son hoy como la base de nuestro edificio literario.

Muchos años después, un espíritu laborioso y superior, Zarco, se propuso continuar la obra abandonada, con ayuda de otros que se agrupaban en su derredor, y que se llamaban Escalante, Arróniz, Téllez, Cuéllar, Castillo y Ortiz. A esta sazón otro círculo se agrupaba en derredor de Carpió y de Pesado para ayudarles en la misma tarea, y en él se veía en primer lugar á Sebastián Segura y á los dos Roa Bárcena, tres literatos distinguidos, que aunque separados de los primeros por sus ideas políticas, fraternizaban con ellos por su entusiasmo literario.

Pero también nuestras guerras volvieron á dispersar estos dos grupos.

Zarco, lo mismo que Ramírez y Prieto, se hizo hombre de Estado y publicista; predicó la Democracia y la Reforma, saltó al campo de la lucha, y sufrió las vicisitudes del combate. Igual suerte cupo á todos los demás. Unos tomaron las armas, otros la pluma del periodista como Florencio del Castillo. El fragor de la guerra ahogó el canto de las musas. Los poetas habían bajado del Helicón y subían las gradas del Capitolio. La lira cayó á los piés de la tribuna en el Foro, y el numen sagrado, en vez de elegías y de cantos heroicos, inspiró leyes.

Pero mientras que se consumaba aquella revolución, las bellas letras estaban olvidadas ó

poco menos. Los antiguos literatos pronunciaban discursos en el cuerpo legislativo ó en el Senado, ó agitaban al pueblo, ó deliberaban en el Consejo de Estado, ó escribían folletos, examinaban las cuestiones extranjeras ó redactaban proclamas en el campamento. Uno que otro canto se oía; pero era, ó para hacer vibrar á los oídos del soldado los acentos de Tirteo, ó para morir con los suspiros del amor en medio de los gritos de odio que se lanzaban los combatientes.

Este intervalo fué de años.

A la clausura de la Academia de Letrán se siguieron la guerra de la invasión americana, cuatro guerras civiles sangrientas, la invasión francesa y la guerra contra el segundo imperio.

¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántos apóstoles de la literatura nacional han muerto, y muchos de ellos cuán desgraciadamente! Rodríguez Galván y Torrescano, en la Habana y en la miseria; Calderón, Larrañaga, Navarro y Escalante, en la flor de su edad y cuando hacían saborear á su país lisonjeras esperanzas; Orozco y Berra cayó herido como del rayo por una enfermedad terrible entre las cajas de una imprenta; Arróniz fué asesinado en medio de los bosques del camino de Puebla; Cruz Aedo asesinado por la soldadesca en Durango; Ríos

murió de triteza y de fiebre á bordo de un buque, alejándose de su país; Mateos y Díaz Covarrubias cayeron en Tacubaya; Florencio María del Castillo, el mártir de la República, después de grandes sufrimientos, murió encerrado por los franceses en las mazmorras de Ulúa. De la primera generación literaria, sólo existen unos cuantos: Cardoso, Ramírez, Prieto, Lafragua, Payno, Alcaraz, vigorosos robles que han resistido al choque de tantas tempestades, y que con su elevada inteligencia, sirven de faro á la nueva generación.

De la segunda quedan más; y el primero de ellos, Zarco, el incansable publicista, que desde el lecho del dolor ahora, lo mismo que en las angustias del destierro y de la pobreza en los Estados Unidos, se consagra siempre con una asiduidad que le daña, á los trabajos de la prensa, ilustrando nuestro derecho constitucional, dilucidando las cuestiones diplomáticas, defendiendo los muros de la ley y alentando con sus consejos á la juventud estudiosa.

Ramírez, Cardoso y Prieto, estos tres patriarcas de nuestra literatura, presiden al nuevo movimiento literario, muy dichosos con haber sobrevivido para transmitirnos las magníficas tradiciones de los primeros tiempos, y muy orgullosos con ver en torno suyo á esa turba de jó-

venes ardorosos que vienen á colocar en sus cabezas encanecidas por el estudio y los sufrimientos, las coronas del saber y de la virtud.

Ellos presiden, ellos mandan en esa pequeña república en que no se concede el mando á la fuerza, ni á la intriga, ni al dinero, sino al talento, á la grandeza de alma, á la honradez. Hasta ese círculo literario no penetran las exhalaciones deletéreas de la corrupción: las modestas puertas de ese templo están cerradas al potentado, al rico estúpido, al espantajo de sable; y el corazón oprimido por las miserias de afuera, halla dulce é inmensa expansión en aquel asilo libre, independiente, sublime, en que el pensamiento y la palabra, ni están espiados por el esbirro, ni amenazados por el poder, ni calumniados por el odio.

La nueva raza literaria es más feliz que las primeras, porque tiene por maestros á aquellos que en largos años de útil estudio y de experiencia han llegado á reunir un caudal riquísimo de conocimientos y de gloria que les ha dado un lugar distinguido entre las ilustraciones de la América, al lado de Quintana Roo, de Heredia, de Prescott, de Irving, de Olmedo y de Bello.

Por otra parte, la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse á un nuevo

silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar á cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan.

En la nueva escuela que se ha reunido, hay soldados de la República, como Riva Palacio, que acaban de desceñirse la espada victoriosa; hay hombres que han venido del destierro sin haber quebrantado su fe; hay perseguidos que prefirieron la miseria con todos sus horrores, á inclinar la frente ante el extranjero; hay jóvenes que no han pisado aún el terreno de la política, por razón de su edad, pero que tienen un corazón de bronce para el porvenir. Todos estos hombres son firmes, y unen á su entusiasmo una resolución indomable. La energía ya probada es el escudo de la naciente literatura y su garantía para lo venidero. Pero estos hombres, atentos á su misión literaria, abren sus brazos á sus hermanos todos de la República, cualquiera que sea su fe política, á fin de que se les ayude en la tarea, para la que se necesita de todas las inteligencias mejicanas. Si éstos son elementos de progreso, indudablemente puede predecirse que la existencia de la literatura nacional está asegurada.

De este modo, los vástagos no son indignos

de los troncos vigorosos en cuyo derredor están creciendo

¿Nos será permitido á nosotros que no acostumbremos envancernos de nada, porque también carecemos de todo mérito, esperar que se nos conceda alguna pequeña parte en este renacimiento literario? Creemos que sí; y aquellos que han presenciado nuestro empeño, serán los primeros en hacernos justicia. Por lo demás, esta no es cuestión de talento, sino de voluntad. Es voluntad lo único que hemos podido poner de nuestra parte, y estamos orgullosos de haber visto coronados con el éxito más completo nuestros deseos y nuestros afanes.

II

Lo repetimos: el movimiento literario es visible. Hace algunos meses todavía, la prensa no publicaba sino escritos políticos ú obras literarias extranjeras. Hoy se están publicando á un tiempo varias novelas, poesías, folletines de literatura, artículos de costumbres y estudios históricos, todo obra de jóvenes mejicanos, impulsados por el entusiasmo que cunde más cada

dia. El público, cansado de las áridas discusiones de la política, recibe con placer estas publicaciones, las lee con avidez, las aplaude; y todo nos hace creer que dentro de poco, podrá la protección pública venir en auxilio de la literatura y recompensar los afanes de los literatos, no siendo ya este trabajo estéril y sin esperanza.

Hace poco, en España, rica sólo con el Quijote, no había nacido aún la novela moderna, y el teatro nada producía al poeta dramático. Los traductores de la novela ó del teatro de la vecina Francia, eran los únicos que podían vivir de su miserable trabajo. Hoy Fernández González, Pérez Escrich, Fernán Caballero, Larra y Egulaz tienen habitaciones muy diferentes del zaquizamí de Cervantes, y reciben por sus obras sendos billetes de banco, no un puñado de reales de vellón como aquellos con que mezquinas empresas pagaban el gran ingenio de Bretón de los Herreros cuando joven.

¡Ojalá que en Méjico pronto podamos decir lo mismo! Lo deseamos por el progreso de la literatura, porque es indudable que la recompensa es un estímulo para el trabajo. ¿Y por qué no había de realizarse esta esperanza? ¿Acaso en nuestra patria no hay un campo vastísimo de que pueden sacar provecho el novelista, el

historiador y el poeta para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas ó sus dramas?

¡Oh! si algo es rico en elementos para el literato, es este país, del mismo modo que lo es para el agricultor y para el industrial.

La historia antigua de Méjico es una mina inagotable. Los sabios exttanjeros la dirigen miradas llenas de interés, los viajeros ilustres visitan á porfía las grandiosas ruinas de Yucatán, del Palenque y de Puebla, con la misma curiosidad con que visitan las de Egipto, de la India y de Pompeya. Las páginas de Gómara, de Ixtlixochitl y de Clavijero se traducen en todos los idiomas, y dan lugar á profundas indagaciones. Lord Kinsborough sacrificó un inmenso capital á la investigación sobre antigüedades mejicanas, siendo el resultado de ellas una obra bellísima é interesante, muy difícil de conseguirse ahora. Podría hacerse una biblioteca con las publicaciones extranjeras que sobre nuestra patria aparecen cada día. Pero estos tesoros á nadie deben enriquecer más que á los historiadores mejicanos. El extranjero charlatán desnaturaliza los sucesos del pueblo azteca en ridículas leyendas, que se leen, sin embargo, con avidez en Europa. Los tres siglos de la dominación española son un manantial de leyendas poéticas y magníficas. Ahí está Cortés con sus

atrevidos aventureros; ahí está Muñoz con sus horcas y sus asesinatos; ahí está esa larga serie de virreyes, ilustres los unos y benéficos, tiránicos los otros, pero notables los más por los monumentos que dejaron.

Ahí están esos misioneros que predicán y convierten á la religión de la Cruz á pueblos numerosos é idólatras; ahí están los encomenderos con sus expoliaciones y sus tremendas aventuras. Ahí están esos pueblecitos hermosísimos, que se cuelgan como canastillos de flores en los flancos de las montañas y en las crestas de la sierra, donde se refugiaron los *teopixques* y los *tlatoanis* de la vencida monarquía, obstinados en no mezclarse con la raza conquistadora y en no hacer oración en los nuevos adoratorios que se levantaban sobre los escombros de sus *teocallis*.

¿Quién al ver los risueños lagos del valle de Méjico, sus volcanes poblados de fantasmas, cuyas leyendas recogen los habitantes de la falda, sus pueblos fértiles, sus encantados jardines y sus bosques seculares, por donde parecen pasearse aún las sombras de los antiguos sultanes del Anáhuac y las de sus bellas odaliscas princesas, no se ve tentado de crear la leyenda mejicana?

¿Quién no desea recoger en interesantes páginas las guerras de los indios de Yucatán, que son los Araucanos de Méjico, las tradiciones del pueblo tarasco, tan inteligente y tan poético, las terribles escenas de la frontera del Norte, en cuyos desiertos cruzan ligeras las tribus salvajes y viven sobresaltados los colonos de raza española, con el arma al brazo y librando combates espantosos cada día?

¿Pues acaso Fenimore Cooper tuvo más ricos elementos para crear la novela americana y rivalizar con Walter Scott en originalidad y en fuerza de imaginación? ¿Pues acaso el novelista escocés necesitó más que estudiar las antiguas tradiciones de la tierra de Fingal para revestirlas con los mágicos colores de la fantasía y llamar la atención del mundo sobre su nebuloso país, antes tan desconocido?

Nuestras guerras de independencia son fecundas en grandes hechos y terribles dramas. Nuestras guerras civiles son ricas de episodios, y notables por sus resultados. Las guerras civiles que han sacado á luz á tantos varones insignes y á tantos monstruos, que han producido tantas acciones ilustres y tantos crímenes, no han sido todavía recogidas por la historia ni por la leyenda.

Nuestra éra republicana se presenta á los ojos

del observador, interesantísima con sus dictadores y sus víctimas, sus prisiones sombrías, sus cadalsos, su corrupción, su pueblo agitado y turbulento, sus grandezas y sus miserias, sus desengaños y sus esperanzas!

¿Y el último Imperio? ¿Pues se quiere además de las guerras de nuestra independencia un asunto mejor para la epopeya? ¡El vástago de una familia de Césares, apoyado por los primeros ejércitos del mundo, esclavizando á este pueblo! ¡Este pueblo mísero y despreciado, levantándose poderoso y enérgico, sin auxilio, sin dirección y sin elementos; despedazando el trono para levantar con sus restos un cadalso, al que hace subir al príncipe, víctima de su ceguera! ¡Aquella cabeza sagrada en Europa, rodando al pie de la democracia americana, implacable con los reyes! ¡Una princesa hermosa y altiva, loca en su castillo solitario, de donde su esposo partió en medio de aclamaciones, y á donde no volverá jamás!

Y luego aquel sitio de Querétaro tan grandioso y tan sangriento, aquellos sitiados tan valientes, aquellos sitiadores tan esforzados, aquel monarca tan bravo y tan digno como guerrero, así como fué tan ciego como político; aquella tragedia del *Cerro de las Campanas*; todo eso que irá tomando á nuestra vista formas colosales

á medida que se aleje: ¿qué asunto mejor para el historiador, para el novelista y para el poeta épico? ¿Pues necesitan nuestros jóvenes literatos otra cosa que voluntad y cansagración, puesto que talento no les falta, ni se atreven á negárselo á los mejicanos sus más encarnizados enemigos?

En cuanto á la novela nacional, á la novela mejicana, con su color americano propio, nacerá bella, interesante, maravillosa. Mientras que nos limitemos á imitar la novela francesa, cuya forma es inadaptable á nuestras costumbres y á nuestro modo de ser, no haremos sino pálidas y mezquinas imitaciones, así como no hemos producido más que cantos débiles imitando á los trovadores españoles y á los poetas ingleses y á los franceses. Lo poesía y la novela mejicanas deben ser vírgenes, vigorosas, originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación.

Juan Carlos Gómez, José Mármol, Rivera Indarte, Esteban Echeverría, á quien llaman en Francia el Lamartine del Plata, Arboleda, Pombo, por eso impresionan tanto. Cantan su América del Sur, su hermosa virgen morena, de ojos de gacela y de cabellera salvaje. No hacen de ella ni una dama española de mantilla, ni una *entretenu* francesa envuelta en encajes de Flandes.

Esos poetas cantan sus Andes, su Plata, su Magdalena, su Apurimac, sus pampas, sus gauchos, sus pichireyes; trasportan á uno bajo la sombra de su ombú, ó al pie de las ruinas de sus templos del Sol, ó al borde de sus pavorosos abismos, ó al fondo de sus bosques inmensos; y le muestran sus gigantescos árboles, sus prodigiosas flores, ó le hacen asistir á sus heroicas guerras, escuchar el rugido de sus fieras terribles, adormecerse á los cantos de sus mujeres lánguidas y ardientes, y delirar con sus amores frenéticos, y amar su libertad, y meditar á orillas de sus mares, y suspirar debajo de su cielo!

Nosotros todavía tenemos mucho apego á esa literatura hermafrodita que se ha formado de la mezcla monstruosa de las escuelas españolas y francesas en que hemos aprendido, y que sólo será bastante á expulsar y á extinguir, la poderosa é invencible sátira de Ramírez, que él sí es tan original y tan consumado, como habrá pocos en el Nuevo continente.

No negamos la gran utilidad de estudiar todos las escuelas literarias del mundo civilizado; seríamos incapaces de este desatino, nosotros que adoramos los recuerdos clásicos de Grecia y de Roma, nosotros que meditamos sobre los libros del Dante y de Shakespeare, que admiramos la escuela alemana y que desearíamos

ser dignos de hablar la lengua de Cervantes y de Fr. Luis de León. No: al contrario, creemos que estos estudios son indispensables; pero deseamos que se cree una literatura absolutamente nuestra, como todos los pueblos tienen, los cuales también estudian los monumentos de los otros, pero no fundan su orgullo en imitarlos servilmente.

Por otra parte, la literatura tendrá hoy una misión patriótica del más alto interés, y justamente es la época de hacerse útil cumpliendo con ella.

Nuestra última guerra ha hecho atraer sobre nosotros las miradas del mundo civilizado. Se desea conocer á este pueblo singular, que tantas y tan codiciadas riquezas encierra, que no ha podido ser domado por las fuerzas europeas, que viviendo en medio de constantes agitacione no ha perdido ni su vigor ni su fe. Se quiere conocer su historia, sus costumbres públicas, su vida íntima, sus virtudes y sus vicios; y por eso se devora todo cuanto extranjeros ignorantes y apasionados cuentan en Europa, disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de la leyenda y de las impresiones de viaje. Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo:—*Así somos en Méjico.*

Hasta ahora aquellos pueblos no han visto más que las páginas muy atrasadas de Tomás Gage ó los estudios del Barón de Humboldt, muy buenos ciertamente, pero que no pudieron ser hechos sino sobre un pueblo esclavizado todavía. Además, el ilustre sabio daba mayor importancia á sus indagaciones científicas que á sus retratos morales.

Después de él, casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Lovestern y la Sra. Calderón, hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndola sus sátiras menipeas contra nosotros.

Es la ocasión, pues, de hacer de la bella literatura una arma de defensa. Hay campo, hay riquezas, hay tiempo, es preciso que haya voluntad. Talentos hay en nuestra patria que pueden rivalizar con los que brillan en el Viejo mundo.

Cultivar pueden todos los géneros. Pulsarán con éxito desde la lira de Homero hasta el laúd de los trovadores; manejarán victoriosamente desde el buril de diamante de Tácito y de Xenofonte, hasta la pluma ligera y traviesa de Edisson y de Fígaro. Todo es accesible al genio mejicano.

La reunión que asiste á las *veladas literarias*,

es el apostolado del porvenir. Allí se escucha el acento sublime de la oda, la voz vibrante del canto guerrero, las suspirantes notas de la trova amorosa, la voz risueña de la burla. Allí la sátira habla su lenguaje punzador y tremendo, la crítica analiza los monumentos literarios de las naciones extrañas, la novela y la leyenda arrebatan la imaginación. La gloria espía sonriendo á la juventud, señalándola el cielo. La literatura mejicana no puede morir ya. De ese santuario saldrán de nuevo otros profetas de civilización y de progreso, que acabarán la obra de sus predecesores. Entonces los patriarcas de la primera generación, inclinados por el peso de una vejez ilustre, irán á dormir á sus tumbas tranquilos, porque dejan en su patria discípulos dignos que los recordarán con lágrimas y que les tributarán el culto más grato para ellos . . . la imitación de sus trabajos y de sus virtudes.

III.

La novela es indudablemente la producción literaria que se ve con más gusto por el público, y cuya lectura se hace hoy más popular. Padiérase decir que es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con

que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender á las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen. La novela hoy no es solamente un estúpido cuento, forjado por una imaginación desordenada que no respeta límites en sus creaciones, con el solo objeto de proporcionar recreo y solaz á los espíritus ociosos, como las absurdas leyendas caballerescas á que vino á dar fin el famosísimo libro de Cervantes. No: la novela hoy ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido ó de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol ó el programa de un audaz revolucionario.

Hemos dicho que es preciso no confundirla con la leyenda antigua; y esto merece una explicación. Queremos hablar de la leyenda caballerescas de la Edad media, ó de la leyenda fabulosa y exclusivamente sensual de la Grecia; de Roma y del imperio bizantino.

Admiradores nosotros de la sabia antigüedad, y consagrados con empeño al estudio de sus monumentos literarios, no podemos menos de reconocer que es en ellos donde se encuentran las fuentes de la ficción romancesca en todos sus géneros. La novela nació con la literatura entonces, y si no se la ve como se haya cultivada hoy y con la forma que han sabido darla Walter Scott y Richardson, Víctor Hugo y Balzac, Eugenio Süe y Dumas, Alfonso Karr y Dickens, evidentemente el embrión existía, y debe atribuirse á la preferencia que daban los antiguos á los otros géneros de literatura, la circunstancia de no haberse llevado á su completo desarrollo la fábula novelesca.

En efecto, la antigüedad que cultivó hasta la perfección la poesía épica, la poesía dramática, la poesía lírica, el apólogo esópico, la historia y la poesía religiosa, se quedó todavía en la infancia respecto de la novela, y es en la edad moderna y particularmente en nuestros días, cuando este género se ha desarrollado hasta llegar á ser el favorito del pueblo, y hasta ser necesario disfrazar con él todos los otros á fin de vulgarizarlos. ®

Pero los antiguos lo conocieron, lo cultivaron en lo que cabía brillantemente, y en él, como en todo, pusieron el sello de su poderosa inicia-

tiva. Comprendieron quizás su importancia en el porvenir, y lo que no pudieron adivinar fué, que algún día un invento admirable vendría como á darle un impulso tan decisivo, que dejaría atrás á los otros géneros que sin él habían podido sobresalir.

Ciertamente la imprenta ha sido la verdadera madre del periodismo y de la novela, y no hay dificultad en creerlo así, cuando se reflexiona que sin esa maravillosa invención, ni podría haber periódicos, ni podría tampoco difundirse como se difunde la lectura de esos cuentos ingeniosos que hacen las delicias de todas las clases de la sociedad y que son como el maná de la imaginación.

Los otros géneros de literatura pudieron vivir fácilmente sin la imprenta. La historia se narraba en público, como lo hacía Herodoto con la suya en los circos olímpicos; la poesía épica hacía conocer los prodigios del patriotismo y del valor en las grandes ciudades y en los pueblos pequeños por donde viajaba con la lira de los cantores errantes de la Iliada; la poesía lírica encantaba con sus dulces acentos á la Grecia reunida en sus grandes fiestas, y que escuchaba silenciosa las divinas inspiraciones de Píndaro y de Corina, la poesía dramática agitaba el alma del pueblo con sus terrores subli-

mes, ó le arrancaba ruidosas carcajadas desde las tablas del escenario; la poesía religiosa enseñaba los dogmas sagrados que los Pontífices hacían llegar al pueblo con las melodías del himno en los templos de los dioses; la poesía erótica se trasmitía por la tradición, y se conservaba por la juventud y el amor, que hacían del instinto un libro siempre nuevo; la poesía satírica no necesitaba más que la indignación para vulgarizarse, y la poesía guerrera se aprendía por el entusiasmo y se eternizaba por la gloria.

En cuanto al apólogo de Esopo, la humanidad, que sufría tantas cadenas y que tenía tantos motivos de temor, lo repetía como un anátoma oculto, y lo trasmitía de generación en generación, como una herencia de mofa ó como un grito de venganza contra sus opresores.

Solamente la novela no podía vivir así, y necesitaba de la imprenta para su desarrollo. Pequeños cuentos eran los únicos que podían narrarse por medio de la palabra, y apenas pudieron conservar su existencia aquellos que las nodrizas necesitaban para dormir ó entretener á sus niños. Sin embargo, parece que algunos narradores de historietas ejercían en público esta profesión, como algunos ociosos en las tiendas de los barberos, según Luciano, ó algunos parásitos en los convites, según dice Xenofonte en

la Cyropedia, Horacio en algunas de sus sátiras, Plutarco en el *Banquete de los siete sabios*, Petronio en el *Satyricon* y Apuleyo en las *Metamórfosis*; ó en las calles de Atenas, como lo hacía aquel Philepsius de que habla Aristófanes en su comedia *Plutus*. En fin, éste se cree que fué el origen de las *Fábulas milesias y sibaríticas* que nacieron en Mileto y en Sybaris, dos ciudades famosas por su prostitución, y de las cuales salieron esos cuentos voluptuosos y libres que pronto se popularizaron en la Grecia, que tanto influyeron en la corrupción de las costumbres, que fueron imitados después en Roma con tanto éxito, y aun en los tiempos posteriores y en las naciones cristianas, á juzgar por las *Fabliaux* de los franceses, el *Decamerón* de Boccaccio y los *Cuentos de Lafontaine*.

Pero debemos observar que éstos eran, como lo hemos dicho, pequeños cuentos de amor, compuestos solamente con el objeto de inflamar los sentidos, y cuyas dimensiones no ofrecían dificultad para la tradición oral.

La antigüedad, con todo, privada de la imprenta para desarrollar y vulgarizar la novela filosófica, la novela histórica, la novela social, la novela religiosa, ó no concediéndoles grande atención y preferencia sobre los otros estudios, echó, por decirlo así, los gérmenes que debían

producir en nuestros tiempos tan fecundos resultados.

No permiten las dimensiones de esta revista hacer un estudio prolijo de tal materia, apoyado en citaciones justificativas, que es asunto largo y que llenaría volúmenes enteros; pero indicaremos hoy, aunque someramente y ateniéndonos al juicio de críticos profundos, algunas razones que fundan nuestro aserto.

Sin duda alguna que Herodoto mezcló á su historia multitud de leyendas increíbles y maravillosas, lo cual le trajo desde la antigüedad el renombre de *narrador de fábulas*. No nos metamos en inculparle, porque también es cierto que él escribió lo que oyó contar en sus viajes, trasladando á su historia, que no era una historia filosófica, aquellas tradiciones legendarias que en todo tiempo han sido el sabroso alimento de la imaginación oriental.

Pero la verdad es que la historia de Gyges, que la de Candaulo, la de Intapherno y de su mujer, y aquella del arquitecto del tesoro de Rhamsinit, el incesto de Mycerino y las galanterías de la hija de Cheops, que construyó una pirámide con el dinero de sus amantes, ó son mitos que los antiguos pueblos se transmitieron revestidos con las romanescas galas de la fantasía, ó simples historias que la multitud igno-

rante había desnaturalizado y cuyo verdadero origen permaneció oscurecido para siempre. Pero eso era el embrión de la novela histórica.

Otro tanto puede decirse de las bellísimas narraciones de Ctesias sobre Semíramis y Sardanápalo, que han inspirado á tantos ingenios modernos admirables obras literarias. Aquella gran reina conquistadora, poderosa por su genio y por su energía, terrible por sus pasiones y liviandades; aquel rey famoso por su afeminación y su voluptuosidad, por su lujo y su muerte trágica, ¿no son como los representa Ctesias, dos héroes de novela?

¿En la *Cyropedia* de Xenofonte no podremos vislumbrar la novela histórica y política, ya mejor tramada y con una intención tan filosófica y profunda, que no pudo menos de ser objeto de innumerables estudios en su época y en las posteriores?

Teopompo, con su célebre *Tierra de los Méropes*, llena de hombres y de animales maravillosos, con su *Anostos*, abismo lleno de un aire rojo, y con su *rio del placer* y su *rio de la pena* al borde de los cuales crecen árboles que dan frutos con propiedades análogas á las de esos ríos, ¿no parece el predecesor de las *Mil y una noches* ó de los *Cuentos de hadas*?

La *Atlántida* de Platón, ya que no pueda re-

putarse como la adivinación sorprendente de nuestra América, ¿no es con toda seguridad la novela política, es decir, la alegoría bajo la cual se esconden las atrevidas teorías del innovador que desea hacer aceptar á un pueblo entusiasmado el sistema y los dogmas de un gobierno ideal?

Todas las leyendas griegas sobre Héctor, Ajax y Aquiles, aquellas sobre Alejandro el Grande, que Quinto Curcio no hizo más que coleccionar, ¿no son acaso los orígenes de las leyendas de los Roldanes y de los Amadises; pero también de la novela heroica, de la novela histórica de nuestros días, tal como la vemos á veces en Dumas con sus *Mosqueteros*, en Walter Scott con su *Talismán* y su *Ivanhoe*, y en Fernández y González con su serie de leyendas moriscas y cristianas de España?

Hasta esas narraciones de viaje que en forma romanesca tanto nos encantan hoy, han tenido su origen en los tiempos antiguos. Señalemos en primer lugar la *Odisea*, el viaje de Apolonio de Tyana, el taumaturgo pitagórico que con tan bellos colores y tantas maravillas nos describe Philostrato, las narraciones de todos esos viajes de que nos habla Strabon, condenándolas, por supuesto como fabulosas, aquellas otras que acogía el mismo Diódoro de Sicilia sobre

la isla *afortunada* de que se aprovechó el Tasso en su *Jerusalem*, y tantas otras que sería largo enumerar. Bástenos decir que según vemos en el poema indio *El Ramayana*, es á la más alta antigüedad adonde se remonta el origen de estas narraciones.

A veces nos parecen esos viajes antiguos como el tipo de esos viajes satíricos y maravillosos que con tanta gracia han sabido hacer universales Swifte, Waton y Sterne escribiendo el *Capitán Gulliver*, el *Viaje al país de las monjas* y el *Viaje sen'imen'al*.

En cuanto á las novelas religiosas, Mr. de Chateaubriand no ha sido ciertamente el primero que haya escrito una obra con la forma de *Los Mártires*.

Los ingenios modernos han sacado ya mucho partido de los libros santos, y han engalanado con las pompas de su imaginación los asuntos bíblicos; pero no han podido añadirles más belleza ni hacerlos más conmovedores. Las historias de Agar, de Rachel, de Ruth, de Esther, de Judith, conservarán siempre esa frescura, ese perfume, ese tierno sentimiento de la sencillez primitiva, que una fantasía privilegiada puede sobreeargar de adornos y de brillo; pero que no podrá embe-

lecer más. Porque es cierto, los psalmos pierden parafraseándose en las lenguas modernas: ningún poeta podría hacer más patético el libro de Job, ningún historiador podrá narrar el Génesis con más majestad que el inspirado autor de él. Sin embargo ¡qué de asuntos en el Antiguo Testamento! ¡Cuántos en las Actas de los Apóstoles! ¡Cuántos en los primitivos tiempos del cristianismo; en aquellos días de persecución y de prueba, en que el cristiano hacía una arma de su fe, un escudo de su pobreza y una tribuna de su martirio, hasta lograr que cayesen por tierra el paganismo, arraigado por tantos siglos y el cesarismo romano, fundado sobre tantas glorias!

En esos mismos tiempos, ya varios autores emprendieron la novela religiosa, y nos quedan pruebas de ello en las bellísimas páginas de las *Clementinas* y en los libros que escribieron los solitarios de las Tebaidas.

Las novelas amorosas, diremos para concluir, tienen su origen en las *Fábulas milesias*, como lo hemos referido, en las *Metamorfosis* de Apuleyo, en el *Satyricon* de Petronio, libro escrito este último en un hermoso latín, pero cuya impureza repugna como en Apuleyo, teniendo, con todo, el mérito de representar al vivo las costumbres depravadas de la juventud romana que

vivía entre cortesanas y libertos impúdicos entre festines escandalosos y orgías indescribibles. El *Satyricon* es una novela en prosa y verso, delante de la cual los cuentos libertinos de Pigault Lebrun y de Paul de Kock parecen pálidos, pudiendo apenas comparárseles algunos infames libros del tiempo del Directorio en Francia. La *Historia Eubea* de Dion Chrysóstomo, es en cambio una narración graciosa y llena de moralidad, es una pastoral encantadora. La *Teágenes* y *Clariclea* de Heliodoro ha sido traducida por Amyot, elogiada por Boileau, y era la lectura favorita de Racine. La *Daphnis y Cloé*, que hace todavía las delicias de los jóvenes, es muy conocida para que hablemos de ella. Muchos escritores, según hemos podido ver, querían adivinar en este idilio adorable de autor desconocido, la primera novela de la antigüedad. Es, sin duda, según los críticos, la mejor pastoral; pero ya hemos dicho que databa de tiempos anteriores el origen de la ficción romanescas.

Sólo nos queda que añadir, que ni J. J. Rousseau, ni Goëthe, ni Richardson, son tampoco los primeros que hayan escrito novelas epistolares, y que son los antiguos los iniciadores también de este artificio literario, por el que, lo decimos de paso, tenemos una predilección extraordinaria.

Alciphron había ya escrito sus preciosas *Cartas de pescadores de parásitos y de cortesanos*, y Forneo sus *Cartas eróticas*. Alciphron, sobre todo, es delicioso, y tiene cartas que estarían bien en una novela moderna. En una de ellas se refiere la famosa defensa que hizo Hipérides delante del Areópago, de la hermosa cortesana Phryné, acusada de impiedad, y absuelta cuando la desnudó su defensor y mostró aquella belleza ante los viejos jueces, que idólatras del arte, la consideraron como la obra más bella de los dioses que la Grecia entera acabó por adorar, copiándola en la Venus de Gnido.

Pero dejemos ahora estos orígenes de la literatura romanescas, y atravesemos los siglos de la Edad media y los primeros de la Edad moderna, en los que florecieron esas leyendas, hermosas á veces, pero las más absurdas y fabulosas, á que dió nacimiento la mezcla de barbarie, de galanterías y de heroísmo de aquellos tiempos, y que se llamaron *Libros de caballerías*, más célebres todavía que por ellos mismos, por haber sido la causa de que viniese al mundo una obra admirable y eterna—*el Quijote*. Lleguemos al fin del siglo pasado y á la época presente, en que debe colocarse, en realidad, el apogeo de la novela, y en que se ve de bulto

su inmensa importancia en la civilización y en las costumbres.

Ya Voltaire y Rousseau emprendieron la tarea de popularizar sus teorías filosóficas con la forma novelesca, y dieron verdaderamente desarrollo á la novela filosófica. El primero escribió una serie de historietas en las que disfrazó sus ideas; con tal objeto se aprovechó de todos los recursos de la fantasía: el sentimiento, el ideal, la sátira, la caricatura.

El segundo siguió un sistema diverso. Dotado de mayor sensibilidad y de mayor destreza para manejar los ocultos resortes del corazón humano, escribió obras que tuvieron una reputación universal y causaron una conmoción en el pueblo francés. Rousseau se abrió paso en el corazón de las mujeres con el exquisito sentimiento y preocupaba hondamente los espíritus.

Poco después que estos dos escritores, vino Bernardino de Saint-Pierre con su bellísima creación de *Pablo y Virginia*, en que supo reunir á la frescura é inocencia del idilio, todo el interés del drama y la amargura y tristeza de la elegía. Esta obra incomparable ha obtenido, como las grandes obras del genio, un renombre universal y el privilegio de hacer derramar lágrimas en todos los pueblos civilizados, y donde

quiera que latén generosos pechos y que hay almas tiernas y virtuosas. *Pablo y Virginia* es el ideal de perfección que soñó la antigüedad al producir sus pastorales, á las que faltaba la dulzura de la virtud de estos dos jóvenes amantes, para llegar á la sublimidad.

Casi por este mismo tiempo la Alemania se conmovía por la aparición de las novelas de Goëthe, novelas en que el sentimiento se llevaba á un grado de exaltación que podía producir el extravío. El autor de *Werther* y de *Wilhelm Meister* fundó, por decirlo así, una escuela novelesca, así como fundó con el *Fausto* una escuela poética. Eran los primeros vagidos del romanticismo moderno.

Pero la impresión causada por todas estas obras, tanto francesas como alemanas é inglesas, pronto se olvidó, y aun la literatura romanesca se detuvo en sus progresos á la llegada de la revolución que agitó al mundo á fines del siglo XVIII. Los tremendos rugidos de aquella tempestad todo lo acallaron en derredor suyo, y las grandezas trágicas de la revolución eclipsaron pronto la modesta gloria de la leyenda. El estampido del cañón aturdió á la Europa, y en medio del fragor de aquellos combates ciclópeos apenas se oían los cantos del patriotismo, ó la voz de los tribunos, ó el gemido de las víctimas.

Todo en aquella época estaba trastornado por la fiebre política. Pero pasó, y la nueva florecencia de la literatura debía ser más fecunda en el presente siglo. Hé ahí que hemos llegado al tiempo en que la novela, dejando sus antiguos límites, ha invadido todos los terrenos y ha dado su forma á todas las ideas y á todos los asuntos, haciéndose el mejor vehículo de propaganda.

No hay que decir ahora que la novela es una composición inútil y frívola, de mero pasatiempo, y de cuya lectura no se saca provecho alguno, sino por el contrario, corrupción y extravíos. Verdad es que de muchas no sólo puede decirse esto, sino que son dignas de condena, debiendo atacarse con tanta más energía sus efectos y evitarse su influencia, cuanto mayor es el atractivo que tienen; pero por fortuna la reprobación pública las hiere apenas han nacido, y no faltan ingenios que se apresuran á dar el contraveneno necesario para impedir los estragos de la idea inmoral.

Pero generalmente hablando, la novela ocupa ya un lugar respetable en la literatura, y se siente su influencia en el progreso intelectual y moral de los pueblos modernos. Es que ella abre hoy campos inmensos á las indagaciones históricas, y es la liza en que combaten todos

los días las escuelas filosóficas, los partidos políticos, las sectas religiosas; es el apóstol que difunde el amor á lo bello, el entusiasmo por las artes, y aun sustituye ventajosamente á la tribuna para predicar el amor á la patria, á la poesía épica, para eternizar los hechos gloriosos de los héroes, y á la poesía satírica para atacar los vicios y defender la moral.

Todo lo útil que nuestros antepasados no podían hacer comprender ó estudiar al pueblo bajo formas establecidas desde la antigüedad, lo pueden hoy los modernos bajo la forma agradable y atractiva de la novela, y con este respecto no pueden disputarse á este género literario su inmensa utilidad y sus efectos benéficos en la instrucción de las masas. Bajo este punto de vista, la novela del siglo XIX debe colocarse al lado del periodismo, del teatro, del adelanto fabril é industrial, de los caminos de hierro, del telégrafo y del vapor. Ella contribuye con todos estos inventos del genio á la mejora de la humanidad y á la nivelación de las clases por la educación y las costumbres.

La historia de ese gran libro de la experiencia del mundo está de hoy en más, abierto ante todos los ojos, y su conocimiento no será el privilegio de un grupo de hombres favorecidos por la suerte, pues engalanada con los atavíos de la

leyenda, se la hace aprender al pueblo, que saca de ella provechosas lecciones. Algunos opinan que esta manera de escribir la historia la desnaturaliza, y corrompe las fuentes de la verdad. Nosotros respondemos que no hay forma histórica que no ofrezca ese peligro cuando el escritor carece de criterio, ó cuando el interés de un partido se apodera de tal recurso para hacer triunfar sus ideas. Dad el buril histórico á un adulador de los Césares, y tendréis un panegírico vergonzoso; dadlo á Tácito y tendréis á la verdad majestuosa denunciando las infamias de la tiranía. Leed las páginas de Solís sobre la conquista de Méjico, y veréis fábulas ridículas como las que puso Herodoto en su libro, desnaturalizando hechos verdaderos; pero estudiad á Prescott, que ha sabido con sana crítica descartar lo verdadero de lo falso, y tendréis la buena historia.

Así pues, la novela no es la que trae en sí este inconveniente, sino la intención ó la capacidad del escritor; y aquella novela histórica será más estimable, que presente los hechos con mayor imparcialidad: además de que para combatir los errores se ofrece el mismo medio á los autores que deseen defender la verdad contra la impostura.

Sin duda alguna la novela histórica ha hecho

un gran servicio, y por eso se cultiva hoy en casi todos los países civilizados. Su desarrollo en la bellísima forma moderna se debe á Walter Scott, que ha hecho conocer en todo el mundo con sus encantadoras leyendas la historia de su país, antes muy ignorada. El novelista escocés no sólo ha descrito con su mágica pluma los cuadros históricos de su patria, sino también algunos de la historia de Francia, como en *Quentin Durward*, y otros de la poética guerra de las Cruzadas, como en el *Talismán*, y al mismo tiempo ha pintado las costumbres de diversas épocas con una fidelidad sorprendente. Sus obras, que obtuvieron desde luego una boga inmensa y la siguen teniendo, no sólo produjeron el resultado de difundir el conocimiento de los hechos pasados y la afición á la historia filosófica, sino también el de fundar una escuela que se apresuraron á seguir numerosos escritores de diversos pueblos.

Después de él, una falange de jóvenes se ha precipitado en el mismo camino, y puede decirse muy bien que hoy apenas hay suceso notable, apenas hay secreto, apenas hay rey de Francia ó noble barón antiguo, que no haya tenido su novelista, porque después de agotadas las crónicas generales de Francia, los autores han acudido á los manantiales que les ofrecían las

crónicas particulares de las provincias, de las casas feudales y hasta de los castillos más pequeños. Todo se ha explotado ó se sigue explotando, de modo que la vida de un hombre no sería bastante larga para leer ese cúmulo inmenso de novelas históricas.

También se ha distinguido notablemente y debe ser mencionado al par que Dumas, un eminente escritor americano, Fenimore Cooper, que más semejante á Walter Scott que el escritor francés, escribió una serie de lindísimas novelas, describiendo con pincel maestro la fundación de las colonias europeas en los Estados Unidos, sus guerras con las valientes tribus aborígenes, y aun algunas de las proezas de sus héroes de la independencia. Tales cuadros de Cooper sorprenden por su originalidad; han tenido extraordinario éxito en el mundo, y con razón han sido colocados al lado de los del novelista escocés.

En la actualidad florece en España un ingenio tan fecundo como Dumas, y que añade á su fecundidad la circunstancia de tener un carácter literario propio y eminentemente nacional. Queremos hablar de D. Manuel Fernández y González, que ha escrito ya tantas novelas cuantas son suficientes para formar una biblioteca. Este escritor ha sabido aprovecharse de los ricos te-

soros que encierra para el novelista la historia de esa poética y grandiosa España, que por sus glorias, sus monumentos y su importancia en el mundo, tiene pocas rivales. Estos tesoros aun no están agotados y tardarán mucho en agotarse todavía. Las novelas españolas están obteniendo una boga inmensa, no sólo en la Península, sino en todos los países en que se habla la hermosa lengua castellana, y se traducen diariamente á las otras lenguas, llegando hoy su turno á la historia española de llamar la atención, como la llamó ayer la francesa por medio de la novela. Fernández y González es tan popular como Walter Scott y Dumas, en las naciones hispano-americanas particularmente, y tanto, que se da la circunstancia notable de estarse reproduciendo sus obras en los folletines de casi todos los periódicos mejicanos, y se agotan las ediciones que vienen de España. Por lo demás, justo es decir que Fernández y González ha tenido como predecesores en la novela histórica española, á Larra, á Aiguales de Izco, á Ariza, á Navarro Villoslada y á otros que produjeron pocas, pero notables obras de este género. Así pues, España que ya ocupa el primer lugar por su obra inmortal *El Quijote*, ocupará uno muy distinguido también por sus novelas modernas.

En cuanto á la América española, nosotros no

sabemos de otra producción más feliz que la *Amalia* de Mármol, cuadro palpitante y bellísimo, como todo lo que crea ese eminente poeta, de una época dolorosa para Buenos Aires, aquella de la dominación de Rosas. Esta novela rivaliza con ventaja con las mejores europeas. Ultimamente se han publicado también en la América del Sur otras muchas desconocidas en Méjico y que sería largo enumerar.

Las doctrinas sociales, todos los principios de regeneración moral y política, propiedad exclusiva antes de la tribuna, de la cátedra y del periódico, se apoderan también de la novela y la convierten en un órgano poderoso de propagación. Para no mencionar otras, ahí están algunas novelas hermosísimas de Clemencia Robert, esa tierna poetisa del pueblo, ahí está la *Cabaña del tío Tom* que interesó al mundo de los desgraciados esclavos y que dió impulso á la revolución abolicionista de los Estados-Unidos; ahí están las obras de Balzac, de las que cada una es un estudio de la sociedad moderna con sus dolores y sus esperanzas, con sus vicios y sus virtudes.

Verdad es que en este punto hay infinidad de producciones estúpidas que desconceptúan tanto al que las escribe como al que las lee, sucediendo lo mismo en la novela moral; pero

entiéndase que nosotros queremos hablar de aquellas obras en las que resplandese el talento y que encierran una intención filosófica, noble y útil, no de aquellas que pervierten el buen sentido, y unen á la frivolidad más grande, la maldad más profunda. Descartaremos, pues, de nuestra lista las historietas de Paul de Kock, de una moral equívoca, por más que sean estudios acabados de las costumbres francesas, y los infames cuentos milesios del tiempo del Directorio, del Consulado y del Imperio en Francia, producto de la disolución de costumbres que siguió á los grandes trastornos de aquella época, y uno de los cuales valió á cierto marqués de Sardes un encierro en la torre de Vincennes. Así hemos descartado también de la novela histórica las desgraciadas y soporíficas leyendas del vizconde d' Arlincourt, que hicieron las delicias de los ignorantes hace treinta años, y así descartemos de la novela de costumbres toda esa cáfila de cuadros disparatados de la sociedad americana, pintados por charlatanes extranjeros, y que no merecen mención, si no es para condenarlos al desprecio.

En las novelas de costumbres se necesita tan grande dosis de fina observacion y de exactitud, como para las novelas históricas se necesitan instruccion y criterio. De otro modo sólo se pro-

ducirán monstruosidades ridículas, que no merecerán más elogio que el *risum teneatis* de Horacio. Así pues, descartaremos también de las novelas de costumbres algunas del americano *Maine Reid*, que tiene protensiones de imitar á Cooper, y que ha pintado á los mejicanos de un modo que ni ellos mismos se conocen.

Por igual razón condenaremos algunos cuentos estúpidos de Octavio Feré y de otros muchos que han pretendido dibujarnos, y sobre todo, esa *Esposa mártir*, que Pérez Escrich no ha tenido empacho en publicar y aun enviar á Méjico hace poco, tan desdichada como todas las suyas, pero en que tiene el raro acierto de ensartar tantas necedades con respecto á nosotros, que indignarían si no hiciesen reír de buena gana.

Pero no hay duda en que los cuadros de costumbres de ese mismo Walter Scott, padre de la novela histórica, los de Carlos Dickens, los de Fernán Caballero y los de Elías Berthet, son de una verdad sorprendente y reúnen á una moralidad intachable, una gracia y una sencillez que hechizan.

El simple cuento de amores ocupa el último lugar por su importancia, y en él no deben buscarse más que elevación, verdad, sentimiento delicado y elegancia de estilo. La novela pura-

mente amorosa debe ser un ramillete de flores que recree la vista y halague los sentidos, y que si no muestre alguna cuyo perfume sea saludable, al menos no oculte otra venenosa; debe ser una copa de sabroso licor, que si no contenga alguna medicina desleída, al menos no produzca torpe y peligrosa embriaguez que haga daño, ó tósigo que cause la muerte.

En la leyenda de amores, lo confesamos, puede haber gran peligro. La juventud gusta de ella, la busca con afán y la devora sin precaución. Justamente es el tiempo en que el corazón, semejante á una flor de la mañana, se abre inocente y puro á las primeras impresiones, y las acoge y las guarda con ternura. ¡Ay de él si en vez de una brisa pura y saludable, vienen á corroer su seno las exhalaciones infectas y desecantes del pantano del mundo! El corazón se marchitará pronto, en vez de permanecer lozano y fresco por toda la vida.

Tanto mayor es el peligro cuanto que los directores de la juventud, parientes ó maestros que defienden el alma joven del contacto del mundo y del vicio, no siempre son bastantes á impedir la entrada de esos pequeños libros dorados, en que se aprende demasiado pronto lo malo, y en que con el dulce néctar del sentimiento se bebe el corrosivo veneno de la duda,

del desprecio al honor, juntamente con el amor al deleite sensual. Los cuadros seducen, las retencencias malignas despiertan la curiosidad, el lenguaje de la lectura embriaga, y si no se encuentra en la pasión una fuerte dosis de moralidad, el alma se extravía.

¶ Pero nosotros deseamos la moral ante todo, porque fuera de ella nada vemos útil, nada vemos que conduzca á la dicha, nada vemos que pueda llamarse verdaderamente placer; y como los sentimientos del corazón tan fácilmente pueden ser conducidos al bien individual y á la felicidad pública cuando se forman desde la adolescencia, deseamos que en todo lo que se lea en esta edad haya siempre un fondo de virtud. Lo contrario hace mal, corrompe á una generación y la hace desgraciada, ó por lo menos la impulsa á cometer desaciertos que son de difícil enmienda.

El *Werther* de Goëthe extravió muchas almas; más de un corazón puro ha debido sus desdichas á una novela de Jorge Sand; muchos de esos libertinillos de pacota, de esos *calaveras silvestres y lampiños*, como los llama Fígaro, toman sus modelos en las novelas coloradas de Pablo de Kock y van á un presidio por ello de cuando en cuando; algunas damas encopetadas han querido reproducir á *Adriana de Cardoville* y á la *Dama de las perlas*, y cuando estuvo en

boga *La Dama de las Camelias*, se vieron pasiones singulares, no por heroínas cuyo apoteosis justifica Dumas [hijo] con el sentimiento, sino por criaturas perdidas que no valían la pena.

En el cuento de amores el ingenio puede hacer lo que quiera; y ya que lo puede todo, ¿por qué no reunir el encanto á la moral? Las luchas del corazón no necesitan del vicio para ser interesantes. Se dirá — Pero así es el mundo. — Enhorabuena; pero ¿por qué en vez de condenar con el ridículo ó con la desgracia esas negras realidades de la vida, añadirles la seducción de la poesía y el atractivo de la forma?

Bajo este punto de vista Walter Scott es irprochable, y al acabar de leerse cualquiera de sus novelas, se siente una impresión indefinible de placer.

Una nueva escuela, alemana por cierto, ha añadido todavía á la forma romanesca un atractivo más, lo fantástico; lo fantástico á que son tan inclinadas las imaginaciones del Norte. Pero lo fantástico de cierta especie, no lo fantástico de los pueblos primitivos que es común á todos los países y que ha nacido del terror religioso y de la ignorancia, sino lo fantástico ideal, si podemos expresarnos así. Hoffman es el padre de esta escuela, que se ha seguido en Francia y en que se han hecho débiles ensayos en

España. Los cuentos de Hoffman han adquirido gran celebridad, y nosotros no los admiramos tanto por su originalidad, como por su exquisito sentimiento.

En fin, la novela es el monumento literario del siglo XIX. Si este monumento es grandioso ó indica la decadencia de la civilización, no lo sabremos decir, y tocará á las generaciones futuras declararlo; pero lo cierto es que este género, antes apenas conocido y cultivado, ha llegado hoy á su completo desarrollo, y que, Proteo de la literatura, ha aceptado todas las formas y se ha revelado á todas las inteligencias.

No concluiremos este ensayo, sin advertir que nosotros hemos considerado la novela como lectura del pueblo, y hemos juzgado su importancia no por comparación con los otros géneros literarios, sino por la influencia que ha tenido y tendrá todavía en la educación de las masas. La novela es el libro de las masas. Los demás estudios, desnudos del atavío de la imaginación, y mejores por eso, sin disputa, están reservados á un círculo más inteligente y más dichoso, porque no tiene necesidad de fábulas y de poesía para sacar de ellos el provecho que desea. Quizás la novela está llamada á abrir el camino á las clases pobres para que lleguen á la altura de este círculo privilegiado y se con-

fundan con él. Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir. Quién sabe! el hecho es que la novela instruye y deleita á ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aun teniéndolas no poseería su clave; el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores á las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte.

Hemos hecho este ensayo expresamente para venir á parar á la novela de nuestro país. Como se ve desde luego, estamos en la infancia en el cultivo de este ramo de la literatura. Sin embargo, algunos ingenios, aunque muy pocos, han abierto ya el camino, y debe mencionarse en primer lugar á Don Joaquín Fernández Lizardi, que tan popular es en Méjico bajo el seudónimo de *El Pensador Mejicano*, cuyas obras son sin duda las más conocidas de nuestro pueblo, y á quien puede llamarse con razón el patriarca de la novela mejicana. ®

La más famosa de esas obras es el *Periquillo*, de la cual es inútil hacer un análisis, porque puede asegurarse, sin exageración, que no hay

un mejicano que no la conozca, aunque no sea más que por las alusiones que hacen frecuentemente á ella nuestras gentes del pueblo, por los apodos que hizo célebres, y por las narraciones que andan en boca de todo el mundo. Lo que sí diremos, es que el *Pensador* se anticipó á Süe en el estudio de los misterios sociales, y que profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada, penetró con su héroe en todas partes, para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mejicana, y para pintarla como era ella á principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad y completo, al grado de tener pocos que le igualen.

Si algo puede tacharse al *Pensador*, es su estilo, que sea intencionalmente ó porque no pudo usar otro, es vulgar, lleno de alocuciones bajas y de alusiones no siempre escogidas. Pero ciertamente, si hubiese usado otro, ni el pueblo le habría comprendido tan bien, ni habría podido retratar fielmente las escenas de la vida mejicana. Este reproche del estilo que le han dirigido críticos poco profundos, queda desvanecido desde que vemos á autores afamados como Víctor Hugo y Eugenio Süe, hacer hablar á sus personajes el *argot* del populacho más bajo de París. Evidentemente éste, lejos de ser un de-

fecto, es una cualidad, porque retrata fielmente las costumbres. El *lépero*, la *china*, el *bandido* y aun el *currutaco*, el *estudiante* y las *damas* de entonces, no podían hablar el lenguaje del petimetre de hoy, ni el de las damas de nuestra aristocracia, ni el de los hombres instruidos de la actualidad.

En cuanto á la forma del *Periquillo*, no puede acusarse al *Pensador* de no haberla hecho más elegante. El no tenía más que los moldes antiguos que imitar y los imitó cuanto pudo. El *Periquillo* está modelado en el *Quijote*, en *Rinconete y Cortadillo*; en el *Picaro Guzmán de Alfarache*, en el *Lazarillo de Tormes*, en el *Gran Tacaño* y en el *Gil Blas*, por ejemplo. Las aventuras del héroe están narradas con método y conservan su interés hasta el fin, como las del *Gil Blas*, con el que tiene mayor semejanza.

Esta fué la primera novela nacional. Nosotros omitimos aquí el análisis de las demás obras del *Pensador*, que tienen el mismo estilo y la misma intención filosófica. Después vinieron algunos juguetes de Villavicencio, más conocido con el nombre del *Payo del Rosario*, pero ellos, más bien que la forma romancesca, revestían la forma de sátira política.

Hubo un paréntesis de largo tiempo. Nuestros antepasados de hace cuarenta años conde-

naban la novela sin oírla, y la cerraban sus puertas con el mismo terror que á la peste. Por otra parte, el movimiento literario era nulo, y todo se consagraba á las áridas cuestiones de la política.

La primera época de entusiasmo literario reapareció, por fin; y un joven, entonces consagrado con ardor á la bella literatura y notable por su talento, por su fina observación y por los conocimientos adquiridos en sus viajes y en sus estudios de las obras extrañeras, fué el nuevo autor. Llamábase este D. Manuel Payno, y la nueva producción *El Fistol del Diablo* tuvo una popularidad merecida, porque era también un estudio de la sociedad mejicana, ya un poco diferente de aquella que pintó el Pensador; aunque es necesario decir que como las costumbres no se cambian como una decoración teatral, aun ahora mismo viven muchos tipos del *Periquillo*, y aun no desaparecen completamente las costumbres ni el lenguaje popular de aquella época.

Pero Manuel Payno tenía mayor instrucción que Lizardi: la literatura extranjera, y particularmente la francesa, había penetrado en nuestro país. *El Fistol* tuvo una forma más elegante; su estilo era florido, ameno y escogido; el gusto en las frases, en las escenas de amor y en

los tipos, revelaba desde luego al hombre fino y que frecuentaba la mejor sociedad, al poeta lleno de sensibilidad y de ternura, al discípulo de una escuela literaria elegante y al hombre de mundo. Se leyó con avidez esta novela, y aun se tuvo una gran ansiedad cuando el autor la suspendió al fin, dilatando la publicación del desenlace.

Esta no fué la única novela de Payno; á ella siguieron pequeñas leyendas, todas graciosas é interesantes, y cuyo único defecto era ser demasiado pequeñas.

Después de Payno hubo otro paréntesis, hasta que Fernando Orozco y Berra publicó su *Guerra de treinta años*, novela bellísima, original, escéptica, sentida, que respira voluptuosidad y tristeza, y que es la pintura fiel de las impresiones de un corazón corroído por el engaño y por la duda, y que había entrado en el mundo, ávido de amor y de goces. Nosotros pondríamos por epígrafe al libro de Orozco, esta quintilla de Enrique Gil:

Ay del corazón del niño
Que se abrió sin vacilar,
Sin reserva y sin aliño,
Pidiendo al mundo cariño,
Y no lo pudo encontrar.

La guerra de treinta años es la historia de un

Altamirano.—51.

corazón enfermo; pero es también la historia de todos los corazones apasionados y no comprendidos. Fernando Orozco fué muy desgraciado; murió joven y repentinamente, poco después de la publicación de su novela, que es la historia de su vida. Los personajes que en ella retrata, vivían entonces, algunos viven aún, y los jóvenes, á quienes su narración interesó en alto grado, hacían romerías para ir á conocer á aquella ingrata Serafina que fué la negra deidad de sus amores.

Fernando Orozco tiene una extraña semejanza con Alfonso Karr, y hasta la forma loca y original de la *Guerra de treinta años* es la misma que la de *Bajo los tilos* de aquel, que según la carta final, es también la historia de sus pesares. Leyendo ambas novelas se sorprende uno de su analogía.

Después de Fernando Orozco hubo nuevo paréntesis hasta Florencio María del Castillo, el pobre mártir de Ulúa, cuya memoria nos es tan querida. Era casi nuestro hermano, y al nombrarle y al hablar de sus obras, se conmueve nuestra alma al recuerdo de aquellos días de la juventud que pasamos juntos, soñando y hablando como sueñan y hablan dos seres á quienes une la fraternidad del amor á la gloria, de la poesía y de la juventud y de la desgracia.

Florencio del Castillo es, sin duda, el novelista de más sentimiento que ha tenido Méjico, y como era además un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelación de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caracteres, ó la exquisita ternura que rebosa de sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien el estilo elegante y fluido del diálogo; ó la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida en Méjico.

Cada una de sus heroínas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razón, que para hacer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar á ésta, sino por el contrario, iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así, en sus leyendas no se ve á una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios y aborrecibles; ninguno de esos ejemplares de mujer maldiciente y procaz, que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazón, haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No: Florencio era demasiado delicado para levantar del lodo á esos reptiles y mostrarlos á la sociedad, que harto

los conoce, y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos.

Las heroínas de Florencio son jóvenes virtuosas, apasionadas, melancólicas con esa melancolía que hace llorar y no aborrecer al mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman y sufren, y luchan y lloran en silencio; pero jamás se desesperan, jamás se sublevaron contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra; no: quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazón y sólo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre los que sufren, entre los que no tienen más goces que los del amor casto y sincero.

Por lo demás, Florencio es un poeta en la extensión de la palabra; pero un poeta melancólico. Nadie como él supo, con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresión de honda tristeza, porque ése es el carácter de su poesía.

Sus leyendas no concluyen en matrimonio, ni en abrazos, ni en agradables sorpresas; todas ellas se desenlazan dolorosamente como los poemas de Byron; pero diferenciándose del poeta inglés en que la desdicha de sus héroes no produce desesperación, ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era escéptico.

En ternura y en pasión, las novelas de Florencio pueden rivalizar con *Pablo y Virginia*, pueden rivalizar con *Werther*, llevando á ésta la ventaja de la moralidad; pueden compararse con la *Graziella* ó con el *Rafaél*, de Lamartine, aventajándoles también en el estudio social y en la intención, y por estas razones pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.

En esto no exageramos: otros más autorizados que nosotros han hecho las mismas observaciones ya, y nosotros no somos más que el órgano de la opinión general de los inteligentes.

Tales son esas bellísimas leyendas. Son varias, y se intitulan: *El cerebro y el corazón*, *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo! Dolores ocultos*. *La Hermana de los ángeles*. Ellas, menos la última, se publicaron en una elegante edición, precedida de un hermosísimo prólogo de Guillermo Prieto, y se han reimpresso varias ve-

ces. *La Hermana de los ángeles* apareció después.

Muy poco después, Pantaleón Tovar publicó sus *Frontas de la vida*, novela de costumbres populares y que entraña también el estudio social. Tovar concibió un plan vastísimo y lo modeló según la famosa novela de Süe *Los Misterios de París*, que entonces estaba en boga. Para desarrollarlo se consagró al estudio de las costumbres y aun del lenguaje especial del *argot* de nuestro populacho, que es tan abundante en locuciones extrañas y en palabras convencionales, como el *argot* parisiense y como el *caló* de los gitanos. Con todos estos datos, Tovar escribió su novela, que se leyó mucho; pero Tovar es inconstante y se fatiga pronto en sus tareas literarias. Además, su alma parece devorada por un tedio incurable; ha sufrido mucho, y todas sus obras se resienten de una tristeza amarga que revela cierto desfallecimiento. La idea de su novela quedó trunca, y como él ha sido arrastrado también por el huracán de la política, y parece haberse retirado de la arena literaria al terreno prosaico de los guarismos, difícilmente la llevará á cabo.

Pasó el gobierno del general Arista, luego la dictadura de Santa-Anna; la literatura tuvo otro de sus períodos de mutismo frecuentes, y

durante la administración del general Comonfort volvió á dar señales de vida á la sombra de una paz que duró ¡ay! muy poco tiempo.

Entonces dos jóvenes aparecieron escribiendo novelas: Juan Díaz Covarrubias y José Rivera y Rfo.

Las del primero también son ensayos de estudios sociales, y se dieron á luz bajo diferentes formas, llamándose *Impresiones y sentimientos*, *La clase media*, *El diablo en Méjico* y *Gil Gómez el insurgente*, que parece una leyenda histórica. El carácter literario del joven mártir de Tacubaya, es bien conocido para que nos detengamos á analizarle. Aquella vaga tristeza, que no parecía sino el sentimiento agorero de su trágica y prematura muerte, aquella inquietud de una alma que no cabía en su estrecho límite humano, aquella sublevación instintiva contra una sociedad viciosa que al fin había de acabar por sacrificarle, aquella sibila de dolor que se agitaba en su espíritu pronunciando quién sabe qué oráculos siniestros, aquella pasión ardiente y vigorosa que se desbordaba como lava encendida de su corazón: hé aquí la poesía de Juan Díaz Covarrubias, hé aquí sus novelas.

Hay en su estilo y en la expresión de sus dolores precoces grande analogía entre este joven y Fernando Orozco. Hay en sus infortunios

quiméricos como un presentimiento de su horrible martirio, y por eso lo que entonces parecía exagerado, lo que entonces parecía producción de una escuela enfermiza y loca, hoy nos parece justificado completamente. Juan Díaz, como Florencio del Castillo, amaba al pueblo, pues se sacrificó por él; tenía una bondad inmensa, un corazón de niño y una imaginación volcánica, y todo esto se refleja en sus versos y en sus novelas, en cuya lectura cree uno ver á uno de esos proscritos de la sociedad, que arrastran penosamente una vida de miseria y de lágrimas, y no á un joven estudiante de porvenir, bien recibido en la sociedad y llevando una vida cómoda y agradable, como realmente era. En sus versos, Díaz habla de sus desdichas como Gilbert, como Rodríguez Galván y como Abigail Lozano. En sus novelas es dolorido y triste como un desterrado ó como un paria.

¡El numen de la muerte le inspiraba, y todas estas quejas eran exhaladas con anticipación, para ir á morir repentinamente y en silencio en Tacubaya!

José Rivera y Río, ya conocido por sus bellas composiciones poéticas, como Díaz Covarrublas, también publicó varias novelas sociales. Rivera y Río es tan original en su poesía como en su composición romanesca. Joven, precoz, apasio-

nado, vehemente, con un gran corazón y una alma ávida de todas las emociones, con una naturaleza sensual y delicada, aspirando con voluptuosidad el perfume de las rosas de su juventud; pero irritándose al contacto de las espinas, este poeta es la expresión de esa juventud fogosa é impaciente, de esa falange del porvenir para la que el reposo es la muerte, para la que el obstáculo es el imposible.

Rivera y Río sueña con su ideal, sonrío acariciándolo en su imaginación; pero cuando baja los ojos hacia la prosa de la vida y lo encuentra irrealizable, se indigna, se entristece y se rompe la frente calenturienta contra el muro de la maldad ó de la estupidez. De aquí ha venido que su carácter sea una rara mezcla de fe y de escepticismo, de ternura y de odio, de goce y de tormento. Su lira tiene transiciones increíbles; ya suena dulce y melancólica como el laúd de un trovador de la Edad Media, ya cambiando de súbito, produce notas vibrantes, roncadas y terribles, como la cítara de un profeta antiguo arrebatado por la cólera.

Hay además, que Rivera y Río abriga un fondo de honradez austera é intolerante. El no transige con el vicio, no puede ni siquiera disimular su indignación en su presencia; le persigue, le vapula, le maldice, y cuando le ve triun-

fante, no se da por vencido; lucha con él, le escupe, y derrama lágrimas de despecho por no poder aniquilarle. Tal es Rivera y Río como poeta; tal es también como novelista. Si sus versos salen de su boca como un rugido de la tempestad, su novela es una invectiva social. El nombre sólo de una de sus leyendas indicará sus teorías. *Fatalidad y Providencia* se llama esa serie de cuadros llenos de sentimiento y de tristeza, pero que á veces aparecen iluminados por relámpagos de cólera y de duda. Su estilo es fluido y enérgico; á veces tierno hasta la dulzura, á veces incisivo hasta hacer mal; vehemente las más veces, elegante siempre. Si Rivera y Río nos perdonara una libertad, le aconsejaríamos que se consagrara á la novela.

El produciría obras que podrían rivalizar con las de Federico Soulié, porque tiene su mismo carácter.

Hemos colocado en este tiempo el lugar de las novelas de Rivera y Río, que no se publicaron sino hasta 1861, porque su plan fué concebido entonces y porque él perteneció á esa época de renacimiento literario.

Pasó la administración de Comonfort y volvió á atrasarlo todo la guerra, esa guerra fatal que ha pesado sobre este país como una maldición, y que ha cegado las fuentes de su riqueza

material, así como ha paralizado su movimiento intelectual.

El gobierno progresista triunfó, y á su advenimiento á México, la política siguió agitando todas las almas, la guerra civil siguió rugiendo amenazadora, y la bella literatura no pudo florecer sino penosamente.

La novela, sin embargo, volvió á aparecer con su color de actualidad y con su estudio contemporáneo. Un escritor instruido, fuera ya de la edad de la juventud y con una larga experiencia del mundo fué el nuevo autor. D. Nicolás Pizarro Suárez había concluido y rejuvenecido su *Monedero*, y había escrito nuevamente su *Coqueta*, dos novelas que llamaron mucho la atención y que se leyeron con avidez.

Decimos que había rejuvenecido su *Monedero*, porque recordamos que cuando muy jóvenes y haciendo todavía nuestros estudios de latinidad, esta novela apenas comenzada, nos produjo agradable distracción en los ratos de ocio del colegio.

Pero Pizarro no la concluyó entonces ó no la popularizó, y nosotros no leímos su desenlace; de modo que en 1862, cuando su autor tuvo la bondad de regalarnos sus obras, nos pareció nueva enteramente.

Su novela *La Coqueta* es de menor importan-

cia. Es un cuento de amores; pero también es la fisiología del corazón de la mujer casquivana de nuestro país. Esta leyenda es un cuadro lleno de frescura y de sentimiento en que las situaciones interesan, en que el colorido seduce y en que la virtud resplandece siempre con el brillo de la victoria.

Ahora nos preguntamos después de repasar en nuestra memoria esas leyendas, ¿por qué razón estos autores se han limitado á publicar una ó dos solamente? ¿Es que acaso carecen de asuntos? Es imposible. ¿El desaliento arranca la pluma de sus manos? Pero ¿por qué no la retiene el deseo de instruir al pueblo y de vindicar á su país calumniado? Porque presentar á nuestro pueblo, tal como es, no sólo debe ser la misión del periodista y del historiador, sino del novelista, que tiene la ventaja de disponer de un terreno más amplio para sus cuadros y sus defensas.

¿Quiéren consentir en que algunos ignorantes novelistas de ultramar derramen en el mundo civilizado sus absurdas consejas sobre nosotros, y lo que es peor, sus negras calumnias, que pasarán por verdades si los mejicanos no las desmienten con sus obras más dignas de crédito?

Acaba de publicarse, por ejemplo, *La Esposa*

Mártir, de Pérez Escrich, acerca de la cual hicimos ya una indicación. Pues bien la tal *Esposa Mártir* del autor del *Cura de Aldea*, es un tejido de disparates á que viene á dar realce esa ternura afectada y empalagosa y ese estilo soporífero que caracterizan las obras de este autor.

La *Esposa Mártir* tiene lindezas como éstas. D. Angel Gurrea llega á la República mejicana y entra por el puerto del *Callado*. (¿eh?) Después se dirige á Méjico, deja su fragata fondeada en *Puebla de los Angeles*. (¿qué tal?) Se aloja en casa de un amigo, que tiene un jardín cuya verja está bañada por el lago de *Santa Fe*, de manera que desde allí puede embarcarse para atravesar el lago. El amigo le invita para dar un paseo no muy lejano al *rio Gila*. Hay un general mejicano que viste chaqueta de terciopelo azul, que llama á sus ayudantes á pistoletazos y que manda fusilar á un enemigo suyo español, después de almorzar con él. [Esta es una anécdota de las guerras de Argentina, contada por Dumas y plagiada por Escrich.] Hay, en fin, otras curiosidades que honran mucho á la Universidad en que Escrich estudió geografía, si es que la estudió. Increíble parece que un novelista de alguna nombradía y que escribe acerca de lo que se llamó Nueva España, incurra en semejantes

dislates. Pues en esta parte, á nuestro Mateos no podrá hacerse semejante reproche jamás, porque aunque no ha viajado por Europa, sus descripciones de algunos edificios y lugares de allá son de una exactitud fotográfica, porque se ha tomado la pena de estudiar y de consultar.

Del mismo modo que Escrich, han incurrido otros autores extrajeros en crasos errores respecto de Méjico, como Fernández y González y como esa turba de escritorillos franceses y yankees que han dado á luz con gran frescura, sus *Escenas de la vida mejicana*, sus *Impresiones en Méjico*, etc., etc., en forma, ya sea de narraciones de viaje ó de leyendas. Por todo lo cual se hace preciso que nosotros nos anticipemos á cultivar la novela nacional.

Con Pizarro se cierra la serie de novelistas anteriores á nuestra última guerra con la Francia y el Imperio. Durante ésta, se publicaron en París por la casa de Rosa y Bouret y vinieron á Méjico las dos primeras novelas de José María Ramírez, y una de Juan Pablo de los Ríos, intitulada *El oficial mayor*. La última es un cuadro de costumbres bien dibujado y lleno de sentimiento. Juan Pablo de los Ríos es un joven que ha probado todas las dulzuras de la vida y todos sus amarguras. Sujeto á las duras pruebas de una suerte ingrata, la sufre con re-

signación y busca en el trabajo y en el amor de la familia los consuelos que su corazón angustiado necesita. Concedor de nuestra sociedad, en aptitud por su posición anterior de conocer sus misterios y sus costumbres, aun en las clases elevadas, él ha podido presentar tipos exactos que le eran familiares; y *El oficial mayor*, que es ya conocido en las Américas españolas, podrá dar una idea verdadera de nuestras cosas. Nosotros deseáramos que este joven autor se consagrara al estudio de buenos modelos, que cultivara asiduamente la literatura, porque podría darnos en lo sucesivo ventajosas pruebas de su talento.

En cuanto á las obras de José María Ramírez, como todas tienen un carácter especial, las analizaremos al tratar de *Una rosa y un harapo*, que pertenece á este tiempo.

Después del triunfo de la República, la literatura renace otra vez, y algunos escritores, movidos sin duda por las razones arriba expresadas, emprenden ya publicaciones importantes. De ellas vamos á hablar en la sección siguiente, y damos aquí un respiro á nuestros lectores, fatigados ya con tan larga revista.

III

La primera obra romanesca que se halla en esta última época, es decir, después del Imperio, es *El Cerro de las Campanas*, de D. Juan A. Mateos, joven literato ya muy conocido como poeta lírico y como poeta dramático, y que ocupa un lugar ventajoso en el mundo de las bellas letras.

No vamos á hacer aquí el análisis de sus obras, que son ya numerosas; ésta es tarea que emprenderemos más tarde y en nuestras revistas posteriores, cuando hagamos estudios sobre nuestros poetas nacionales.

Hoy sólo mencionaremos su novela que acaba de terminarse y que ha sido muy bien recibida por el público, al grado de sobrepujar el número de suscritores á lo que había esperado el autor, que se ha visto obligado á hacer segunda edición de sus primeras entregas. Esto ha sido un acontecimiento en nuestra literatura, porque se ve bien claro que comienza á ser protegida de una manera eficaz, y que el talento no tiene ya por toda expectativa la indigencia y el olvido. La avidez de lectura que hay ya en el pueblo, va á ser satisfecha con obras nacionales, y

la protección dejará de otorgarse exclusivamente á las novelas españolas ó francesas. Mateos ha abierto este camino, y su buena suerte en él va á servir de estímulo á muchos. De todos modos, él tiene el mérito de haberse arriesgado á atravesar un mar desconocido, en el que pilotos menos felices habían acabado por naufragar.

El Cerro de las Campanas es una novela histórica y de actualidad. Ella ha venido á satisfacer un deseo general expresado con impaciencia. Una guerra tremenda acaba de pasar. El país ha sido agitado por una serie de acontecimientos, cuya grandeza puede medirse por la atención profunda con que los pueblos todos de la tierra han seguido su marcha, haciéndoles apreciar debidamente el carácter de Méjico, antes tan desconocido ó desfigurado.

Pues bien: estos acontecimientos grandiosos y terribles, en los que la catástrofe ha sido decisiva y ruidosa, y en los que todo ha marchado como en un drama antiguo, hacia un fin sangriento y hacia un desenlace bastante memorable para servir de eterna lección á la historia, como dice Prevost-Paradol en su prefacio á la obra de Mr. Keratry sobre "Maximiliano," no han sido recogidos todavía ni consignados de una manera que satisfaga las exigencias de la curiosidad pú-

blica. Publicaciones históricas, informes ó mutiladas, son las únicas que han podido hacerse dominando siempre en ellas el espíritu oficial, ya sea de nuestra parte ó ya de la parte de los enemigos de Méjico. Una historia filosófica falta, y quizás no es el tiempo de hacerla todavía; lo único que en semejantes circunstancias suele suplir la falta de la historia, á saber, la crónica, también ha sido descuidado, y las narraciones personales, juntamente con algunas tiras de periódicos que recogen los curiosos, es lo único que puede dar una idea imperfecta de esta guerra de Méjico, tan notable por sus causas, tan interesante por sus peripecias y tan asombrosa por su término.

El pueblo tenía necesidad de una lectura cualquiera, en que se hubiesen compaginado los hechos memorables que acaban de tener lugar; el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República, quería conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus intortunios.

Mateos resolvió proveer á esta necesidad por medio de una lectura romanesca, en que á la fábula de su invención estuviesen mezclados los relatos de los principales acontecimientos del drama mejicano. No creyó hacer la historia, sino formar un bosquejo; no fué su intención di-

rigirse á los pensadores que recogen datos para escribir la historia del mundo, sino dirigirse á las masas del pueblo para coordinar sus recuerdos y sus indagaciones; de modo que su obra no tiene pretensiones de ninguna clase; es una lectura popular y nada más. El amor allí es casi un episodio; es la cadena que une las fechas históricas, es el camino de flores ó de espinas que va conduciendo, con rectitud á veces y á veces tortuosamente, á todos los lugares consagrados por la gloria ó por la desgracia, y que comienza en Méjico en 1863 y concluye en Querétaro en 1867.

El Cerro de las Campanas es el título de esta novela, y él por sí solo significa el pensamiento del autor. Quizás en la narración haya vacíos, quizás la unidad de la trama romanesca no se haya prestado á abrazarlos todos. La historia de nuestra guerra nacional no es cosa que se pueda encerrar en un libro como éste. Muchos se necesitan para completarla, y pasarán largos años antes de que pueda decirse *nada falta*. Pero *El Cerro de las Campanas* es la sinopsis, es el embrión, es el bosquejo; y el pueblo tiene ya donde buscar una efeméride, donde encontrar un retrato, donde justificar un recuerdo; y el extranjero que ignore nuestras cosas, podrá formarse idea de ellas por esa narración, en que se

ha unido á un estilo dramático y pintoresco, un fondo de patriotismo exaltado.

No hablaremos de su estilo, de su trama ni de su desenlace, porque apenas hay quien no conozca la novela de Mateos, que ha entrado lo mismo al estudio del literato que al humilde cuarto del menestral. Sólo diremos que ha sido universalmente bien acogida y que ha producido á su autor regular recompensa. Gracias á Dios que los afanes del literato ya no recogen en este país sólo el olvido y el menosprecio por premio de sus tareas. Mateos, animado por este buen éxito, continúa en sus trabajos y va á publicar otra novela de actualidad, histórica también y de la que hablaremos en nuestra próxima revista, cuando la hayamos leído ya.

Apenas comenzado á publicar *El Cerro de las Campanas*, el general Riva Palacio anunció y publicó también una novela histórica, con el título de *Calvario y Tabor*, en la primer página de la cual escribimos nosotros algunas líneas pálidas para expresar el pensamiento del autor, pero en que hacíamos una indicación sobre su objeto. El general Riva Palacio, ventajosamente conocido también como poeta lírico, como poeta dramático, y como jurisconsulto, agrega á estas circunstancias la muy atendible de haber sido uno de nuestros héroes más ilustres,

uno de nuestros caudillos más ameritados en la guerra que acaba de pasar, y cuyas aventuras militares se prestan, como pocas, á la composición romanesca, coincidiendo en esto con su abuelo, el inmortal general Guerrero, cuyo nombre es conocido ya en todo el mundo por sus proezas y su grandeza de alma en la primera guerra de independencia.

El caudillo popular y querido, retirado al hogar doméstico después de la azarosa campaña en que no ha descansado, quiso glorificar al humilde y buen soldado del pueblo que le había acompañado tanto tiempo, y recoger en una leyenda las gloriosas páginas de sus recuerdos de guerra, para satisfacer los deseos de un corazón agradecido y para eternizar tantas gloriosas hazañas que sin él corrían peligro de olvidarse pronto, privando á la historia nacional de tantos motivos de legítimo orgullo.

Calvario y Tabor es la historia de la guerra en el centro de la República; es la epopeya de esos hombres titánicos, que se mantuvieron á las puertas de la capital del Imperio sin alejarse nunca, sin desmayar ni doblegarse, haciendo frente al ejército francés; rodeados de enemigos, defendiendo la bandera nacional aislados y sin esperanzas, pero con la sublime fe del pa-

triotismo qua ve en la desventura la grandeza y en el patíbulo la victoria.

Grupo de soldados hambrientos, desnudos, abandonados, cuya cabeza estaba puesta á precio, que no podían ni reclinarla tranquilamente sino que estaban obligados á hacer del insomnio el guardián de su existencia amenazada; viviendo en los bosques y en las serranías armándose y equipándose con los despojos de sus enemigos, combatiendo sin cesar para poder vivir: hé aquí lo que fué ese ejército del centro, cuya epopeya es la poética leyenda de Riva Palacio.

Esta obra se recomienda por más de una cualidad. Fluidez de estilo, en que se une á la elegancia la sencillez; verdad en las descripciones de lugares desconocidos en la República, como los de la costa del Sur y la tierra caliente de Michoacán; escenas patéticas y terribles, como el envenenamiento de toda una división; exquisita ternura en sus episodios de amor, fraseología llena de sentimientos en sus galanes y en sus niñas enamoradas; todo esto hace de *Calvario y Tabor* una novela encantadora.

También Riva Palacio ha sido saludado con entusiasmo por el público cuando le ha visto pisar el campo de la invención novelesca. Natural era que la obra de un hombre tan conoci-

do y tan querido del pueblo fuese recibida con aplauso. Las suscripciones fueron numerosas, y la utilidad que obtuvo fué igual á la que obtuvo Mateos. Lo mismo que éste, Riva Palacio publica ya otra novela histórica que también analizaremos después, intitulada: *Monja y casada, virgen y mártir*, cuyo argumento está sacado de los archivos de la Inquisición de Méjico. El público corre á suscribirse, y la leyenda mejicana sustituye en el amor de nuestros compatriotas á la novela de Fernández y González, y á la hasta aquí mimada, novela francesa.

Una rosa y un harapo, es una novela original de un joven también original, D. José María Ramírez, ya conocido, lo mismo que los anteriores, por sus composiciones poéticas y por otras novelas que ha publicado en la época anterior la casa de Rosa y Bouret de París.

José María Ramírez comenzó á formar su reputación desde que era estudiante, en el colegio de San Ildefonso, y todos sus jóvenes amigos le dieron el apodo cariñoso de *Viejo*, quizás á causa de su circunspección precoz, ó de su aspecto, que no revela juventud. El caso es que con todo este aspecto y esta seriedad, Ramírez empezó á escribir versos eróticos llenos de ternura y de vehemencia, y leyendas sentimentales, erizadas de pensamientos filosóficos

y nuevos. La atención pública se empezó á fijar en ese joven pálido, encorvado y nervioso que veía pasar con su libro debajo del brazo, componiéndose á cada minuto los anteojos, y sumido siempre en profundas distracciones. En esta cabeza despeinada, en ese semblante de anacoreta antiguo, en esa mirada vaga, se adivinan las chispas del talento, porque en efecto, Ramírez lo tiene, y sólo una negligencia suma, que es como el fondo de su carácter, ha podido impedir que ascienda á una posición mejor, y se haya quedado retratando á Pedro Gringorius, el delicioso tipo dibujado por Víctor Hugo.

Ramírez lee todo con avidez y tiene un gran caudal de instrucción; pero sus estudios son raros, y en ellos tiene, como todos los hombres, sus predilecciones y sus singularidades. El autor á quien más quiere, estamos seguros, es á Alfonso Karr. La manera nueva de decir de este novelista le encanta, su independencia de carácter le sirve de modelo, su estilo lleno de color, nervioso y elevado á veces y á veces familiar, ha acabado por saturar, digámoslo así, el de nuestro novelista. Aquellas ideas de Karr que á veces alumbran el mundo con la dorada luz del sol naciente, y á veces con la azulada luz del relámpago en una noche oscura, que tienen, ora la profundidad de la ciencia, ora el

candor simple del niño; que enternecen con un gemido de amor ó espantan como una blasfemia; la seducen, la han hecho detenerse al bordo de los abismos de la meditación; y también él, á su vez, ha encontrado en ellos un manantial de líneas nuevas. Como Karr es un excéntrico y no parece sino que escribe, en ocasiones, sentado en el umbral de un hospital de locos, nuestro Ramírez, que ha formado su imaginación en sus leyendas y que tiene por sus estudios la misma escuela literaria que ese Hoffman francés, ha acabado por producir obras que tienen una forma extraña, pero que dejan adivinar un fondo luminoso y magnífico. Ramírez diserta á cada paso y en un estilo burlón y sentimental que da ligereza á la frase; pero su obra está erizada de epigramas amargas y de burlas deliciosas, conteniendo no pocas verdades de una novedad sorprendente. Sólo en algunos puntos la vida personal de Ramírez no se parece á su modelo. Nuestro novelista no es botánico, ni ama el mar, ni busca las soledades de los bosques ó la sombra de los parques, ni sabe nadar, ni se va á hacer observaciones zoológicas en una cabaña azotada por el Océano, ni es capaz de trepar por los mástiles de un buque y de sentarse en las gavias á fumar su pipa, como Alfonso Karr, que se ha hecho notable

por estas singularidades, y que hace poco estaba entretenido haciendo títeres en Saint Raphaël. No: Ramírez es esencialmente *urbano*, ama las flores, pero se contenta con admirarlas en los fiestos de las casas de Méjico. También es verdad que no tiene un rincón donde hacerse un pabellón de madre selvas, ó un dosel de zarzurosas, ó un nido de violetas. Ramírez no ha visto el mar, y se ahogaría en la alberca Pane; menos tiene disposición para mastelero ó gaviero, porque es débil y miope. Pero él suple todo esto en su imaginación, y si no puede disertar sobre flores ó conchas, sí puede hacerlo admirablemente sobre historia, filosofía y literatura, sorprendiendo verdaderamente con sus deducciones llenas de originalidad.

Tal es el carácter del *viejo* Ramírez, á cuya pintura agregaremos un natural dulce y bondadoso, una humildad excesiva y un corazón maltratado por desventurados amores.

Nosotros le invitamos á que concluya su novela, que ha dejado interrumpida no sabemos por qué, y á que continúe sus publicaciones, si quiere tener una casita en San Cosme con su jardincito fresco, con su surtidor de mármol, su colina de violetas, sus naranjos puestos en grandes barriles verdes, su banco de junco cubierto con un dosel de verdura, y si quiere ver trepar

por los rojos muros hasta su ventana de estudiante, en tropel las yedras y las madre selvas. Hasta puede tener un bosque de fresnos ó de chopos para hacer de cuenta que escribe *unter den Linden*, como Karr, y hasta puede meterse en la diligencia y marcharse á meditar á orillas del Pacifico, estudiando la inmensa familia de moluscos; en las playas de Mazatlán ó entre los morros de Manzanillo. De todas maneras, él debe trabajar y publicar. Alfonso Karr reúne á sus excentricidades la vulgaridad de tener dinero, y esta circunstancia hace que las otras tengan mayor brillo.

La pobreza de José María Ramírez nos hace mal, más que la nuestra, y nos creemos con derecho, con el derecho que da la amistad antigua, á hacerle salir de ese marasmo en que le arroja un desaliento sin motivo, y que le tiene convertido en crisálida, cuando podía ya, brillante mariposa, volar atrevida por los jardines del mundo é ir libando las flores del bienestar.

Con el mismo derecho le aconsejaríamos que ya que tiene tan bellos pensamientos, introdujera un pequeño cambio en la forma de su estilo y le hiciese más mundano, más sencillo, para ponerlo al alcance de todo el mundo. Así como lo usa es muy francés, y además, muy refinado; delicioso, si se quiere, pero delicioso para un cir-

culo pequeño. Nuestro público no está todavía á la altura literaria que se necesita para gustar de esa fraseología. Es preciso acostumbrarlo poco á poco, y desleírle la saludable medicina en una poción más nacional, más mejicana. Esta no es una censura, es un consejo en favor de nuestro pueblo, porque querríamos que hasta él llegasen los fulgores del talento de Ramírez. En *Una rosa y un harapo* hay páginas que exigen una instrucción adelantada en los lectores, y no pueden ser comprendidas sino de aquellos que están al nivel del autor. Nosotros que querríamos que toda novela fuese leyenda popular porque medimos su utilidad por su trascendencia en la instrucción de las masas, deseamos que nuestros jóvenes autores no pierdan de vista que escriben para un pueblo que comienza á ilustrarse; y si reprobáramos que se descendiese, hablándole al estilo chavacano y bajo, no nos parecería tampoco á propósito el que á fuerza de refinamiento llegase á ser oscuro para la inteligencia popular. Dejemos el tecnicismo y la elevación hasta perderse en las nubes, para el escrito científico, para la historia filosófica, para los círculos superiores de la sociedad, y adoptemos para la leyenda romanesca la manera de decir elegante, pero sencilla, poética, deslumbradora, si se necesita; pero fácil de com-

prenderse por todos, y particularmente por el bello sexo, que es el que más lee y al que debe dirigirse con especialidad, porque es su género. De esta manera y poco á poco iremos introduciendo el gusto por estas lecturas, y ayudados de la enseñanza popular y del espíritu progresista de nuestra época, podremos ir ascendiendo en el estilo hasta hacer que el más alto llegue á ser el vulgo, como en Alemania, ó al menos comprendido por un círculo muy grande de personas, como en Francia é Inglaterra. En estas naciones ya viejas y experimentadas, y que en educación nos aventajan siglos, así se empezó; de modo que si sus producciones nos asombran por su refinamiento, es que su pueblo tiene mayor edad. Los que deseamos hacer de la literatura un medio de propaganda, debemos imitar aquellos modelos, y particularmente uno que es digno de estudio por la habilidad que ha desplegado en la difusión de sus principios. Queremos hablar de la Iglesia.

La Iglesia propaga sus doctrinas diestramente. Sus misioneros aprenden las lenguas de los pueblos gentiles que pretenden convertir; procuran iniciarse en los misterios de la vida de estos pueblos, en su poesía, en sus costumbres, conocer y manejar los resortes de la imaginación; y una vez instruidos, comienzan la predi-

cación, como la comenzó el fundador del cristianismo, con un lenguaje sencillo, valiéndose de figuras familiares, de parábolas y de frases que en la elocuencia popular son todo el secreto del éxito. Así se hacen entender hasta de los salvajes, entre cuyas tribus pudieron penetrar perfectamente los misioneros españoles del tiempo de la conquista.

Después sus predicaciones van siendo progresivamente más cultas, desde el sermón y la práctica doctrinal de la aldea, hasta el discurso brillante en que resplandecen los talentos de los Bossuet, de los Massillon y de los Lacordaire. En sus libros proceden de la misma manera. A millares esparcen sus pequeños catecismos, sus pequeñas lecturas religiosas que pueden ser comprendidas de todo el mundo, y después consagran sus tareas á obras más graves destinadas á los iniciados de mayor instrucción, hasta que acaban por hacer su último esfuerzo en los libros de controversia, en los eruditos comentarios de las Escrituras, en el dédalo misterioso de las elucidaciones teológicas ó en la complicada explicación de sus cánones. Así estos libros pertenecen á un círculo escogido de inteligentes, y sólo se abren en el gabinete del estudioso ó en la cátedra de la Universidad. ¿Por qué no hacer nosotros lo mismo con la

leyenda y con toda especie de lectura destinada al pueblo? Nuestra novela comienza; démosle, pues, la forma más adaptable por ahora á nuestra instrucción. Después vendrá la época de mejorarla. Aun para nuestra clase media, la novela, si bien puede tomar la forma elegante que la instrucción de aquella exige, debe conservar un estilo que sea sencillo, porque desgraciadamente tampoco en esa clase, que es sin embargo la más ilustrada de nuestra sociedad, hay un gran fondo de instrucción y de criterio.

Es verdad que la novela francesa traducida es familiar á nuestra clase media; pero no podemos asegurar que le haya sido útil enteramente, ni que haya sido comprendida á veces. La novela francesa ha introducido ciertos giros franceses en la conversación y aun en el modo de escribir, tanto en España como en las Américas españolas, contra cuyo vicio han estado clamando allá en la península muchos críticos, y con justicia, pues si no debemos ser tan rigoristas que deseemos conservar el idioma estacionario y cerrar sus puertas á todas las locuciones que puedan enriquecerle, aunque vengan de extrañas lenguas, si debemos velar porque se mantenga incorruptible su carácter, es decir, por que no degenera nuestra hermosa lengua nacional en un dialecto de las lenguas extran-

geras, como degeneró el hermoso latín de Salustio y de Cicerón en la jerga de los bárbaros de la Edad Media, ó como el griego de Platón y de Sófocles, en el dialecto de los griegos actuales: y si es verdad que esta corrupción dió nacimiento á casi todas las lenguas modernas, también es cierto que habiendo ellas llegado á un grado de perfeccionamiento, con su carácter propio, deben considerarse ya como lenguas nacionales y su fusión es inútil, no debiendo tomarse mutuamente sino aquellas palabras que las enriquezcan.

El segundo inconveniente que la lectura de la novela extranjera, y francesa en particular, ha traído á nuestro pueblo, es el de hacerle tomar tal gusto por la historia y geografía de otros países, que ha acabado por desdeñar las de su patria. En nuestra clase media se conoce á Francisco I, á Luis XIII, á Luis XIV y á Luis XV muy bien; ahora con Fernández y González se conoce también al rey D. Pedro el Cruel, á D. Juan II de Castilla, á D. Felipe IV, etc., etc.; pero poco se sabe de Moctezuma y de Guautimotzin; y si no es por la Avellaneda, que ha escrito una preciosa novelita del último imperio azteca, se sabría menos. De los virreyes no se sabe nada tampoco, sino por una que otra oscura tradición, y á nuestros héroes de la

Independencia ni se les conoce siquiera, á no ser por los discursos de los días de Septiembre que aluden á ellos, pero que no pueden pintarlos como esa narración anecdótica y palpitante que es la que mejor se graba en la imaginación del pueblo.

Verdad es que en esto tiene toda la culpa la negligencia de nuestros escritores, que han debido dar alimento, desde hace tiempo, á la curiosidad pública con leyendas nacionales. Hoy tienen que luchar con el gusto arraigado por lo extranjero, hoy tienen que sufrir con paciencia el gesto de la bella ignorante que aparta el libro de las manos luego que ve escrito *la Alameda ó el paseo de Bucareli*, en vez del *boulevard des Italiens* ó del *bois de Boulogne*, que está acostumbrada á ver en sus novelas francesas. Maldito lo que conoce de la posición geográfica de *Tours* ó de *Blois*; pero ella ha visto sus castillos, y no le gusta ya sino lo que pasa en ellos, aunque sea una historia descabellada. Por otra parte, da su preferencia al enredo, á la intriga, á los golpes teatrales, aunque sean inverosímiles; la deleitan solamente los amores de las duquesas, de las condesas, de las reinas y de los barones. El amor de una muchacha del pueblo no puede tener poesía para ella; el amor de una joven de nuestra aristocracia, no puede igualar

al de una marquesa de Francia ó de España; ella no comprende que el novelista es quien poetiza todo, y cuya imaginación da encanto á lo que en la vida real tal vez sería prosaico sin su talento. Ella no concibe cómo pueda hacerse una novela deliciosa de Méjico, y mientras que algunos extranjeros hacen su fortuna y su reputación con los cuadros de nuestro país, logrando que las hermosas parisienses, y las inglesas y las americanas se extasien con las descripciones de nuestro cielo azul, de nuestras montañas, de nuestras praderas y de nuestros mares; mientras que el tipo de nuestras mujeres lánguidas y ardientes, de ojos y cabellos negros, es el sueño de los poetas y de los pintores en Europa, aquí esas mismas mujeres encuentran fastidiosos sus retratos y pálido el cuadro de nuestra virgen naturaleza. Ni basta á convencerlas el pensar que si las francesas ó inglesas hubiesen tenido igual preocupación, no habrían tenido jamás éxito las novelas de Dumas, de Süe y de Balzac en Francia, ni las de Walter Scott y de Dickens en la Gran Bretaña, porque eran cuadros nacionales.

Este mal es antiguo y digno de llamar la atención de nuestros jóvenes escritores, para que procuren acabar con él á fuerza de ingenio. Ya él fué causa de que los dramas de Fernando

Calderón, muy bellos por cierto, fuesen preferidos á los de Rodríguez Galván, que eran, en nuestro concepto, mejores. Calderón, con su feliz imaginación y con su sentimentalismo, pudo haber ayudado al segundo á crear el teatro nacional; y no que fué á emplear sus dotes en resucitar asuntos caballerescos de la Edad Media, que ninguna utilidad podían traer, sino un fútil entretenimiento y un extravío de gusto, ó bien fué á buscar en la historia de Inglaterra un episodio, que mejor inspirados habrían ya trasladado al teatro algunos poetas europeos.

Afortunadamente notamos que á la aparición de las novelas que acabamos de mencionar, se despierta el gusto por nuestra leyenda de Méjico, y el público comprende al fin que puede haber poesía en sus costumbres, y grandeza romanesca en sus sentimientos. En esta parte, justo es decirlo, las clases pobres se han anticipado á las otras, y el pueblo, con ese instinto de lo bello con que adivina á los grandes tribunos y á los grandes poetas, ha consagrado ya la novela nacional dándole buena acogida.

La clase media y la clase alta vendrán después, cuando se escriba para ellas y cuando no se les hiera en ciertas susceptibilidades, en que están todavía muy delicadas á consecuencia de nuestras pasadas guerras.

Ahí viene bien la novela de elegantes formas, la novela que trasciende á rosa y á violeta, la novela que deba presentarse en los salones, *en-guantada*, llevando en la mano un *bouquet* y no un látigo; en el semblante, una mirada de amor y no el ceño del juez, y una sonrisa cordial, y no ese gesto duro del enemigo político.

Pero aun en esta composición creemos que debe adoptarse el estilo sencillo, aunque sea más elevado y más elegante, porque así gustará más.

Una última observación sobre la novela nacional. Todos los críticos de Walter Scott están conformes en decir que en su novela se permitió crear tipos mejores que los que veía en su país, mejorar las costumbres y hasta embellecer la decoración de sus escenas. ¿Hizo bien? Indudablemente, porque la novela tiene también por objeto enseñar é introducir el buen gusto y el refinamiento en un país. Las obras de Walter Scott ejercieron una influencia útil. Las lectoras adoptaron un lenguaje mejor, las damas quisieron tener virtudes iguales á las que les concedía la leyenda, los caballeros no quisieron desmentir á su pintor nacional, y hasta los muebles se modelaron por la descripción del novelista, que con su hermosa imaginación se hizo así tapicero, decorador y jardinero. En efecto,

si un novelista emplea una frase chocante con pretensiones de ingeniosa ó de culta, los lectores incautos la adoptarán y se harán ridículos. Si por el contrario, usan palabras llenas de cortesanía y novedad, el lenguaje se irá así impregnando de una manera perceptible. Si el novelista, dotado de un gusto equívoco ó poco conocedor de lo bello en artes, pinta en un salón un mueble de mal tono, ó en un jardín una planta ó una flor ordinarias, ó un arreglo torpe, el lector, tal vez fascinado, caerá en el error, y se compondrá una casa de *epicier*, como dicen los franceses, ó una huertecita de pueblo, sin belleza y sin gusto. Debe tenerse presente que así como en la novela se reflejan las costumbres, así también en éstas se hace sentir la influencia de ellas. Un novelista puede poner de moda cualquier cosa, cuando tiene talento y buen gusto. Se ve su iniciativa en el estilo, en los sentimientos, en los trajes, en los placeres, en las lecturas, hasta en los perfumes y en el tocado de las damas.

Nuestros amigos, que tantas pruebas nos han dado de su afecto y de su fraternidad, nos escucharán, no lo dudamos, convencidos de que si bien carecemos de la debida autoridad para darles consejos, nos anima el deseo de serles útil á nuestro país, impulsando los trabajos literarios,

que están destinados á la mejora de nuestro pueblo y á servir de estímulo á nuevos ingenios que se lanzarán, no lo dudamos, á la arena de la publicidad, comprendiendo que á la sombra de la paz, estos son los elementos que debe poner en juego el apóstol de una idea, éstas las simientes que deben fructificar en el porvenir, ésta la revolución que ha de concluir la obra comenzada por aquella otra que ha dejado tras de sí tantas huellas de sangre y de lágrimas. El patriotismo no debe tener descanso; sólo debe cambiar de armas y quizás éstas sean las más terribles. Por eso los gobiernos despóticos prohíben las lecturas populares, por eso los gobiernos verdaderamente progresistas cuidan de protegerlas, más que de rodearse de esbirros y de palaciegos, que no hacen más que venderles su incienso á peso de oro, sin conquistarles la simpatía popular y sin asegurarles con la instrucción de las masas la mejor defensa, un monumento eterno que la posteridad bendice.

José Rivera y Río, antes de partir para los Estados Unidos, publicó las primeras páginas de una preciosa colección de poesías, de que los Sres. Fuentes Muñoz y C^{ta} han sido los editores. La colección está completa ya y quedan de ella

pocos ejemplares, pues se han agotado. Está precedida de un prólogo brillante de Guillermo Prieto, quien siempre que escribe sobre las obras de los que él llama, con razón, sus hijos en literatura, vierte á raudales la poesía de su fecundo numen, siempre joven y vigoroso. No parece sino que él se complace en adornar la portada de esos templos elevados á la deidad cuyo culto ha enseñado á la juventud, con todas las flores de su imaginación, con todas las galas de su amor paternal.

Nosotros también escribimos un ensayo crítico sobre la nueva obra de nuestro buen amigo. En esa pequeña pieza que sigue al prólogo de Prieto, y en la parte de la presente revista que hace relación á las novelas de Rivera y Río, hemos dicho lo bastante acerca de su carácter literario, que *Las flores del destierro* marcan un progreso en el talento del autor, cuyo numen ha recibido ya las amargas inspiraciones de la experiencia y del infortunio. Son los cantos de un desterrado que ve desde las playas extranjeras sufrir á su patria bajo el yugo del conquistador. Ave errante, el poeta no tiene más que acentos quejosos y doloridos, al recordar su cielo, su sol, sus campos y sus goces infantiles. Pero no busquéis en sus cantos los gemidos del *Super flumina Babylonis* solamente. No: el ca-

rácter del poeta se revela también aquí y su indignación le inspira más bien que su tristeza; la fe republicana ilumina las oscuridades, el destierro, y el cantor de la libertad trae en su corazón todos los dolores y todas las esperanzas del siglo XIX. En *Las flores del destierro* se nota además un cierto sabor de poesía inglesa, porque Rivera y Río tuvo oportunidad de consagrarse á su estudio durante su permanencia en los Estados Unidos.

Hilarión Frías y Soto, en su pequeño pero popularísimo periódico, emprendió la publicación de una serie de artículos con el título de *Album fotográfico*. Cada uno de ellos es un estudio de costumbres, es un retrato de un tipo contemporáneo, y no se sabe cuál preferir; tanta elegancia hay en el estilo, tanto color en la pintura, tanta gracia en el pensamiento, tanta exactitud en el dibujo.

No sabemos por qué ha habido descuido en Méjico para las publicaciones de costumbres, cuando contamos con un Prieto, con un Ramírez, con un Zarco, con un Cuéllar, con un Peredo, quienes, como el autor del *Album fotográfico*, tienen singular disposición y aptitud por las muestras que han dado para los cuadros de costumbres. Podríase formar aquí una serie de estudios que en nada serían inferiores á los que

se han hecho también por brillantes ingenios en Francia, en Inglaterra y en España. Tenemos ya estudios de otras épocas consumados, pero nos faltan en la actualidad, y debe pensarse que nuestro pueblo ha dado, de pocos años á esta parte, pasos gigantescos en el camino del progreso, modificándose, si no del todo, sí en gran parte, sus costumbres y sus ideas.

Si queréis experimentar un placer parecido al que se siente apurando una copa de exquisito vino, gustando una de esas hermosas frutas de los países tropicales, provocativas por la forma, por el perfume y por el sabor; ó tomando sorbo á sorbo una taza de café de *Moka* ó de *Yungas*; si queréis, en fin, gozar, leed los domingos el folletín del *Monitor*. Allí os encontraréis una *Conversación* de Justo Sierra.

¿Qué cosa es esta conversación? ¿Quién es Justo Sierra? Pues vamos á deciroslo: *La Conversación del domingo* es un capricho literario; pero un capricho brillante y encantador. No es la revista de la semana, no es tampoco un artículo de costumbres, no es la novela, no es la disertación; es algo de todo, pero sin la forma tradicional, sin el orden clásico de los pedagogos; es

la *causerie*, como dicen los franceses, la charla chispeante de gracia y de sentimiento, llena de erudición y de poesía; es la plática inspirada que á un hombre de talento se le ocurre trasladar al papel, con la misma facilidad con que la verterían sus labios en presencia de un auditorio es cogido.

La *causerie* es un género de origen francés, pero que puede naturalizarse en todas partes, porque todos los idiomas y todos los pueblos se prestan á ello. La conversación española aventaja á la francesa en majestad y en armonía, y puede tener sin embargo su brillantez y su gracia. Es el género que debe ocupar el *folletín*, usurpado por la novela y por la revista. En Méjico; á Justo Sierra pertenece el honor de haberlo introducido, y ¡cuán ventajosamente! Justo, en ese estilo hechicero y sabroso, es ya una notabilidad, y en Francia misma, patria de la *conversación*, él ocuparía un lugar distinguido entre los más deliciosos conversadores, entre Téofilo Gautier y Mery, entre los folletinistas más agradables por sus caprichos, como Alfonso Karr y Alberico Second. Justo Sierra, en ese género es francés por los cuatro costados; pero suele adoptar el continente caballeresco y grave de los españoles, y sobre todo, su alma es esencialmente americana.

De manera que puede decirse que su idea es una virgen nacida en Méjico y vestida á la francesa para introducirse en el salón. ¡Cómo gana por eso el folletín en sus manos! La poesía grandiosa y sublime de la libre América faltaba al folletín francés para su embellecimiento, y Sierra la trae en su alma como en una lira siempre armoniosa. La conversación de este joven no es una colección de anécdotas sólo agradables por la oportunidad; no es la reunión de *calembour*s ingeniosos para provocar la fría sonrisa de un círculo refinado; no es una sátira incisiva para herir á ciertos personajes, ó para excitar la gastada organización de las damas curiosas; no, la conversación de Sierra es algo más, es la poesía, pero la poesía inocente y bella; es la virgen, como hemos dicho, llena de atractivos y de pasión, pero que no está inficionada por la maldad social, que no lleva en sus labios puros el pliegue de la malignidad. La poesía de Justo Sierra, elevada y sublime en sus cantos, en sus conversaciones, sonríe y se ruboriza.

Así en esta otra parte, se diferencia de la conversación francesa, que es descarada á veces, y las más mezcla á su sal ática un veneno mortal.

Para dar idea de su estilo flexible y fácil, trasladaremos aquí un pequeño trozo de la *primera conversación*, en la que el narrador se da á cono-

cer á sus lectores y da una idea del género que va á cultivar.

"Creedlo, dice, soy un escapado del colegio que viene rebosando ilusiones, henchida la blusa estudiantil de flores, y encerrados en la urna del corazón frescos y virginales aromas, frescos y virginales, como los que exhala la violeta de los campos.

"Hé allí mi tesoro, hé allí lo que compartiré con vosotros. ¿Hago mal? Puede ser; pero ¿cómo impediríais al impetuoso manantial estrellar sus aguas cristalinas en las peñas y correr empañado por el suelo?

"La mano del invisible traza un sendero; por allí vamos.

"Traigo de mis amadas tierras tropicales el plumaje de las aves, el matiz de las flores, la belleza de las mujeres fotografiadas en mi alma.

"Traigo al par de eso murmullos de ola, perfumes de brisa, y tempestades y tinieblas marinas, y el recuerdo de aquellas horas benditas en que el alba tiende sus chales azul-nácar, mientras el sol besa en su lecho de oro á la dormida Anfitrite.

"Todo eso y algo más os diré, amados lectores; acaso logre agradar á aquellos de vosotros para quienes aun guarda ángeles el cielo y colorido la naturaleza.

"Me he bajado aquí al folletín para hacer la tertulia, porque ¿qué queréis? Allá en el piso alto no puedo veros de cerca, ni arrojar, niñas, una flor á vuestros pies. Y luego, me gusta estar próximo á la calle para poder escaparme á mi capricho, que asaz antojadizo me hizo Dios, y ratos tengo en que detesto las ciudades, me marchó á la pradera y gusto de trepar á alguna altura, desde donde se dominan las colinas, y donde al cabo llego á forjarme la ilusión de que veo inmóviles las olas de esmeralda de mi golfo.

"¿De qué os hablaré? ¿Acaso de literatura ó de filosofía, tal vez de política? Un poco de todo. Pero no os alarméis con los nombres solemnes que acabo de escribir. Propóngome haceros gustar, cuando se ofrezca, alguna de esas cuestiones delicadas y enfadosas, como si saboreaseis algunos bombones."

Después de estas bellisimas palabras de un lenguaje poco conocido aquí, cuanto pudiéramos decir quedaría pálido. Además, la amistad íntima que tenemos con este joven nos haría sospechosos; y francamente, no tendríamos la culpa de ser apasionados, pues aun no sabemos qué cosa es más grande, si nuestra admiración por el precoz talento de Sierra, ó el cariño que nos inspira, en el que entra por mucho el conocimiento que tenemos de su irreprochable cora-

zón; porque ese joven es además, el ideal del caballero antiguo y del republicano de Esparta, á pesar de su estilo y de sus poéticas aspiraciones.

Afortunadamente, no somos los únicos en juzgarle así. Nosotros fuimos los que le introdujimos en la arena de la publicidad literaria; pero su inteligencia revelándose de pronto deslumbradora y gigantesca como un sol, fué desde luego saludada con entusiasmo por todos, y hoy nuestros viejos literatos le acogen con orgullo, como á una joya del país, y sonríen satisfechos al considerar la gloria que espera á este literato de veinte años, vástago de aquel noble y virtuoso sabio, á quien la muerte arrebató al cariño de la patria y que no pertenece á Yucatán, sino á la República y á la América entera.

Justo Sierra y su hermano menor Santiago, tan precoz como el primero y que hoy recibe sus inspiraciones á orillas del tempestuoso Atlántico, cuyas armonías grandiosas sabe traducir en sus cantares, ¡qué hijos para aquel ilustre apóstol de la ciencia! ¡Qué orgullo para una familia el de conservar con el nombre y con la sangre el genio de su fundador!

Estos niños son glorias del porvenir.

Desde 1862 comenzó á darse á luz en la casa de Iriarte y C^a una obra histórica, ilustrada por Constantino Escalante, que tan célebre se ha hecho por sus ingeniosas caricaturas. Tal obra, que llevaba el nombre de *Glorias nacionales*, tenía por objeto narrar solamente algunas escenas importantes y gloriosas de nuestra guerra con el ejército francés, acompañando á esta narración un magnífico dibujo hecho por el artista eminente de que acabamos de hablar.

Se publicaron entonces muchas entregas, conteniendo bellos artículos y espléndidos cuadros, entre los que recordamos el del 5 de Mayo, el del ataque de *Cruz blanca* y el del ataque del fuerte de San Javier en Puebla; pero cuando se perdió esta ciudad y tuvo que salir el Gobierno de Méjico con el ejército republicano, la publicación se suspendió, como era de suponerse.

Hoy ha reaparecido, redactada por un grupo de escritores bien conocidos, entre los que nosotros ocupamos el último lugar, é ilustrado, lo mismo que antes, por Constantino. Pero sea á causa de los trabajos de éste, ó lo que es más probable, de su pereza, que es tan grande como su talento, el hecho es que no han salido mas que dos entregas, la primera, cuyo artículo escribimos nosotros describiendo el ataque de Zitácuaro, dado por el entonces coronel Riva Pa-

lacio contra los imperialistas que habían ocupado aquella plaza, y la segunda en que el artículo se debe á la brillantísima pluma de Guillermo Prieto, y trata de la batalla de la Carbonera, que abrió al heroico general Díaz con más prontitud las puertas de Oajaca. En ambas entregas, el lápiz del joven y distinguido artista ha adquirido nuevos derechos al renombre. Sus dos dibujos son dos cuadros acabados. Para atenuar en lo que es justo lo que hemos dicho acerca de su pereza, debemos agregar que en nuestro pobre país hay una incuria lamentable en todo lo relativo á nuestros hechos históricos, y el que se propone escribir ó pintar esta clase de escenas, tiene que tropezar con infinitas dificultades. En Europa, en los Estados-Unidos, apenas hay un lugar célebre que no esté representado por la fotografía, por el grabado, por la pintura. Apenas pasa una batalla, cuando millares de artistas vuelan al punto en que tuvo lugar para sacar vistas diferentes que la fotografía multiplica hasta hacerlas populares en todo el mundo. Así es que las publicaciones históricas son fáciles de ilustrar, y el artista tiene á su disposición toda clase de datos.

Pero en Méjico no sucede así. Apenas se conocen algunos lugares consagrados por la celebridad, y eso cuando están cercanos á la capital ó á al-

guna ciudad populosa; pero los más nos son desconocidos, y es más fácil encontrar una vista de cualquier pueblecillo insignificante de Francia, que de los lugares más famosos en nuestra historia. Así por ejemplo, no hay campo de batalla del tiempo de Napoleón que no sea popularmente conocido y que no esté representado con irreprehensible exactitud, hoy que los artistas van á tomar sus datos en los lugares mismos en que ocurrieron los sucesos que tratan de inmortalizar; no es tampoco desconocido aquí el terreno en que se han dado las mas célebres batallas contemporáneas, porque donde quiera se puede encontrar una copia fotográfica del campo de *Sadowa*, del campo de *Mentana*, y aun son ya comunes las vistas de las poblaciones de la Abisinia, adonde los artistas ingleses acaban de penetrar con su ejército; pero id á buscar en todo Méjico una vista del campo de San Jacinto, del campo de la Coronilla, de Tacámbaro, de San Pedro, de Miahuatlán ó del sitio de Querétaro, y no la encontraréis. Nadie se toma la pena de visitar esos lugares que recuerdan otras tantas glorias del pueblo mejicano, y se contentan con figurárselos á su manera. Apenas se ha sacado copia del *Cerro de las Campanas*, y eso porque allí tuvo fin la tragedia imperial. Pero los alrededores de la ciudad en que pasaron co-

sas tan notables, en que se dieron acciones tan sangrientas, no han llamado la atención de los artistas. Los fotógrafos se dedican exclusivamente á los retratos y no hacen caso de lo demás; de manera que para formar una obra pintoresca del país, que hace mucha falta, ó para ilustrar nuestra historia, lo repetimos, no hay datos, y es preciso emprender trabajos costosos que no tienen recompensa, porque aun las suscripciones no dan para tanto.

Hé aquí otro motivo de la lentitud con que se publican *Las glorias nacionales*, que van, sin duda, á prestar un gran servicio á la historia patria. En todo lo que hace relación á nuestra guerra, debían los gobiernos ser los primeros que procurasen reunir toda especie de documentos y de datos, porque á ellos interesa de un modo más directo y porque tienen mayor facilidad de hacerlo. Pero, es fuerza decirlo, su negligencia es tal, que no cuenta ni con cartas militares, ni con croquis de batallas, ni con vistas, y á veces ni con partes verídicos. Todo aquí tiene que proporcionárselo el esfuerzo individual. Por tal razón, nuestra historia anda tan imperfecta y nuestros hechos gloriosos son tan desconocidos en el mundo. Los héroes mismos que han sabido ilustrar su nombre en la guerra, no se cuidan de tales trabajos, en favor de su propia fa-

ma, que redunde en honor del pueblo, y dejan que se les usurpe por aquellos á quienes el vulgo atribuye todo lo bueno sin pararse á meditar, porque carece también de la clave que le darían las narraciones justificadas con documentos exactos.

Pero ésta es materia que volveremos á tocar extensamente cuando hablemos en nuestras futuras revistas de los pocos trabajos históricos publicados hasta aquí.

Mencionemos aquí ahora una publicación importante, y que si es protegida del público como debe esperarse, va á llenar un vacío inmenso que se sentía desde hace años. Después de la *Ilustración Mejicana*, hermosa publicación literaria que salía de las prensas de D. Ignacio Cumplido, y después de los periódicos *La Voz de la Religión* y *La Cruz*, que estaban exclusivamente consagrados á la literatura religiosa, no había vuelto á haber ninguna que fuese una enciclopedia popular, á la que se añadiese el atractivo de las ilustraciones. La política era lo que interesaba solamente al pueblo, y esto que se comprendía en la época pasada, ha dejado de tener importancia en la actual, al menos del mo-

do anterior ocupando exclusivamente la atención pública. Pasó ya la cuestion electoral, que como era de suponerse, agitó á la nación entera. Hoy los espíritus están fatigados de tanto oír el lenguaje poco armonioso de las pasiones de partido, lenguaje que tanto han hablado los vencidos como los vencedores, y en el que se han destemplado hasta los órganos de los más graves personajes, tanto más irritables cuanto mayor era su poder y su confianza en el triunfo.

En lo general, el estilo árido de la política le cansa y le hace apartar la vista del periódico.

No sucede así con el que tiene un carácter científico y literario. En él su vista comienza por recrearse y su espíritu halla distracción y utilidad. Con este objeto se ha establecido *El Semanario Ilustrado*, pensamiento que tuvo á mediados del año de 1867 el conocido literato D. José Tomás Cuéllar, quien anunció *El Liceo Mexicano*, que no se publicó por fin, y que realizaron los Sres. Fuentes y Muñiz y C^{ta} en el presente, bajo el título citado antes. *El Semanario Ilustrado* tiene una redacción suficiente, compuesta de literatos distinguidos entre los que, repetimos también, que nosotros somos los mas oscuros. Artistas nacionales hacen los grabados en madera para

las ilustraciones, y el trabajo tipográfico es de una limpieza y de una corrección notables. Con el objeto de que esté al alcance de todos, la publicación es sumamente barata y las materias que contiene son originales.

Podemos hablar de su redacción con libertad, porque aun no escribimos nada allí, encargados como estamos de un trabajo importante que verá la luz pública hasta Septiembre.

Basta con anunciar los nombres de Ignacio Ramírez, de Guillermo Prieto, de Alfredo Chavero y de Manuel Peredo, para dar una idea á los lectores de la belleza literaria de los escritos que allí se publican. Gumersindo Mendoza, notabilísimo por sus estudios en las ciencias naturales, es colaborador en su ramo respectivo, y todos nuestros jóvenes ingenios envían al *Semanario* sus producciones.

Van ya publicados varios números, y la prensa toda ha dado cuenta de su importancia siempre creciente, haciendo justicia al mérito de las obras que se han dado á luz. Nosotros nos permitimos llamar la atención de los lectores sobre esa deliciosa correspondencia entre el Nigromante y Fidel, en la que no sólo hay que saborear los epigramas ingeniosos y las bellezas de la dicción, sino que admirar el estudio de costumbres, la descripción de los paisajes, y que

aprender la historia de muchos hechos que se ignoran y que tuvieron lugar al principio de nuestra guerra con la Francia, cuando el gobierno emigró á los Estados de la frontera.

Entre las del Nigromante hay una que habla de San Francisco California, junto á la cual, francamente, creemos que palidecerían las mejores páginas de Teófilo Gautier, de Musset y Dickens sobre Italia, porque no hay solamente la brillantez y novedad de la descripción, sino la profunda intención filosófica que se descubre en el menor rasgo, en la apreciación más ligera. La última, sobre el ataque de Mazatlán por el buque francés *La Cordelière*, es un canto heroico en el que se recuerdan las glorias del bravo Sanchez Ochoa y de García Morales, y en el que se mezcla á la entonación poética la sonrisa alegre del narrador popular. Después de haber referido las solemnes escenas del combate, Ramírez con unas cuantas palabras cierra el cuadro, describiendo la noche que siguió á aquel agitado día. *Los ingleses y norteamericanos se separaron riendo, dice, y la tuna ha venido á derramar sobre las galas y el entusiasmo de la ciudad una lluvia de plata que brilla igualmente hermosa sobre las olas, sobre los edifi-*

cios, sobre las palmas, sobre las mujeres y sobre la frente de los héroes.

¡Cuánta diferencia entre esta descripción animada y palpitante, y esas narracioncillas de batallas que andan por ahí, descoloridas y secas, en que el estilo dista muy poco del muy sabido y rutinerio que se emplea los partes oficiales!

Pero nada más añadiremos: el talento de Ramírez está consagrado, desde hace muchos años, por la admiración pública, y nuestra humilde palabra no tiene que hacer más por aumentarla.

Entre las cartas de Fidel, la última sobre todo es notabilísima, por más de una razón. Esa historia del marqués de Aguayo, verdaderamente legendaria, contada por una vieja, con todas las expresiones y modismos propios de las gentes del pueblo, produce una impresión horrosa, igual á aquella que dejaba en nuestra alma, cuando niños, un cuento de taasgos y de demonios narrado por una nodriza en silencio de la noche.

Hasta sentimos que Fidel haya encerrado en los estrechos límites de una carta un asunto con el que pudo hacer una leyenda magnífica, que dejara atrás los cuentos de Hoffman por lo fantástico, y que aventajara á las espantosas creaciones de Ana Radcliffe, por lo verosímil. Su marqués de Aguayo, que es un personaje histó-

rico, es el Barba-azul de la frontera, y por sus riquezas é importancia en aquella época, al mismo tiempo que por ser semejantes tradiciones bien conocidas en los pueblos del Norte, merecía una novela escrita por esa pluma que supo dar á la cándida relación de D^a Crucita un sabor de tragedia terrible.

Guillermo, que así sabe manejar lo fantástico en una carta, podrá también, cuando quiera, como poeta, crear leyendas que rivalicen con las famosas de Goëthe y de Schiller, que han adquirido una reputación universal.

Hay que hacer mención también de las *Revistas de la Semana*, que ha comenzado á escribir Fidel en el *Semanario*, y en las que su traviesa imaginación ostenta toda esa gracia que ya conoce tanto y tanto estima el público de Méjico. Esta revista es también bibliográfica y musical, con lo que ha venido á llenar un vacío.

Ramírez, que jamás abandona sus trabajos serios, ha publicado varios artículos los cuales tratan de la manera de difundir la instrucción en todas clases de la sociedad.

En los últimos números del *Semanario* ha emprendido un estudio crítico de la mayor im-

portancia para nuestra historia nacional. En casi todos los historiadores del tiempo de la conquista se ve estampada la opinión de que un apóstol de Cristo, que convienen en que fué Santo Tomás, vino á la América y predicó el Evangelio, y aun afirman que fué deificado por estas naciones con el nombre de *Quetzalcoatl*. Semejante tradición ha durado desde entonces, sin que nadie se haya puesto á examinarla formalmente y á combatirla.

Pues bien: un eclesiástico de Méjico, muy erudito por lo visto, entrego á Ramírez un cuaderno voluminoso con un estudio extenso sobre la tradición referida, y Ramírez quiso publicarlo para entrar en el examen de aquella después. Ya van tres artículos que publica sobre tal asunto.

El *Semanario Ilustrado* también contiene algunos artículos descriptivos y morales de Alfredo Chavero, con el nombre de *Paisajes*, y se propone continuar la serie, haciendo conocer varios lugares de la República. Alfredo es muy á propósito para ese género de literatura, por lo elevado de su talento, por su excelente memoria y por su penetrante observación á lo que

se añade como una prenda rara, un juicio sólido, que es bastante extraño en un joven como él. Esta es la cualidad dominante en el carácter literario de Chavero, quien por ella está llamado á tratar asuntos más encumbrados en Filosofía, en Literatura y en Historia. Sabemos que se consagra hoy con empeño á coleccionar documentos y obras pertenecientes á las Antigüedades mejicanas, contando ya con bastantes ejemplares curiosos. De modo que no tardaremos en ver algún estudio lleno de novedad y de interés sobre nuestras tradiciones. Chavero sigue la senda de Ramírez en sus indagaciones críticas, y desdennando un poco los trabajos de mero entretenimiento, se ha ejercitado ventajosamente en altas cuestiones de Legislación, dándose á conocer desde hace tiempo como orador en la cámara de diputados, como publicista en la prensa y como juriconsulto en el foro.

Así es que los *Paisajes* no son más que el producto de sus ocios; pero son bellísimos y notables por su exactitud en la pintura de la localidad y de las costumbres, por su dicción elegante y correcta, por su gracia natural y de buen gusto y por sus ingeniosas observaciones. Algunas veces el poeta se descubre; porque Alfredo cultiva también la poesía con bastante brillo, y desde sus lípidísimas *tróvas* que publicaba en 1862,

hasta sus composiciones filosóficas que ha leído en las *Veladas literarias* con general aplauso, hay que seguirle en todos los géneros, porque le son conocidos, aunque se ha distinguido especialmente en la poesía patriótica, en la cual tiene arranques dignos de Prieto, como lo ha probado en las preciosas muestras que nos dió en aquellos días de entusiasmo, cuando el ejército francés marchaba sobre la capital, y cuando la lira de nuestros cantores excitaba al pueblo á los campos de la gloria.

El primer artículo de los *Paisajes* se intitula *Manzanillo*, y el segundo *Colima*. El escritor, que conoce bien esas localidades porque las visitó en 1863, cuando la salida del gobierno de San Luis Potosí nos hizo tomar á todos diferentes rumbos, describe aquel puerto y aquella ciudad con sorprendente exactitud y les da el colorido poético de su imaginación. Bajo su pluma ve uno aparecer el paisaje con toda la pompa de aquella hermosa tierra y con toda la belleza de su cielo. Colima sonríe ante nuestros ojos, recostada muellemente en la falda de sus volcanes y sombreada por sus bosques inmensos de palmeras y de arrayanes, de parotas y de mameyes que apenas dejan ver el caserío blanco y alegre, y los plateados reflejos del río bullido y bordado de cármenes encantadores.

Los artículos descriptivos como los de Chavero son escasos en Méjico, y á fe que hacen suma falta, porque ellos contribuyen más que nada á que se forme en el extranjero una idea justa de nuestros hombres y de nuestras cosas. En los *Paisajes* no sólo se ve lo pintoresco, sino que también hay un estudio de historia y de costumbres, con estilo tan sabroso y tan fluido, que no puede menos que leerse con avidez. Pero, repetimos, en esta parte ha habido todavía mayor negligencia que en otras. Nuestras novelas como el *Periquillo* y el *Monedero*, contienen descripciones, pero todavía son pequeñas. D. Luis de la Rosa, que tenía una facilidad admirable para la descripción, se limitó á pintar cuadros de la naturaleza que son más bien poesías. Fidel, en sus *Viajes de orden supremo*, tiene también estudios preciosos, que nos hacen desear la conclusión de esa obra. Algunas hay en antiguos calendarios que se han olvidado; pero ¿qué es todo esto en compensación de nuestro país? Apenas una centésima parte. Hasta ahora parece que va á cultivarse un género de literatura descuidado en Méjico y tan deseado generalmente. La correspondencia del Nigromante y de Fidel abraza también la descripción, como uno de sus objetos. *Calvario* y *Tabor* trae cuadros de la costa del Sur y de Michoacán excelentes,

y Chavero escribe expresamente con ese fin exclusivo sus *Paisajes*, obra en que le hemos prometido alternar con él, pues preparamos también algunos artículos descriptivos del Sur, de Michoacán y de Guadalajara. Excitamos entretanto á los jóvenes escritores á que nos ayuden, pues de este modo en breve podremos formar una obra pintoresca sobre Méjico, que con los hermosos artículos que se publicaron, lujosamente ilustrados, hace tiempo, con el título de *Los alrededores de Méjico*, y con lo demás que dejamos referido, pueda reputarse una colección completa.

Réstanos hablar del distinguido crítico de teatros que escribe en el *Semanario*, y que tan bien maneja la lengua de Cervantes y de Luis de Granada, que no parece sino que sus bellísimas crónicas son hijas de algún discreto autor de aquellos tiempos, en que el idioma español era el preferido por el amor, por el heroísmo y por las musas. Valiéndonos de una graciosa figura que ha usado el mismo Manuel Peredo, seanos lícito decir que su estilo es tan sabroso como el vino viejo, y que nos detenemos en cada período, en cada línea, en cada frase para deleitarnos

con el dejo regalado que nos queda al leer cada concepto suyo. Encanta este modo de hablar.

Manuel Peredo es clásico en sus estudios. sus composiciones poéticas, que tanto han llamado la atención y que han sido tan celebradas por su exquisita gracia, tienen toda la forma correcta y elegante de aquellas silvas de Fr. Luis de León, de Rioja ó de los Argensolas, toda la sal ática de las composiciones sueltas de Bretón de los Herreros, á quien se parece tanto en lo juguetón y picaresco de su musa como en lo castizo de la dicción castellana. Como la prensa ha hablado mucho de estas poesías, y como una autoridad competente é irrecusable en materia de lenguaje, el Sr. D. Anselmo de la Portilla, ha juzgado también favorablemente el estilo de Peredo, nosotros no diremos más. La reputación de nuestro buen amigo está hecha como buen hablista, como poeta y como crítico. Bajo este punto de vista vamos á considerarle nosotros. Si un estudio profundo de todos los teatros, pero particularmente del español, si una pasión decidida por la literatura dramática, si una observación sagaz y delicada que se detiene hasta el menor detalle; si un acierto instintivo en la apreciación, si un juicio maduro é ilustrado, y si un conocimiento de la escena difícil de igualar, son dotes que deben hacer de un escritor un

crítico perfecto, Peredo lo es sin duda alguna.

Desde que pudo concurrir al teatro, concurre; es decir, desde su niñez habrá podido verle el público, fiel y asiduo espectador, no importa si en el patio, en los palcos ó en la galería. Peredo no falta jamás, llueva, truene ó granice, y las empresas habrán perdido por falta de público algunas noches, pero nunca les habrá hecho falta el contingente de Peredo. Sólo el deber sagrado de su profesión (porque es médico) puede haberle hecho faltar algunas veces y arrancarle de los brazos de Talía; pero si no es eso, nada tiene bastante poder para privarle de su placer favorito.

Pero Manuel Peredo no es concurrente al teatro por una costumbre de lujo, por el deseo de buscar distracción, por el interés de pasar revista á las hermosas. No; él es idólatra del arte, es inteligente apreciador de sus bellezas, y allí no sólo goza, sino que estudia. Si asistís con él y estáis á su lado, él os hace notar circunstancias que dejaríais pasar inapercibidas, y que sin embargo, son importantes para la crítica. Si le veis durante la representación, no podréis por ningún motivo distraer sus miradas, que permanecen fijas en la escena y pendientes del actor. En el entreacto, contad con él para gustar de su conversación chispeante y bordada de agu-

dezas deliciosas; pero antes no os haría el menor caso. Y todavía, os advertimos que no es fácil retenerle en el patio ó en el corredor, porque tiene como Julio Janin la costumbre de ir á pasearse, en alegre conversación, esos momentos, entre bastidores.

Tal es Manuel Peredo, y tales son sus elementos para juzgar de las obras dramáticas y su representación. Por eso saboreáis esas narraciones tan fluidas é interesantes de su revista, y que á veces son más bellas que la comedia misma cuyo asunto compendia. Por eso tenéis esas apreciaciones tan justas, tan oportunas, tan llenas de novedad. Peredo no escribe lo bastante; no juzga muchas piezas á la vez; pero aquella que coge por su cuenta, queda en sus manos analizada completamente. Hay algo del análisis anatómico en su crítica; sólo que aquí el poeta y el médico se confunden y dan á la autopsia un encanto de que carece para la generalidad el examen que hace la ciencia.

Tiene otra cualidad rara y que hace más amables sus escritos. Dotado de un carácter benévolo y dulce, extraño á las pasiones violentas, lleno de sentimiento, á pesar de sus epigramas y de su sonrisa, jamás brota de su pluma una frase ofensiva, un chiste punzante y mortal, una sola palabra de ésas que se clavan como dardo

encecido. Peredo es el mas cortés de los críticos, y siempre encuentra la manera de decir una verdad sin causar enfado, de corregir sin que el actor dé un brinco de dolor. La crítica en su boca suena como advertencia maternal, y los actores por esa razón le profesan un cariño envidiable.

Nosotros reflexionamos que esta crítica es la que produce mejores resultados, porque no irrita, ni se echa encima la obstinación de la vanidad herida, y por eso creemos que Peredo está haciendo mucho bien al progreso del teatro en Méjico.

Tenemos tal confianza en su juicio y en su experiencia, que para escribir cualquiera de nuestras pobres crónicas teatrales, siempre le pedimos su opinión, siempre contamos con su ilustrado juicio. Peredo es uno de esos hombres que acaban por presidir un círculo literario y por crearse un apostolado en la juventud. ¡Ojalá! Cuando tantos necios ponen en boga sus opiniones mezquinas, trasmitiéndolas á admiradores estúpidos, es muy grato considerar que talentos como el de Peredo están ahí para no dejar la dictadura en manos de la ignorancia ni de la presunción.

Para concluir con el *Semanario*, llamaremos la atención de los lectores sobre los artículos de ciencias de aplicación que se están publicand o

allí por inteligentes escritores, que tieaen la modestia de ocultar sus nombres detrás de las iniciales ó del apónimo. Por todo esto, el *Semanario Ilustrado* es una publicación que el país debe proteger, porque deleita y es útil.

Entre las publicaciones que estamos mencionando, hay una que por ser de nuestros antiguos y más ameritados colaboradores merece un lugar distinguido. Se intitula *Cuentos del vivac*, y es su autor el conocido poeta y escritor D. José T. de Cuéllar, que como lo dijimos en una de nuestras revistas publicadas en el Siglo XXX, se vió obligado á ausentarse de esta capital para fijar su residencia en San Luis Potosí.

Cuéllar, separado del círculo de sus amigos, en el que era tan querido, no ha podido prescindir de sus tareas literarias, que son como una necesidad para su alma naturalmente poética.

Ha estado redactando el *Boletín militar de la división del Norte*; y este periódico, aunque impreso con malos tipos y en pobre papel, se ha hecho interesante sólo por las producciones de tan distinguida pluma. Además de sus artículos graves sobre instrucción pública y sobre otras materias, Cuéllar ha publicado escritos ligeros,

como los *Cuentos del vivac* y como sus crónicas de teatro actuales, que llevan aquella firma, con la que llamó tanto la atención en artículos dignos de Jouy y de Figaro, y que se llamaron *Las bancas de fierro*, *El credito público*, *La veneración* y otros.

Facundo fué desde entonces un hombre que se presentó espléndido en el cielo de la crítica, como se había presentado el de Cuéllar en el cielo de la poesía.

Este literato, tan aplaudido por sus cantos líricos como por sus bellas producciones dramáticas, no había seguramentente querido pisar otro terreno, más bien por indolencia que por temor, pues su talento es uno de esos talentos que tienen una flexibilidad sorprendente, si se nos permite la frase, y que dominan todos los géneros literarios. Pero apenas escribió su primer artículo, rebotando gracia y agudeza, apenas comprendió que su mirada penetrante y su conocimiento de la sociedad mejicana le llevaban al artículo de costumbres y le auguraban muchos triunfos, cuando se consagró á esta tarea con gusto y con destreza. Entonces pudimos admirar los estudios que hemos citado arriba, así como sus dos bellísimas revistas, que pueden contarse entre las mejores que hayan salido alguna vez de la pluma de un literato.

Si Facundo quisiera, podría escribir la sátira política como Larra, ó el artículo de costumbres como Mesonero. Lo decimos sin pasión, precisamente porque tenemos por el primero de estos escritores una predilección marcada, comprendemos la dificultad de igualarle; pero *El crédito público* de Cuéllar nos hizo concebir esperanzas de ver en nuestro país bien imitado el estilo del célebre satírico español. Mas el que sale á Belchite se entristece y se desalienta. El círculo de los amigos ayuda mucho porque estimula, y la pereza invade el alma por falta de aliciente. Esto nos ha pasado á todos los que hemos tenido que salir de Méjico y que vivir en los pueblos, poco menos que como Ovidio en el Ponto-Euxino.

En semejante circunstancia nadie puede lamentarse de haber sufrido tanto como nosotros, que hemos vivido literalmente en las montañas, á veces sin más tertulianos que los que tenía Robinsón, á saber, los papagayos.

Todavía Ignacio Ramírez hablaba con los yankees de California ó con los curas de Sinaloa, de Sonora ó de Yucatán; todavía Guillermo Prieto contaba con el talento de los *veintidós* ó con la inteligente concurrencia de los tejanos; todavía Riva Palacio tenía consigo á sus oficiales y á sus letrados de Michoacán; todavía Cha-

vero se hacía entender de los *dandys* emigrados que habían llevado á Colima como una chispa del ingenio mejicano; todavía Cuéllar tiene en San Luis Potosí un auditorio.

Nos alegramos ciertamente de que uno de los fundadores del círculo que tanto ha impulsado el movimiento literario en Méjico, como es Cuéllar, no enmudezca completamente, ni olvide que sus amigos le siguen con sus afectuosas miradas hasta esa tierra de la tuna cardona y de las hormigas dulces.

Sus *Cuentos del vivac* son pequeñas historias militares en que se narran varios de los hechos gloriosos de la guerra pasada, con un estilo sencillo, popular, pero impregnado de ese entusiasmo patriótico que tanto conmueve el corazón del soldado y del hombre del pueblo, y que es al que deben las naciones todas del mundo sus glorias más brillantes y sus ejércitos más afamados.

También faltaba cultivar ese nuevo género, y también es necesario, tanto para consignar las hazañas memorables del soldado, que producen el estímulo en sus camaradas, como para enriquecer la historia nacional. Es la epopeya del héroe oscuro de nuestros campos de batalla, que muere como un bravo honrando á su patria, pero que no tiene un Homero que le cante, ni es-

pera un recuerdo que perpetúe su nombre ante la gratitud pública, ni sueña con otro monumento que el osario común, ó la hoguera en que los *prebostes* reducen á cenizas tantos restos venerables y grandiosos.

El patriotismo de las naciones debe proteger esta clase de publicaciones, porque ella es útil, más que los pomposos discursos que el pueblo no entiende, ó que las historias oficiales que no puede comprar. Por otra parte, cada una de éstas se consagra regularmente á un Aquiles demasiado alto para que el soldado saque de su gloria el ejemplo que necesita. Podemos hasta decir que el pueblo murmura contra esas historias lisonjeras, en que se olvida á los humildes obreros de la victoria y se les considera más bien como instrumentos, como *carne de cañon*. Apenas los fanáticos soldados de Bonaparte lloran con esos libros; pero nótese que en las epopeyas napoleónicas se colocan frecuentemente junto á la figura gigantesca de aquel general las figuras interesantes de sus soldados, y que él mismo procuró siempre mezclarse, aunque revestido del carácter imperial, entre sus buenos hombres del pueblo, esforzándose hasta aparecer sencillo en su traje y en su locución, lo cual hacía que el pueblo le considerase siempre como uno de sus hijos, como una de sus glorias, como la

personificación de las masas, aunque supiese que se había hecho monarca, porque ciertamente tuvo pocas ocasiones de verle en las Tullerías y en medio de una corte improvisada, y casi siempre le vió en medio de las fatigas y de los combates.

Napaleón hacia matar á millares á estos infelices fetichistas, y cada batalla que daba era una hecatombe ofrecida á la deidad sangrienta de su ambición; pero tuvo la habilidad de fanatizar á los soldados, y de hacer del vivac un foco de entusiasmo.

Pues bien: lo que hacía aquel hombre por su propio engrandecimiento, hagámoslo nosotros por el amor de la libertad, animemos al soldado con esas narraciones en que él vé su epopeya, y que le hacen buscar con gusto una muerte heroica, porque sabe que su país no ha de pagarle con el olvido, porque sabe que la gloria no es para él un nombre vano, pues que sus hazañas han de ser la admiración de sus compatriotas.

Los *Cuentos del vivac* han pasado inapercibidos para la generalidad, no para nosotros, que hemos visto en la intención de Cuéllar una mira profunda y que ha de tener resultados ventajosos. Sólo quisiéramos que les diera una forma capaz de hacer de ellos una colección que guardara el soldado para aprenderla, juntamen-

te con las leyes penales y con sus obligaciones. Quisiéramos también que continuara esa publicación, pues sobran hechos notables que relatar; y sobre todo, quisiéramos que á ejemplo de Cuéllar, otros escritores en los diversos puntos de la República en que han tenido lugar hechos memorables, particularmente de soldados rasos ó de oficiales subalternos, no los dejaran en el olvido, sino que prestaran á su país el servicio de inmortalizarlos en la forma que Cuéllar tan felizmente ha escogido. Estas historietas, especialmente si están ilustradas, llegan á ser mas conocidas que ninguna otra leyenda, y apenas la canción popular puede alcanzar igual simpatía

Hemos concluído la revista de las publicaciones literarias de Méjico. Como se habrá visto, hemos procurado dar á conocer el carácter de cada una de ellas, y hoy se nos permitirá recapitulando, llamar la atención de los lectores sobre un hecho importante. Examínese con cuidado cada escrito, y se verá que cada literato mejicano cultiva un género diferente. Aquel, la leyenda romanésca; éste, el artículo de costumbres; el otro, la narración histórica; el de aquí,

la conversación como los franceses; el de acullá la descripción; algunos la crítica teatral, otros, el cuento del soldado. Hay quien maneje la sátira política, hay quien se consagre al estudio social y filosófico, hay quien haga indagaciones curiosas sobre la historia antigua, y no falta quien pueda desempeñar con maestría toda clase de trabajos, como Ramírez.

Pero no se imitan servilmente unos á otros, sino que todos propenden á sobresalir en un género determinado y á ser útiles al pueblo, en cuyo favor han emprendido su tarea.

Llegando hoy á los versos vamos á ver cómo también se han iniciado diferentes géneros de poesía, consagrándose por grupos los jóvenes á su cultivo, y dando así mayor interés á los trabajos. Pero esto se dirá al tratar de las *veladas literarias*.

IV.

Las *veladas literarias* se han suspendido á causa del teatro y de otras circunstancias puramente de actualidad; pero no han muerto; ni podían morir, teniendo todos los elementos de vida propia que se necesitan para que una ins-

titución se establezca y prospere. El lujo, que nos hizo temer por ellas al principio, en nada les perjudicó, habiéndose convenido todos los hermanos en verlo con indiferencia. El lujo llegó á ser inofensivo.

Peró aunque suspensas tales reuniones literarias, el movimiento que en ellas se dió á los estudios, ha producido los resultados que se estan viendo y que crecerán cada día.

En las seis últimas *veladas* se clasificaron ya los géneros de poesía, y cada grupo se consagró al ramo que le era más agradable con preferencia á los demás. Nuevos jóvenes ingresaron en la reunión, y apenas hubo *velada* en que no tuviese que mencionarse una *alta*, lo cual indica que nuestro objeto, que era el de estimular á la juventud, estaba logrado completamente.

No pasaremos revista una por una á todas las reuniones que tuvieron lugar. Esto sería inútil, y tendríamos que repetir á cada paso la descripción de los salones, de las luces, de los pasteles y de los vinos, cosa que ninguna utilidad trae á los lectores, y en que nuestra pluma no encuentra grata ocupación.

Sólo dejaremos consignado, que los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre estuvieron espléndidos y fastuosos al recibir á los literatos en sus casas magníficas de la calle de Dence.

les y de la Palma, y que en esas dos noches se hicieron conocer los jóvenes D. Martín Fernández de Jáuregui con un romance de costumbres intitulado *El Coleadero*, D. Gonzalo Esteva con una poesía ligera y graciosa, cuyo título es *Tú y yo*, y Esteban González con su hermosa Introducción á su leyenda de Granada, que tan aplaudida fué.

La primera de estas composiciones está publicada ya en el *Semanario*. El joven Dr. Peón leyó también por primera vez una bella poesía, que no tenemos en nuestro poder, el Dr. Frías y Soto su canto *La Caridad*, y el joven estudiante D. Roberto Esteva sus octavas *Ensueños y realidades*.

De los antiguos, Alfredo Chavero recitó *La limosna de los ricos*, composición cuyo carácter agradó mucho.

Manuel Sánchez Facio su bellissimo soneto *María*, José Rivera y Río su invectiva *Corazones blindados* y su delirio *Dolor supremo*.

Joaquín Tellez su precioso y original soneto *A Clara*, que ha merecido los honores de ser repetido tres veces.

José María Ramírez su delirio filosófico *Pensamientos y doblones*.

Y Justo Sierra su linda canción *Playera*.

Riva Palacio recitó varios pequeños roman-

ces populares que él cultiva con el objeto de imitar el estilo de los romances moriscos, que por su soltura y sencillez son fáciles de aprender al pueblo á quien los consagra.

Peredo leyó su *Consortio imposible*, que ya se publicó en un cuaderno de las veladas y que mereció, como el soneto de Téllez, los honores de ser recitado varias veces en diferentes noches.

Mateos su precioso juguete *Su imagen, mi sombra, y yo*, que también fué repetido.

Julián Montiel sus quintillas á Josefina, inspiradas por la amistad y la ternura.

Y Guillermo Prieto, haciendo sonar su lira pindárica, nos recitó *Eter y ensueños*, y *Flores marchitas*.

A las dos veladas fastuosas de Riva Palacio y de Martínez de la Torre, se siguieron dos muy modestas; la primera que tuvo lugar en la casa de Alfredo Chavero y para la que invitaron él y Juan A. Mateos, y la segunda en el entresuelo de la casa núm. 2 de la calle de Gante, para la que invitaron Ignacio Ramírez y Agustín Siliceo

Con-todo, en la primera, que se dió con el objeto de introducir la reforma en las reuniones

literarias, todavía hubo una modestia demasiado comfortable. En los saloncitos había hermosos tapices, elegantes muebles de *reps*, estilo imperial, en las ventanas lujosas cortinas, en las paredes magníficos cuadros y espejos, y en el centro mesas cargadas de libros magníficos y costosos. Todavía en una pieza inmediata se mostraba una mesa, en la que sólo se había suprimido el mantel, pero que estaba llena de pastelería, de confituras y de exquisitos vinos españoles y franceses. Todavía se hicieron libaciones en honor de las musas con *champagne* y *Jerez seco*, y todavía se hizo el ponche con *kirsch*. Movieron la cabeza algunos, diciendo: *Esta no es aún la reforma*; pero, en fin, como estaba convenido que los hermanos estaban en libertad de hacer lo que pudiesen, la noche se pasó alegremente y la literatura ocupó una gran parte de ella.

Esteban González leyó el primer canto de su poema heroico *Zaragoza*, José Rosas leyó también algunas de sus bellísimas composiciones; Enrique de Olavarría, que no saca á luz sino de cuando en cuando las hermosas perlas de su rico talento, nos mostró una en esta vez que fué admirada de todos; algún otro leyó unas octavas de arte menor intituladas *Los naranjos*, de un género descriptivo, y que según oímos, pa-

recieron estar al nivel de la temperatura [entonces estaba muy ardiente,] y por último, Joaquín Alcalde se encargó de leer los primeros capítulos de esa novela de Riva Palacio que acaba de publicarse *Calvario y Tabor*, y que entonces estaba comenzando á escribir.

La segunda *velada* sí fué de reforma. Los bohemios que se encargaron de ella, escogieron para recibir á sus amigos la casa de otro bohemio, que entonces vivía an el mencionado entresuelo de la casa núm. 2 de la calle de Gante que hoy ocupa el ministro de Gobernación. Esa habitación estaba entonces desnuda y escueta. Era un verdadero zaquizamí de estudiante. La describiremos tal como estaba esa noche.

El suelo de la sala no tenía alfombra, sino que los prosaicos ladrillos se ostentaban en toda su belleza, no teniendo otro mérito que el de estar barridos y limpiécitos. Cuatro docenas de sillas blancas de pino, eran los asientos de los concurrentes. Sendas estampas representando al Dante, al Taso, á Shakespeare y á Milton, estaban pegadas en las paredes con pequeños clavos; una mesa humilde ocupaba el centro, en la que, al derredor de una lámpara se veían una edición de la *Iliada* y la *Odisea*, y una del *Quijote*. En los rincones, pobres columnas con candelabros, donde ardían velas esteá-

ricas; porque, eso sí, había mucha luz, como que costaba poco. En un lado de la pared, una pirámide de libros en que estaban confundidas *La Jerusalem libertada*, *Las Luisiadas*, *El Paraíso perdido*, las obras de Rousseau, las obras de Gilbert, las canciones de Beranger y las obras de nuestro Rodríguez Galván; en fin, todo recordaba allí á los poetas y á los literatos, la pobreza y el infortunio de los más grandes ingenios de la tierra.

Agustín Siliceo para poder amenizar la tertulia, fué á traer un modesto piano de alquiler en el que tocó sus hermosas composiciones, alternándolas con otras en que brilla su destreza como ejecutista.

Este mismo Agustín leyó en primer lugar, por vía de introducción, un pequeño discurso en que hablando de la humilde recepción que se hacía allí á los concurrentes, acostumbrados á las grandezas de las veladas anteriores, los invitaba á pasar á la casa de Fulcheri, si por ventura no quedaban contentos con aquella bohemia. Se acogió con grande júbilo y alegre risa este discurso insolente, y prometió cada cual moderar sus instintos gastronómicos y tener estómago de anacoreta.

En efecto, tal se necesitaba, porque en otra piecésita contigua se podía ver una mesa pe-

queña y limpia, pero no llevaba sobre sí más que algunas grandes tortas de pan blanco, algunas botellas de manzanilla y de cognac, y una tetera, limones, azúcar y agua.

Con todo esto, que era capaz de aterrar á los que, iliteratos, sólo iban á tributar culto á Baco y á Ceres, los hijos de las musas se mostraron contentos como pocas veces; aquella pobre provisión desapareció en el instante, pero ni produjo indigestiones ni excesiva alegría, sino un entusiasmo tranquilo y cordial. Verdad es que en las veladas anteriores tampoco pudieran haberse notado excesos de ningún género; pero sí se advertía, que una vez pasados los placeres de la mesa, los convidados iliteratos escurriáanse callandito, produciendo con su ausencia cierto vacío, y contagiando con su ejemplo á los demás.

Por otra parte, la riqueza y abundancia de los manjares, la variedad de soberbios vinos y las finezas de los Anfitriones, acababan por poner pesados los estómagos, nublados los cerebros, y los corazones más tiernos de lo que se necesita para sentir las bellezas de la poesía. La discusión literaria no era posible después de la mesa; el final de las veladas se iba pareciendo al final de las *posadas* ó de los banquetes de *tivoli*, y la dignidad personal de los concurren-

tes pobres, que eran los más, sufría con esa ostentación de lujo, que sería un obsequio para ellos, pero en que entraba por mucho un sentimiento distinto del amor á la literatura y del cariño hacia los literatos.

De modo que en la velada de Ramírez y de Siliceo, se disfrutó de bienestar, y los bohemios de las letras se sintieron como en su propia casa. La reunión se prolongó hasta las altas horas de la noche, y todavía los concurrentes se dispersaron recitando versos y riendo alegremente.

A falta de tapices, de espejos y de galantinas y licores, hubo algo mejor, hubo la lectura de composiciones notabilísimas, y que indicaban ya un adelanto y un empeño que sorprendieron. Justo Sierra leyó su magnífica poesía *Dios*, en que su lira hizo oír los acentos sagrados de la oda antigua, en que su pensamiento, dejando las esferas limitadas de la tierra, se remonta como una águila á los espacios infinitos, para encontrarse frente á frente de la inmensidad y para sentir el aliento omnipotente del Sér Supremo, revelando su existencia de súbito ante el espíritu que osara interrogarle y dudar.

Esta composición ha sido publicada ya en el cuarto cuaderno de las veladas.

Alfaro, otro poeta inspirado y correcto, leyó también otra composición *A Dios*, que no es

indigna de ponerse al lado de la de Sierra, aunque tiene un carácter diverso, pero en la que se notan un gran sentimiento é ideas profundas y originales.

Manuel Paredo leyó un artículo ingenioso y lleno de intención, que remitió José T. de Cuéllar de San Luis Potosí; Joaquín Téllez recitó sin perturbarse, fiado en esa memoria asombrosa que tiene, una de sus más preciosas composiciones serias: un joven que ingresaba por primera vez á aquella reunión, como Alfaro, Rafael Zayas, veracruzano, y por lo tanto fogoso y atrevido, recitó también unos versos en los que si no se advertía una gran destreza en el idioma, sí había gran sentimiento. Zayas ha residido en Europa, y especialmente en Alemania; mucho tiempo se ha consagrado con asiduidad y con gusto al cultivo de esa rica y hermosa lengua, y de esa grandiosa y profunda literatura, y no es de extrañarse que al volver á su país, del que salió todavía niño, conserve aún su acentuación alemana é ignore los secretos de la lengua castellana, que sólo se conocen con la práctica y la lectura de los clásicos. El aprendió el alemán y residió en Prusia en un tiempo en que las impresiones que se reciben quedan grabadas más hondamente que las que vienen después; pero su juventud le pone aún

en facilidad de poder manejar su lengua con fluidez y corrección, y si á eso se añade su gusto decidido por la literatura, no dudamos de que progresará pronto.

Entretanto, lo excitamos ya que él posee afortunadamente un conocimiento que falta aquí, como es el idioma alemán, á que haga estudios sobre los grandes escritores alemanes, traducciones de aquellas obras maestras que apenas conocemos, con lo cual prestará un servicio inmenso á la literatura mejicana, porque se enriquecerá con nuevos monumentos. En esta tarea, apenas sabemos de algunos trabajos que se hayan emprendido antes de esta época, por el joven Martínez de Castro, que murió heroicamente combatiendo con invasores americanos en la guerra de 1847. La muerte segó en flor esta vida llena de esperanzas y que tanta gloria hubiera podido dar á las bellas letras de Méjico. En la actualidad sabemos también y nos consta que el ilustrado y eminente literato D. José Sebastián de Segura, se dedica á traducir algunas célebres composiciones de los mejores poetas alemanes, habiendo concluido ya *La canción de la campana*, de Schiller, que en opinión de los que saben, es superior á la traducción de Hartzzenbusch bajo todos aspectos, lo que nos hace desear que su autor la publique cuanto an-

tes. Hoy trabaja en poner en versos castellanos el *Buzo*, del mismo gran poeta, y confiamos en que el desempeño quedará al nivel del anterior.

La poesía y literatura alemanas son hoy nuestro sueño, y por eso excitamos á Zayas á que trabaje también en hacerlas conocer. Por nuestra parte, y deseando contribuir con nuestro humilde esfuerzo á esa obra, y desconfiando de las traducciones francesas que, como se sabe, no brillan por su exactitud, no podemos hacer por hoy otra cosa que consagrarnos con tenacidad y con empeño al estudio del idioma alemán. ¡Ojalá que podamos el año entrante publicar la serie de estudios que nos proponemos, que aun siendo inferiores, como deben esperarse de nosotros, servirán para estimular á la juventud.

En la velada de que estamos hablando, se leyeron todavía otras composiciones dignas de atención; y para concluir, el Nigromante ocupó la silla y se puso á recitar unos tercetos, esos tercetos que no hay nadie que haga como él y que se escuchan sin perder una sílaba. Ellos eran una especie de contestación al discurso que leyó el Sr. Martínez de la Torre en la velada de su casa, y que se publicó en el cuarto cuaderno. El Nigromante lo anunció así, diciendo que ese discurso le había inspirado su composición, y se puso á recitarla con su gravedad de cos-

tumbre, que hace siempre perder á los demás la suya. Ya se podrá concebir cómo era la tal composición, y sólo diremos que á las risas y á los aplausos generales se agregó hasta la risa y el aplauso del mismo Martínez de la Torre, que no pudo mantener su seriedad al oír á Ramírez poner en caricatura sus ideas. Es lástima que Ramírez no quiera darnos todas estas piezas, que llenarían de gozo á los lectores, sino que las reserve á un círculo de escogidos.

Esta velada de la pobreza ha servido de ejemplo para que los demás bohemios no se retraigan de hacer sus reuniones por el temor de no poder recibir en salones espléndidos y ofrecer una cena de Baltasar.

Es preciso decir que los amigos de la literatura concurrirán con mayor gusto á una habitación humilde que á un palacio iluminado con mil luces, y que tomarán con más placer una tacita de té, que esas *cráteras* de hirviente licor que embriagan á las musas; es decir, que irán mejor á la casita de Horacio que á la *villa* de mármol de Lúculo; á la guardila de Cervantes, que al palacio del conde de Lemos. Hasta es más propio eso y más digno. De otro modo, si nosotros no hubiésemos manifestado á tiempo nuestro desagrado, habríamos acabado por andar de casa en casa de los grandes, cargando el

laúd, como los trovadores de la Edad Media andaban de castillo en castillo, divirtiendo á los ricos-homes en la sobremesa y recibiendo buenas comidas en cambio de cantares. Parece que nosotros no tenemos necesidad de apelar á estas industrias, y que haremos muy bien en no reunirnos sino en casa del amigo rico ó pobre, pero que no haga esfuerzo para recibirnos. Que no se diga de nosotros lo que el sarcástico Labé-doliere dice en su artículo *El poeta*, de algunos versistas á quienes se sirve en las soirées después del café y á guisa de refrescos.

Sobre todo, que se otorgue á la literatura una protección verdadera, porque el lujo de las "veladas" no conduce á nada útil, y mientras que en dar de comer y de beber á los literatos, en una noche se gastan quinientos ó mil pesos, no hay fondos para hacer las publicaciones, los gastos de edición no se recompensan, y los jóvenes autores guardan sus manuscritos por falta de medios para publicarlos.

Por lo demás, estas reuniones, como quiera que hayan sido, han producido un movimiento intelectual notable, como lo hemos notado al principio, y aunque amantada con *champagne* y mantenida con manjares temibles, la literatura no ha tenido la desgracia de atragantarse, y ha renacido.

Las dos últimas veladas tuvieron lugar en la casa de Schiafino y en la casa de Riva Palacio otra vez, como presidente de la Asociación Gregoriana, que fué la que invitó.

Nos detendremos un poco para hablar de la primera.

Schiafino reunió á los literatos en su casa, no á fuer de hombre opulento, sino á fuer de amante de las letras y de las artes, cualidad que nadie puede negarle, porque á un talento distinguido reúne una instrucción nada común, y un gusto refinado y exquisito que posee por naturaleza, y que ha tenido tiempo de cultivar en sus viajes por Europa. El concurría además á las *veladas* con anterioridad, y eran muy dignas de oírse sus apreciaciones sobre los trabajos literarios que se daban á luz, de modo que si él aun no había contribuido con su contingente, escribiendo artículos que nosotros y sus amigos todos sabemos que tienen originalidad y gracia, si había sido útil en nuestro seno con las observaciones de su buen sentido y de su gusto delicado.

Esta velada estuvo concurridísima. Se sabe en Méjico con cuánta caballerosidad y con qué tacto Schiafino sabe hacer los honores de su casa. Tal cualidad no es tan común como podría creerse, y millonarios hay que darían algo

por tenerla, porque sucede generalmente que se disponen un palacio en el que se descubren por donde quiera las desgraciadas combinaciones de la necedad enriquecida, y que el amo de la casa representa ante sus invitados las escenas del *Bourgeois gentilhomme* de Molière, corregidas y aumentadas. En materia de *soirées* de especiero, Méjico es fecundo, porque aquí el dinero y la posición no suelen andar de acuerdo con la inteligencia.

Schiafino se distingue por su excelente gusto. Su hermosa casa de la calle del Cinco de Mayo fué la señalada para la reunión. Esta casa es la que se conoce generalmente en Méjico con el nombre de *casa pompeyana*, y bien merece ser descrita, aunque sea de paso.

La calle del Cinco de Mayo ha sido abierta nuevamente, rompiendo parte del edificio que había servido de colegio de jesuitas, llamado La Profesa. De entre esas ruinas salió esa calle espaciosa y bella, que desemboca por un extremo en la de San José el Real y por el otro en la de Vergara. A los dos lados de la calle se construyen hoy elegantes edificios de gusto moderno y que los propietarios se afanan por embellecer. Una doble hilera de fresnos y de esos pequeños y alegres arbolillos que se llaman "tróenes" por los franceses (la alheña de los es-

pañoles), extendiéndose á lo largo de la nueva calle, le da un aspecto completamente europeo. En concepto de todos, la calle del Cinco de Mayo, inaugurada por el Ayuntamiento en Mayo de este año, va á ser una de las más hermosas de la capital.

La *casa pompeyana* está situada en el lado Norte de la calle, y cerca del extremo que termina en San José el Real. No hay que buscar en ella el plano del viejo Vitruvio, que era el dominante en las construcciones pompeyanas, según dicen los viajeros. La casa es un verdadero capricho en que se mezclan agradablemente el gusto francés y el gusto antiguo. Por ejemplo, no os encontráis luego con el *vestíbulo* para penetrar á la casa, sino con una reja de hierro y una puerta, como se usan en las casas de recreo inglesas y francesas. Para que el aspecto fuese rigurosamente pompeyano, era necesario que hubiese este *vestíbulo*, que daba por decirlo así, aspecto á los edificios romanos, y además era preciso que apareciese sobre el pórtico con letras rojas el nombre del dueño de la casa. El patio no es el *atrium* antiguo, sino un patio moderno, porque está á descubierto, según el uso actual, al contrario de aquel, que tenía el techo, cualquiera que fuese el género á que perteneciera, porque Vitruvio señala varios, y lo

que debía ser *impluvium* ó receptáculo del agua del cielo por el agujero del techo, no es sino un hermoso tazón de mármol de Carrara que se eleva en un círculo de musgo y de flores. No hay peristilo, y además, el segundo piso, que en las casas pompeyanas era casi invisible y se destinaba á la servidumbre ó bien no existía, es aquí el principal del edificio, enteramente como se estila en la actualidad.

¿Para qué hemos de decir más? No hay que ir con el libro de Vitruvio, ó con la célebre novela de Bulwer, ó con la magnífica descripción de Dezobry, que están basadas en aquel, á examinar la casa de Schiafino, porque se la encontraría enteramente diversa.

El mérito de ella no consiste en la semejanza con las construcciones de Pompeya, sino en el buen gusto que ha presidido á su estructura y su adorno.

Así, pues, la describiremos tal como la vimos la noche de la *velada*. Atravesamos la puerta del enverjado y nos hallamos en un patio pequeño y cuadrado, iluminado lujosamente. Este patio es un jardín en miniatura, en el que á los *gigantes* que crecen en los ángulos, mostrando su gallardo y fresco ramaje que envuelve su tronco hasta el suelo, se mezclan diferentes plantas. Una hermosa palmera crece en otro de

los ángulos, dando á aquel lugar con su aspecto un aire morisco y gracioso. En el centro hemos dicho que hay un círculo de musgo y de flores rastreras limitado por callecitas de menuda arena, y en la cual se destaca garbosa una columna que sostiene un vaso de mármol hasta el cual trepan las enredaderas.

Esa noche el centro del jardín estaba bellísimo. Se habían colocado entre el musgo pequeños vasos de luz de varios colores, lo que les daba una gran semejanza con esas coronas de cocuyos que suelen enredarse en la grama de las praderas en las serenas noches de los climas calientes.

En el fondo del patio se eleva un pórtico jónico con zócalo de mármol negro y blanco. Las bases de las columnas son rojas y sus fustes amarillo y blanco. Los capiteles con filetes de colores sostienen un entablamento con cornisas del mismo orden, teniendo por remate una balaustrada. Multitud de enredaderas trepan hasta la mitad de las columnas, cubriéndolas con sus racimos de flores de colores diversos.

Alrededor del jardín hay un pavimento de mármoles de Puebla, sobre el cual se puede pasear á la sombra. Este pavimento es un verdadero mosaico blanco, azul y rojo que forma *lozanges* y otras figuras caprichosas.

Después del pórtico hay un salón espacioso y bello en el que se ha hecho un ensayo de la pintura policroma como los frescos pompeyanos, realizando una alianza de la forma y del colorido que hace realzar más el relieve. En el pórtico hay pinturas al claro oscuro. Las cuatro Estaciones y Las cuatro Edades del hombre.

Del extremo derecho del salón antedicho se pasa á un pequeño jardín interior, que se ha convenido en llamar el *viridarium*, aunque no ocupa el lugar que éste en las casas romanas. Este jardín es bellissimo. Sus muros están cubiertos con lava del Popocatépetl, de entre los cuales se descuelgan numerosas plantas rústicas. En el centro se eleva una fuente. El agua brota de un Delfín que un niño oprime con el pie. Este grupo de mármol, de una belleza acabada, es composición del hábil escultor mejicano Islas.

En los ángulos del jardín sobre *bazares* de bronce, se muestran en deliciosa confusión las hortensias, los pinos, los heliotropos, las violetas, algunas plantas alpinas, y grandes grupos de cinerarias, de agapantos, de anémonas, de campánulas, de verónicas y de otras flores que crecen á la sombra y embalsaman la atmósfera de aquel encantado retiro.

Una luz azulada colocada hábilmente entre las flores, hacía el efecto de cascadas que se desprendían de las rocas.

Del jardín, y por una puerta practicada literalmente entre las enredaderas que cubren la pared se pasa á un departamento que se llama la *exedra*, que en las casas romanas estaba destinado á la reunión de los filósofos y de los poetas. Era el lugar de la conversación.

Este departamento está dividido en dos saloncitos: el uno tapizado elegantemente y con techo de vigas doradas, como las casas señoriales, muestra en sus paredes una copia de la Danae del Ticiano y otros dos cuadros españoles cuyo estilo es de la escuela de Murillo, así como otros dos lienzos representando batallas. Aquí se encontraba un magnífico piano inglés, y había mullidos asientos para los que viniesen á conversar después de las lecturas ó á fumar.

El otro, más grande y espléndidamente iluminado, se destinó á la reunión literaria. Este salón es muy hermoso, y en él se ha procurado reproducir el aspecto de aquel que existe en Pompeya, en la casa del poeta *trágico*. Tiene vista á los dos jardines, sus muros son azules, sus pilastras rojas, y rojas también las cortinas de los tableros. Aquí las pinturas al fresco, obra de artistas de la Academia de San Carlos, re-

presentan los asuntos siguientes, copiados de los cuadros pompeyanos:

El sacrificio de los amores.

Patroelo, por orden de Aquiles, entrega á la esclava Briseis á los enviados de Agamenón.

Héctor reprocha á Paris estar al lado de Helena y lejos del combate.

Despedida de Héctor y de Andrómaca.

El sueño y la muerte conduciendo el cuerpo de Sarpedon á Lycis, su patria.

La aurora naciente.

La diosa Minerva-Pallas.

Los siete contra Thevas.

El sueño de Helena.

Clitemnestra.

Las pléyades.

Pelagus ultrajado.

Las suplicantes

Todos estos asuntos están, como se sabe, sacados de la Iliada y de la Odisea, del poema de Hesiodo y de las tragedias de Eschylo y de Sófocles.

Como la casa aun no está amueblada de una manera análoga, porque no puede decirse concluida enteramente, esa noche se arregló con elegancia, pero al uso moderno, para recibir á los literatos. Sobre grandes mesas se habían

puesto casi todos los periódicos literarios é ilustrados de Europa, las publicaciones históricas contemporáneas y otras curiosidades que fueron una novedad.

Continuaremos describiendo la casa. Al extremo opuesto del salón en que se halla el *viridarium*, hay una puerta que conduce á la ala derecha de la casa. En este departamento se halla el comedor, *triclinia* le llama el amo de la casa; porque en efecto, su colocación es la propia, si llamamos *exedra* á los departamentos de enfrente, y si suponemos que el salón del fondo ocupa el lugar de lo que llamaban los romanos técnicamente *tablinum*, en el que guardaban los archivos de familia.

Este lugar de los triclinios es la reproducción del que existe en Pompeya en la casa llamada de Castor y Polux, y brilla por un gusto exquisito en su decoración. El cielo raso es de mosaicos de forma octágona de color verde, azul y rojo, sobre fondo amarillo. En el friso hay pintadas máscaras de báquicas envueltas en un gran festón, con una riqueza de flores y de frutas de una variedad sorprendente.

Las paredes están cubiertas de tableros azules y amarillos, separados por esbeltas columnas adornadas con flores fantásticas, y en el centro hay varios paisajes y decoraciones. El pavimen-

to es semejante al cielo raso. La pieza que sirve de biblioteca tiene una decoración de arabescos.

Del salón del fondo arrancan las escaleras que conducen á la parte alta, que como hemos dicho, es la principal. En ella las habitaciones están decoradas según los modelos de algunas casas de Pompeya; y allí, en magníficos frescos, se ven grupos de bailarines, centauros hombres y mujeres, frutas y animales, y decoraciones de follajes y de pájaros. Pero merecen mencionarse los frescos que representan á

Venus llorando la muerte de Adonis.

El sacrificio de Ifigenia.

La vendedora de amores.

Ariadna abandonada, sentada sobre la ribera del mar, al pie de una roca, desde donde ve huir el buque en que se va Teseo.

Retratos de Niobe.

La cabeza de Aquiles.

Una vacante desnuda, recostada sobre un monstruo y llenándole una copa.

Ultima entrevista de Aquiles y de Briseis.

También allí se encuentra el salón azteca, que contiene decoraciones antiguas, según los modelos de nuestros libros históricos. Es una restauración de un salón del tiempo de Moctezuma.

Fáltanos sólo decir que el arquitecto que construyó esta casa es D. Santiago Evans.

Como se ve, es una casa curiosa y bella, de masiado vasta para alojar una familia y sólo propia para servir á una asociación. Hoy en ella se halla establecido el club de la Unión, que se inauguró hace pocos meses.

Hablando ahora de la velada, diremos que estuvo animadísima. Se leyeron composiciones del Sr. Híjar y Haro, que las envió desde Guadalupe y que fueron muy bien recibidas; del Sr. D. Sebastián Mobellán y de los Sres Rosas, Olavarría, Villalobos, Ortiz, Prieto, Sierra, Alfaro, Téllez, Ríos, Montiel y Ulink, que nos hizo conocer un nuevo estudio sobre Shakespeare.

El Sr. Villalobos leyó una poesía de un joven que se halla hoy en una situación angustiada y apelando á la generosidad de los concurrentes, recogió en su favor una suscripción regular.

El Sr. Payno inició la idea de establecer el club de la Unión, para que allí se hiciesen constantemente las reuniones literarias, y se inscribieron en el acto los primeros socios.

El Sr. Ramírez nos dió el placer, á petición de todos, de hacer críticas, para lo que tiene el talento, los conocimientos y la gracia que se necesitan,

Ramírez no ejerce la crítica, como pudiera suponerse, con sátiras, sino con razones que convencen, con un tesoro de conocimientos literarios y con un tacto que no pueden menos que hacer inclinar confeso y convicto á aquel que oye un fallo de su boca. Los chistes con que sazona sus juicios, son chistes de buena ley que revelan el ingenio y agudeza. En suma, él hace notar la distancia inmensa que hay entre el análisis del hombre superior y el sarcasmo del pobre envidioso, que quisiera ver á todos al nivel de su exigua inteligencia, y que no puede reprimir su chillido de rabia al oír los aplausos que obtienen los demás.

Por eso todos han concedido por unanimidad la silla del magisterio á Ramírez, apartando desde un principio á algunos pretensiosos que se hubieran querido sentar, al menos, en ella, sin haberse tomado la pena de estudiar y de hacer méritos para poder aspirar á tan encumbrado puesto literario.

Estas críticas de Ramírez fueron perfectamente recibidas y aplaudidas, y todos se propusieron pedir que las continuase en las reuniones posteriores, porque ellas llenan el objeto verdadero que se propusieron los concurrentes, que no fué el de hacerse aplaudir, sino el de estudiar.

Una vez concluidas las lecturas, el Sr. Schiafino, invitó á sus amigos á pasar al *triclinio*. Allí, con el tacto exquisito que le distingue y sin hacernos sentir su opulencia ni hacernos notar lo rico de las viandas, ni lo costoso de los vinos, sino con la modestia que había sido su rasgo dominante en toda la noche, nos hizo gustar de todos los placeres de una mesa *comfortable* y bien servida.

No encontramos en ella nada romano, pero los invitados pudieron gustar de un surtido de pasteles deliciosos, mientras que los más positivos se dedicaban á la galantina trufada, al jamón de York y al salmón, sabrosamente preparados por Michaud, que fué el *Promuscondus* de este festín. Además se sirvieron ricos helados de fresa y de limón, y si no probamos las nueces de Tasos, las avellanas de Iberia y los dátiles de Egipto, si pudimos gustar de algo mejor, escogiendo entre las olorosas piñas, dorados mangos y otras frutas de la tierra caliente y del valle de Méjico; todo esto sazonado con excelentes vinos, que un conocedor como el dueño de la casa, no podía permitir que fuesen de inferior calidad.

La velada, merced á la galantería de Schiafino, se prolongó hasta las seis de la mañana, siendo ésta la primera vez en que se permitieron

los literatos esta licencia; siendo de notar que cuando se separaron, á la hora en que Méjico despertaba, aun conservaban el entusiasmo y el vigor con que habían comenzado.

Todos conservamos el recuerdo de esta noche bellísima, y un gran reconocimiento por las finezas de un tan cumplido caballero, como fué el que en esa vez reunió en su casa á la juventud amante de las letras.

La velada siguiente tuvo lugar en la casa del Sr. Riva Palacio, y á ella invitó la Asociación Gregoriana. Esta Asociación, sobre la que hemos tenido el gusto de hablar otra vez, y que personifica todo lo que hay de grande, de noble y de generoso en el país, quiso también manifestar su amor á la literatura nacional, presidiendo una de nuestras reuniones, que ha sido hasta aquí la última, y en los salones de su presidente volvimos á ver á los hermanos de San Gregorio, á quienes sin distinción de colores políticos enlaza el más puro sentimiento de fraternidad.

También ellos hicieron los honores de la casa con exquisita finura y con notable modestia, habiendo sobrepujado, con todo, en lujo y en

refinamiento, á cuanto habíamos visto en las veladas anteriores.

Antes de comenzarse las lecturas hubo un incidente que se nos permitirá recordar, no por vanidad personal, sino por gratitud. El que esto escribe fué honrado por la Asociación Gregoriana con una distinción inmerecida, y que no atribuimos á otra cosa que al afecto amistoso con que aquellos generosos hermanos nos miran.

Es el caso, que habiendo escrito nosotros una revista de la fiesta gregoriana de este año, en la que no hacíamos sino rendir el debido homenaje á los hijos de tan ilustre colegio, la Asociación determinó darnos una grata sorpresa en su velada, honrándonos de una manera singular.

Apenas habíamos llegado al salón cuando Guillermo Prieto, en nombre de los gregorianos, vino á ofrecernos un ejemplar del *Paraíso perdido de Milton*, de la edición lujosísima de Barcelona, que reprodujo los bellos grabados que tenía la edición francesa con la traducción de Chateaubriand. En la primera hoja de este magnífico libro pusieron los miembros de la junta central de San Gregorio una dedicatoria, y abajo se ven las firmas siguientes: —*Vicente Riva Palacio*, presidente.—*José Linares*, vice-presidente.—*Manuel María Ortiz de Montellano*.—*Luis Malan-*

co.—Ignacio Ramírez.—Manuel Romero.—Jesús María Aguilar.—Isidro Díaz, tesorero suplente.—Manuel Gómez Parada.—José María Rodríguez y Cos, pro-secretario.—José María Iglesias.—Mariano Brito.—Nicolás Pizarro.—Carlos María Escobar.—Joaquín M. Alcalde, secretario.—Gabriel María Islas, vocales.

Hemos querido estampar aquí los nombres de estos buenos amigos que componen la junta central de la Asociación, para manifestarles nuestro profundo agradecimiento, hoy que se ofrece una oportunidad que antes no habíamos tenido. Que ellos crean que apreciando debidamente la acción generosa con que nos distinguieron, nos creemos indignos de ella y por eso les conservamos el más profundo reconocimiento.

Nosotros guardaremos el precioso libro como un recuerdo de cariño, como una de las pocas flores que hemos recogido en el camino desierto de nuestra vida, como una de las compensaciones más dulces que hemos tenido en la tarea amarga y desdeñada del escritor de Méjico; lo guardaremos con orgullo y amor, como el primer premio que recibe un estudiante pobre y abandonado, que ve sonreír al destino por la primera vez!

Y cuando agobiados en una de esas horas de tristeza, que son tan frecuentes en nuestra vida

de angustia, nos sobrecoja el desaliento, correremos á abrir nuestro *Paraíso perdido*, y en su primera hoja encontraremos la palabra que nos anime y que nos ayude á continuar la senda del trabajo y del estudio. Entonces será la Asociación gregoriana á quien debemos nuestra constancia, y no tendremos para ella, como ahora, sino palabras de bendición.

Hablemos ya de las lecturas.

Fueron como siempre numerosas. Nosotros sometimos al juicio de nuestros amigos las primeras páginas de la presente revista, que fueron acogidas con benevolencia. Nos hizo oír Prieto otro de sus cantos sublimes, y todos los jóvenes se fueron sucediendo en la silla del lector. El Sr. Zamacoís, poeta español, pero que puede reputarse mejicano, leyó la introducción de un libro que va á dedicar al Sr. Mobellán; en seguida Peredo nos alborozó con un precioso juguete en que nos pintó á su musa como una muchachita traviesa é insurgente, decidora y terrible, á la que no pone miedo sino el nombre del Nigromante.

Sierra, siempre elevado y magnífico, recitó su poesía *El Genio*. González recitó de memoria parte de una comedia de costumbres populares, que tuvo que repetir en medio de las risas y de los aplausos de todos.

La velada terminó á las dos de la mañana.

Desde entonces las reuniones se suspendieron; pero en breve volverán á comenzar con mejor forma y con novedades importantes. Nuestros amigos se impacientan, y tenemos trabajo en resistir á sus repetidas instancias para convocar á nuevas sesiones literarias.

Hemos concluido esta larga revista, que es como el resumen de los trabajos literarios en la primera mitad del año presente, con más una especie de compendio sobre la novela mejicana desde principios de este siglo. Nuestra revista, pobre como es, y desnuda de todo mérito, servirá de acta del primer movimiento literario en los años que sucedieron á la invasión francesa, y será útil al observador para medir el progreso de nuestros trabajos futuros.

Tal vez se note por algunos que nuestro estudio no es verdaderamente un estudio crítico y con sobrada razón. Ni tenemos la capacidad que se necesita, ni creemos tampoco llegada la oportunidad de hacer juicios severos sobre las obras de los jóvenes que se empeñan en el adelantamiento intelectual de su país. La literatura renace hoy; ¿sería discreto exigirle la madurez

y el perfeccionamiento que sólo es dable conseguir á pueblos más viejos y más experimentados y cuya escuela data de luengos siglos? ¿Sería discreto descaminar á los jóvenes, mostrándoles los infinitos obstáculos que tiene que salvar el estudioso para llegar á adquirir un nombre en el mundo de las letras? Fuera esto matar el entusiasmo por satisfacer un sentimiento de vanidad femenil. Los que mucho saben nos dan el ejemplo de moderación y de juicio en esta parte, y acogen con marcada benevolencia las obras de los discípulos. Para corregirlas no adoptan otro lenguaje que el paternal y dulce del maestro, y no el duro y discordante del Aristarco inflexible. Solamente algunos zoilos han creído conveniente, por lucir un chiste desabrido y satisfacer una vanidad pueril, censurar acremente nuestros trabajos; pero ¡infelices! su envidia dejó ver los dientes desde luego, porque ellos eran los que menos podían extender juicios severos y los que por sus obras más necesitaban de indulgencia. Eran literatos en virtud de nuestra tolerancia. Pero fuera de éstos, cuyo grito ha sido cubierto luego por la desaprobación general, todos han concurrido á la obra de reconstrucción literaria con sus consejos y con su protección, con sus luces y no con su vanidad, con razones y no con inútiles sar-

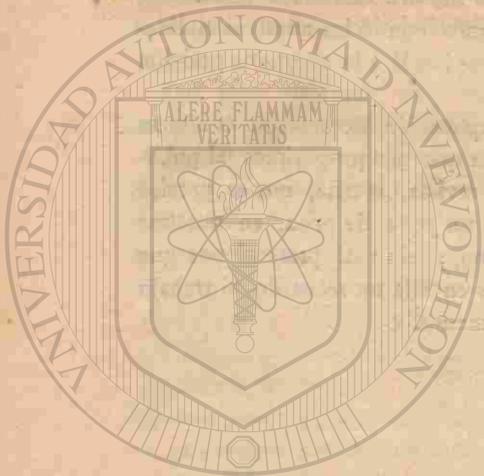
casmos, que el que es docto razona, y sólo al ignorante envidioso le queda, por toda arma, la risotada de despecho ó el epigrama de la impotencia.

Así, pues, nosotros que somos de los que principian, y que necesitamos también de la indulgencia de nuestros amigos, no hemos tomado la pluma con el objeto de enseñar, sino de animar, y por eso que no se nos eche en cara nuestra propensión al elogio y nuestra admiración, tal vez demasiado cándida, pero seguramente sincera. Nosotros deseamos el progreso de la literatura en México, nosotros creemos en el porvenir de nuestros hermanos y no somos tan mezquinos para levantar un puñado de tierra pretendiendo opacar el poco ó mucho brillo que hayan podido adquirir, porque nosotros no conocemos, lo decimos con orgullo, la baja pasión de la envidia, ni nos duele el corazón cuando oímos el elogio de los demás, sino que hacemos coro en voz más alta, ni queremos detener á nadie con el chuzo de la sátira para que no se nos adelante en el camino de la reputación. No: nosotros con un talento humilde y una instrucción incompleta y desordenada, merced á la pobreza suma de nuestra juventud, pues hemos carecido á veces hasta de libros propios, y hemos tenido otras que escuchar las

lecciones científicas á las puertas del aula, por no poder subvenir á los gastos del estudiante, hasta que la mano de un protector venerable vino á quitar de nuestra senda los obstáculos; nosotros, repetimos, con todas nuestras nulidades, no bajaremos jamás á la mezquina posición del envidioso.

Esta es la explicación de nuestra conducta literaria y del fin que nos propusimos al publicar la presente revista, escrita, nos es preciso confesarlo, con un poco de prisa, en nuestras horas de enfermo, y sin más pretensiones que las de consignar en ella un recuerdo al trabajo de nuestros hermanos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



NOTA.

Como nuestro estudio sobre la novela no puede reputarse completo, ni aun como sinopsis, pues no tuvimos otra intención al escribir que la de hacer indicaciones sobre las diversas escuelas, no parecerá extraño que se hayan omitido en él muchos nombres importantes de novelistas anteriores al siglo XIX, y que antes de Voltaire en Francia, de Walter Scott en Inglaterra y antes y después de Cervantes en España, habían hecho ensayos dignos de mención. Por eso no hablamos de las novelas de Scarron imitadas de otras españolas, ni de Marmontel, que cultivó la novela histórica y política con grande éxito, ni de Florian ni de Lesage.

Por igual razón nada dijimos sobre algunos ensayos que hicieron en Méjico en la época transcurrida desde el tiempo del Pensador hasta que Pay no escribió el *Fistol del Diablo*, como por ejemplo los de Pesado, Rodríguez Galván, Pacheco, y

otros más que se publicaron ya en los periódicos literarios, ya en pequeños libros muy raros hoy. Las dimensiones de estas novelitas eran muy estrechas, y muchas veces no contenían más que ocho o diez páginas. Pero si nos creemos en el deber de reparar un olvido que sufrimos al hablar de la segunda época literaria en Méjico. Era muy justo hacer mención del Liceo HIDALGO, asociación de jóvenes literatos instalada en esta capital en 1850, siendo su primer presidente el conocido literato D. Francisco Granados Maldonado que ha publicado varias colecciones de poesías y una traducción en versos libres del Paraíso Perdido de Milton. Entre los nombres de estos miembros del Liceo hallamos algunos que merecen atención y que omitimos en las primeras páginas de estas *Revistas*. Estos nombres son los de D. Emilio Rey, elegante poeta y correcto prosador; de D. Francisco González Bocanegra, cuya lira enmudeció muy temprano destrozada por la muerte, cuando era el encanto de los amantes de la poesía; de D. José María Rodríguez y Cos, el laborioso autor del poema ANAHUAC; de D. Luis Rivera Mélo, cuya instrucción y talento son conocidos de todos. Cuando publiquemos nuestros ensayos próximos, volveremos á hablar más detalladamente sobre estos distinguidos literatos, al examinar sus obras.

Por hoy nos limitamos á mencionarlos honrosamente, porque así debe ser cuando se trata de hacer la historia de los progresos literarios en nuestro país.

INDICE

	Págs.
Retrato del autor.	
Noticias biográficas	V
Índice bibliográfico.....	XVI
RIMAS:	
LIBRO I.— <i>A Orillas del Mar.</i> —(Idilios.)	
Flor del Alba	3
La Salida del Sol	9
Los Naranjos	13
Las Abejas	17
Las Amapolas	25
Al Atoyac	31
El Atoyac (En una creciente)	37
Cansancio.....	41
Al salir de Acapulco	47
LIBRO II.— <i>A una sombra.</i>	
Al Pié del Altar	51
En su tumba.....	55
Pensando en ella	57
Al Xuchitengo.....	59
Recuerdos	63
En la muerte de Carmen.....	69
LIBRO III.— <i>Cinerarias.</i>	
I	75
A ***	97

	Págs
Perjurio. A ***	83
María	87
La Cruz de la Montaña	95
En el álbum de Luz	101
A Isabel. (En su álbum)	103
A ***	107
Al Divino Redentor	111
A Ofelia Plissé	115
La caída de la tarde	119
A ***	123
En el álbum de J.	125
La plegaria de los niños	127
En la distribución de premios del colegio Desfontaines	131
A orillas del mar	137
NOTAS:	
La Flor del Alba.—La Salida del Sol. —Los Naranjos.—Las Amapolas	145
A Ofelia Plissé	151
Ensayo crítico sobre Baltasar, drama oriental de la Señora Doña Ceftrudis Gómez de Avellaneda	161
Méjica	195
Carta á una poetisa	243
De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870	285
Revista literaria. (1868)	349
Nota	509

En la página 321, por un error involuntario se repitió el título del capítulo III, el cual consta en la pág. 325.—N. del E.

*Este libro se acabó de imprimir
el 20 de Mayo de 1899,
en la Imprenta de Victoriano Agüeros, situada
en la calle de la
Cerca de Sto.
Domingo
núm.
4.*

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A I

DAD AUTÓNOMA DE NUEVA
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE